UN DÍA DIFÍCIL

EL RELATO DE UN MIEMBRO DE LAS FUERZAS ESPECIALES QUE MATARON A BIN LADEN

MARK OWEN
Y KEVIN MAURER

CRÍTICA

Mark Owen

Mark Owen es un exmiembro del Grupo Especial de Desarrollo de Guerra Naval, comúnmente conocido como SEAL Team Six. En sus muchos años como SEAL participó en cientos de misiones en todo el mundo, incluyendo el rescate del capitán Richard Phillips en el océano Índico en 2009. Owen fue líder de equipo en la Operación Tridente de Neptuno en Abbottabad (Pakistán), que el primero de mayo de 2011 acabó con la muerte de Osama bin Laden.

El nombre de Mark Owen y los nombres de los otros SEAL mencionados en *Un día difícil* se han cambiado para proteger su seguridad.

Kevin Maurer

Kevin Maurer es reportero y ha cubierto operaciones de las fuerzas especiales americanas durante nueve años, acompañando a diferentes unidades en Afganistán en seis ocasiones y otros destinos como el este de África, Irak y Haití. Es autor de cuatro libros.

Fotografía de portada por cortesía de
NRA LIFE OF DUTY

APR 11 2013

Withdrawn/ABCL

Withdrawn/ABCL

UN DÍA DIFÍCIL

MEMORIA CRÍTICA

Withdrawn/ABCL

MARK OWEN
Y KEVIN MAURER

UN DÍA DIFÍCIL

El relato de un miembro de las fuerzas especiales que mataron a Bin Laden

3 9075 04267992 5

Traducción castellana de
Gonzalo García y Cecilia Belza

CRÍTICA
BARCELONA

Obra editada en colaboración con Crítica, S.L., sello editorial de Editorial Planeta – España

Título original: *No easy day*

Diseño de la portada: Anthony Ramondo
Adaptación de la portada: Jaime Fernández
Ilustración de la portada: por cortesía de NRA LIFE OF DUTY

© 2012, Mark Owen
© 2011, Cecilia Belza y Gonzalo García

Las fotografías proceden de la colección de los autores
Mapas de Travis Rightmeyer

El editor hace constar que el nombre de «Mark Owen» es un seudónimo

© 2012, de la presente edición para España y América:
Crítica, S.L. – Barcelona, España
Sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Derechos reservados

© 2012, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial CRÍTICA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570, México, D.F.

Primera edición impresa en España: noviembre de 2012
ISBN: 978-84-9892-473-2

Primera edición impresa en México: noviembre de 2012
ISBN: 978-607-9202-33-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.
Impreso en México – *Printed in Mexico*

El único día fácil fue el de ayer
(Filosofía SEAL)

Larga vida a la Hermandad

Nota del autor

Al poco de iniciar los estudios de secundaria, en Alaska, nos encargaron reseñar un libro. Teníamos que elegir uno que nos gustara. Entre la hilera de alternativas, topé con Men in Green Faces *[«Los hombres de la cara verde»], de Gene Wentz, un antiguo miembro de los SEAL.* La novela relataba misiones realizadas en Vietnam, en el delta del Mekong. Con abundancia de emboscadas y tiroteos, se centraba en la caza de un indeseable coronel norvietnamita.*

Desde la primera página, tuve claro que yo quería convertirme en un SEAL. Cuanto más leía, más ansiaba comprobar si lograría dar la talla.

Entre las olas del océano Pacífico, durante la instrucción, me encontré con otros hombres idénticos a mí: personas que temían el fracaso y sentían el impulso de ser los mejores. Tuve el privilegio de servir junto a estos mismos hombres y recibir su inspiración un día tras otro. Actuar en su compañía hizo de mí alguien mejor.

Después de trece despliegues en combate consecutivos, mi guerra ha terminado. Este libro cierra esa parte de mi vida. Antes de marcharme, quiero intentar explicar qué nos motivó a perseverar en el brutal curso de instrucción de los SEAL y a lo largo de una década de despliegues constantes.

No somos superhéroes, pero todos compartimos un lazo común por el hecho de prestar servicio a algo que es mayor que nosotros mismos. Nos une un vínculo de hermandad, y este es el lazo que nos permite adentrarnos juntos por un camino que pone en peligro nuestra vida.

Esta es la historia de un grupo de hombres extraordinarios con los que tuve la gran suerte de servir como SEAL entre 1998 y 2012. He cambiado los nombres de todos ellos, incluido el mío propio, para proteger nuestra identidad; y este libro no incluye detalles de ninguna misión aún abierta.

* Equipos especiales de la Armada estadounidense. (*N. de los t.*)

También me he esforzado sobremanera por proteger los procedimientos, técnicas y tácticas empleados por los equipos mientras libran la batalla cotidiana contra terroristas e insurgentes de todo el mundo. Quien ande a la caza de secretos, no los encontrará aquí.

Aunque escribo este libro con el empeño de describir acontecimientos reales con precisión y según han ocurrido, para mí resulta importante no revelar ninguna información que haya sido clasificada como secreta. Con la ayuda de mi editor, contraté a un antiguo abogado de Operaciones Especiales para que revisara el manuscrito y se asegurara de que, por un lado, no se mencionaba ningún tema prohibido, y por otro, el texto no pudiera ser utilizado por ningún enemigo inteligente como fuente de información confidencial que pusiera en peligro a Estados Unidos. Tengo la seguridad de que el equipo que ha trabajado conmigo en este libro ha preservado y defendido los intereses de la seguridad nacional estadounidense.

Cuando hago referencia a otros departamentos, organizaciones o actividades del gobierno o las fuerzas armadas, lo hago en aras de la continuidad y, por lo general, solo cuando otra publicación u otro documento gubernamental oficial y no clasificado ya ha mencionado la participación de tales organizaciones en la misión que describo.

En ocasiones aludo a ciertos jefes militares notables y públicamente reconocidos mediante su nombre real, pero solo cuando es evidente que ello no concierne a cuestiones de seguridad operativa. En todos los demás casos, he despersonalizado deliberadamente el relato, para mantener el anonimato de las personas implicadas. Tampoco describo ninguna tecnología que pudiera poner en peligro la seguridad de Estados Unidos.

Todo el material de este libro procede de fuentes y publicaciones no confidenciales; nada de lo escrito aquí pretende confirmar ni negar, ni oficial ni oficiosamente, hechos descritos ni actividades de ninguna persona, gobierno u organismo. Con la intención de proteger la naturaleza de misiones específicas, a veces generalizo las fechas, las horas y el orden de los acontecimientos. Ninguno de estos ajustes afecta a la exactitud de mis recuerdos ni a mi descripción de cómo se desarrollaron los hechos. De las operaciones analizadas en este libro se han ocupado muchas otras publicaciones gubernamentales y civiles, y están disponibles en fuentes accesibles para el público general. Las citas de fuentes de referencia de acceso público se encuentran recogidas en un capítulo específico, al final del presente libro.

Los hechos descritos en Un día difícil *se basan en mis propios recuerdos. Las conversaciones se reconstruyen a partir de mi memoria. La guerra es caótica, pero no he escatimado esfuerzos para asegurarme de que lo que cuenta este libro es preciso. Si hay inexactitudes, la responsabilidad es mía. Este libro presenta mi perspectiva y no representa los puntos de vista de la Armada de Estados Unidos, del Departamento de Defensa de mi país, ni de ninguna otra persona o institución.*

A pesar de las medidas que, deliberadamente, he adoptado para proteger la seguridad nacional de Estados Unidos y la seguridad operativa de los hombres y las mujeres que continúan combatiendo por todo el mundo, creo que Un día difícil *será*

una descripción precisa de los hechos que describe y un retrato sincero tanto de la vida en los equipos SEAL como la hermandad que existe entre nosotros. Aunque se ha escrito en primera persona, mis experiencias son universales y yo no soy ni mejor ni peor que ninguno de los hombres con los que he servido. Escribir este libro supuso una decisión dura y demorada, y en la comunidad, algunos me despreciarán por haberlo escrito.

Sin embargo, ha llegado el momento de poner las cosas en su lugar en cuanto a una de las misiones más importantes de la historia militar de Estados Unidos. En el trato que los medios de comunicación dispensaron a la misión de Bin Laden, se ha perdido el por qué y el cómo la operación fue un éxito. Este libro dará el mérito, por fin, a quienes se lo habían ganado. La misión fue el empeño de todo un equipo, desde los analistas de inteligencia, que encontraron a Osama bin Laden, hasta los pilotos de helicóptero que nos trasladaron a Abbottabad y los hombres que asaltaron el complejo. Ningún hombre o ninguna mujer fue más importante que los otros.

Un día difícil *es la historia de «los chicos», del peaje humano que pagamos y de los sacrificios que realizamos para llevar a término este trabajo sucio. Este libro versa sobre una hermandad que existía mucho antes de que yo me uniera a ella y que pervivirá mucho después de que yo ya no esté.*

Tengo la esperanza de que, algún día, un joven de alguna escuela secundaria lo lea y se convierta en SEAL o, por lo menos, viva una vida más grande que él mismo. Si ocurre así, este libro habrá sido un éxito.

Mark Owen
22 de junio de 2012
Virginia Beach

Prólogo

*Tiza Uno**

A un minuto del blanco, el jefe de la tripulación del Black Hawk abrió la puerta corredera.

Entre las sombras, yo lo distinguía con el dedo levantado y las gafas de visión nocturna, que le cubrían los ojos. Miré a mi alrededor y vi cómo mis compañeros, los otros SEAL, iban pasando tranquilamente la señal por todo el helicóptero.

El rugido del motor llenaba la cabina y ahora era imposible oír nada más que los rotores del Black Hawk batiendo el aire. El viento me golpeó con fuerza cuando me asomé para escudriñar la tierra por debajo de nosotros, con la esperanza de avistar la ciudad de Abbottabad.

Una hora y media antes habíamos subido a bordo de nuestros dos MH-60 Black Hawk para despegar en una noche sin luna. Desde la base que teníamos en Yalalabad (Afganistán) hasta la frontera con Pakistán, el vuelo era corto; y desde allí solo había otra hora hasta el objetivo que hacía semanas que estudiábamos mediante las imágenes de satélite.

La cabina era una boca de lobo, salvo por las luces de la cabina de mando. Yo estaba apretujado contra la puerta izquierda, sin espacio para moverme. Habíamos quitado los asientos del helicóptero, para reducir el peso, así que nos sentábamos o en el suelo o en las pequeñas sillas de camping que, antes de salir, habíamos comprado en una tienda de deportes de la localidad.

Ahora, sentado en el límite de la cabina, estiré las piernas por fuera de la puerta para que me circulase la sangre; las tenía entumecidas y acalambradas. Apelotonados en las dos cabinas, a mi alrededor y en el otro helicóptero, había veintitrés compañeros del DEVGRU.** Había trabajado con aquellos mismos

* *Tiza* alude aquí a un grupo de soldados embarcados en una misma aeronave. (*N. de los t.*)

** El DEVGRU es una unidad de operaciones especiales y antiterroristas de la Armada estadounidense. Véase más adelante, el capítulo 1. (*N. de los t.*)

hombres varias docenas de veces. A algunos los conocía desde hacía diez años o más. Tenía plena confianza en todos y cada uno de ellos.

Hacía cinco minutos que toda la cabina había cobrado vida. Nos pusimos los cascos, comprobamos las radios y verificamos por última vez las armas. Mi equipo pesaba 27 kilos, cada gramo de los cuales lo había escogido meticulosamente para un propósito específico: a lo largo de más de doce años y centenares de misiones similares, había ido perfeccionando y calibrando mi carga.

Los miembros del equipo habían sido escogidos uno a uno, entre los hombres más experimentados de nuestro escuadrón. Durante las últimas cuarenta y ocho horas —en las que el día de la misión se echaba encima, luego se pospuso y por fin se vino encima otra vez—, todos nosotros habíamos revisado una y otra vez nuestro equipo, de modo que estábamos más que preparados para esta noche.

Esta era la misión con la que yo había soñado desde que, en el televisor de mi habitación en los cuarteles de Okinawa, vi los ataques del 11 de septiembre de 2001. Acababa de regresar de la instrucción y entré en el cuarto justo a tiempo de ver el impacto del segundo avión contra el World Trade Center. Quedé paralizado ante la pantalla mientras una bola de fuego salía disparada por el otro lado del edificio y una nube de humo surgía de la torre.

Como millones de estadounidenses que lo veían desde mi país, me quedé allí en pie, sin dar crédito a mis ojos y con una sensación de gran abatimiento y nerviosismo. Estuve petrificado ante la pantalla el resto del día, mientras trataba de comprender lo que acababa de contemplar. Que un avión se estrellase podía ser un accidente. Pero la posterior cobertura del suceso confirmó lo que yo ya sabía desde el momento en que entró en pantalla el segundo avión. Un segundo avión representaba un ataque, sin duda. De ningún modo podía ser un accidente.

El 11 de septiembre de 2001, yo estaba en mi primer destino como SEAL, y en cuanto se mencionó el nombre de Osama bin Laden, imaginé que mi unidad recibiría órdenes de partir hacia Afganistán al día siguiente. Llevábamos un año y medio de entrenamiento para el despliegue. En los últimos meses nos habíamos estado formando en Tailandia, las Filipinas, Timor Oriental y Australia. Mientras veía los ataques, ansiaba haber abandonado Okinawa y encontrarme en las montañas de Afganistán, dando caza a los milicianos de Al-Qaeda y ofreciendo a los míos cierto grado de venganza.

Esas órdenes no llegaron nunca.

Yo me sentía frustrado. Si me había entrenado tan duro y durante tanto tiempo para ser un SEAL, no era para ver la guerra por televisión. Por supuesto, no iba a revelar mi frustración a mi familia y a mis amigos, que me escribían preguntándome si me iba a Afganistán. Para ellos, yo era un SEAL y lo lógico era que nos destinaran de inmediato a Afganistán.

Recuerdo que mandé un correo electrónico a la que entonces era mi novia intentando hallar la parte positiva de la situación. Hablábamos del final de este

destino y hacíamos planes para el tiempo que pasaría en casa antes de la próxima misión.

«Me queda cerca de un mes —escribí yo—. Pronto estaré en casa, salvo que tenga que matar antes a Bin Laden.» Era una broma de lo más típica, por aquel entonces.

Ahora, mientras los Black Hawk volaban hacia nuestro objetivo, yo pensaba en los últimos diez años. Desde el momento mismo de los ataques, todos los que trabajaban conmigo habían soñado con participar en una misión como esta. El líder de Al-Qaeda era la personificación de todo aquello contra lo que luchábamos: había empujado a unos hombres a estrellar aviones contra edificios llenos de civiles inocentes. Ese tipo de fanatismo da pavor y, mientras veía cómo se desmoronaban las torres y escuchaba noticias de otros ataques en la ciudad de Washington y en Pensilvania, supe que estábamos en guerra: una guerra que no habíamos escogido nosotros. Un montón de hombres valientes se había sacrificado durante años para poder combatir sin saber jamás si se nos presentaría la oportunidad de tomar parte en una misión como la que estaba a punto de empezar.

Una década después de aquellos sucesos, y tras ocho años de perseguir y matar a los líderes de Al-Qaeda, estábamos a pocos minutos de deslizarnos por una cuerda hasta el interior del cuartel de Bin Laden.

Al agarrar la cuerda atada al fuselaje del Black Hawk, noté que por fin la sangre volvía a circularme hasta los dedos de los pies. El francotirador que había a mi lado se colocó en posición con una pierna fuera y otra dentro del helicóptero, de forma que hubiera más espacio en la apretada abertura del helicóptero. El cañón de su arma buscaba objetivos dentro del complejo. Su trabajo consistía en cubrir la parte sur mientras el equipo de asalto se deslizaba por la cuerda hasta el patio y se dividía para cumplir las misiones respectivas.

Poco más de un día antes, ninguno de nosotros habría creído que Washington aprobaría la misión. Pero después de semanas de espera, ahora estábamos a menos de un minuto del complejo. El servicio de inteligencia decía que nuestro objetivo estaba allí; yo imaginaba que así sería, pero ya nada podía sorprenderme. Antes ya habíamos creído estar así de cerca, por dos veces.

En 2007 me había pasado una semana persiguiendo rumores de Bin Laden. Nos habían llegado informes de que iba a regresar a Afganistán, desde Pakistán, para plantar la última resistencia. Una fuente afirmaba haber visto en las montañas un hombre «con vestiduras blancas al viento». Tras varias semanas de análisis, la historia quedó en nada. Esta vez parecía distinto. Antes de partir, la analista de la CIA que había sido el motor principal del rastreo del objetivo hasta Abbottabad afirmó que estaba segura, al cien por cien, de que Bin Laden se encontraba allí. Yo esperaba que estuviera en lo cierto, pero mi experiencia me decía que era preferible no opinar hasta que hubiera terminado la misión.

Ahora, aquello no me importaba. Faltaban unos segundos para llegar a la casa y quienquiera que viviese allí dentro estaba a punto de pasar una mala noche.

Habíamos realizado asaltos similares una infinidad de veces. Durante los últimos diez años, me habían destinado a Iraq, Afganistán y el Cuerno de África. Habíamos tomado parte en la misión de rescate de Richard Phillips, el capitán del buque portacontenedores *Maersk Alabama*, apresado por tres piratas somalíes en 2009, y antes ya había trabajado en Pakistán. Desde el punto de vista táctico, esta noche no iba a ser distinta de otras cien operaciones; pero en lo que atañía a su importancia histórica, yo abrigaba la esperanza de que fuese muy diferente.

En cuanto cogí la cuerda, me sentí tranquilo. Todos los que participábamos en la misión ya habíamos oído antes, un millar de veces, aquel aviso de que solo faltaba un minuto; a este respecto no había diferencia con ninguna otra operación. Desde el portón del helicóptero, empecé a distinguir marcas que reconocía gracias a haber estudiado las imágenes por satélite durante las semanas de instrucción. Yo no iba sujeto al helicóptero con un cabo de seguridad, así que mi compañero Walt me sujetaba con una mano por la lazada de nailon cosida a la espalda de mi chaleco antibalas. Todos se apiñaban cerca de la puerta, justo detrás de mí, preparados para seguirme en el descenso. A la derecha, mis compañeros tenían una buena vista del segundo helicóptero, en el que *Tiza Dos* se dirigía hacia su zona de aterrizaje.

Nada más sobrevolar el muro sudeste, nuestro helicóptero sufrió una sacudida brusca y se quedó en suspenso cerca del punto de entrada previsto. A diez metros por debajo de mí, en el complejo, la colada golpeteaba en una cuerda de tender. Las esteras tendidas para que se secasen eran azotadas por el polvo y la tierra de los rotores. La basura formaba remolinos en el patio, y en un corral próximo, las cabras y vacas se revolvían, asustadas por el helicóptero.

Concentrándome en el terreno, pude observar que aún estábamos sobre la casa destinada a los invitados. Por las sacudidas del helicóptero, supe que el piloto tenía ciertas dificultades para situar la aeronave en su posición. Viramos entre el tejado de la casa para invitados y el muro del complejo. Miré de reojo al jefe de la tripulación y vi que tenía el micro de la radio pegado a la boca y daba instrucciones al piloto.

El helicóptero daba sacudidas mientras trataba de encontrar aire suficiente para dar con una posición estable. El bamboleo no era violento, pero era obvio que no entraba en los planes. El piloto se peleaba con los mandos con la intención de corregir la situación. Algo iba mal. Los pilotos habían realizado misiones como esta tantas veces que, para ellos, situar el helicóptero sobre el objetivo era como aparcar un coche.

Con la mirada fija en el complejo, sopesé la idea de lanzar la cuerda de tal modo que pudiéramos bajar sin más del inestable «pájaro». Sabía que correríamos un riesgo, pero era fundamental llegar a tierra. Pegado a la puerta del heli-

cóptero, no había nada que yo pudiera hacer. Solo necesitaba una zona despejada donde lanzar el cabo.

Pero no se presentó ninguna zona despejada.

«Damos la vuelta. Damos la vuelta», oí en la radio. Eso significaba que abandonábamos el plan original de deslizarnos por la cuerda hasta el complejo. Íbamos a rodearlo por el sur, aterrizar, y asaltarlo desde el exterior del muro. Eso sumaría un tiempo precioso al asalto y daría más tiempo para armarse a quien hubiera dentro de la casa.

El corazón me dio un vuelco.

Hasta este último mensaje, todo iba según lo planeado. Durante el viaje, habíamos esquivado los misiles antiaéreos y el radar pakistaní y llegamos sin que nadie nos hubiera detectado. Pero ahora, la entrada se estaba yendo a la mierda. Habíamos ensayado esta contingencia, pero era el plan B. Si nuestro objetivo estaba realmente en el interior, el elemento sorpresa era clave y se nos estaba escapando a toda prisa.

Mientras el helicóptero trataba de ascender y restablecer la estabilidad, viró noventa grados a la derecha, violentamente. Yo noté cómo la cola daba un golpetazo hacia la izquierda. Me cogió por sorpresa e inmediatamente me vi luchando por encontrar un asidero dentro de la cabina, que me evitara salir despedido al exterior.

Sentí que el culo se me despegaba del suelo y, por un segundo, noté crecer el pánico en mi pecho. Solté la cuerda y empecé a inclinarme de nuevo hacia la cabina, pero todos mis compañeros estaban apiñados en la puerta misma. Así, quedaba muy poco sitio para colarme dentro. Mientras el helicóptero empezaba a descender, noté que Walt me agarraba del chaleco con toda su fuerza. Con la otra mano, Walt sostenía el equipo del francotirador. Me incliné hacia atrás cuanto pude. Walt estaba prácticamente tumbado sobre mí, para mantenerme dentro.

«¡Hostia santa! Nos la pegamos», pensé yo.

Aquel violento giro situó mi puerta en la parte frontal, mientras el helicóptero empezó a deslizarse de lado. El muro del patio se nos venía encima. En lo alto, los motores, que antes zumbaban, ahora parecían chillar como si quisieran someter el aire a base de golpes, de modo que el aparato pudiera mantenerse en vuelo.

Cuando el helicóptero se deslizó de lado, el rotor de cola estuvo a punto de impactar contra la casa de los huéspedes. Antes de la misión, habíamos bromeado sobre el hecho de que nuestro helicóptero tenía menos posibilidades de estrellarse que ningún otro, porque muchos de nosotros ya habíamos sobrevivido a accidentes previos. Nos había parecido evidente que, si un helicóptero tenía que chocar, sería el que llevaba al *Tiza Dos*.

Se habían dedicado millares de horas/hombre, o quizá incluso millones, para llevar a Estados Unidos a este momento; y la misión estaba a punto de irse

al traste antes incluso de que tuviéramos la oportunidad de poner los pies en el suelo.

Traté de izar las piernas de golpe y abrirme algo más de paso hacia el interior de la cabina. Si el helicóptero impactaba en aquel flanco, quizá rodaría y me atraparía las piernas bajo el fuselaje. Echándome atrás cuanto podía, encogí las piernas contra el pecho. A mi lado, el francotirador también trató de apartar las piernas de la puerta, pero no quedaba sitio libre. No podíamos hacer nada más que esperar que el helicóptero no rodara sobre sí mismo y le cercenase la pierna expuesta.

Todo se ralentizó. Yo traté de expulsar de mi cabeza la idea de resultar aplastado. El suelo se iba aproximando segundo a segundo. El cuerpo entero se me puso en tensión, dispuesto para el inevitable impacto.

1

Green Team

Notaba cómo el sudor me resbalaba por la espalda y me empapaba la camisa. Iba avanzado lentamente por el pasillo de la *kill house** de nuestro centro de instrucción en Misisipi.

Era en 2004, siete años antes de ir a Abbottabad (Pakistán) a bordo de un Black Hawk, en la operación especial de asalto más histórica de toda la historia. Yo participaba en el curso de selección y entrenamiento para el Team Six (Equipo Seis) de los SEAL, el DEVGRU (Grupo de Desarrollo de las Operaciones Especiales de la guerra naval estadounidenses). Este curso de selección, de nueve meses, solía denominarse Green Team (Equipo Verde), y era el único obstáculo que se alzaba entre mi persona y los otros candidatos para ascender al DEVGRU de élite.

El corazón me latía acelerado y tenía que parpadear para quitarme el sudor de los ojos mientras seguía a mi compañero hacia la puerta. Respiraba fuerte y con dificultad, a la vez que trataba de expulsar de mi mente los pensamientos superfluos. Estaba nervioso y tenso; y así es como se cometían los errores. Necesitaba concentrarme, pero hubiera lo que hubiese dentro de la habitación en la que estábamos a punto de entrar, se quedaba en nada al lado del cuadro de instructores que nos observaban desde el puente.

Todos los instructores eran destacados veteranos de combate del propio DEVGRU. Escogidos para formar a los nuevos miembros, tenían mi futuro en sus manos.

—Concéntrate en llegar hasta la comida —me susurraba a mí mismo.

Era la única forma de controlar mi ansiedad. En 1998, superé el curso básico de demolición submarina para SEAL (conocido como BUD/S, por sus

* Instalación que recrea ambientes de interior para que los soldados puedan formarse en el combate en esa clase de espacios. Véase más adelante. (*N. de los t.*)

siglas inglesas) centrándome en llegar solo hasta la próxima comida. No importaba que no me sintiera los brazos mientras llevábamos troncos sobre la cabeza o si el frío oleaje me calaba hasta los huesos. No duraría para siempre. Hay un dicho que pregunta: «¿Cómo te comerías un elefante?» La respuesta es sencilla: «Mordisco a mordisco». La única diferencia era que mis mordiscos estaban divididos en comidas: llegar al desayuno, entrenar duro hasta la comida y concentrarme hasta la cena. Y así una y otra vez.

En 2004, yo ya era un SEAL, pero entrar en el DEVGRU sería la cima de mi carrera. Como unidad antiterrorista de la Armada, el DEVGRU protagonizaba misiones de rescate de rehenes, perseguía a los criminales de guerra y, desde los ataques del 11 de septiembre, daba caza y mataba a los mercenarios de Al-Qaeda en Afganistán y en Iraq.

Pero superar el Green Team no tenía nada de fácil. A mí ya no me bastaba con ser un SEAL. En el Green Team, pasar pelado suponía fracasar y el segundo lugar era el del primer perdedor. No se trataba de conseguir los mínimos, sino de pulverizarlos. El éxito, en el Green Team, suponía controlar el estrés y alcanzar el máximo rendimiento en todo momento.

Antes de cada día de formación, realizábamos un entrenamiento físico extenuante, consistente en carreras de larga distancia, flexiones de brazos en el suelo, flexiones en la barra fija y cualquier otra cosa que los sádicos instructores pudieran inventarse. Empujábamos coches y, en muchas ocasiones, incluso autobuses. Cuando llegamos a la *kill house* —una construcción diseñada ex profeso para el entrenamiento militar, a prueba de balas, formada por pasillos y habitaciones que se usaban para ensayar combates cuerpo a cuerpo—, ya teníamos los músculos muy cansados y doloridos. El objetivo era cansarnos hasta simular el estrés de una misión real, antes de probarnos en un entorno táctico exigente.

No había tiempo de echar un vistazo a los instructores mientras avanzábamos por el pasillo. Era el primer día de instrucción y todo el mundo tenía los nervios de punta. Habíamos empezado el entrenamiento del combate cuerpo a cuerpo a cuerpo tras un mes entero de formación de paracaidismo de gran altura en Arizona. Allí también se hizo evidente la necesidad de rendir a tope, pero cuando llegamos a Misisipi, se disparó.

Aparté de la cabeza aquella angustia y me concentré en la puerta que tenía ante mí. Era de contrachapado fino, sin picaporte. Estaba aporreada y rota, por los equipos anteriores, y mi compañero la abrió con facilidad con la mano enguantada. Nos detuvimos un segundo en el umbral, buscando los objetivos con la vista, antes de entrar.

La habitación era cuadrada, con paredes rugosas hechas con viejas traviesas de ferrocarril, para que absorbieran los disparos de las armas. Podía oír a mi compañero entrando por detrás de mí, mientras yo dibujaba un arco con mi fusil, en busca del objetivo.

Nada. La habitación estaba vacía.

—Avanzo —dijo mi compañero al tiempo que entraba en la estancia para despejar una esquina.

Instintivamente, me coloqué en posición para cubrirlo.

En cuanto empecé a moverme, oí cierto murmullo sobre nosotros, en las vigas. No podíamos detenernos, pero yo sabía que uno de los dos había cometido un error. Durante un segundo se me disparó el nivel de estrés, pero pronto me lo quité de la cabeza. No había tiempo de preocuparse por los errores. Quedaban habitaciones por despejar. No podía preocuparme por las equivocaciones de la primera habitación.

Volvimos al pasillo y entramos en la siguiente sala. Vislumbré dos blancos nada más entrar. A la derecha, vi la silueta de un matón con un pequeño revólver en la mano. Llevaba una sudadera y parecía un maleante sacado de una película de los años setenta. A la izquierda, se distinguía la silueta de una mujer que sostenía un bolso de mano.

Disparé contra el maleante a los pocos segundos de entrar en la habitación. La bala acertó de pleno. Avancé hacia él al tiempo que disparaba algunas balas más.

—Despejado —dije yo, y bajé la boca de mi arma.

—Despejado —respondió mi compañero.

—Pónganlos a salvo y déjenlos colgando —dijo uno de los instructores, desde arriba.

Había al menos seis instructores observándonos desde lo alto, desde una pasarela que recorría la *kill house* por arriba. Podían caminar sin riesgo por las pasarelas, vernos mientras nosotros despejábamos las habitaciones y, así, juzgar nuestra actuación. Buscaban hasta el menor de los errores.

Puse el seguro al fusil y me lo colgué a un lado del cuerpo. Con la manga, me sequé el sudor de los ojos. Aún me latía el corazón con fuerza, pese a que habíamos terminado. Los escenarios de entrenamiento eran muy sencillos. Todos sabíamos despejar habitaciones. Lo que nos distinguiría a unos de otros sería el modo en que despejásemos perfectamente una sala en una situación que imitaba el estrés de combate.

No había margen de error y, en aquel momento, yo no sabía con seguridad dónde habíamos fallado.

—¿Qué ha pasado con tu aviso de avance? —me dijo Tom, uno de los instructores, desde la pasarela.

No respondí. Asentí, sencillamente. Sentí vergüenza y decepción. Había olvidado dar la señal de avance a mi compañero, al entrar en la primera habitación, lo cual representaba una violación de la seguridad.

Tom era uno de los mejores instructores del curso. Su figura era muy fácil de reconocer porque tenía una cabeza enorme. Era gigantesca, como si albergara un cerebro grandísimo. Era su único rasgo físico distintivo; por lo demás, no llamaba la atención porque era apacible y parecía no enfadarse jamás. To-

dos lo respetábamos, porque era firme y justo al mismo tiempo. Cuando alguien cometía un error en su presencia, era como haberlo defraudado. Y en su cara yo podía leer la decepción que le había causado.

Sin gritarme.

Sin chillarme.

Con la sola mirada.

Vi cómo, desde arriba, me lanzaba esa mirada de: «¿En serio, tío? ¿Eso has hecho?».

Yo quería hablar o, al menos, intentar explicarme; pero sabía que no querrían oírme. Si ellos decían que alguien se equivocaba, es que se equivocaba. De pie allí abajo, en la habitación vacía, no había lugar a discusiones ni explicaciones.

—De acuerdo, lo apunto —contesté, indefenso y furioso conmigo mismo por haber cometido un error tan básico.

—Necesitamos más que eso —me dijo Tom—. Supéralo. Ve a la escalera.

Agarré el fusil, salí trotando de la *kill house* y eché a correr hacia una escalera de cuerda colgada de un árbol, a unos 300 metros de altura. A medida que ascendía por los travesaños de la escalera, uno a uno, me iba sintiendo cada vez más pesado. No era la camisa empapada en sudor o los 27 kilos de chaleco y equipo pegados al pecho.

Era el miedo al fracaso. A lo largo de mi carrera como SEAL, yo no había fracasado nunca.

Cuando llegué a San Diego, seis años antes, para la formación en el curso de BUD/S, nunca dudé de que lo conseguiría. Muchos de mis compañeros, de los otros candidatos que accedieron a la instrucción conmigo, fueron eliminados o se marcharon. Algunos no pudieron soportar las brutales carreras por la playa, o les vencía el pánico en los entrenamientos de buceo.

Como tantos otros alumnos del BUD/S, yo tenía claro que quería ser un SEAL desde los trece años. Había leído todos los libros que pude conseguir sobre los SEAL, seguí las noticias durante la Operación Tormenta del Desierto, atento a cualquier mención que se hiciera de ellos, y soñaba despierto con emboscadas y con aparecer en la playa en una misión de combate. Quería hacer todo lo que, desde pequeño, había leído en los libros.

Cuando hube terminado mis estudios en un pequeño centro de California, ingresé en el BUD/S y conseguí mi tridente SEAL en 1998. Tras estar destinado seis meses en los países de la costa del Pacífico y otro despliegue de combate en Iraq, en 2003-2004, estaba preparado para algo nuevo. Tuve noticia del DEVGRU durante mis dos primeros destinos. El DEVGRU era una colección de lo mejor que la comunidad SEAL podía ofrecer, y yo supe que jamás podría vivir tranquilo hasta que lo intentase.

Esta unidad antiterrorista de la Armada estadounidenses se creó a consecuencia de la Operación Garra de Águila, la misión que el presidente Jimmy Carter ordenó ejecutar en 1980 para rescatar a cincuenta y dos estadounidenses que permanecían presos en la embajada de Estados Unidos en Teherán (Irán); y que terminó en fracaso.

Tras la misión, la Armada se dio cuenta de que necesitaba una fuerza capaz de realizar con éxito aquel tipo de misiones especializadas y encargó a Richard Marcinko que desarrollase una unidad antiterrorista marítima, denominada SEAL Team Six (Equipo Seis). El grupo llevaba a cabo rescates de rehenes, además de infiltrarse en los países enemigos, en buques, bases navales y plataformas petrolíferas. Con el tiempo, las misiones se diversificaron y asumieron tareas para impedir la proliferación de armas de destrucción masiva.

En el momento en que Marcinko tomó el mando, solo existían dos equipos SEAL, y lo de «número 6» se escogió para que los soviéticos pensasen que la Marina tenía más grupos similares. En 1987, el SEAL Team Six se convirtió en el DEVGRU.

La unidad empezó con setenta y cinco hombres, escogidos uno a uno por Marcinko. Ahora, todos los miembros de la unidad son cuidadosamente seleccionados de entre los otros equipos SEAL y de las unidades del cuerpo de artificieros (EOD, en sus siglas inglesas). La unidad ha crecido de forma significativa, y cuenta con numerosos equipos de actuación, además del personal de apoyo; pero el concepto sigue siendo el mismo.

La unidad forma parte del Mando Conjunto de Operaciones Especiales (JSOC, en sus siglas inglesas). El DEVGRU colabora muy estrechamente con otros equipos de actuación especial de Estados Unidos, como los Delta Force del ejército de Tierra.

Una de las primeras misiones del DEVGRU fue en 1983, durante la operación Furia Urgente. Miembros de la unidad rescataron al gobernador general de Granada, Paul Scoon, durante la invasión del pequeño país caribeño que encabezó Estados Unidos después de que los comunistas tomaran el poder. A Scoon amenazaban con ejecutarlo.

Seis años después, en 1989, el DEVGRU se unió al Delta Force para apresar a Manuel Noriega en la invasión de Panamá.

Los miembros del DEVGRU formaron parte de la misión capitaneada por Estados Unidos en octubre de 1993, con el fin de capturar al caudillo somalí Mohamed Farrah Aidid, misión que acabó convirtiéndose en la batalla de Mogadiscio. La batalla se describe en el libro de Mark Bowden *Black Hawk derribado*.

En 1998, el DEVGRU persiguió a criminales de guerra bosnios, incluido Radislav Krstić, el general bosnio al que luego se acusó por su implicación en la masacre de Srebrenica, de 1995.

Desde el 11 de septiembre de 2001, los miembros del DEVGRU participaron en un ciclo de despliegues en Iraq y Afganistán, con el objetivo puesto

en Al-Qaeda y los comandantes talibanes. El comando recibió orden de introducirse de inmediato en Afganistán, justo después del 11 de septiembre de 2001, y sus agentes fueron responsables de algunas de las misiones más complicadas, como el rescate de Jessica Lynch en Iraq, en 2003. Misiones como esta y el hecho de que ellos son los primeros a quienes se llama fue lo que me motivó.

Antes de poder examinarse en el Green Team, hay que ser un SEAL, y la mayoría de candidatos suele haber realizado dos despliegues. Esto significa, generalmente, que el candidato dispone de la habilidad y experiencia necesarios para terminar el curso de selección.

Mientras ascendía por los travesaños de aquella escalera, bajo el calor de Misisipi, no podía dejar de pensar en cómo había estado a punto de suspender el propio proceso de selección, de tres días, antes incluso de empezar el curso en sí.

Las fechas de la prueba coincidían con el entrenamiento de combate terrestre de mi unidad. Yo estaba en el campamento de Pendleton, en California, oculto tras un árbol, observando a los marines mientras estos construían un campamento base. Era 2003 y hacía una semana que había empezado el bloque de instrucción de reconocimiento, cuando recibí órdenes de regresar a San Diego para empezar la prueba de tres días. Si tenía la gran suerte de que me seleccionasen, comenzaría el entrenamiento de nueve meses en el Green Team. Y si conseguía superar esta última prueba, ingresaría en las filas del DEVGRU.

Yo era el único de mi sección que lo intentaría. También iba a la prueba un amigo de otra sección. Mientras estábamos de camino, ambos nos lavamos la cara para quitarnos la pintura verde. Vestidos aún con nuestros uniformes de camuflaje, olíamos a sudor y a repelente de insectos, tras pasar varios días en el campo. Me dolía el estómago, después de haberme alimentado solo de raciones de campaña (las conocidas como MRE), e intenté hidratarme sorbiendo agua mientras conducíamos. No estaba en las mejores condiciones físicas, pero sabía que la primera parte de la prueba consistía en exámenes de esa clase.

A la mañana siguiente, estábamos en la playa. El sol asomaba por el horizonte cuando terminé la carrera, de 6 kilómetros y medio. Tras un breve descanso, me uní al resto de candidatos (unas dos docenas) en una línea dibujada sobre un suelo de cemento. Soplaba brisa del Pacífico y aún quedaba en el aire cierto frescor de la noche precedente. En cualquier otro momento, habría sido un hermoso amanecer en la playa. Pero yo ya estaba cansado, después de la carrera, y aún nos quedaban las flexiones, las abdominales y los ejercicios en la barra, antes de nadar.

Superé sin dificultades la prueba de flexiones, pese a la quisquillosa inspección del instructor a cada repetición. Todos los ejercicios tenían que ser

perfectos, o no contaban. Me giré de espaldas y me preparé para la prueba de abdominales.

Estaba verdaderamente cansado cuando acabé con las primeras.

El tiempo que había pasado en el campamento no había ayudado a mi capacidad de resistencia. Empecé con buen ritmo, pero lo perdí cuando el instructor se detuvo a mi lado y comenzó a repetir algunos de los números de mis ejercicios.

—Diez, diez, diez —decía—. Diez, once, doce, doce.

Mi técnica no estaba siendo impecable. Él repetía los números de las que no eran perfectas. Cada vez que él repetía un número, yo me avergonzaba aún más. Me estaba cansando, pero sin conseguir acercarme más al nivel que exigía la prueba.

—Un minuto.

Cuando llegó el aviso, yo iba bastante atrasado y me estaba quedando sin tiempo a pasos agigantados. Si fallaba en las abdominales, se acabó. La inseguridad fue ganando terreno en mi mente. Empecé a pensar en excusas idiotas, como que estaba mal preparado porque había estado entrenando con mi unidad, en lugar de prepararme para esta prueba.

—Treinta segundos.

Cuando solo quedaba medio minuto, aún iba diez abdominales por debajo del mínimo exigido. A mi lado, otro tipo ya había superado esta cifra y seguía subiendo lo más rápido que podía. La cabeza me daba vueltas y no podía creer que estuviera fallando. Me obligué a expulsar de mi cabeza aquellas ideas venenosas y me concentré en la técnica. Al poco ya recuperaba terreno.

—Diez segundos.

Estaba cerca. Me dolía el estómago. Jadeaba. El miedo sustituyó a la fatiga. Estaba en estado de *shock*. No podía fallar. En ningún caso podría volver a mi sección sabiendo que ni siquiera había superado la prueba física.

—Cinco, cuatro, tres...

En el momento en que el instructor anunció el final, terminé mi última abdominal. Pasé por los pelos: superé el mínimo por dos míseras abdominales. Estaba agotado, pero aún me quedaban las flexiones en la barra. Mientras caminaba hacia la barra, haberme visto tan cerca del fracaso me asustó e hizo que me subiera la adrenalina, de modo que pude superar las flexiones de barra sin problemas.

La última prueba era de natación, en la Bahía de San Diego. El agua estaba tranquila. Llevábamos trajes de neopreno, así que no noté que el agua estuviera fría. Empecé fuerte. Uno de los chicos que se presentaba al examen había sido nadador de la Academia Naval y me sacaba un buen trecho, pero yo iba en segundo puesto. Seguí tirando hacia delante, pero tenía la sensación de ir despacio. Era como si nadase dentro de una rueda de molino.

Cuando llegué a la meta, los instructores me dijeron que no lo había logrado. Resultó que todo el mundo, salvo el nadador de la Academia, había sus-

pendido. Eso llamó la atención de los instructores, que revisaron el calendario de mareas. Tras un rápido estudio de las corrientes, nos dijeron que habíamos estado nadando contracorriente.

—Mañana repetiremos toda la prueba —nos comunicaron, para mi alivio.

Parte del reto está en que, para cuando llegas a cada ejercicio, ya estás cansado. Por lo tanto, no podíamos repetir la prueba de natación sin más. Yo sabía que debería realizar otra vez las abdominales y, en el fondo, era consciente de que no me pondría a tono en una noche.

Era una cuestión psicológica.

Al día siguiente, entré decidido a no perder comba, y conseguí una puntuación que me permitía aprobar el corte. Pero sabía que no era una gran puntuación y me preocupaba cómo me recibirían en la prueba oral, al día siguiente. Haber superado el nivel mínimo no significaba nada, en el conjunto del programa. Se trataba de un curso de selección para escoger a los mejores de entre los mejores, y yo no estaba demostrando a los instructores que estuviera preparado.

Llegué a la entrevista temprano, vestido con mi uniforme azul y todas mis condecoraciones y medallas. Me había cortado el pelo el día anterior y me aseguré de llevar un afeitado apurado. Parecía una ilustración sacada de un manual sobre uniformes. Aquel era uno de los pocos días en los que era importante para un SEAL llevar un corte de pelo reciente, unos zapatos abrillantados y un uniforme planchado. Al menos, los instructores tendrían algo menos con lo que meterse durante la reunión.

Dentro de la sala de conferencias, en el otro extremo, había una mesa larga. Sentados ante ella había media docena de capitostes, un psicólogo que nos había examinado el segundo día de las pruebas y un asesor laboral. Frente al tribunal había una única silla. Caminé hacia el interior de la habitación y me senté.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, se turnaron para interrogarme. Jamás me había visto sometido a tanta presión. Yo ignoraba que, antes de mi llegada, el tribunal ya había hablado con mi jefe de sección y mi comandante en el SEAL Team Five (Equipo Cinco). Ya tenían una idea de quién era yo; ahora tenían la oportunidad de evaluarme en persona.

Aún hoy no puedo recordar quién estaba en mi tribunal. Para mí, no eran más que agentes de alto rango con mi futuro en sus manos. De mí dependía convencerlos de que me seleccionasen.

Pero los pobres resultados de mi examen físico no me ayudaban.

—¿Sabe usted a qué opta? —me preguntó uno de los jefes—. ¿Sabe usted qué intenta lograr? Esta ha sido la prueba de ingreso. Se quiere preparar para jugar en el primer equipo y ¿esto es todo lo que nos muestra?

No vacilé. Sabía que me iban a dar por este lado y que solo tenía una carta para responder.

—Asumo toda la responsabilidad —dije yo—. Me avergüenza sentarme aquí habiendo logrado este resultado en las pruebas físicas. Todo lo que puedo decirles es que si me presento aquí, si me seleccionan, esos resultados no se repetirán jamás. No les voy a dar excusas. Ha sido cosa mía. Cosa mía y de nadie más.

Escruté sus rostros para ver si me habían creído. No dieron muestras de nada. Todo eran miradas vacías. Prosiguió la descarga de preguntas, preparadas para desestabilizarme. Querían comprobar si podía mantener la compostura. Si no podía sentarme en una silla y responder a preguntas como ¿qué iba a hacer bajo el fuego? Si querían que me sintiese incómodo, lo consiguieron; pero por encima de todo, me sentía avergonzado. Allí estaban los hombres a quienes admiraba y aspiraba a emular; y allí estaba yo también, un joven SEAL que apenas había superado la prueba de abdominales.

Al final de la entrevista, me ordenaron que me retirara.

—Durante los siguientes seis meses le haremos saber si ha sido seleccionado.

Al salir de la habitación, creí tener un cincuenta por cien de posibilidades de conseguirlo.

De vuelta en el campamento de Pendleton, me embadurné la cara con pintura verde y entré disimuladamente en el campo para unirme a mis compañeros en los últimos días de entrenamiento.

—¿Cómo fue? —me preguntó mi jefe cuando me uní al equipo.

—No lo sé —le respondí.

No le conté a nadie nada de la prueba física. Sabía que había muchas probabilidades de no superarla.

Me encontraba en pleno despliegue con el SEAL Team Five en Iraq cuando recibí, por fin, las noticias. Mi jefe de sección mandó llamarme al centro de operaciones.

—Has pasado la prueba —me dijo—. Recibirás órdenes para entrar en el Green Team cuando volvamos.

Quedé conmocionado, porque me había ido preparando para lo peor. Me había metido en la cabeza que tendría que presentarme otra vez. Ahora que me habían seleccionado, estaba obligado a no cometer los mismos errores. Sabía que me presentaría al Green Team preparado.

2

Los cinco mejores y los cinco peores

Mientras corría de regreso de la escalera, en el húmedo verano del Misisipi, los pulmones me ardían y las piernas me dolían. Era un dolor menos físico que relacionado con el orgullo. La estaba cagando. La presión que yo mismo me imponía era peor que todo cuanto me habían dicho los instructores. El error que había cometido en la *kill house* se debía a que había perdido la concentración, algo que sabía que era inaceptable. Sabía que no permanecería en el curso por mucho más tiempo si no lograba distanciarme de la presión y concentrarme en las tareas a mi alcance. A los candidatos se los podía expulsar del curso cualquier día.

Corrí de vuelta y me planté frente a la casa. Podía oír el tableteo de los fusiles en el interior, mientras otros equipos despejaban habitaciones. Contábamos con unos pocos minutos para recuperar el aliento antes de entrar de nuevo, para otra repetición más.

Cuando volví, Tom había bajado de la pasarela y estaba fuera. Me llevó a un lado.

—Oye, hermano —dijo—. Ahí dentro has hecho exactamente lo que debías: has cubierto a tu colega; pero no avisaste de que te movías.

—Comprendido —dije yo.

—Tío, ya sé que en tu mando anterior hacíais las cosas a vuestra manera, y quizá ahí no necesitabas avisar de estas cosas —dijo Tom—. Pero aquí queremos un cuerpo a cuerpo de manual y lo queremos con la retórica que hemos pedido. Si tienes la suerte de completar esta instrucción y pasar a un escuadrón de asalto en la segunda cubierta, créeme, ahí no haréis el cuerpo a cuerpo básico. Pero aquí, bajo presión, tenéis que demostrarnos que podéis cumplir incluso con el cuerpo a cuerpo más simple. Tenemos unas normas y nadie se puede mover sin aviso de movimiento.

La «segunda cubierta» era el sitio donde actuaban todos los escuadrones de asalto al volver al mando de Virginia Beach. Durante nuestros primeros días

en el Green Team, nos dijeron que no se nos permitía subir al segundo piso del edificio. Quedaba vedado hasta la graduación.

Así pues, llegar a la segunda cubierta era el objetivo. El premio.

Asentí con la cabeza y recargué mi fusil.

Aquella noche cogí una cerveza fría y extendí sobre la mesa mi equipo de limpieza. Di un buen sorbo y saboreé el hecho de haber sobrevivido: otro mordisco al elefante del cuento. Estaba un paso más cerca de la segunda cubierta.

Durante nuestro bloque de instrucción en el combate cuerpo a cuerpo, vivimos en dos grandes casas situadas cerca del campo de tiro y la *kill house*. En lo esencial, eran unos cuarteles enormes, castigados a lo bestia después de cientos de rotaciones de instrucción de los SEAL y las Fuerzas Especiales. Las habitaciones estaban repletas de literas, pero yo pasaba la mayor parte de mi tiempo abajo, en la zona de ocio. Había una mesa de billar y un televisor de pantalla grande, de los años ochenta, sintonizado por lo general en un canal deportivo. Era más bien un ruido de fondo mientras los chicos limpiaban sus armas o jugaban al billar e intentaban relajarse.

La comunidad SEAL es pequeña. Todos nos conocemos o, como mínimo, hemos oído hablar unos de otros. Desde el día en que te plantas en la playa para empezar el curso de BUD/S, te estás forjando una reputación. Desde el primer día, todo el mundo habla de la reputación.

—Te he visto hoy en la escalera —me dijo Charlie al tiempo que preparaba las bolas para otra partida de billar—. ¿Qué coño has hecho?

Charlie era un grande, tanto en estatura como en ingenio. Era un tío inmenso, con manos del tamaño de palas y unos hombros gigantescos. Mediría cosa de 1,93 metros y pesaba algo más de 100 kg. Tenía la boca tan grande como el cuerpo y lanzaba siempre, día y noche, un chorro constante de tacos y amenazas.

Lo llamábamos «el Matón».

Antiguo marinero de cubierta, Charlie creció en el Medio Oeste estadounidense y se incorporó a la Marina después de graduarse. Antes de entrar en el BUD/S, pasó cerca de un año rascando pintura y armando bulla con los otros miembros de la tripulación. Según el propio Charlie, salir con la flota era como estar en una banda. Contaba historias de peleas en el barco, en el puerto o navegando. Odiaba quedarse en el barco y lo que más ansiaba era convertirse en SEAL.

Charlie era uno de los candidatos más notables de la clase. Siempre demostraba viveza y agresividad, y no le perjudicaba precisamente que su último trabajo, antes del Green Team, fuera como instructor en combate cuerpo a cuerpo para los equipos SEAL de la Costa Este. Las *kill houses* le resultaban un sitio natural y, por si fuera poco, era un tirador excelente.

—No avisé de que me movía —dije.

—Sigue por ahí y volverás a San Diego, a seguir con el bronceado —me dijo—. Al menos, estarás listo para el calendario del año que viene.

Hay dos bases de los SEAL: la de San Diego, en California, y la de Virginia Beach, en Virginia. Entre los dos grupos existía una sana rivalidad, generada ante todo por la geografía y la demografía. La diferencia entre los equipos, propiamente dichos, es mínima. Los equipos de una y otra costa realizaban las mismas misiones y adquirían el mismo conjunto de aptitudes. Pero los SEAL de la Costa Oeste tienen fama de surferos despreocupados, y a los chicos de la Costa Este se los tiene por reaccionarios de campo, vestidos con monos tipo Carhartt.

Yo era un SEAL de la Costa Oeste, por lo que el trato con Charlie se traducía en un régimen de pullas constantes, sobre todo en torno del dichoso calendario.

—¿Lo pillas, *Mr.* Mayo? —dijo Charlie, burlón.

Yo no aparecí en esas páginas, pero hace algunos años, varios compañeros sacaron un calendario para beneficencia. Las imágenes eran para morirse de vergüenza: fotos de tíos sin camiseta, en la playa o cerca de los barcos de cascos grises de San Diego. La idea quizá contribuyera a dar de comer a los pobres o combatir el cáncer, pero acarreó años de cachondeo de los equipos de la Costa Este.

—Nadie quiere hacer un calendario de blancos paliduchos de la Costa Este —le dije—. Lo siento mucho si nos quitamos las camisetas para disfrutar del sol y el buen tiempo de San Diego.

Era una batalla que no iba a terminar nunca.

—Mañana lo aclaramos en el campo de tiro —dije.

Mi reserva disparaba sin descanso. Yo carecía del ingenio necesario para enfrentarme a Charlie o los demás picos de oro del Green Team. Todos sabían que mis chistes siempre eran flojos. Era mejor retirarse a tiempo y luego hacer cuanto pudiera para, al día siguiente, disparar más que ellos. Yo era un buen tirador, con puntería superior a la media, puesto que durante mi infancia, en Alaska, se puede decir que había crecido con un arma en la mano.

Mis padres nunca me dejaron jugar con armas de juguete porque, cuando terminé la escuela primaria, ya llevaba un rifle del 22. Desde bien pronto, estuve al tanto de la responsabilidad de manejar un arma de fuego. Para nuestra familia, las armas eran simples herramientas.

—Hay que respetar el arma y respetar lo que puede hacer —me decía mi padre.

Me enseñó a disparar y a manejar el rifle con seguridad. Pero eso no suponía que no aprendiera esa misma lección por la vía del error, antes de que me quedara grabado del todo.

Tras un viaje de caza con mi padre, hacía tanto frío que no me sentía capaz de quedarme a limpiar los rifles ahí fuera. Me uní al resto de la familia, dentro de la casa. Mi madre estaba en la cocina, preparando la cena; y mis hermanas, en la mesa de la cocina, jugando.

Me quité los guantes y empecé a limpiar el rifle. Mi padre me había enseñado a limpiar la recámara varias veces, haciendo hincapié en la seguridad. Primero, se saca el cargador; luego se hace salir cualquier bala pendiente antes de mirar en la recámara y, por último, se dispara en seco en una dirección segura y contra el suelo.

En esta ocasión en concreto, no prestaba atención y sin duda pasé una bala a la recámara antes de sacar el cargador. Apunté el arma hacia el suelo, le quité el seguro y apreté el gatillo. La bala explotó desde el cañón y se enterró en el suelo, frente al horno de leña. No había prestado atención porque estaba intentando entrar en calor. El eco de la explosión resonó por toda la casa.

Me quedé helado.

El corazón me latía con tanta fuerza que me dolía el pecho. Me temblaban las manos. Volví la vista hacia mi padre, que miraba el minúsculo agujero del suelo. Mi madre y mis hermanas vinieron corriendo para ver qué había pasado.

—¿Estás bien? —preguntó mi padre.

Tartamudeé que sí y comprobé el rifle para ver que estaba vacío. Con las manos aún temblorosas, dejé el arma.

—Lo siento —dije—. Olvidé comprobar la recámara.

Sentía, sobre todo, vergüenza. Sabía cómo debía manejar el rifle, pero había actuado con descuido pensando solo en entrar en calor. Mi padre limpió su propio rifle y colgó su abrigo. No estaba enfadado. Solo quería asegurarse de que yo sabía qué había ocurrido.

Se arrodilló a mi lado, con mi rifle, y repasamos una vez más todos los pasos.

—¿Qué has hecho mal? Cuéntame qué has hecho —me dijo.

—Sacar el cargador. Vaciar la recámara. Comprobar que está vacía. Quitar el seguro y apretar el gatillo en una dirección sin peligro.

Le mostré cómo se limpiaba correctamente, un par de veces, y luego colgamos el rifle en su lugar, junto a la puerta. Basta con una vez para joder las cosas. Yo aprendí de aquella historia. Fue una gran lección que ya no olvidé nunca.

Igual que tampoco olvidé nunca, tras aquel día en la *kill house*, ningún otro aviso de movimiento.

El programa diario del Green Team, durante la sección de combate cuerpo a cuerpo, empezaba al amanecer. Hacíamos ejercicio, como clase, cada mañana. Luego, durante el resto del día, la mitad del grupo de treinta hombres acudía al campo de tiro, mientras la otra mitad trabajaba en la *kill house*. Al mediodía, cambiábamos.

Los campos de tiro estaban entre los mejores del mundo. No se trataba de la clase de campo básico en el que disparas contra los blancos desde una línea. No. Corríamos superando obstáculos, disparábamos desde el armazón de coches incendiados, y hacíamos un conjunto de flexiones en la barra antes de correr a disparar contra una serie de objetivos. Parecíamos estar siempre en movi-

miento. Ya controlábamos lo básico, ahora aprendíamos a disparar en combate. Los instructores se esforzaban por mantener alto nuestro ritmo cardíaco, de modo que tuviéramos que controlar la respiración mientras tirábamos.

Nuestra instalación de entrenamiento disponía de dos *kill houses*. Una la habían hecho con traviesas de tren amontonadas. Tenía unos pocos pasillos largos y habitaciones cuadradas y sencillas. La más nueva era modular y podía reconfigurarse para que se pareciera a salas de conferencia, baños e incluso salones de baile. Era raro que viéramos la misma disposición más de una vez. El objetivo era echarnos algo nuevo cada día, para ver cómo lo resolvíamos.

El ritmo de instrucción era rápido. Los instructores no esperaban a que nadie cogiera el ritmo de la cabeza. Era un tren en marcha y, si no te subías el primer día, lo más probable era que terminaras volviendo a tu unidad anterior en muy poco tiempo. Como en un *reality show*, cada semana éramos menos, a medida que los chicos iban cayendo. Todo contribuía a prepararnos para el mundo real y descubrir al «Hombre gris» de turno. Era la clase de hombre que se fundía con el grupo: nunca el mejor, pero tampoco el peor; el Hombre gris siempre cumplía con lo esperado, sin superarlo casi nunca, y permanecía invisible. Para erradicarlo del grupo, los instructores nos daban unos pocos minutos al terminar la semana, con el fin de realizar clasificaciones de nuestros compañeros.

Nos sentábamos a mesas de pícnic, muy gastadas, debajo de un toldo, y los instructores nos daban a cada uno una hoja de papel.

—Los cinco mejores y los cinco peores, caballeros —decía uno de los instructores—. En cinco minutos.

Cada uno de nosotros tenía que componer una lista, anónima, de los cinco que rendían mejor y peor en la clase. Los instructores no nos veían todas las horas del día, por lo que el cinco mejores/cinco peores les permitía tener una idea más clara de quién estaba saliéndose de verdad. Un candidato podía ser un excelente tirador y actuar a la perfección en la *kill house*, pero fuera de la instrucción ser una persona con la que resultaba difícil trabajar o convivir. Los instructores cogían nuestras listas de cinco mejores/cinco peores y las comparaban con las suyas propias. Nuestra valoración contribuía al destino de un candidato porque dibujaba una imagen más clara de cada estudiante.

Al principio, era bastante obvio quiénes eran los cinco peores de la clase. Era fácil ver los eslabones más débiles. Pero cuando aquellos chicos empezaron a desaparecer, ya no era tan sencillo elegir a los cinco de abajo.

Charlie estuvo siempre entre mis cinco mejores. Igual que Steve. Como Charlie, Steve era un SEAL de la Costa Este. Yo solía andar con ellos dos durante los fines de semana y en nuestros viajes de entrenamiento.

Cuando Steve no estaba manos a la obra, estaba leyendo, sobre todo ensayos y estudios, con especial énfasis en la política y los acontecimientos actuales. También tenía una cartera de acciones importante, que revisaba en su portátil

durante las escasas horas de descanso. No solo era un SEAL excelente, sino que también podía hablar de política, inversiones y fútbol, todo al mismo nivel.

Era robusto; no se parecía tanto a un nadador, delgado, como a un *linebacker*, el defensor de apoyo del fútbol americano. Charlie solía bromear diciendo que Steve tenía aspecto de marmota.

Era uno de los pocos que acostumbraba a golpearme en el culo con una pistola. Al terminar cada día, yo siempre comprobaba su puntuación, para ver si me había ganado. Como Charlie, Steve había sido instructor de combate cuerpo a cuerpo en los equipos de la Costa Este antes de acceder al Green Team. Había participado en tres despliegues y era uno de los pocos tíos de la Costa Este con alguna experiencia de combate. En aquella época, solo los equipos de la Costa Oeste se habían desplegado en Iraq o Afganistán. Steve había estado en Bosnia a finales de los años noventa, y su equipo había entrado en combate; uno de los pocos en tal situación antes del 11 de septiembre.

Charlie y Steve siempre parecían terminar en lo alto de mi lista. A medida que iban desapareciendo más chicos, la tarea resultaba cada día más difícil.

—Encontrar a los cinco peores me está jodiendo vivo —le dije a Steve una noche.

Los dos estábamos sentados a una mesa en el edificio del campo de tiro, limpiando nuestros rifles.

—¿Quiénes fueron tus cinco peores la semana pasada? —me preguntó.

Solté algunos nombres, muchos de los cuales también estaban en la lista de Steve.

—No sé a quién cargarme esta semana —dije.

—¿Alguna vez has pensado ponerte tú ahí abajo? —dijo Steve.

—Tengo tres nombres. Y los otros dos, no sé —dije—. Supongo que podríamos incluirnos a nosotros mismos. No quiero ponerle la cruz a nadie más.

Pero yo tampoco creía que ninguno de nosotros lo estuviera haciendo mal en la clase.

—Yo me arriesgaré —dijo Steve—. Necesitamos cinco nombres.

Unas pocas semanas antes, habíamos intentado dejar en blanco los cinco puestos de los peores. Como clase, decidimos rebelarnos y plantar cara a los instructores. No duró mucho: pasamos el resto de la noche corriendo y empujando coches, hora tras hora, en lugar de descansar después de un largo día de instrucción.

Aquel viernes, incluí mi propio nombre entre los cinco peores. Steve hizo lo mismo. Quería defender aquello en lo que creía. Steve era un líder entre la clase y, cuando exponía sus ideas, los chicos lo escuchaban.

Al terminar el bloque de instrucción en combate cuerpo a cuerpo en Misisipi, habíamos perdido a un tercio de la clase. Los chicos que desaparecían no podían procesar la información con la rapidez necesaria para adoptar la decisión correcta en una fracción de segundo. No era que fueran malos, porque

muchos se apuntaron de nuevo y lograron aprobar al segundo intento. Los que no, volvieron a sus equipos habituales, donde, por lo general, destacaban.

En el comando corría el rumor de que, si pasabas el bloque de instrucción en cuerpo a cuerpo, tenías más del cincuenta por cien de probabilidades de aprobar el Green Team. Los instructores habían oído el mismo rumor y así, cuando volvimos a Virginia Beach, mantuvieron la presión, para que nunca olvidáramos que aún estábamos muy lejos de haber acabado.

Solo llevábamos tres meses de un curso de instrucción que duraba nueve. Los seis siguientes no serían nada más fáciles. Después del combate cuerpo a cuerpo, seguíamos entrenándonos en la materia de irrupción con explosivos, guerra terrestre y comunicaciones.

Una de las tareas básicas de los SEAL es el abordaje de barcos «en movimiento». Nos pasábamos semanas practicando el abordaje de toda una serie de embarcaciones, desde transatlánticos hasta cargueros. Aunque pasábamos mucho tiempo en Afganistán e Iraq, debíamos ser competentes en el agua. Ensayábamos operaciones de «acceso a playa», en las que cruzábamos a nado la zona de rompientes, patrullábamos en la playa y realizábamos una incursión. Después, desaparecíamos en el océano, enlazando con los botes costeros.

Durante el último mes de instrucción, practicábamos actuar como equipos de seguridad de las personas calificadas como «VIP». El primer destacamento de seguridad del presidente afgano Hamid Karzai estuvo formado por SEAL del comando. También seguimos un curso avanzado de Supervivencia, Evasión, Resistencia y Huida (SERE, por sus siglas inglesas).

La clave del curso era controlar el estrés.

Los instructores nos mantenían a todos cansados y con los nervios a flor de piel, para obligarnos a adoptar decisiones importantes en las peores condiciones. Era el único modo en que los instructores podían imitar el combate. El éxito o fracaso de nuestras misiones era un reflejo directo de cómo cada agente podía procesar la información en un entorno angustiante. El Green Team era distinto del BUD/S, porque yo sabía que no habría bastante con nadar lo suficiente, o correr y pasar frío sin abandonar.

En el Green Team, lo importante era la fortaleza mental.

Durante este tiempo, también aprendíamos la cultura del comando. A lo largo de todo el Green Team, teníamos un sistema que simulaba lo que viviríamos en la segunda cubierta, con llamadas que exigían presentarse en una hora. Si nos llamaban, el «busca» sonaba y teníamos una hora para volver al trabajo y confirmar nuestra presencia. Cada día, a las seis, recibíamos un mensaje de prueba. Los buscas se convirtieron en otra de las formas de presión que empleaban los instructores. En varias ocasiones, el aparato avisó, instándonos a empezar a trabajar, antes del amanecer.

Cierto domingo, hacia la medianoche, mi busca sonó. Esforzándome aún por sacudirme el sueño de la cabeza, llegué prontamente a la base, donde me dijeron que me pusiera el equipo de entrenamiento físico y permaneciera en alerta. Íbamos a realizar un examen de nuestra forma física.

Se suponía que no debíamos permanecer más de una hora fuera y que tampoco podíamos beber hasta emborracharnos. Debíamos ser capaces de entrar en acción cuando se nos llamara. Podíamos recibir un mensaje y encontrarnos en un avión con destino a cualquier parte del mundo en cuestión de unas horas.

Pronto, fueron llegando también mis compañeros. A algunos, parecía que les habían cortado una excursión al bar.

—¿Estás bebido, ahora? —oí que un instructor preguntaba a otro candidato.

—Claro que no. Solo me he tomado una cerveza aquí en la casa —dijo.

La hora iba pasando y aún no veía a Charlie por ninguna parte.

Se presentó tarde, unos veinte minutos. Los instructores estaban enfadados con él. En el trayecto de regreso, le habían multado por exceso de velocidad, lo cual solo había contribuido a retrasarle aún más. Por fortuna, todo quedó en una reprimenda verbal de los instructores y Charlie pudo continuar en la clase.

A falta de tan solo unas semanas para que culminaran los nueve meses de instrucción, empezamos a oír rumores sobre la incorporación a las filas. Para llenar los escuadrones, los instructores puntuarían a toda la clase y luego los suboficiales en jefe de los escuadrones de asalto se sentaban en torno de una mesa e iban eligiendo a nuevos miembros de entre mi clase del Green Team.

Los distintos escuadrones estaban en un estado de flujo constante, pues pasaban del destino en ultramar a meses de instrucción y luego meses de espera en estado de alerta, durante los cuales podían recibir la llamada a desplegarse en cualquier momento.

Tras la llamada a filas, los instructores del Green Team publicaron una lista. Una buena parte de mis amigos —incluidos yo mismo, Charlie y Steve— iríamos al mismo escuadrón.

—Eh, felicidades —dijo Tom, cuando me vio mirando la lista—. Cuando acabe con mi etapa de instructor, volveré a ese escuadrón, como jefe de equipo.

Los SEAL se despliegan en cualquier rincón del mundo y en cualquier momento. El núcleo de cada escuadrón son los *equipos*, dirigidos cada uno por un SEAL de la tropa, pero de mayor graduación, e integrados por media docena de hombres cada uno («operadores»). Los equipos forman *pelotones*, comandados por un teniente; y varios pelotones forman un *escuadrón*, dirigido por un comandante. Los escuadrones de asalto del DEVGRU cuentan asimismo con analistas de espionaje y personal de apoyo.

Cuando llegas a un equipo, te esfuerzas para ir subiendo lentamente a lo

largo de la cadena. La mayor parte del tiempo te quedas en el mismo equipo, salvo que te aprovechen como instructor en el Green Team o te empleen en alguna labor adicional.

Al día siguiente de la llamada a filas, subí mis pertrechos a la segunda cubierta. Seguí a Steve y Charlie hasta la sala del equipo de escuadrón. Esta habitación era amplia, con un pequeño bar y una zona de cocina en un rincón. Todos habíamos traído una caja de cervezas, lo que era tradición cuando te presentabas por primera vez al escuadrón.

Nuestro escuadrón se preparaba para quedar en estado de alerta y, más adelante, desplegarse en Afganistán. Algunos de mis compañeros del Green Team ya estaban empaquetando sus cosas y desplegándose como nuevos miembros de asalto con sus respectivos escuadrones.

A lo largo de una de las paredes, había oficinas para el comandante y el suboficial en jefe. Una mesa enorme ocupaba la mayor parte de la sala, con otras mesas menores, provistas de ordenadores, en el perímetro. En una pared colgaban las pantallas planas usadas para los informes. El resto del espacio mural estaba lleno de placas de otras unidades (como el SAS, las fuerzas especiales de Australia) y recuerdos de misiones pasadas. En una placa se habían colgado una capucha ensangrentada y unas esposas de plástico, después de que el escuadrón capturase a un criminal de guerra bosnio, en los años noventa. También estaba colgada en la pared la ametralladora ligera del suboficial de primera Neil Roberts, que había caído de un helicóptero Chinook después de que, al poco de empezar la guerra de Afganistán, dos proyectiles de lanzagranadas alcanzaran la aeronave durante la operación Anaconda. Roberts murió a manos de combatientes talibanes.

Mientras formábamos a la cabeza de la mesa, me fijé en todos aquellos hombres curtidos, de pelo largo y barba. Sus brazos estaban cubiertos de tatuajes, en su mayor parte, y solo unos pocos vestían uniforme. Cuando nos acercábamos al final del Green Team, todos empezamos a dejarnos crecer el pelo y la barba. Las normas de peluquería han cambiado varias veces a lo largo de los años, pero en esta fase de la guerra, la gente estaba menos preocupada por el corte de pelo que por las acciones que emprendíamos en el campo de batalla. Formábamos un grupo de profesionales de lo más variopinto. Todos procedíamos de entornos distintos, y teníamos aficiones e intereses particulares; pero todos compartíamos la voluntad de sacrificar nuestro tiempo e incluso nuestras vidas por un bien mayor.

En la sala del equipo, nos hicieron presentarnos y contar una breve biografía. Charlie, nuestro «Matón», fue el primero en hablar; apenas dijo cómo se llamaba, los mayores lo recibieron con un coro de abucheos y burlas.

—¡Cierra el pico! ¡Pasamos de eso! —gritaban.

A todos nos recibieron igual. Pero luego, los tíos nos dieron la mano y nos ayudaron a desempaquetar el equipo. Era en son de broma y, además, a todos

nos sobraba el trabajo como para preocuparnos por eso. Había una guerra en marcha y no podíamos perder el tiempo por el modo en que se trataba a los novatos.

Yo me sentí en casa.

Era la clase de grupo en el que ansiaba estar desde que me incorporé a la Armada. Aquí, no había límites para lo bueno que pudieras ser y lo mucho que pudieras aportar. Todo mi temor al fracaso se convirtió en deseo de actuar bien y destacar.

Lo que había aprendido durante los tres días de prueba física, más de un año atrás, era aún más cierto en el escuadrón: no bastaba con cumplir con lo esperado.

Mientras desempaquetaba mi equipo, comprendí que debía ponerme a prueba una vez más. Que hubiera superado el Green Team no suponía una mierda. Todos los demás tíos de aquella sala habían completado el mismo curso. Así, me prometí que sería un valor para el equipo y me partiría el culo con ese fin.

3

La segunda cubierta

Unas semanas antes de que, según las previsiones, fuéramos a Afganistán, imprimí la lista de lo que debía llevar. Era el año 2005 y yo me preparaba para mi primer destino en este país de Asia central. En el SEAL Team Five, mi único destino de combate había sido Iraq. De pie junto a la impresora, miraba cómo salía el papel. Al cabo de seis páginas de interlineado sencillo, empecé a reunir mi equipo. La lista que se nos proponía decía, en pocas palabras, que nos lo llevásemos todo.

Actuábamos aplicando un sistema de dirección tácito, lo que llamamos las reglas del «ya eres mayor», y esto significaba que no había muchas normas explícitas, a menos que alguien las necesitase. Desde que entré en el equipo, me enorgullecí de ser independiente. En los tres meses anteriores, me había entrenado duro y había intentado hacerme valioso. Aprendí que no había problema en preguntar, si era necesario, pero nadie quería ser el que no se entera de nada y está siempre preguntando. No quería cometer un error en mi primer destino por no haber metido algo en la bolsa, así que cuando me encontré con el jefe de mi equipo en la sala común le pregunté por la lista de viaje.

—¡Hola! —le dije, cogiendo una taza de café—. Estoy preparando el petate, y la lista de los pertrechos dice, básicamente, que lo meta todo.

Él estaba sentado en la encimera de granito, sorbiendo un café y revisando unos papeles. Bajo y fornido, a diferencia de otros chicos que tenían el pelo más largo y la barba poblada, él exhibía un aspecto muy cuidado, con el pelo corto y un afeitado apurado. Tampoco era el tipo más hablador y llevaba mucho más tiempo como DEVGRU del que yo había estado en la Armada.

Se tomaba en serio lo de las normas tácitas.

—¿Cuánto tiempo llevas en la Marina? —me preguntó.

—Seis años —le dije.

—¿Llevas seis años como SEAL y no sabes lo que te hace falta en un despliegue?

Me sentí como un imbécil.

—Tío, ¿tú qué crees que te va a hacer falta? Coge eso —me dijo—. Esa es tu lista. Llévate lo que te parezca que necesitas.

—Entendido.

De vuelta a mi «jaula», saqué mi equipo. Cada operador del DEVGRU tenía una de esas jaulas, una especie de taquilla lo bastante grande como para poder caminar dentro. Era del tamaño de una habitación ropero, con estanterías en las paredes y una pequeña barra de colgar que recorría la pared trasera, para los uniformes.

En las estanterías había bolsas de equipamiento, repletas de cuanto nos pudiera hacer falta en las distintas misiones a las que nos podían mandar. En una de ellas estaba todo lo necesario para el combate cuerpo a cuerpo. Otra contenía mi «equipo de salto», el HAHO (siglas que indican que abrimos el paracaídas a gran altura). Mi «equipo de inmersión» como buzo de combate estaba en otra bolsa aparte, un petate verde de grandes dimensiones. Todo estaba preparado y ordenado según un código de colores. Lo tenía todo obsesiva y perfectamente organizado y separado.

Pero una parte de esos pertrechos, como la navaja multiusos Gerber, resultaba útil en prácticamente todas las misiones. Cuando estuve en el SEAL Team Six, recibíamos un único multiusos Gerber con cuchilla, destornillador, tijeras y abrelatas.

También recibíamos una única mira para el fusil.

Un único cuchillo de hoja fija.

Un único juego de placas antibala.

Eso significaba ir buscando entre muchas bolsas hasta dar con lo necesario y pasarlo a otra bolsa, la que contendría el equipo especializado para cada misión concreta. Era un fastidio y no resultaba muy útil, pero era el gobierno de Estados Unidos y ya me había acostumbrado.

Pero en el DEVGRU era distinto.

El jefe de mi equipo vino a mi jaula aquel día, para asegurarse de cómo me iba, y vio todo lo que había sacado y guardado en las bolsas clasificadas. A un lado, tenía aún otra bolsa más, con el equipo que me parecía que iba a necesitar en la mayoría de misiones, como el multiusos Gerber.

—Baja a Suministros y que te den un Gerber para cada bolsa —me dijo mi jefe.

Lo miré confuso.

—¿Puedo tener cuatro?

—Claro, tienes cuatro bolsas para los cuatro tipos de misión. Necesitarás uno para cada bolsa —me respondió él.

El jefe de mi equipo firmó el impreso de solicitud y bajé a la oficina de suministros. Uno de los chicos de apoyo salió a la ventanilla.

—¿Qué necesitas?

Le enseñé la lista. Eran cosas básicas, como linternas y otras herramientas, pero quería cuatro de cada.

—Vale —dijo, sin dudarlo—. Enseguida vuelvo.

Al cabo de unos minutos, regresó con un cesto de plástico repleto con los artículos de la lista. Tuve que contenerme para no sonreír en exceso. Era un sueño hecho realidad. En nuestros equipos anteriores, los chicos gastaban miles de dólares de su propio dinero en la adquisición de los artículos necesarios para trabajar.

El arsenal era aún mejor. Encima de la puerta había un cartel:

«Tú sueñas, nosotros lo construimos.»

Para un loco de las armas como yo, aquello era el paraíso. Les hice preparar mis dos fusiles de asalto M4, uno con un cañón de catorce pulgadas y otro de diez. Tenía un subfusil MP7 y una colección de pistolas, entre ellas la estándar de los SEAL de la Armada, la Sig Sauer P226. Mi arma primordial, la que usaba a diario, era un fusil de asalto Heckler & Koch (H&K) 416 con silenciador, cañón de diez pulgadas y visor óptico de punto rojo EOTech, con tres aumentos. El H&K 416 con el cañón de catorce pulgadas lo destiné a los disparos de largo alcance. También tenía silenciador; en lo alto le monté una mira Nightforce 2,5 x 10.

También añadí a mi H&K 416 de catorce pulgadas un láser infrarrojo y una mira térmica extraíble, que me permitiría disparar con más precisión durante la noche. No usaba demasiado este arma porque la del cañón de diez pulgadas, mi arma principal, me bastaba en la mayoría de misiones; pero era genial tener una preparada con un poco más de alcance, por si la necesitaba.

En unas pocas misiones, trabajé con un subfusil MP7 silenciado, pero no tenía una potencia tan demoledora como mi H&K 416. El subfusil es de gran ayuda para abordar navíos, en la selva o cuando hay que cuidar el peso, el tamaño o un silencio extremo. En varias ocasiones, hemos disparado dentro de una habitación con un MP7 silenciado y los combatientes de cuartos adyacentes ni se han despertado. El H&K 416 no se podía comparar con el MP7, cuando se trataba de ser extremadamente silencioso.

Completaban mi armamento dos pistolas: la Sig Sauer P226 y una H&K 45C. Ambas podían llevar silenciador y yo solía usar la 45. También llevaba un lanzagranadas M79; lo llamábamos «el pirata», porque se parecía a un trabuco de culata corta. Nuestros armeros le habían acortado el cañón y modificado la culata convirtiéndola en una empuñadura de pistola.

Por supuesto, ninguna de mis armas era un modelo estándar. Todos habíamos introducido modificaciones en los gatillos y las empuñaduras. Me consta que los armeros estaban muy orgullosos de preparar las armas que cuidaban de nosotros. Sin duda, el DEVGRU tenía las mejores herramientas del sector.

Quien paseaba por nuestra zona, no era extraño que oyera disparos en los campos de tiro, tanto en los de interior como en los de exterior, o el ruido sor-

do de una carga explosiva que estallaba en la *kill house*. El entrenamiento era constante. Era normal ver a muchachos que iban de un entrenamiento a otro, vestidos con todo el equipo y las armas colgadas por delante y cargadas. Todo se dirigía al combate de guerra o al entrenamiento para ese combate.

Cuando ya le estaba cogiendo el tranquillo a las cosas del escuadrón, en 2005, me vi de repente montado en un avión con destino a Afganistán. En aquel momento, nuestra unidad se centraba en Afganistán, y el Delta Force del Ejército de Tierra, en Iraq.

Los Delta tuvieron una mala racha aquel año y contabilizaron varias bajas en poco tiempo. Solicitaron refuerzos para el asalto; el DEVGRU accedió y escogieron a mi equipo para la misión. Mi escuadrón no quería que mi primer destino fuera con los Delta, así que pasé un tiempo reforzando mi pelotón en Afganistán. Como los Delta seguían en situación de necesidad, acabé dejando Afganistán con otros dos SEAL y me encaminé hacia Iraq, a prestar mi ayuda.

Llegamos a Bagdad bastante después de la medianoche. El camino desde el punto de aterrizaje del helicóptero, mientras recorríamos las calles desiertas de la Zona Verde, estaba oscuro. Era verano y la humedad lo cubría todo como una sábana. Sentado en la plataforma trasera de la furgoneta, con el equipo, se agradecía la brisa. Todo olía y parecía ser igual que en mi primer despliegue de combate en Bagdad, con el Team Five, en 2003.

Habíamos llegado justo después del comienzo de la invasión. Nuestra primera misión consistía en asegurar la presa hidroeléctrica de Mukatayin, al noreste de la capital iraquí. Nuestra cadena de mando temía que las fuerzas iraquíes en retirada pudieran destruir la presa para ralentizar el avance estadounidense.

El plan era sencillo. Basándonos en nuestra experiencia de la zona, que era nula, planeamos «volar hasta el punto X», táctica que significa introducirnos directamente en el blanco, jugando con los factores de sorpresa y velocidad a nuestro favor. En este caso, el punto X era la presa, y una vez estuviéramos sobre ella en el helicóptero, planeábamos deslizarnos por cuerda hasta el patio. Desde allí, recorreríamos a toda prisa el edificio principal, lo despejaríamos y aseguraríamos su control. A nuestro lado, el GROM, unidad de Operaciones Especiales polaca, despejaría otro conjunto de edificios, mientras un segundo grupo de SEAL aseguraba el perímetro exterior usando dos *buggies* de arena.

Tras unos días esperando a que el tiempo mejorase, recibimos la orden de partir. Mientras subía a bordo del MH-53, notaba la celeridad con que latía mi corazón. Llevaba aguardando este momento desde que, de niño, leía sobre las emboscadas en el delta del Mekong.

Estaba a punto de lanzarme a mi primera operación de combate real. Me había imaginado cómo sería, había leído sobre ello, y ahora estaba a punto de hacerse real.

Probablemente tendría que haber estado asustado o, al menos, preocupado por lo desconocido, pero me sentaba bien que por fin fuera a ser verdad. Yo no quería limitarme a practicar un juego; quería jugar de verdad y esta iba a ser mi primera partida.

El vuelo duró varias horas e incluyó un repostaje en el aire. Mi equipo, formado por veinte chicos, estaba apelotonado en el helicóptero. El olor del combustible invadió la cabina cuando el helicóptero llenó los tanques usando un brazo metálico situado frente a la cabina de mando. Dentro de la cabina estaba oscuro como boca de lobo y yo estuve atontado casi todo el vuelo, hasta que nos dieron la señal para prepararnos.

—¡Dos minutos! —gritó el jefe de la tripulación, mientras daba la señal con los dedos y encendía una luz roja. Era bastante después de la medianoche cuando el helicóptero se acercó a la presa.

Yo ocupé mi puesto en la puerta y me agarré al cabo. No podía oír nada, con el rugido de los motores. Como el resto de mis compañeros, iba tremendamente cargado con mi equipo de demolición y nuestros trajes de protección química. El «hada de las buenas ideas» —así nos referimos a la inclinación que tienen los planificadores a meter baza en toda contingencia posible, sobrecargando al equipo con añadidos, equipamiento extra y «buenas» ideas— nos había fastidiado con frecuencia en esta misión. Íbamos hasta arriba, cargados con sierras rápidas para abrir las puertas de la presa. Teníamos que llevar comida y agua para varios días. No sabíamos cuánto estaríamos allí, por tanto, debíamos ser autosuficientes. La norma es: «Si dudas, llévatelo». Por supuesto, cuanto más llevábamos, mayor precio pagaba nuestro cuerpo, menor era nuestra velocidad de movimiento y mayor la dificultad para reaccionar con rapidez ante una amenaza.

Cuando el helicóptero aminoró hasta quedarse en suspenso, yo agarré la cuerda con ambas manos y me dejé resbalar hasta tierra. Estábamos a unos nueve metros de altura y veía cómo el suelo se acercaba rápidamente. Traté de frenar un poco el descenso, aunque tampoco quería ir tan despacio que mis compañeros se estrellasen contra mí. Cargado con todo mi equipo, llegué a tierra como una tonelada de ladrillos. Las piernas me dolían cuando saqué la pistola y me dirigí a la puerta, a menos de cien metros.

En cuanto salí de debajo del helicóptero, el torbellino desplazado por el rotor me derribó. Me acribillaban piedrecitas y el polvo se me metía en los ojos. Apenas podía distinguir la puerta que había enfrente de mí. En cuanto empecé a correr hacia allí, el empuje del rotor me echó adelante en un acelerón descontrolado. Me esforcé cuanto pude por mantenerme en pie y, literalmente, fui patinando hasta detenerme ante la puerta cerrada.

Los demás me seguían de cerca. Reventé la cerradura de la puerta con el cortapernos, tomé la posición de cabeza y me dirigí hacia un grupo de edificios. La edificación principal tenía dos plantas y la desangelada arquitectura carac-

terística de los países del bloque del Este, de cemento, con una puerta metálica. Mientras mis compañeros me cubrían, probé a accionar el picaporte. Estaba abierto.

No sabía qué me esperaba allí, mientras entraba en el largo vestíbulo. Podían empezar a dispararnos en cualquier momento.

Distinguí varias habitaciones a cada lado. Cuando empezamos a avanzar, percibimos movimiento en una de las estancias más apartadas. Primero asomaron dos manos, seguidas por varios guardias iraquíes. Habían puesto las manos sobre la cabeza e iban desarmados.

Mis compañeros los hicieron ponerse detrás de mí, mientras yo seguía avanzando por el vestíbulo. Dentro de las habitaciones, encontré sus fusiles AK-47. Ninguna de las armas tenía bala alguna en la recámara. Al parecer, estaban durmiendo y se despertaron al oír el vuelo de los helicópteros.

Tardamos mucho en despejar el edificio, por su gran tamaño. Prestábamos especial atención a los detalles, porque íbamos en busca de explosivos manipulados para volar la presa. Jamás habíamos despejado nada de aquellas dimensiones, así que nos llevó un poco más tiempo de lo previsto.

Nadie resultó herido, salvo uno de los chicos del GROM, que se rompió el tobillo al deslizarse por el cabo hasta el objetivo.

Tras haber despejado el edificio principal, se me acercó el jefe de mi sección.

—Oye, échale un vistazo a mi radio —me dijo—. No recibo nada.

Cuando nos lanzamos, él llevaba la radio sujeta a la espalda. Allí delante, de pie frente a mí, aún se veía el cable del auricular colgando del hombro. Pero al mirar por detrás, había desaparecido todo el equipo. Solo vi el cable.

—No llevas la mochila —le dije.

—¿Cómo que no la llevo? ¿Qué quieres decir? —me respondió.

—Que no está —añadí yo.

No se había atado bien la mochila al chaleco antibalas. El chaleco tiene unas cintas de nailon, aproximadamente cada media pulgada, en la parte delantera y trasera, para fijar las bolsas al traje. Mi jefe había atado la mochila pasándola tan solo por las cintas superior e inferior, por lo cual, cuando nos deslizamos cuerda abajo y nos alcanzó el torbellino del rotor, este arrancó la mochila y la radio, que cayeron al agua de la presa. En el fondo del río, la radio no nos iba a servir de mucho. Lo mismo le ocurrió a nuestro auxiliar médico, que así perdió un montón de morfina.

Una gran parte del equipo que estábamos usando en esta misión era nuevo para nosotros. Justo antes del despliegue, aparecieron cajas de material nuevo en la sala del equipo. Existía una máxima muy común: «Entrénate según vayas a combatir», lo que significa que no vayas al combate con un equipo que no hayas usado antes, preferiblemente *in extenso*. Habíamos quebrantado la norma, y yo sabía que habíamos tenido muchísima suerte de no haberlo pagado caro. Esa fue la primera lección que aprendimos.

En aquella misión, no fue el único caso de buena suerte. Los iraquíes tenían cañones antiaéreos cerca de la presa, cargados y dispuestos. Si los guardias hubieran querido presentar batalla, habrían podido derribar a los helicópteros mientras nosotros descendíamos por la cuerda.

Aprendimos un millón de cosas en aquella misión: desde que hacía falta disponer de mejores informes de la inteligencia sobre el blanco, hasta cómo asegurar bien el equipo; y las aprendimos sin perder a nadie. Por lo general, las mejores lecciones se aprenden en los momentos más duros, pero no me gustó que la suerte hubiera tenido tanto peso a la hora de mantenernos vivos en aquella misión, y mi tendencia al perfeccionismo sufrió por ello.

Cuando, tres días después, despegó el helicóptero para llevarnos de vuelta a Kuwait, me di cuenta de que, por más que mis compañeros del Team Five llevaban diverso tiempo y habían desarrollado una variada experiencia en los equipos SEAL, en realidad allí todos éramos aún bastante novatos: y aquella incursión había sido la primera, para todos nosotros.

4

Delta

Ahora, de regreso en Bagdad dos años más tarde, estaba algo más curtido, pero no mucho. Me había apuntado a la prueba del Green Team, y la había superado, pero sin duda seguía siendo «el nuevo». Lo bueno era que tenía alguna experiencia de trabajar en la capital iraquí, de mis días en el Equipo Cinco. Tras la misión del dique, mi equipo fue enviado a Bagdad para ayudar en la persecución de antiguos partidarios del régimen y jefes de la insurgencia.

La base de los Delta estaba en la Zona Verde, situada junto al río Tigris, en el centro de la ciudad. Al poco de tomar tierra, empecé a orientarme. La base estaba a escasa distancia del famoso monumento de las espadas cruzadas, erigidas para celebrar la «victoria» de Iraq en la guerra contra Irán. Este arco de espadas cruzaba de un lado a otro de una amplia zona de desfile. Durante el día, podías ver a unidades enteras posando para que las fotografiaran cerca de las dos manos que sostenían las hojas curvadas. Las manos y los antebrazos se habían copiado del dictador, incluida, con exactitud, su huella del dedo pulgar.

El cuartel de los Delta estaba en unos edificios del antiguos Partido Baaz. Entré allí para presentarme, como debía, en el Centro de Operaciones Conjuntas. Jon, mi nuevo jefe de equipo, se reunió conmigo al poco de llegar yo, que era un recién llegado y aún no tenía ni idea de lo que debía esperar.

Jon, que había sido miembro de los Ranger antes de unirse a los Delta Force, era fornido de pecho y de brazos. Una barba castaña y espesa, tan larga que parecía cepillarle lo alto del pecho, cubría su cara. Parecía una copia, aunque más alta, de Gimli, el feroz enano de *El Señor de los Anillos.*

Jon se había unido al Ejército de Tierra nada más terminar la secundaria. Tras años de pelo corto y montones de normas con los Ranger, dejó pasar la oportunidad de ingresar en la escuela de suboficiales, con la intención de convertirse en piloto de un helicóptero Apache. Pero, a la postre, no quiso prescin-

dir del arma. Así que solicitó entrar en los Delta Force, fue aceptado y ascendió en sus filas poco a poco.

—Bienvenido al Paraíso —me dijo, mientras caminábamos hacia la sala del equipo—. ¿Hace bastante calor para ti?

—Bueno, tíos, al menos vosotros tenéis aire acondicionado —dije—. La última vez que estuve aquí, vivía en una tienda. Pasamos semanas sin aire.

—Aquí se vive algo mejor —dijo, abriendo la puerta de acceso a nuestra sala.

La sala estaba situada en un ala del palacio. Los pasillos eran amplios, con suelos de mármol y techos altos. Yo iba a compartir habitación con él y el chico más nuevo de su equipo. Mi litera estaba en la esquina más próxima y tiré mis bolsas allí al lado. Jon me ayudó a trasladar mis trastos hasta la habitación, antes de enseñarme el palacio.

El palacio contaba con su propio gimnasio, cantina y piscina. De hecho, había más de una piscina. Cada equipo tenía dos habitaciones. En el equipo había cinco hombres. Uno de ellos era un antiguo marino de la Armada Real Británica, con doble ciudadanía. Había venido a Estados Unidos, se había enrolado y, con el tiempo, había ascendido entre los Delta. Los otros eran como Jon, antiguos miembros de los Ranger o de las Fuerzas Especiales. El más nuevo era un Ranger que había resultado herido en Somalia durante la batalla del «Black Hawk derribado». Recordaba a un *amish*, con el pelo cortado a lo «casquete» y una barba irregular, que no parecía crecer por igual en todas partes.

Tras charlar un rato, pasé el resto de la noche ordenando mis pertrechos. Primero, desempaqueté mi «equipo de intervención» en un armario situado en el pasillo exterior a la habitación, de modo que, si nos caía algo encima, podría ponerme el equipo y quedarme fuera de la sala. Tras liquidar esa cuestión, ordené la ropa y monté la cama. Como teníamos literas, la mayoría usábamos la cama alta como almacén y para colgar de ahí la manta térmica, de forma que, al ocultar la cama inferior, nos concediera algo de intimidad.

Acabé poco antes del amanecer. Como trabajábamos en horario de vampiro —dormíamos todo el día y trabajábamos por la noche—, la mayoría de los chicos ya estaban sobando. La sala tenía un sofá y un televisor. Cogí una taza de café y, cuando llegó Jon, me encontró viendo la tele.

—Mañana ya te enchufamos —dijo Jon—. Si necesitas cualquier cosa, dímelo.

—Gracias.

—Hemos tenido bastante trabajo —siguió Jon—. Este ha sido un día libre y eso es raro. Estoy seguro de que mañana por la noche saldremos.

No había período de adaptación. La mayoría de días, me levantaba por la tarde y daba un paseo hasta la piscina, con el iPod y unos altavoces. Pasaba el tiempo escuchando a Red Hot Chili Peppers o Linkin Park, estirado sobre un colchón inflable. Flotaba un poco, tomaba el sol y me relajaba. Uno de mis

colegas empezó a ocuparse de la hierba que había alrededor de la piscina, como pasatiempo. En un país de polvo y arena, poder caminar sobre el césped era un festival. A veces, mientras flotaba, me llegaba el olor de la hierba recién cortada.

Luego solía desayunar y entrenarme en el gimnasio o correr. Intentaba acercarme al campo de tiro tan a menudo como podía. Las misiones se ponían en marcha al anochecer y terminábamos con una operación, o dos, si había suerte.

Yo formaba parte del «equipo de tejado», lo que suponía que íbamos sentados en las plataformas situadas en el exterior de un helicóptero MH-6 «Little Bird», por encima de los patines de aterrizaje. Aterrizábamos sobre la azotea de los edificios que eran nuestro blanco y los asaltábamos desde ahí arriba. El resto de la fuerza llegaba en vehículos blindados, limpiaba la planta inferior y completaba el asalto desde abajo.

El Little Bird es un helicóptero ligero usado en las Operaciones Especiales del ejército de Tierra de Estados Unidos. Tiene una cabina característica, de forma ovoide y, en el exterior, dos bancos o plataformas. En la variante «de ataque», no lleva tales bancos, sino cohetes y ametralladoras.

Los helicópteros eran tripulados por pilotos del 160.º Regimiento de Aviación de Operaciones Especiales (SOAR, en sus siglas inglesas), regimiento que tripula la mayoría de misiones del Mando Conjunto de Operaciones Especiales. Hace años que trabajamos juntos y los pilotos del 160.º son los mejores del mundo. El 160.º aerotransportado tiene el cuartel general en Fort Campbell, Kentucky, y se los conoce como «Acechadores nocturnos», porque casi todas sus misiones se realizan de noche.

En el Green Team había trabajado un poco con los Little Bird, pero en Bagdad me encontré colgado de sus patines casi cada noche, mientras la ciudad me iba pasando por debajo, desdibujada.

A los pocos días de llegar, pasada la medianoche, todo lo que podía oír era el ruido del motor y del viento. A setenta millas por hora, el viento me golpeaba y hacía oscilar los pies colgados por debajo del banco. Yo era consciente de que resultaba crucial adoptar cualquier decisión con la mente clara. Pero era difícil, cuando me sentía como si me dispusiera a combatir a lomos de una montaña rusa.

Ajusté el portafusil, con el arma apretada contra mi pecho, y comprobé el cordón de seguridad que me mantendría —o eso esperaba— sujeto al helicóptero en caso de que resbalara de mi asiento. Sentado en aquel banco, entre el color verde de mis gafas de visión nocturna, podía ver al otro Little Bird en nuestro flanco derecho, volando en formación. Desde el otro helicóptero, uno de los Delta me vio mirar y me hizo una higa. Yo le devolví el saludo.

En aquel vuelo, íbamos tras un suministrador de armas de alto nivel, otro eslabón más en la cadena de financiación de la insurgencia. Estaba escondido

en un grupo de casas de dos plantas, cerca del centro de la ciudad, con varios combatientes y un importante arsenal de armas. A nuestro equipo le encargaron volar con el Little Bird hasta la azotea y asaltar el edificio desde allí. Otro equipo llegaría montado en un Pandur, un camión blindado con metralletas del calibre 50 y lanzagranadas Mark 19. Esperaban como medio minuto a que rompiéramos la puerta de acceso desde la azotea, lo que creaba una distracción, antes de reventar la puerta inferior y despejar ambos nuestros caminos respectivos hasta reunirnos en medio.

Por debajo de mí, la ciudad se extendía formando un laberinto de carreteras y callejones, construidos en torno de grupos de edificios achaparrados. Cada cierto tiempo, la ciudad se abría y dejaba paso a parcelas abandonadas y repletas de basura. Yo iba en la parte delantera de la plataforma exterior, cerca de la cabina. Al otro lado iba Jon.

—Un minuto —oí decir al piloto, a través de mi radio. Con tranquilidad, sacó además un único dedo por su puerta, hasta ponérmelo delante de la cara, para asegurarse de que había recibido el mensaje.

Desde mi posición, pude ver que el copiloto apuntaba un láser —a nuestro objetivo. Noche tras noche, los pilotos acertaban a navegar hasta la azotea exacta entre un mar de miles de edificios. No tengo ni idea de cómo lo lograban: desde arriba, a mí todo me parecía igual.

Noté cómo el helicóptero empezaba a descender hacia la azotea vacía. El piloto podía suspender la aeronave en el aire y tomar tierra situando los patines en el murete perimetral. Así, en lugar de descolgarnos con cuerdas, saltábamos sobre los patines y de ahí, a la azotea. En menos de diez segundos, los cuatro hombres del equipo se hallaban sobre la superficie y el Little Bird se había marchado.

El responsable de los explosivos corrió hacia la puerta, colocó la carga y la detonó. A los pocos segundos, oí que otra carga explotaba en el primer piso y, a continuación, sonaban disparos.

Jon marchó el primero, escaleras abajo.

—Estamos en la azotea equivocada —dijo, nada más dar unos pocos pasos.

El tiroteo venía del edificio de al lado. Mientras corríamos hacia el extremo de la azotea, oí varias explosiones menores, que tenían que ser granadas de mano.

—Estamos demasiado lejos, una casa de más —dijo Jon. Nos movimos para ver cómo podíamos apoyar a nuestros compañeros en el edificio adyacente.

Los edificios parecían iguales, desde el aire y, por primera vez, los pilotos nos habían dejado en la casa equivocada. Veníamos desde el sur y habíamos desembarcado en el edificio situado justo al norte de nuestro objetivo.

—Tenemos que pasar al edificio de al lado —dijo Jon—. No sirve de nada que nos quedemos aquí.

Este otro edificio estaba situado al este del objetivo, con tres pisos de altura, lo que nos permitía cubrir el blanco desde arriba.

—Ha caído un águila —oí decir por la radio.

Esto significaba que alguien había caído herido. Resultó que uno de los Delta había sido alcanzado en la pantorrilla. A otros los había acribillado la metralla de las granadas de mano.

Los insurgentes de la casa estaban lanzando granadas por el hueco de la escalera, lo que retrasaba el avance de los agentes, en su intento de terminar de despejar el primer piso y pasar al segundo.

El equipo de tierra empezó a trabajar en la evacuación médica y se retiró de las escaleras. Por nuestra parte, logramos recorrer apresuradamente todo el bloque y despejar las tres plantas del edificio situado al este del objetivo.

Por todos los edificios resonaba el eco de las explosiones y las armas. Desde nuestra azotea, empezamos a rastrear objetivos. Mientras mis compañeros buscaban esos objetivos, yo veía cómo los láseres infrarrojos trazaban líneas sobre las ventanas del complejo. Cada pocos minutos, uno de los insurgentes sacaba un AK-47 por una ventana del segundo piso y lanzaba una ráfaga prolongada.

—¡Allahu Akbar! —solían gritar después de rociar con una lluvia de balas a los asaltantes del piso inferior.

Era un callejón sin salida. El equipo de tierra no podía subir por las escaleras y nosotros no teníamos forma de acceder a aquella para abrirnos paso hacia abajo. Por la radio, oí que se llamaba a una unidad de infantería mecanizada del ejército de Tierra, situada a unas diez manzanas de distancia. Aquellos soldados proporcionaban el anillo de seguridad exterior.

Siempre intentábamos disponer de dos anillos de seguridad. Aquella noche, el anillo interior era un pelotón de Ranger, situado en los extremos de la zona del blanco. A kilómetro y medio se habían situado tanques M1 y vehículos de combate Bradley (transportes de personal blindados y provistos de una torreta ametralladora de 20 milímetros).

—¡Traed un Bradley! —oí decir por la radio.

Pude oír cómo las orugas del Bradley destrozaban el asfalto camino de la casa.

—¡Quiero que arraséis el segundo piso! —gritó el jefe del asalto al comandante del Bradley, sentado sobre la trampilla de lo alto de la torreta.

El vehículo reventó una pared de piedra, en el lado sur de la casa, se detuvo en el patio y lanzó una ráfaga breve de su cañón de 20 milímetros. Las balas perforaron con facilidad entre las paredes del segundo piso y abrieron grandes boquetes en el hormigón.

Me eché atrás y vi que el jefe del asalto corría hasta el Bradley.

—¡Seguid disparando! —gritó al comandante, en el interior de la torreta.

—¿Qué? —preguntó el artillero.

—Quiero que arraséis todo el segundo piso —repitió el jefe del asalto—. No dejéis nada.

El Bradley se abrió paso de nuevo hasta situarse sobre los escombros y empezó a disparar. Uno de los insurgentes gritó: «¡Allahu Akbar!» y empezó a acribillar con balas desde la ventana.

En esta ocasión, no hubo relajación desde el Bradley. Los chicos empezaron a lanzar vítores a medida que las balas iban estallando con explosiones sucesivas. Al cabo de unos pocos minutos, el Bradley se quedó «Winchester», como se denomina en la jerga militar a haber agotado la munición. Hicimos venir otro Bradley, que disparó igualmente hasta acabar la munición.

Cuando el segundo Bradley se retiró, en el segundo piso se había desatado un incendio sin control. Por las ventanas salía sin parar un humo negro que empezó a formar nubes que se perdían en el cielo. Desde nuestra posición en la azotea, aún podíamos oír los gritos de los insurgentes. Yo estaba apostado en la esquina nororiental, controlando la parte posterior de la casa. Pero no se veía bien, debido a la humareda negra y espesa.

De pronto, vi emerger por una ventana la cabeza y el torso de un hombre.

Sin pensármelo, apunté el láser a su pecho y abrí fuego. Vi cómo las balas le alcanzaban y él caía hacia atrás, hacia el interior, y desaparecía entre el humo.

Al oír mis disparos, Jon corrió a mi lado.

—¿Qué tienes?

—He visto a un tío en la ventana de atrás.

—¿Estás seguro? —dijo, examinando la misma ventana con su láser.

—Sí.

—¿Le has dado?

—Desde luego.

—De acuerdo. Quédate aquí.

Jon volvió a su puesto y yo seguí buscando nuevos blancos. No tenía tiempo para quedarme pensando en aquello ni sentía nada especial. Era la primera persona a la que había alcanzado con mis disparos y, pese a todo el tiempo que había pasado pensando en cómo me haría sentir esto, en realidad no sentí nada. Sabía que los hombres de aquella casa ya habían intentado matar a mis amigos del primer piso y no vacilarían en hacerme lo mismo a mí.

Incluso después de los dos Bradley y del incendio, aún oíamos gritos seguidos por ráfagas de fuego enemigo. Desde el punto de vista táctico, no tenía ningún sentido asaltar la parte superior de la escalera.

—Van a dinamitar el edificio —dijo Jon.

Jon decidió que nos retiráramos de la azotea, para no exponernos a la explosión. Nos unimos a los otros en tierra. Yo me quedé observando cómo un pequeño equipo de demolición, dirigido por uno de los chicos de la sección de artificieros de los Delta, corría al primer piso para disponer una carga explosiva termobárica. Este explosivo genera una enorme onda expansiva capaz de hundir un edificio entero.

Unos pocos minutos más tarde, el explosivo estaba dispuesto; el equipo de demolición corrió de vuelta con nosotros y se puso a cubierto junto a mí. Agachados detrás del Pandur, les oía hacer la cuenta atrás. Esperé a que se produjera la explosión...

Nada.

Todo el mundo miró al técnico de los artificieros. A todos se nos había pintado en la cara el mismo gesto de confusión. Vi que Jon se dirigía hacia él.

—¿Qué coño pasa? —dijo Jon.

—Habré equivocado el tiempo —le oí murmurar.

Estoy seguro de que estaba pensando a un millón de kilómetros por hora. Intentaba averiguar por qué el explosivo no había estallado.

—¿Era un cebado dual? —preguntó Jon.

A todos se nos había enseñado a programar los explosivos dualmente, es decir, a adjuntarles dos detonadores, por si acaso uno fallaba. La regla general era bien simple: uno se queda en cero. Dos se quedan en uno.

Pero eso no nos ayudaba, en ese momento. Teníamos que tomar una decisión. ¿Enviábamos a más gente al interior de la casa para reprogramar el explosivo, o esperábamos fuera a ver qué ocurría? No teníamos ni idea de si los insurgentes habían bajado a la planta baja y ahora aguardaban al regreso de los asaltantes, o si el artificiero había programado mal el tiempo y la carga explotaría de forma inesperada, con hombres en el interior.

Al final, decidieron enviar al técnico artificiero para que adjuntara un nuevo detonador. De nuevo, el equipo de demolición corrió adentro. Nosotros seguíamos dando cobertura a la casa y, al cabo de unos minutos, el equipo se había situado otra vez detrás del Pandur.

—¿Crees que esta vez funcionará? —preguntó Jon, con una sonrisa de suficiencia.

—Sí, fijo que sí —dijo el técnico artificiero—. Cebado dual.

A su debido tiempo, la carga explotó y la casa se derrumbó, levantando una nube descomunal que nos cubrió con un polvo fino, similar al talco. Vi cómo la nube ascendía por el aire y quedaba colgada en el pesado aire de la mañana. En ese momento, ya había empezado a salir el sol.

Nos desplazamos hacia los escombros, para examinarlos y localizar cuerpos y armas. Había por lo menos seis combatientes muertos. En su mayoría, los cuerpos estaban arriba, en el segundo piso. Sus rostros estaban cubiertos de hollín. Jon dio cuenta de los sacos de arena situados cerca de algunos de los cuerpos.

—Eh, mirad esto. Habían hecho barricadas en toda la segunda planta —dijo—. Suerte que los pilotos se equivocaron. Probablemente, con eso nos han salvado la vida.

—¿Por qué? —quise saber yo.

—Si hubiéramos aterrizado en el edificio correcto —dijo Jon—, los cuatro habríamos asaltado una posición protegida por barricadas, en este segundo

piso. Quizá nos habría favorecido el factor sorpresa, pero una vez dentro, las perspectivas habrían sido malas. No me cabe duda de que habríamos sufrido más bajas.

Yo guardaba silencio. Levanté la mirada hacia Jon y ahí estaba, diciendo que habíamos tenido suerte. Probablemente, un error nos había salvado la vida. No había sido nada más que un caso de buena suerte, de azar.

Tras limpiar los escombros, el viaje de regreso a la base, en los Pandur, transcurrió en silencio. Teníamos hambre y estábamos cansados. Todos teníamos la cara cubierta de hollín. Por lo general, después de derrotar un objetivo tan dinámico, solía haber más chanzas y emoción. Yo dejaba que lo ocurrido empezara a abrírseme paso por el pensamiento.

Durante el camino, las palabras de Jon seguían resonando en mi cabeza. Si la misión se hubiera desarrollado según lo previsto, el Little Bird se habría posado en la azotea y habríamos accedido al segundo piso solo para encontrarnos cara a cara con, por lo menos, cuatro insurgentes fuertemente armados. Un tiroteo de cuatro contra cuatro, con armas automáticas y en una habitación no más amplia que un dormitorio, nunca acaba bien.

Cuando aparcamos de nuevo en la base, ya había dado fin a mi ejercicio mental. Simplemente, hice caso omiso de lo que podía haber pasado y me concentré en lo que había aprendido: a veces, el azar te puede salvar la vida. Y los explosivos deben cebarse siempre dualmente.

Al final del despliegue, volé de vuelta a la base de la Fuerza Aérea en Pope, Carolina del Norte, donde está la sede central de los Delta. Cuando bajamos del avión, los miembros de su unidad me saludaron como si yo fuera uno más de los suyos.

Antes de reanudar el vuelo hacia Virginia Beach, Jon me entregó una placa. Era una copia de un dibujo en lápiz de un agente Delta y un Little Bird. Estaba enmarcado sobre una estera verde y con una moneda de la unidad Delta Force.

—Quiero que tengas esto —dijo Jon—. Le damos uno a todos los que han actuado con este equipo.

El dibujo lo había hecho el sargento mayor Randy Shughart, francotirador Delta, y el original se encontró después de que este hallara la muerte en Somalia. A Shughart se le concedió la Medalla de Honor durante la batalla de Mogadiscio. Cuando el Black Hawk se estrelló, se presentó voluntario para defender el emplazamiento del accidente hasta que llegara ayuda. Lo mató una turba de somalíes.

Antes de los ataques del 11 de septiembre, los Delta y los DEVGRU eran rivales. Éramos como los dos chavales más destacados del grupo y había una polémica feroz sobre cuál de las dos unidades era la mejor. Con la guerra, ya no

había más tiempo para rivalidades y toda aquella sandez desapareció. Durante el despliegue, a mí me trataron como a un hermano.

Le di la mano a Jon y subí a mi vuelo con destino a Virginia Beach.

De vuelta en el DEVGRU, al día siguiente, me reuní con Charlie y Steve. Se habían acercado a mi «jaula» mientras desempaquetaba e iba colocando otra vez todo el equipo en su sitio. El escuadrón acababa de regresar de un destino en Afganistán. En comparación con mi viaje a Bagdad, su despliegue había sido relativamente lento.

Aunque en Iraq, con los Delta, me había divertido mucho, me alegraba volver a estar con los chicos.

—Parece que habéis tenido trabajo por ahí —dijo Charlie.

—¿Cuándo te mudas a [Fort] Bragg con los hermanos de Tierra? —bromeó Steve.

Mis chistes eran malos y yo tenía claro que lo decían de coña. Era genial estar de vuelta.

—¡Jajajá! Yo también me alegro de volver a veros —dije.

Tenía ganas de salir de allí e irme a Misisipi para disparar. Sabía que el único terreno en el que podía cerrarles la boca era en el campo de tiro. Aunque acabábamos de llegar a casa, no estaba previsto que nos quedáramos allí mucho tiempo. Antes de empezar otra etapa de instrucción, nos daban solo dos semanas de permiso. Era un ciclo que repetiríamos durante casi una década.

5

En cabeza

En diciembre de 2006 estábamos desplegados en la zona occidental de Iraq. Era mi tercer destino allí. Había pasado una rotación trabajando en estrecha colaboración con la CIA. Se estaba bien de vuelta con los muchachos, más que ayudando a la Agencia en sus labores de planificación y adiestramiento de los combatientes afganos. Se trabajaba con muchas otras unidades, pero siempre era mejor con los chicos, porque estábamos cortados por el mismo patrón.

Mi pelotón se movía en la frontera siria y en algunas de las ciudades más desagradables de Iraq, como Ramadi, que albergaba a los miembros de Al-Qaeda en el país. Nuestro trabajo consistía en cazar a los correos de alto nivel que introducían a combatientes extranjeros y armamento iraní.

La infantería de Marina destinada en Al-Anbar pidió ayuda para ejecutar una operación que despejara y asegurara el control de una serie de casas en un pueblo cercano a la frontera con Siria. La aldea era un refugio seguro para los insurgentes, y varios líderes se alojaban cerca del centro de la población. El plan era que nosotros atacásemos las casas por la noche y los marines rodeasen el pueblo y nos relevasen por la mañana.

Pese a que los miembros del equipo íbamos apelotonados en el Black Hawk, yo tenía que luchar para mantener la temperatura corporal.

Llevábamos con nosotros un perro de asalto. Lo usábamos para detectar las bombas y que nos ayudase a seguir la pista de los combatientes. Intenté que el perro se me sentara en la falda y me diera calor. Pero cada vez que conseguía tenerlo cerca, su cuidador lo apartaba.

Cuando aterrizamos, a algo más de seis kilómetros del pueblo iraquí, el tiempo era gélido. Con los ojos cubiertos para protegerlos del polvo, esperé a que los helicópteros se marcharan. A los pocos minutos oí cómo el ruido de los motores se desvanecía en la distancia, en dirección este, hacia la base aérea de Al-Asad.

Pateé el suelo y me froté las manos, tratando de activar la circulación mientras nos organizábamos para ponernos en marcha.

Aunque ya había estado dos veces antes en Iraq, este tercer despliegue era distinto. El enemigo había evolucionado. Sin embargo, como los SEAL somos mejores, nos adaptamos. En lugar de volar hasta el punto X, como habíamos hecho en el pasado, empezamos a tomar tierra a varios kilómetros de distancia y patrullábamos hasta el interior tranquilamente. De este modo, el enemigo no podía oír los helicópteros. Estábamos pasando de ser ruidosos y rápidos, y atrapar al enemigo por sorpresa, a ser cuidadosos y lentos, conservando el factor sorpresa por aún más tiempo. Nos podíamos colar en sus casas y en sus dormitorios y despertarlos antes de que tuvieran la posibilidad de volverse.

Pero patrullar hasta el objetivo no era fácil, sobre todo en las frías noches de invierno. El viento penetraba a través de nuestros uniformes mientras avanzábamos hacia el pueblo. Yo estaba cerca de la línea delantera, haciendo las funciones de explorador de mi equipo, en cabeza de mis hombres.

Una de las lecciones clave que un SEAL aprende pronto en su carrera es la habilidad para sentirse cómodo en una situación incómoda. Era una lección que yo había aprendido por primera vez en Alaska, cuando revisaba las trampas con mi padre.

Cuando en Iraq hacía frío, o durante la Semana Infernal del BUD/S, mi cabeza solía remontarse allí. Siempre podía oír el rugido del trineo a motor, cuando mi padre y yo nos encaminábamos hacia las trampas que él ponía a varios kilómetros del pueblo y, de esta manera, nos adentrábamos en las profundidades salvajes de Alaska.

Recuerdo que el trineo parecía flotar sobre la nieve en polvo recién caída, y el camino de regreso me hacía pensar en una tabla de surf metiéndose en la ola. La temperatura era de cero grados, más o menos, y nuestro cálido aliento cristalizaba en el aire.

Uno de esos fríos días de invierno en Alaska, yo iba bien abrigado con un traje de nieve Carhartt, las botas de invierno y los guantes. Un gorro de castor, cosido a mano por mi madre, me tapaba las orejas, y una bufanda me protegía la cara, dejándome solo los ojos al descubierto. Estaba caliente, salvo en las extremidades. Estuvimos fuera durante horas y yo apenas sentía los dedos gordos de los pies.

Traté de moverlos dentro de los gruesos calcetines de lana, pero no servía de nada. Acurrucado detrás de mi padre para que cortara el viento, solo podía pensar en el frío que tenía en las manos y los pies. Ya habíamos cogido un par de martas (una especie de comadrejas del tamaño de un gato, con una cola poblada como la de una ardilla y un pelaje suave de color marrón). Mi padre comerciaba con las pieles en el pueblo, para conseguir un poco de dinero extra, o mi madre las convertía en gorros para mis hermanas.

Pero aquel frío tan cortante le quitaba toda la emoción al rato que estaba pasando con mi padre. Cualquier diversión que estuviera experimentando desapareció junto con la última sensación de calor de mi cuerpo.

Le había suplicado a mi padre que me dejase ir a la excursión.

—¿Estás seguro? —me dijo—. Ya sabes que hará frío.

—Quiero ir —le respondí.

Yo quería ir con él, no quedarme en casa. Era un tema de hombres, y él me enseñó a disparar y a cazar. Cuando crecí, me permitía salir de caza y de pesca por mi cuenta, y yo me llevaba el bote de la familia durante una semana. En cierto modo, ese fue mi primer contacto con las reglas tácitas del «ya eres mayor», y a su amparo crecí con fuerza, aparte de que evitaba quedarme sentado en casa, con las chicas.

Yo siempre quería estar fuera. Adoraba el exterior, salvando solo aquel frío tan intenso. Yo sabía que si mi padre me dejaba acompañarlo, no podría ser un criajo que se quejara por el frío. Pero ahora, al cabo de unas horas de viaje, lo único que quería era calentarme las manos y los pies.

—Papá —grité al viento mientras conducíamos—. Papá, se me han congelado los pies.

Mi padre, vestido con el mismo mono para la nieve y el mismo gorro, redujo la marcha hasta detenerse. Se volvió e imagino que debió de ver a un niño pequeño al que le castañeteaban los dientes bajo la bufanda.

—Me estoy helando —le dije.

—Solo nos quedan unas pocas trampas más —me contestó él—. ¿Crees que podrás aguantar?

Yo lo miré, sin querer responder que no. No quería decepcionarlo. Me quedé mirándolo, con la esperanza de que él decidiese por mí.

—No me siento los pies —le dije.

—Baja aquí y empieza a caminar detrás del trineo. Sigue las huellas. Yo voy a seguir. Iré por delante, pero no estaré lejos. No te alejes de las huellas y sigue moviéndote, porque eso te mantendrá los pies calientes.

Yo bajé de la parte trasera del trineo y me ceñí a la espalda el rifle del 22.

—¿Entendido? —me preguntó mi padre.

Yo asentí.

Él encendió el motor y se fue hacia delante, hacia la siguiente trampa. Yo empecé a caminar y los pies me entraron en calor.

Los aficionados a las actividades al aire libre pagan miles de dólares por vivir la experiencia de la tundra alaskense, pero durante casi toda mi infancia, a mí me bastaba con salir caminando por la puerta.

A mi familia la movía un ansia de aventuras que no se encontraba en la mayoría de la gente. Cuando yo tenía cinco años, nos trasladamos a un pequeño pueblo esquimal en el interior de Alaska. Mis padres eran misioneros que se conocieron durante sus años de estudio, en California, y descubrieron que su fe

no solo les permitía difundir el cristianismo, sino que también apelaba a su sentido de la aventura.

Además de su labor como misionero, mi padre trabajaba para el Estado. El trabajo exigía una licenciatura, y mi padre era una de las pocas personas en el pueblo que tenía una.

Mi madre estaba en casa con nosotros. Nos ayudaba con los deberes y nos controlaba, a mí y a mis hermanas. Yo era el mediano, entre dos hermanas. Éramos una familia muy unida porque en aquel pueblo no había mucho que hacer. Los inviernos eran brutales, así que nos apiñábamos alrededor de la mesa de la cocina y sacábamos los tableros de juego.

Aquello era un «pueblo» en el sentido más humilde de la palabra. Teníamos dos tiendas, que juntas no sumaban más que un bar de carretera; una pequeña escuela y una oficina de correos. No había centro comercial. No había sala de cine, aunque podíamos alquilar películas en una de las tiendas. La joya de mi pueblo era la pista de aterrizaje. Era lo suficientemente larga como para que aterrizase un 737 y algunos de los aviones cargueros de hélice más grandes. Eso hacía de nuestro pueblo el centro de la región. Entraban y salían de la población aviones no profesionales que transportaban a cazadores y aficionados a la naturaleza, desde Anchorage a los pueblos más remotos desperdigados por el río.

Vivíamos en una casa de dos plantas, a unos cien metros del río. La casa tenía unas vistas hermosas de la Alaska más pintoresca. Algunas veces, con suerte, podía ver un alce o un oso desde la puerta principal. Si no estaba en el colegio, estaba fuera cazando o pescando. Desde que era pequeño, me sentía cómodo con un arma de fuego, por el bosque, cuidando tranquilamente de mí mismo.

Durante los entrenamientos del BUD/S, destaqué en el combate en tierra. La verdad es que no era tan distinto de aquellas salidas de caza en mi época de niño. Según de dónde viniera cada cual, en el BUD/S los muchachos éramos más fuertes en unas áreas o en otras. Yo también era bueno en el agua, pero me sentía más cómodo en los entrenamientos en tierra y con el armamento. Así que, cuando llegué al DEVGRU, solía ocupar el puesto de cabeza del equipo de asalto. Aquella fría noche en Iraq, los siete kilómetros de patrulla hasta nuestro objetivo en el pueblo nos ocuparon casi una hora. Eran cerca de las tres de la madrugada cuando llegamos. A medida que nos acercábamos, desde el otro lado de la carretera empecé a distinguir el titilar de las luces del pueblo.

Aquel lugar era una mierda polvorienta.

Unas bolsas de la compra, de plástico, revoloteaban en la calle. El aire estaba invadido por el olor de las aguas sin tratar de una zanja que recorría la ca-

lle. Solo se distinguían bien las casas de color galleta, que con mis gafas de visión nocturna adquirían un tono verdoso. El tendido eléctrico que recorría la carretera hasta Siria estaba combado. Todo parecía raído y gastado.

Cuando llegamos al pueblo, los equipos empezaron a separarse, cada uno hacia sus objetivos predeterminados. Yo guié a los míos hasta nuestro edificio. Nos acercamos sigilosamente hasta la puerta y probé con el picaporte. La pesada puerta de hierro negro crujió al abrirse. La abrí lo justo para ver el interior y examiné el patio. Estaba vacío.

La puerta principal de la casa, de dos plantas, tenía un gran ventanal cubierto por una reja ornamentada. En el interior pude ver el vestíbulo, mientras los láseres de mis compañeros enfocaban hacia dentro desde las ventanas de la primera planta.

Abrí despacio la puerta principal. No estaba cerrada con llave. Me detuve en el umbral, con el fusil preparado, y aguardé. Mirando por encima de mi hombro, uno de mis compañeros me hizo una señal alzando los pulgares. Me quité el polvo de los ojos para asegurarme de ver bien antes de entrar. Yo iba cargado con el engorroso equipo de intervención, encima de una chaqueta de invierno, mientras trataba de moverme como un gato.

«Piensa con calma», me decía a mí mismo.

El vestíbulo estaba atiborrado. Había un pequeño generador en el suelo. Enfrente de mí, una puerta, y otra a mi derecha. Ignoré la de la derecha, porque estaba bloqueada por el generador, y me deslicé cuidadosamente hasta la que tenía delante.

Tenía los nervios a flor de piel. Estaba tenso, preparado para captar cualquier movimiento delante de mí, mientras examinaba la habitación vacía. El olor del queroseno que despedía la estufa de la familia me invadió la nariz.

Cada paso que daba parecía un gran estruendo. Estábamos formados para prever que, detrás de cualquier puerta, dispuesto para atacar, podía haber un insurgente con un traje bomba o un AK-47.

Unas cortinas cubrían el arco que llevaba a los dormitorios. Odiaba las cortinas porque con una puerta sentíamos al menos cierta protección. No tenía ni idea de si alguien estaba observando por debajo de la tela o esperando tan solo a que mi sombra pasara por delante para poderme disparar.

Allí se acababa la partida. Aquellas habitaciones no podían estar vacías. No teníamos ni idea de si los ocupantes nos habían oído. En mi despliegue anterior con los Delta, varios de sus muchachos murieron al entrar en una casa donde los esperaba un combatiente emboscado tras un muro de sacos de arena. Fue una lección mortal, que jamás olvidaríamos y que siempre teníamos presente cuando entrábamos en un objetivo.

Me detuve uno o dos segundos, con la esperanza de hacer salir a cualquier emboscado impaciente. En la habitación de detrás de la cortina, la luz estaba

encendida. Me levanté las gafas de visión nocturna y, despacio, fui apartando la tela.

Una nevera estrecha y alta apareció en el recodo de una sala en forma de L. Vi una puerta entornada y me moví para cubrirla rápidamente, mientras mis compañeros invadían la estancia y despejaban las otras habitaciones. Uno de mis colegas me siguió: abrimos una puerta y despejamos una habitación. No hubo palabras. Todos sabíamos qué hacer.

En el suelo había tres colchones y a duras penas pude distinguir dos ojos que me miraban fijamente desde la esquina de la oscura habitación. Era un hombre joven, con un bello facial ralo y los ojos oscuros. Parecía nervioso y no paraba de mirar de un lado a otro mientras nosotros nos movíamos por el interior de la estancia.

Me extrañó mucho que se quedase allí sentado, mirándome.

Había dos mujeres, también despiertas, que observaban la puerta. Empecé a moverme inmediatamente hacia el hombre. Sabía que algo no estaba en orden porque los hombres suelen dormir en una habitación distinta. Cuando pasé al lado de las mujeres, hice gestos con la mano para indicarles que estuvieran tranquilas. El hombre empezó a moverse y a hablar.

—Chitón —le susurré. No quería que alertase a ningún otro hombre que pudiera haber en otras habitaciones.

El hombre no apartaba nunca la vista de mí. Lo cogí por el brazo derecho y tiré de él hacia arriba, apartando las mantas para asegurarme de que no tenía un arma. Mientras lo retenía contra la pared, retiré también las mantas de encima de las mujeres. Entre ellas había una niña pequeña, de no más de cinco o seis años. Cuando le retiré la colcha, la madre de la pequeña la cogió y la atrajo hacia sí.

Acompañé al hombre hasta el centro de la habitación, le até las manos con las esposas flexibles —de plástico— y le cubrí la cabeza con una capucha. Mi compañero vigilaba a las mujeres mientras yo registraba rápidamente los bolsillos del hombre. Luego lo obligué a arrodillarse y lo empujé por la cabeza hacia el rincón. Él intentó hablar, pero le aplasté la cara contra la pared, enmudeciéndole.

El jefe de nuestro pelotón, que dirigía la misión, asomó la cabeza por el quicio de la puerta.

—¿Qué tenéis? —preguntó.

—Un VEM [varón en edad militar]. Aún hay que despejar la habitación.

Avancé hasta la otra esquina del cuarto, junto a los colchones, y vi la culata marrón de un AK-47. Encima de un montoncito de bolsas de plástico había un cinturón armero de pecho, de los empleados para cargadores adicionales, y una granada.

—Aquí tengo un AK —dije yo—. Chaleco portacargadores. Granada. ¡JODER!

Me cabreó que no hubiéramos visto antes las armas.

El compañero que apuntaba a las mujeres no las había visto tampoco cuando entró en la habitación.

El hombre al que encontré allí era, sin duda alguna, un combatiente; y además, de los listos. Ocultó su arma, el chaleco de los cargadores y las granadas de mano justo donde no podía alcanzarlos, y lo suficientemente bien para que nosotros no lo viésemos al entrar en la habitación.

Yo hervía en deseos de dispararle ahí mismo, *in situ*. Pero él conocía las normas —las que nosotros debíamos seguir— y las usaba en nuestra contra. No le podíamos disparar a menos que supusiera una amenaza. No tuvo los cojones de arremeter contra nosotros al vernos cruzar la puerta. Él sabía que estábamos en la casa. Tuvo que oírnos entrar y pensó que podía ocultarse con las mujeres.

Cuando la casa estuvo asegurada, llevé al tipo a otra habitación para interrogarle. El suelo de la sala estaba cubierto de alfombras y había esterillas apiladas en un montón, en el centro de la estancia. Había también una tele encendida en el suelo, pero la pantalla no emitía nada. Nuestro intérprete se colocó junto al hombre al tiempo que yo le quitaba la capucha. Tenía el rostro sudoroso y los ojos muy abiertos, tratando de acostumbrarse a la luz.

—Pregúntale por qué tenía granadas y un chaleco portacargadores —le dije al intérprete.

—Yo soy un invitado —me respondió él.

—¿Por qué dormías con las mujeres y los niños? Los invitados no duermen con las mujeres.

—Una de ellas es mi esposa —añadió él.

—¿No decías que eras un invitado? —repuse yo.

El interrogatorio prosiguió de este modo durante media hora, aproximadamente. En ningún momento dio una versión coherente y a la mañana siguiente se lo entregamos a los marines.

Era frustrante, porque se daban misiones como esta día tras día. Era un sistema de captura y liberación. Podemos atrapar a los combatientes, pero en unas semanas volverán a la calle. Yo estaba convencido de que al combatiente que encontramos en el dormitorio lo liberarían enseguida. El único modo de que abandonaran la calle de forma permanente era matarlos.

Más tarde supimos, por algunos de los aldeanos más mayores, que aquellos hombres, incluido el combatiente que encontramos en el dormitorio de las mujeres, formaban parte de una célula de insurgentes que se iba moviendo por las casas del pueblo. El tipo al que cogimos se había ido a su casa aquella noche, para estar con su familia. Otros tres integrantes de su célula murieron aquella misma noche tras un rápido tiroteo con mis compañeros de equipo. Mis colegas tuvieron suerte y cayeron sobre ellos antes de que los insurgentes pudieran reaccionar. Nuestras tropas sacaron de la casa armas de fuego, minas y explosivos para fabricar bombas de carretera.

Tras haber despejado nuestros objetivos iniciales, el pelotón registró la mayoría de las casas de la localidad. En uno de los dormitorios encontré un cajón lleno de sujetadores. Pesqué uno blanco, bonito, con puntillas y un lacito central. Lo hice un ovillo y me lo metí en el bolsillo de los pantalones, para luego.

Fuera, el *bop, bop, bop* de los gigantescos helicópteros CH-53 de los marines resonaba por todo el pueblo. Estaba saliendo el sol, mientras nosotros manteníamos posiciones de seguridad en una casa vecina. Hacía un frío horrible. Siempre parece que las mañanas son el momento más frío del día.

Levanté la cabeza justo a tiempo para ver lo que parecían ser dos enormes autobuses escolares de color gris: me sobrevolaron, dieron un giro de noventa grados y descendieron en el desierto, al norte del tendido eléctrico. Se abrieron las rampas traseras y bajaron los marines, igual que en los anuncios.

El jefe de mi pelotón pasó a mi lado, para coordinar la situación de modo que pudiéramos entregarles el pueblo y marcharnos a casa.

—¿Ves dónde está su centro de mando? —me preguntó.

—Creo que están en la carretera —contesté yo, señalando hacia un grupo de hombres y antenas de radio.

Mientras él pasaba a mi lado, saqué el sujetador que había cogido aquella noche y, discretamente, lo puse en una antena de radio que llevaba cogida a la espalda. Cuando hace frío y las circunstancias son tan deprimentes, este tipo de cosas nos animan. Pasó por delante de unos cuantos marines, y vi que se lo quedaban mirando y se reían.

—¡Eh! ¿Dónde está vuestro centro de mando? —preguntó el jefe del pelotón a un marine que estaba cerca.

Él señaló hacia la carretera.

—¡Señor! Lleva un sujetador colgado a la espalda —le dijo el marine.

—Sí, seguro —respondió el jefe sin inmutarse y mirando hacia donde estábamos nosotros—. Es algo que pasa muchas veces.

Mientras caminábamos de vuelta al punto de aterrizaje, en el desierto, me di cuenta de que algo se movía dentro de mi campo de visión periférica. Me giré y tiré de la cinta de un sujetador.

Alguien me había colgado uno en el cortapernos que llevaba sujeto a la espalda.

En el equipo, las jugarretas eran un estilo de vida.

Las bromas pesadas eran tan frecuentes que, al final, todo el escuadrón dibujó un esquema que vinculaba a todos los sospechosos. Era la misma clase de diagrama que usábamos para perseguir a los terroristas. Teníamos los nombres de todos los muchachos en una pirámide, y en lo alto de todo estaba el peor de los bromistas: Phil, por entonces jefe de mi equipo.

Phil llevaba toda la vida en la Marina. Aprobó el Green Team el mismo año en que yo hice el BUD/S, dejó el DEVGRU para tomarse un descanso y se unió a los Leap Frogs («Ranas saltarinas»), el equipo de exhibición de paracaidistas de la Marina. También sirvió como instructor militar de caída libre, antes de volver al comando.

Conocí a Phil en mis primeros días en el escuadrón y me cayó bien enseguida. Él había llevado a cabo varias misiones de asalto, y luego dirigió para el escuadrón el programa de perros de asalto en combate, antes de convertirse en jefe de mi equipo.

Phil era un gran bromista, quizá el mejor. En una ocasión, al menos, regresé a mi jaula y me encontré con que me habían cortado todos los cordones de mis zapatos izquierdos. No pude demostrar que fuera Phil. Sabía que tenía unos imanes grandes, que pasaba por encima de nuestras carteras para desmagnetizarnos las bandas de la tarjeta de crédito. Era famoso por empapar el equipo completo de otros soldados con purpurina. No sé cuántas bolsas y uniformes tuve que sustituir porque la purpurina lila había cubierto el velcro o se había quedado en los pliegues de la tela.

Cuando la cosa decaía, él provocaba un enfrentamiento.

—Vale, ¿quién me la ha jugado? —solía gritar, mientras caminaba en la sala del equipo.

Pero todos sabíamos que era obra suya. Intentaba armar una bronca porque se aburría.

A veces, los chicos se la devolvían. Una noche de viernes, íbamos todos caminando por el aparcamiento y vimos el coche de Phil en lo alto, en la plataforma de una carretilla elevadora.

Una de las bromas que más tiempo duró en nuestro escuadrón empezó con Phil. Cuando no estábamos en un despliegue, nos entrenábamos por todo Estados Unidos. Aquella noche nos encontrábamos en Miami realizando instrucción urbana. Se estaba haciendo oscuro y teníamos prácticas de combate cuerpo a cuerpo en un antiguo hotel abandonado.

Antes de empezar el entrenamiento, Phil y la policía local, que mantenía alejados a los mirones, entraron para asegurarse de que el edificio estuviera vacío. No queríamos empezar y darnos cuenta de que lo habían «okupado» los «sin techo». En aquel momento, Phil aún trabajaba como adiestrador de perros.

En el repaso de las salas, Phil echó un vistazo a una habitación y vio algo que salía de la mampostería. Era un consolador negro, gigantesco, de 30 centímetros. Phil se puso un guante de goma, lo sacó de la pared y nos lo bajó.

—Mirad lo que he encontrado —nos dijo, agitándolo sobre su cabeza.

—Aparta eso de mi lado —le contesté yo, echándome atrás mientras él lo sacudía en su mano.

Con el hotel despejado, empezamos el entrenamiento. Estaba a punto de amanecer cuando terminamos. Después de haber guardado mi equipo en el

maletero del coche de alquiler, me sentía agotado y me quedé frito en el asiento del conductor. Cuando fui a arrancar, me di cuenta de que había algo enganchado en la rueda del volante.

—¡Phil! —grité, al tiempo que casi saltaba fuera del coche para apartarme de aquello.

Miré a mi alrededor, pero Phil se había ido. Ya había abandonado el escenario del crimen.

El consolador estaba enganchado al volante de mi coche; ocupaba todo el espacio entre las posiciones de las nueve y las tres en punto. Lo saqué de allí y lo metí en el primer casco que encontré, dentro de una de las bolsas de equipamiento.

El consolador, que acabó llamándose «Báculo del Poder», desapareció. Nos olvidamos de él durante unos meses, hasta otra ocasión en Virginia Beach, al terminar un entrenamiento con máscaras de gas.

Puesto que es tarea del DEVGRU detectar las armas de destrucción masiva, solíamos entrenarnos en la *kill house* con el traje químico al completo. Acostumbrarse a usar la máscara de gas necesita su tiempo, y teníamos que aprender a sentirnos cómodos trabajando con los trajes y las máscaras durante períodos prolongados.

Era el final del día y luego fuimos todos a la sala del equipo, a tomar una cerveza. Yo entré y me fui a la nevera. Le quité la chapa y pegué un trago; al volverme vi que algunos de los chicos se amontonaban alrededor de la mesa de conferencias.

—¡La hostia! —oí decir a uno de ellos.

—No puede ser. ¿No es lo que creo, verdad? —añadía otro.

Me acerqué al grupo y vi una foto Polaroid pegada a una hoja de papel en blanco. El Báculo del Poder estaba enrollado en la máscara de gas de alguien. En cuanto vi la foto, se me removieron las tripas. Yo no tenía ni idea de dónde estaba el Báculo antes de que Phil lo cogiera, y ahora podría haber estado en mi máscara de gas. La misma que me había puesto durante varias horas aquel día. Intenté averiguar si la máscara en cuestión podía ser la mía, pero la foto estaba tomada de tan cerca que era imposible saberlo. En aquel momento, el Báculo del Poder estaba en la máscara de todos nosotros; y nadie pensaba correr el riesgo...

Seguí a la multitud hasta Suministros y cambié mi máscara por una nueva. Una vez más, el Báculo del Poder estuvo inactivo durante unos pocos meses.

En la cocina siempre había comida, y los chicos solían traer boles gigantes con *pretzels* y otros aperitivos de Costco. Un día, apareció en la sala del equipo un gran cuenco de *crackers* de animales. Puñado a puñado, las galletas empezaron a desaparecer. Podías ver cómo los chicos se las iban zampando en el camino de la cocina a sus jaulas o a los campos de tiro.

Al poco tiempo, en un bol del que ya se había comido bastante, encontra-

mos otra foto Polaroid. Esta vez, el Báculo del Poder estaba en medio del cuenco, con montones de *crackers* alrededor del rabo.

Aún hoy no puedo comer de esas galletas.

No tengo ni idea de si la culpa fue de Phil. Sé que él lo encontró, pero de momento, el Báculo del Poder sigue desaparecido.

6

Maersk Alabama

Solo había una cosa que le gustase más a Phil que las bromas: el paracaidismo. Siendo el jefe de mi equipo, su pasión arrastraba al grupo a llevar a cabo operaciones en el aire, en especial saltos HAHO. Aquella técnica era la mejor vía, y la más sigilosa, para infiltrarse en un objetivo. Durante un HAHO, saltábamos de la nave, abríamos el paracaídas unos segundos después y volábamos bajo la sombrilla hasta la zona de aterrizaje.

Yo conseguí el título de caída libre en el SEAL Team Five, pero tuve que esperar a estar en el DEVGRU para dominar realmente el arte del salto.

Por decirlo claro: al principio, saltar de un avión me asustaba.

Hay algo antinatural en el gesto de caminar hasta el borde de la rampa y saltar. No solo me asustaba, sino que al principio le tenía odio. Yo era de los que devoraba el oxígeno en el camino de ascenso. Después de cada salto, cuando volvía a pisar tierra firme, me encantaba. Pero a la mañana siguiente, volvía a preocuparme otra vez. A base de obligarme a repetirlo una y otra vez, al final fue fácil. Era igual que en el BUD/S: abandonar era impensable y saltar era una parte importante de nuestro trabajo, así que tenía que aprender a que me gustase.

Mientras estuve con los Delta en mi despliegue en Iraq, en 2005, Phil capitaneó con éxito un HAHO en Afganistán. Siempre nos entrenábamos para ese tipo de misión, pero jamás pensé que fuera a ser real. Desde que me uní al comando, había rotado entre Iraq y Afganistán, destino tras destino. Todo se organizaba según una rueda: despliegue, instrucción y espera en estado de alerta. Había tantas misiones, que empezaron a mezclarse. Íbamos ganando rápidamente experiencia de combate en cada despliegue. El comando, en su conjunto, redefinía sus tácticas constantemente y cada vez se mostraba más efectivo. En 2009, conseguimos al fin una cosa distinta. Yo estaba de permiso, esperando un vuelo comercial que me llevaría a Virginia Beach, cuando vi el

boletín de noticias en la televisión del aeropuerto. El *Maersk Alabama*, un carguero con diecisiete mil toneladas de cargamento, avanzaba rumbo a Mombasa (Kenia) cuando piratas somalíes lo atacaron a su paso por el Cuerno de África. Era el miércoles 8 de abril de 2009. Los piratas apresaron al capitán del *Maersk Alamaba*, Richard Phillips, y huyeron con él en uno de los botes salvavidas, una lancha cubierta de poco más de 5 metros de longitud. Tenían raciones de comida para nueve días. El destructor estadounidense *USS Bainbridge* seguía de cerca al bote, que se desplazaba a unas treinta millas de la costa somalí. A bordo iban cuatro piratas armados con AK-47.

Sentado en el aeropuerto, me pregunté si nos llamarían. Disponer de tiempo libre era un festival, dado que mi escuadrón estaba en estado de alerta y podían desplegarlo en cualquier parte del mundo con tan solo avisar con una hora de antelación.

Mirando el televisor del aeropuerto, vi el bote naranja cabeceando en las olas. Allí cerca estaba el *USS Bainbridge*, con su casco gris. Intenté colocarme cerca para poder oír lo que decían pese al ruido del aeropuerto. Cuando me marché de Virginia Beach, dos días antes, no pasaba nada; pero ahora tenía la sensación de que nos iban a llamar. Cuando volvieron a aparecer en pantalla las medidas del bote, sonó mi teléfono dentro del bolsillo. Era Phil.

—¿Estás viendo las noticias? —me preguntó.

—Sí, acabo de verlo —respondí.

—¿Dónde estás?

En ese momento, yo era el miembro más veterano de mi equipo, después de mi jefe.

—En el aeropuerto —le contesté—. En la puerta del avión, literalmente.

—Vale, bien —añadió Phil—. Vuelve lo antes posible.

Al instante sentí que mis pensamientos se aceleraban. El avión no podría volar suficientemente deprisa. Aquella misión representaba una oportunidad única en la vida.

No quería perdérmela.

Embarcar en un avión ya es frustrante, cuando uno no tiene prisa. Veía a la gente deambular hasta sus asientos o juguetear con los compartimentos que había sobre su silla. En mi interior, les suplicaba que se dieran prisa. Cuanto antes despegásemos, antes podría volver al trabajo. Por añadidura, yo sabía que una vez en el aire, estaría incomunicado. No podrían contactar conmigo, si recibían la orden de partir. Es decir, podía ser que, mientras el auxiliar de vuelo cerraba las puertas, a mí me estuvieran comunicando que tenía una hora para presentarme en el puesto de mando; y que, cuando hubiéramos aterrizado, el equipo se hubiese marchado ya.

Me puse los auriculares y traté de evadirme, pero no podía. A cinco pasos de la puerta, nada más aterrizar en Virginia, yo ya estaba llamando.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —pregunté, cuando Phil descolgó.

Eran las ocho de la noche ya pasadas, puesto que yo venía de la Costa Oeste.

—Aún por aquí —me contestó—. Vente al trabajo mañana temprano y te pondré al día en un momento. Estamos con la planificación. Pero esperamos a que Washington tome la decisión.

A la mañana siguiente me presenté pronto. Phil se reunió conmigo en la sala del escuadrón. Nos sentamos a la mesa de la sala de conferencias.

—Tenemos un rehén —dijo Phil—. Cuatro piratas. Piden por él dos millones de dólares.

—Nada como saber exactamente cuánto vales —dije yo.

—Yo pediría más —dijo Phil—. Un par de millones me parecen poco, a menos que le preguntes a mi exesposa.

—¿Adónde van? —interrogué.

—Quieren reunirse con sus colegas y llevar a Phillips a un campamento o a un buque madre —contestó Phil—. O sea, tenemos que estar listos para desmantelar el barco o para ir hasta la playa y desmontar uno de los campamentos.

Habíamos pasado años preparándonos para cualquiera de las dos misiones.

—Ya tenemos a un montón de chicos en el *USS Bainbridge* —dijo Phil—. Estaban en África y han entrado en acción esta noche pasada. Las negociaciones se rompieron el jueves.

—¿Cuánto tiempo tenemos, antes de que lleguen a la costa? —pregunté yo.

—No quieren tocar tierra donde están ahora, por cuestiones tribales —respondió Phil—. Su tribu está un poco más al sur, así que no pueden tomar tierra durante otro par de días, luego es de esperar que tengamos una fecha límite.

Yo pregunté por la convocatoria oficial.

—No la hay, pero lo están estudiando —dijo Phil.

—¿Por qué no nos han dicho nada todavía? —pregunté yo—. No tiene ningún sentido que tarden tanto en tomar una decisión.

—Colega, es Washington —dijo él—. ¿Hay algo que tenga sentido?

Al cabo de un día recibimos, por fin, la llamada oficial. La mayoría estábamos ya en el comando y con el equipo preparado.

Transcurridas veinte horas, la rampa del C-17 crujió al abrirse y la luz del sol se derramó por la cabina. Sentí la brisa en el rostro mientras me protegía los ojos del brillante sol del África oriental. Al cabo de unos minutos, vi que el pequeño paracaídas sujeto a una lancha de asalto de gran velocidad se abría y empezaba a tirar de la embarcación, arrastrándola hacia fuera del avión. Los botes iban cargados con todo el equipo que necesitaríamos. El plan era lanzar primero las lanchas y a su tripulación, y luego a los equipos de asalto.

CLIC. CLIC. CLIC.

Oía avanzar el bote sobre los rodillos metálicos mientras se dirigía a la puerta cogiendo velocidad antes de desaparecer por la rampa. Al cabo de unos momentos, un segundo paracaídas se abrió y la masa gris del segundo bote pasó volando y salió del avión, seguida por los tripulantes.

—¡Sí! —grité, mientras veía salir los botes. A mi alrededor, los muchachos aplaudían cuando las tripulaciones de las lanchas desaparecieron rampa abajo.

El corazón me latía con fuerza, más de emoción que de otra cosa, mientras esperaba la señal —pulgar hacia arriba— de mis compañeros en la rampa. Ellos estaban observando el proceso para asegurarse de que los paracaídas de los botes se abrían.

Con respecto al *USS Bainbridge*, estábamos saltando fuera de su horizonte, por lo que los piratas no nos podían ver. El *USS Boxer*, una nave de asalto anfibia que solía transportar marines a la batalla, iba a encontrarse con nosotros para que actuáramos desde su cubierta.

En las aguas que sobrevolábamos, las tripulaciones cayeron cerca de las lanchas y empezaron a quitarse los paracaídas. Tocaban treinta minutos de espera antes de nuestro salto, que se hicieron muy largos.

Yo estaba sentado cerca del frente del avión, en uno de los bancos. También estaba allí uno de los especialistas en comunicaciones de mi escuadrón. Llevaba puesto un arnés doble, de pasajero, que lo ataba a mí por delante. Horas antes le habían comunicado que, no solo vendría con nosotros a África para ayudarnos en una situación con rehenes, sino que para hacerlo tenía que saltar al océano Índico.

Para poder disponer de todo el personal necesario en el *USS Boxer*, tres pasajeros, incluidos los especialistas en comunicación, debían saltar en tándem con nosotros. Esos tres miembros del personal de apoyo, ajenos al SEAL, eran esenciales. Durante el vuelo, tuve ocasión de sentarme con el técnico de comunicaciones e instruirlo.

—Tú vas conmigo —le dije—. ¿Estás preparado para esto?

Era delgado, llevaba el pelo corto y daba la impresión de ser un ratón de biblioteca. Parecía algo nervioso cuando empecé a hablarle de la rampa y lo que podíamos esperar.

—¿Has saltado antes? —le pregunté.

—No —respondió él.

Cuando nos dieron el aviso de que faltaban seis minutos, todos nos pusimos en pie para las verificaciones de última hora. El especialista en comunicaciones estaba pálido. No había dicho una palabra desde que se abrió la puerta por primera vez. Al menos mi primer salto había sido sobre Arizona. Pero el suyo era un salto en el mundo real, un salto al océano Índico.

—Saldrá bien —le dije.

No parecía convencido.

La rampa se abrió de nuevo. Había cerca de cuarenta saltadores en el avión, y nos colocamos en fila en la rampa.

—Preparados —advirtió el jefe de saltos, dándonos la señal de que faltaban menos de treinta segundos para el lanzamiento. Noté qué la pierna del especialista en comunicaciones empezaba a temblar. Casi vibraba, a medida que nos acercábamos a la rampa.

—Eh, colega: tú, tranquilo —le dije.

Todo lo que yo necesitaba de él era que se acordase de lo que le había dicho.

—¡Luz verde! ¡ADELANTE!

El jefe de saltos señaló la rampa.

Por delante de mí, todo el mundo empezó a caminar hacia la rampa, con el típico balanceo, y fue lanzándose en picado, uno por uno. Cuando nosotros ya estábamos cerca de la rampa, empecé a ver el punto de unión del agua y el cielo en el horizonte. Me alcé y di a mi pasajero un par de golpecitos en el hombro; por encima del viento, le grité al oído:

—¡CUÉLGATE!

Era la señal para que ocupase su posición. Él debía dejar los dedos de los pies colgando fuera de la rampa, para que, al tirarnos, las espinillas no le rascaran contra la aeronave.

Se quedó helado. Yo notaba cómo intentaba clavar los pies en la rampa. Volví a darle unos toques y grité:

—¡CUÉLGATE!

Tampoco se movió.

No había tiempo para esperar. Lo empujé hacia delante y nos lanzamos al vacío.

El estabilizador del paracaídas se abrió a mi espalda. Ese pequeño paracaídas nos ayudó a ganar en estabilidad y a controlar la velocidad en la caída libre. Igual que había sucedido en otros cientos de saltos, lo revisé todo y tiré de la anilla. La tela principal se abrió.

De repente, había desaparecido el ruido del avión y todo estaba en una calma perfecta. Solo se oía el batir del paracaídas con el viento.

A nuestro alrededor, la vista era preciosa. Se agradecía el aire fresco, después de la cabina del C-17. El cielo y el agua eran del mismo azul cristalino y solo se veían unas nubes menudas en lo alto. Miré hacia abajo y vi un tumulto de paracaídas, rodeando las cuatro embarcaciones grises que cabeceaban en el océano.

Aquello parecía un combate aéreo de la segunda guerra mundial: mis compañeros se iban moviendo en círculos, esquivándose entre ellos, hasta detenerse por fin en el mar.

Las aguas estaban tranquilas, con un suave oleaje. No muy lejos pude ver la cubierta del *USS Boxer*, esperándonos. Al llegar, solté el paracaídas y me

zambullí en las cálidas aguas. Desabroché al especialista de comunicaciones y empecé a quitarme el arnés.

Estábamos a menos de veinte metros del barco. Me puse las aletas, que había atado en los tobillos para el salto, y empecé a nadar hacia el especialista. Por detrás de mí, el paracaídas empezó a sumergirse a medida que el de reserva se llenaba de agua, arrastrándolo hacia el fondo. Nadé hasta donde estaba el especialista, que chapoteaba con un chaleco salvavidas, hacia la escalera que colgaba del barco.

—¿Cómo ha ido, colega? —le dije.

—Una locura —me respondió.

Fue la primera vez que le vi sonreír desde que se abrió la rampa.

Subimos a bordo de la lancha y encontré un sitio cerca de la proa, donde esperamos para el recuento. Como los botes solo tenían capacidad para doce personas, se atiborraron enseguida. Me subí a la proa de la embarcación y dejé colgar los pies en el agua. La corriente empujaba mis aletas.

—¡Eh! ¿Has visto tiburones? —me dijo un colega que también subía a la proa.

—No —le contesté. Yo sabía que aquellas aguas estaban plagadas, pero no había visto acercarse a ninguno.

—Pues tío, cuando yo venía he visto una sombra enorme ahí abajo —añadió él.

Pegué las aletas al bote.

Mientras volábamos hacia la zona, Phillips intentó escapar, lo cual aumentó la tensión. Consiguió tirarse al agua, pero lo sacaron a punta de pistola. Los piratas le ataron las manos y tiraron al océano un teléfono y una radio emisora-receptora, pues creían que, de algún modo, el capitán estaba recibiendo órdenes del barco.

Para entonces, la lancha salvavidas se había quedado sin combustible y había quedado a la deriva. El comandante Frank Castello, capitán del *USS Bainbridge*, convenció a los piratas de que se dejaran remolcar por el destructor y permitiesen que el bote hinchable de este, de casco rígido, pudiera mandarles agua y comida. Durante uno de los viajes de abastecimiento, el cuarto pirata, Abdul Wal-i-Musi, solicitó atención médica por un corte en una mano. Lo llevaron al *USS Bainbridge* para el tratamiento. Se había herido durante el intento de fuga de Phillips.

Tras instalarnos en el *USS Boxer* el sábado, enviamos a un pequeño equipo al *USS Bainbridge*. El resto del escuadrón recibió órdenes de permanecer alerta. En el supuesto de que la lancha salvavidas tomara tierra, nos veríamos obligados a intentar emprender una misión de rescate en la costa. El equipo que fue al *USS Bainbridge* estaba compuesto por un equipo de asalto, varios francotiradores y un pequeño elemento de mando. Los SEAL dispusieron una posición de vigilancia en la cubierta de toldilla del *USS Bainbridge*. Los fran-

cotiradores vigilaban por turnos, mientras las negociaciones se reanudaban. Estuvimos esperando, con paciencia, a que la situación se desarrollase de algún modo.

El domingo nos llegó de repente la noticia de que Phillips estaba a bordo del *USS Bainbridge*, sano y salvo. Los chicos no tardaron en regresar y yo me encontré con mi amigo Gary. En el BUD/S, Gary iba un grupo por delante de mí; al Green Team llegó unos pocos años después que yo. Empezó su carrera en los SEAL pilotando minisubmarinos. Era divertido imaginárselo ahí, metiendo su metro noventa y cuatro en el submarino. En el último despliegue, le habían concedido la Estrella de Plata. Cosió a tiros, literalmente, a cinco tíos que pretendían cazarlo por el flanco durante una misión en Kandahar. Gary pasó al *USS Bainbridge* como responsable de interrogar al pirata apresado Wali-Musi.

Nos dimos la mano.

—Hostia santa, tío, cuéntame —le dije yo.

—Cogimos al último cuando asomó la cabeza y el humo contuvo a los otros tres —dijo Gary.

Gary me contó que le habían encargado hablar con el pirata herido, Musi. Mi amigo tenía la esperanza de que el pirata pudiera convencer a sus camaradas de que se rindieran. Gary se esforzó por caerle bien.

—¡Oye! ¿Quieres un helado? —le decía—. ¿Una Coca-Cola fría?

Musi y Gray se entendieron bien enseguida, con la comida y las comodidades. Gary mantuvo a Musi fuera, al aire libre, para que los otros piratas pudieran ver cómo bebía refrescos y comía helados. En cambio, los piratas que aún estaban en el bote tenían que gritar para negociar.

—No oigo —le dijo Gary a Musi—. Diles que tiren de la cuerda.

Musi accedió; la cuerda se iba acortando y la lancha salvavidas estaba cada vez más cerca del *USS Bainbridge*. El mar empezaba a embravecerse y, sin motor en el bote, la embarcación empezaba a ir de un lado para otro. Cuando cayó la noche, Gary y sus colegas acercaron aún más el bote. Estaba oscuro como boca de lobo y era imposible que los piratas supieran que los estaban acercando al *USS Bainbridge*. Desde la cubierta de toldilla, Gary y sus compañeros examinaban el bote. Los láseres infrarrojos —que solo pueden verse con gafas de visión nocturna— bailaban sobre el revestimiento del bote.

Siempre había un pirata sentado en lo alto de la zona cubierta, vigilante; no sería difícil cogerlo. También vieron a un pirata por la ventana, gobernando la embarcación: otro blanco relativamente fácil. Pero el tercero siempre estaba oculto y era preciso pillarlos a los tres a la vez. El único modo de disparar sin poner en peligro la seguridad de Phillips era conseguir que el tercer pirata se dejase ver. Al final, tras horas de espera, en la noche del domingo la cabeza y los hombros del tercer pirata asomaron por la escotilla trasera del bote. Los francotiradores no necesitaban más. Las órdenes eran disparar solo si la vida de

Phillips corría peligro inminente. La tensión era ya muy fuerte y, temiendo por la seguridad de Phillips, mis colegas abrieron fuego. En unos segundos, los tres piratas sucumbieron a la descarga.

Tras el último disparo de nuestros francotiradores, el equipo situado en la cubierta de toldilla oyó un crujido inconfundible: el AK-47 de uno de los piratas. El disparo, aislado, resonó sobre las aguas y mis colegas quedaron inmediatamente abatidos. Había mucho en juego. Washington recibía informes actualizados con mucha frecuencia, así como el material de los aviones no tripulados que vigilaban el bote. Tanto el oficial al mando del DEVGRU como el comandante de nuestro escuadrón estaban en el *USS Boxer*.

Temiéndose lo peor y sin saber si Phillips estaba muerto o herido, dos francotiradores situados junto a la sirga saltaron y empezaron a deslizarse por el cabo hasta el bote. No había tiempo que perder. Balanceándose sobre la cuerda, que cabeceaba unos centímetros por encima del oscuro oleaje, llegaron a la embarcación en pocos minutos. Iban armados solo con pistolas; abordaron la nave y se metieron en la cabina. Había una única entrada, lo cual hacía de ellos presa fácil para un pirata, incluso herido.

Nada más meterse en la lancha salvavidas, se ocuparon rápidamente y de forma metódica de cada uno de los piratas, asegurándose de que no hubiera más amenazas. Encontraron a Phillips atado en una esquina, pero ileso. El bote de casco rígido del *USS Bainbridge*, que llevaba a un puñado de SEAL, seguía de cerca a la lancha. Cuando oyeron los disparos, el bote se dirigió hacia ellos y los SEAL sacaron a Phillips de la barca.

De vuelta en el *USS Bainbridge*, antes de que sonara el último disparo, Gary agarró a Musi y lo tiró a la cubierta.

—Te vas a la cárcel —le dijo—. Tus colegas están muertos. Ya no me sirves para nada.

Con las manos esposadas y una capucha cubriéndole la cabeza, se llevaron a Musi de allí.

Gary se reunió con Phillips en la cubierta de toldilla. Cuando subió a bordo del *USS Bainbridge*, el capitán estaba confundido y desorientado.

—¿Por qué habéis tenido que hacer eso, tíos? —preguntó Phillips.

Era un caso leve de síndrome de Estocolmo y, con la impresión de los disparos, Phillips no comprendía lo que acababa de suceder, ni el por qué.

Phillips se sometió a un examen médico y determinaron que se hallaba en unas condiciones relativamente buenas. El síndrome de Estocolmo se le pasó pronto y quedó agradecido por lo que mis colegas habían hecho. Llamó a su familia y lo transfirieron al *USS Boxer* antes de emprender el regreso a su casa de Vermont.

Los demás pasamos unos días más en el *USS Boxer*, aguardando las órdenes adicionales antes de dirigirnos a la costa y luego volar a casa. Sentaba bien acabar salvando una vida, en lugar de solo eliminar a unos tipos. Me sen-

tí feliz por haber hecho algo distinto. La cara oscura fue haber atisbado el funcionamiento de la maquinaria de Washington y ver lo lenta que puede ser la toma de decisiones. Mucho antes de recibir la orden de intervenir, nosotros ya estábamos preparados. Pero la misión del capitán Phillips renovó nuestras aptitudes y nos puso en el radar de Washington para otras misiones importantes.

7

La larga guerra

Mientras subía la montaña corriendo, me dolían las piernas y los pulmones me ardían.

Era el verano de 2009 y estaba a unos 2.500 metros de altura, en las montañas de la zona central de Afganistán, a unas dos horas al sur de Kabul. Tras el rescate de Phillips, regresamos a casa, completamos varios meses de instrucción y luego nos desplegamos en Afganistán, según lo previsto.

Yo veía el láser infrarrojo del avión no tripulado que seguía el movimiento de ocho combatientes que —cuando llegamos al complejo elegido como blanco— salían corriendo de allí. En cuanto la rampa del helicóptero tocó suelo, nuestro equipo salió corriendo detrás de ellos.

—Equipo Alfa tiene [contacto] visual con los *cagandoleches* —fue todo lo que oí a Phil decir por la radio, con el mote que dábamos a los combatientes que huían a toda prisa del lugar.

Se dirigían hacia una cordillera situada trescientos metros al norte del complejo. Nosotros nos dispusimos a cortarles el paso mientras el resto del pelotón tomaba los edificios. Mientras nos acercábamos a su posición, volví la cabeza y vi a Phil y el resto del equipo, por detrás de mí y bastante cerca. Era nuestra primera misión en este despliegue y todavía nos estábamos acostumbrando a la altitud.

Al ver que el resto del equipo se colocaba en posición, me situé yo también y me eché el fusil al hombro. Los combatientes enemigos estaban montando una posición de combate a aproximadamente unos ciento cincuenta metros de distancia. Me costaba mucho mantener el láser firme, tras haber corrido quinientos metros cargado con todo el equipo; pero aun así logré fijarlo en el combatiente que llevaba la metralleta PKM. Disparé un buen número de balas y lo vi caer. Para entonces habían llegado mis compañeros de equipo, que abrieron fuego y derribaron a otros dos combatientes antes de

que el resto desapareciera por el otro lado de la cordillera, fuera de nuestra vista.

Dejaron atrás a sus muertos y el resto de combatientes se apresuró a escapar por la otra ladera de la cordillera.

—Localizados cinco «puntos calientes» que se mueven al norte, hacia varios edificios —dijo en mi radio el controlador remoto del avión no tripulado. Yo podía ver cómo el láser de este avión se movía hacia la parte baja del otro lado de la colina.

Phil dirigió al equipo un gesto de asentimiento y de nuevo nos pusimos a correr como locos para reducir la distancia.

Cuando alcanzamos la cresta de la montaña, disminuimos el ritmo, pues de otro modo podíamos caer en una emboscada apresurada. Allí yacían tres cuerpos, uno con la metralleta y otro con un lanzacohetes. Por suerte, en los primeros segundos de la batalla habíamos logrado dejar fuera de juego sus dos armas principales.

Los combatientes muertos vestían pantalones y camisas anchas, y unas Cheetah negras: las zapatillas deportivas de caña alta, a lo Puma, que solían llevar los insurgentes talibanes. En el escuadrón corría la broma de que, si llevabas unas Cheetah negras en Afganistán, eras automáticamente sospechoso. Nunca he visto llevar esas zapatillas a nadie que no fuera un combatiente talibán.

Desde la cresta, podíamos ver cómo los combatientes supervivientes corrían a toda prisa monte abajo. Phil agarró el lanzacohetes caído junto a uno de los combatientes muertos y lo disparó contra el grupo que huía. El cohete les cayó muy cerca y la metralla acribilló a los que huían.

Phil dejó caer el arma y se volvió hacia mí. La radio nos transmitía llamadas sobre la llegada del Apoyo Aéreo Cercano (CAS, en sus siglas inglesas). Un avión de combate AC-130 volaba en círculos por encima de nosotros.

—CAS A PUNTO DE SITUARSE —me dijo Phil, literalmente a grito limpio, a tres palmos de distancia.

El lanzacohetes lo había dejado sordo.

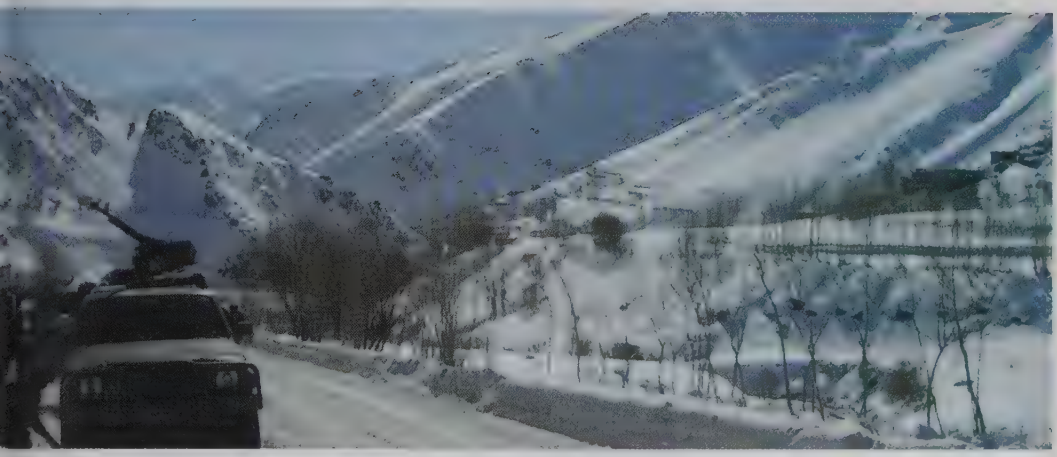
—Te oigo bien. ¡Deja de gritar! —le dije.

—¿QUÉ? —respondió Phil.

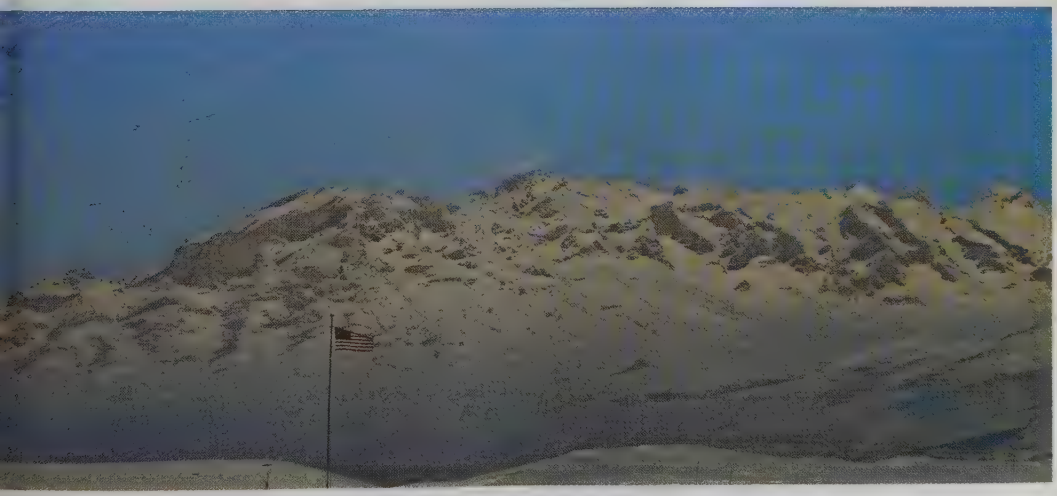
Durante el resto de la noche, oí a Phil antes de verlo. Todas las palabras que salían de su boca eran gritos.

Desde la cresta observamos cómo el cañón de 20 milímetros del AC-130 bombardeaba a los combatientes. Tras enviar por delante a nuestro perro de asalto —al que Phil había apodado «Misil a pelo»—, pasamos el resto de la noche persiguiendo a los demás combatientes. Todos ellos o murieron o quedaron mortalmente heridos.

Phil y otro asaltante persiguieron a un combatiente hasta el interior de uno de los edificios, mientras el resto de nosotros empezaba a despejar un cam-

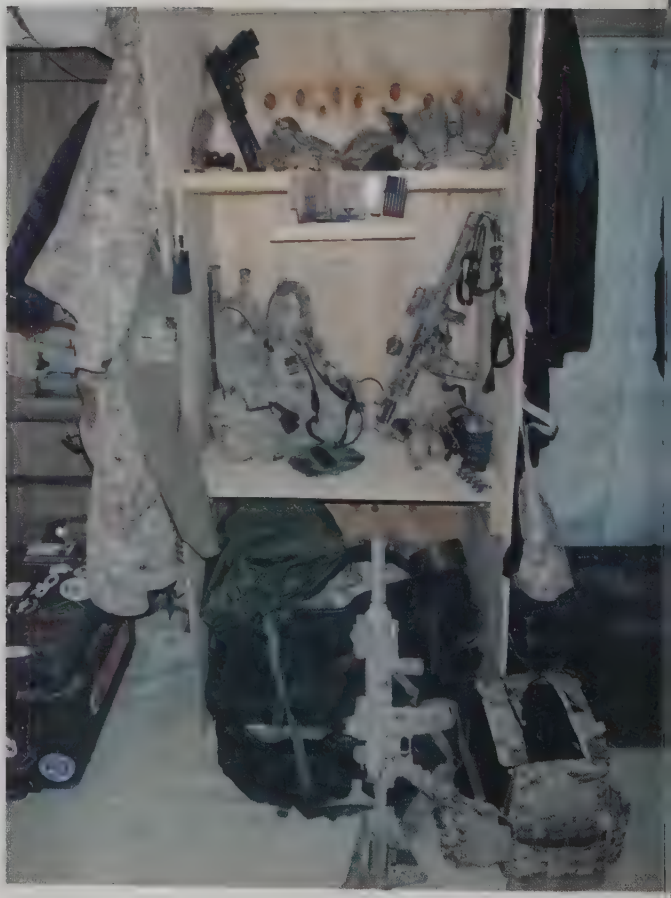


Camioneta armada del ejército afgano estacionada en el paso montañoso entre Bagram y Kunduz. Debido al rigor de las condiciones climáticas, los despliegues de invierno tienden a ser menos activos que los de verano.

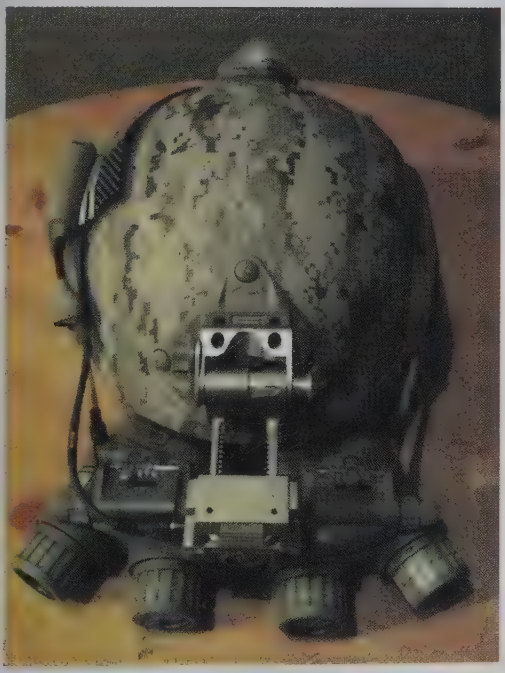


Vista desde nuestra base en la zona central de Afganistán. Durante mis despliegues en Afganistán, me impresionó a menudo la belleza natural del país.

Mis armas principales: Heckler & Koch MP7 con silenciador (*arriba*); lanzagranadas M79 de 40 milímetros, muy modificado, conocido también como «el pirata» (*centro*); y un fusil de asalto Heckler & Koch 416 con cañón de 10 pulgadas y silenciador (*abajo*).



Mi equipo de asalto, organizado durante un destino en Afganistán. Se pueden distinguir mis pistolas, fusiles de asalto, el casco con gafas de visión nocturna y mi chaleco, de más de 20 kg de peso, incluidas las placas antibalas.



Un casco antibalas armado con la última generación de gafas de visión nocturna, foco incorporado y luz estroboscópica infrarroja. Los cuatro tubos permiten una visión nocturna periférica mejor que las típicas gafas de dos tubos. La luz estroboscópica infrarroja es vital cuando se trata con helicópteros y otros activos aéreos.

La rampa abierta de nuestro C-17, momentos antes de saltar al océano Índico para rescatar al capitán Phillips.

Instrucción en paracaidismo HAHO (con apertura del paracaídas a gran altura) sobre el Gran Cañón del Colorado.

Miembros del DEVGRU llegan a tierra durante un entrenamiento en HAHO.

as una larga noche de trabajo, nos alejamos de la posición de peligro (nos «exfiltramos») caminando por el sierto iraquí.

po de hierba alta hasta la cintura. El AC-130 estaba informando de más puntos calientes. Lanzamos a *Misil a pelo* y este encontró la pista de un combatiente situado a unos quince metros a mi derecha. Desde mi posición pude oír los gritos de este combatiente cuando el perro le atacó.

Hicieron salir al animal y los asaltantes arrojaron granadas de mano a la zanja en la que el combatiente aguardaba emboscado. Cuando se dirigieron a despejar la zanja, yo seguí adelante.

Incluso con mis gafas de visión nocturna se veía mal. La hierba era espesa y dificultaba el paso. Por detrás de mí oía disparos intermitentes, porque Phil y otro de los asaltantes habían entrado en combate contra un tirador atrincherado en uno de los complejos. Yo llevaba el arma levantada e intenté utilizar el láser para iluminar un camino a través de la hierba. Por delante de mí había trozos quemados, donde habían impactado los proyectiles de 20 milímetros.

Todos los pasos eran estudiados.

A mis pies, por debajo de mis gafas de visión nocturna, apareció una sombra oscura. Levanté el pie para pisar sobre ella, pues supuse que era un tronco o una rama, y oí un grito ahogado. Salté atrás y abrí fuego. Me había cagado de miedo.

Dediqué unos segundos a confirmar que no me había cagado literalmente y recobrar el control. Luego pasé a inspeccionar el cuerpo. Sin duda, estaba muerto antes de que yo llegara: simplemente, el peso de mi pie sobre su pecho hizo salir aire de sus pulmones. El cuerpo estaba chamuscado por los proyectiles de 20 milímetros. Tras una búsqueda rápida, encontré un AK-47 y un chaleco portacargadores.

De vuelta en Yalalabad, posamos para que nos tomaran unas fotos después de la misión. Phil, que llevaba una gorra negra de marca Under Armour, se había colgado del hombro el lanzacohetes. La foto sería un recordatorio de la época en que mató al enemigo con su propio lanzacohetes, a costa de su propio oído.

Fue una buena noche de trabajo y un buen principio para un destino que se desarrolló con vivacidad. Aquella noche matamos a más de diez combatientes sin sufrir ninguna baja. Como de costumbre, fue fruto de una combinación de pericia y suerte. Sin duda, el combatiente de la zanja nos habría tendido una emboscada, lo que demostraba la utilidad del perro en un equipo de asalto.

Desde que llegué a la unidad, mi vida había sido una serie de altibajos: los altos de las grandes operaciones y luego los días de bajón, a la espera de próximas misiones. Cuando no estábamos desplegados, nos preparábamos para el siguiente destino. Alternábamos los despliegues entre Iraq y Afganistán. El ritmo no admitía pausas. No importaba si eras soltero o si estabas casado y tenías hijos. Todo nuestro mundo se centraba en nuestro trabajo. Era nuestra prioridad número uno.

No sería adecuado que yo hablara mucho de nuestras familias, por razones de seguridad, pero sería falso hacer pensar a los lectores que carecíamos de ellas. Teníamos esposas, hijos, novias, exesposas, padres y hermanos, todos en competencia por nuestro tiempo. Intentábamos ser buenos padres y buenos esposos, pero después de años de combate en la guerra, nos resultaba difícil estar presentes, incluso cuando estábamos en casa.

Vivíamos con un ojo en las noticias, a la espera de la siguiente historia de un capitán Phillips. Cuando nos entrenábamos, lo hacíamos con la mayor perfección posible. Ya suponía bastante cumplir con el despliegue normal, la instrucción y que las cosas de casa siguieran rodando, como para pensar en mucho más.

En la mayoría de casos, nuestras familias comprendían nuestro estilo de vida. Cuando pasábamos entre ocho y diez meses del año en instrucción o despliegue, siempre terminaban siendo la última de las prioridades.

Querían que estuviéramos en casa.

Querían que estuviéramos sanos y salvos.

Conocían muy poco de lo que realmente estaba pasando en nuestras vidas. Nunca experimentaban la satisfacción de saber que cada fabricante de explosivos artesanales o cada combatiente de Al-Qaeda al que matábamos hacía del mundo un lugar un poco más seguro; o, por lo menos, simplificaba la vida para los soldados que patrullaban por las carreteras de Afganistán. Quizá lo comprendieran en teoría, pero siempre se quedaban en casa, con la inquietud.

Las familias sabían que unos hombres uniformados podían llegar a su puerta para comunicar la noticia de que no íbamos a volver a casa. La comunidad SEAL ha perdido a muchos grandes hombres, y solamente el DEVGRU ya ha perdido una parte mayor de lo que le correspondía. Pero tales sacrificios no han sido en balde. Las lecciones que aprendimos y las acciones heroicas de nuestros hermanos no iban a resultar vanas. Estábamos al tanto de los riesgos propios de los despliegues y la instrucción. Sabíamos convivir con ellos y entendíamos que, para realizar esta labor, teníamos que sacrificarnos. Nuestras familias —como mi padre, que no deseaba que yo viviera así— no siempre lo entendían.

Justo antes de completar la secundaria en Alaska, comuniqué a mis padres mi proyecto de enrolarme. No lo recibieron con agrado. Mi madre no me había dejado jugar, de niño, con los G. I. Joe u otros juguetes militares porque eran demasiado violentos. Aún hoy bromeo con ella diciéndole que, si me hubiera dejado jugar con las figuras de acción y desahogarme con ello, quizá no me habría unido a las fuerzas armadas.

Después de la graduación, sentado en la cocina, hablaba por teléfono con los reclutadores. Al principio, mis padres creyeron que se trataba tan solo de una etapa. Pero pronto comprendieron que mi plan de unirme a la Armada iba totalmente en serio.

Mi padre me hizo sentar para hablar conmigo sobre mis proyectos y los estudios.

—Simplemente, no te quiero en el ejército —dijo al fin.

No era un pacifista, en ningún caso, pero había crecido durante Vietnam y sabía el efecto que la guerra tenía sobre las personas. Muchos de sus amigos se habían tenido que alistar y no habían vuelto a casa. No quería que su hijo fuese a la guerra, nunca. Pero yo no presté oídos a la angustia de su voz o la inquietud ante la idea de que su único hijo se enfrentara a tales peligros. Solo oía que me estaba diciendo lo que no podía hacer.

—Lo voy a hacer —dije—. Es lo que quiero.

Mi padre nunca levantó la voz. En su lugar, razonaba conmigo.

—Escúchame —dijo—. Si hay ocasión de que escuches lo que digo, ¿aceptarás un consejo mío? Prueba el primer año de universidad. Si no te gusta, no hace falta que vuelvas.

Mi padre era consciente de que yo, al crecer en un pueblo de Alaska, no había visto mucho mundo. Así, apostaba por la idea de que, si me convencía de seguir estudiando, vería tantas cosas nuevas que abandonaría mi sueño de convertirme en SEAL.

Me aceptaron en un pequeño centro universitario del sur de California.

—De acuerdo, papá —dije—. Un año.

Un año se convirtió en cuatro y, con la licenciatura, sopesé la idea de unirme a la Armada como oficial. En la escuela me hice amigo de un antiguo SEAL que me aconsejó no incorporarme como oficial. Me dijo que siempre podría llegar a oficial más adelante, pero que la vía del alistamiento significaba más tiempo como soldado en activo, lo que me permitiría seguir en combate. Cuando me enrolé al terminar los estudios universitarios, mi padre no puso objeciones.

Como todos mis compañeros, tenía la ambición de ser un SEAL. Y una vez terminé el curso de BUD/S, sentía la ambición de ser tan buen SEAL como pudiera. No era el único. Había todo un comando de chicos iguales a mí. Pero, como yo, todos debían lidiar para encontrar un equilibrio. Lo llamábamos «el tren en marcha»; era difícil subir al tren, y era difícil bajar; pero cuando estabas dentro, lo mejor era quedarse, porque lo ibas a pasar en grande.

En realidad, teníamos dos familias: la gente del trabajo, y luego la familia y los seres queridos que uno dejaba en casa. Yo venía de una familia muy unida, de Alaska. Mis sentimientos hacia ellos eran iguales a los que me despertaban mis compañeros, como Phil, Charlie y Steve.

Para muchos de los chicos, el equilibrio entre el trabajo y la vida familiar nunca fue más que pasajero. Muchos de mis colegas sufrieron divorcios amargos. Faltábamos a las bodas, a los funerales, en las vacaciones. No podíamos decirle a la Armada que no, pero a nuestra familia sí se lo decíamos. Y lo decíamos a menudo. Era difícil conseguir tiempo fuera. El trabajo siempre era la prioridad número uno. Se apoderaba de todo lo tuyo a cambio de darte muy poco.

Lo curioso era que, incluso cuando estábamos de permiso, antes de un

nuevo destino, yo solía encontrarme con los compañeros. Acudíamos a trabajar con el equipo, a reforzar la forma física o, simplemente, a ocuparnos de las cuestiones de última hora, antes del despliegue.

El secreto sucio de todo esto es que a todos y cada uno de nosotros, y en esto me incluyo, nos gustaba así. Queríamos que nos llamaran siempre, lo que significaba que todo lo demás quedaba en segundo plano.

En 2009 viví mi undécimo despliegue en combate consecutivo. Me había labrado un camino y había pasado de ser «el nuevo» a ser el segundo de Phil. Desde 2001, la única pausa que había tenido fue el Green Team (si es que eso puede llamarse una «pausa»). Es decir, habían sido ocho años completos de, o bien participar en misiones, o bien entrenarme para ello. Por entonces, era más inteligente y más maduro. A medida que yo iba subiendo, entraban chicos nuevos por detrás de mí. Ahora, los nuevos tenían más experiencia de combate. Sin duda, eran mejores de lo que yo era cuando llegué al Green Team. El comando, en su conjunto, era mejor. Nos centrábamos ante todo en Afganistán. Pero incluso cuando las operaciones de Iraq empezaron a menguar, nuestro ritmo nunca se desaceleró. Todos queríamos trabajar; pero a todos los cargos de más relieve empezaba a pesarles lo recorrido.

Steve había ascendido. Estaba al cargo de uno de los otros equipos de nuestro pelotón. Charlie era instructor en el Green Team.

Era un despliegue de verano, lo que suponía ajetreo. Los talibanes realizaban siempre una ofensiva de verano, que ahora estaba en su apogeo. Durante el invierno, el combate se ralentizaba, porque el tiempo era gélido y penoso. Cuando un soldado estadounidense desapareció al poco de empezar el verano, lo dejamos todo para encontrarlo.

El soldado de primera clase Bowe Bergdahl desapareció el 30 de junio de 2009. Un grupo talibán lo capturó y lo desplazó con rapidez a la frontera de Afganistán con Pakistán, con la esperanza de poder pasarlo al otro lado. Nuestros analistas de inteligencia rastrearon todas las pistas, tras su desaparición, y lanzamos varios intentos de rescate, que no obtuvieron fruto. Era una carrera: teníamos que recuperarlo antes de que consiguieran introducirlo en Pakistán. Nos movía el temor a que el grupo que lo había apresado terminara por venderlo a otros grupos, como la red Haqqaní, un grupo terrorista aliado con los talibanes.

Menos de un mes después de que desapareciera, los talibanes emitieron un vídeo que mostraba a Bergdahl vestido con los pantalones bombachos y la camisa larga, de color azul celeste, propios de la región, y sentado frente a un muro blanco. Era un hombre delgado, de cuello largo, con algo de pelo bajo la barbilla. En el vídeo parecía asustado.

Una tarde, justo después de que se conociera el primer vídeo, recibimos la noticia de que se sabía de una posible ubicación del secuestrado.

—La inteligencia dice que probablemente hoy estaba en esta zona, al sur de Kabul —dijo el comandante de nuestro pelotón, apuntando a un mapa de la zona central de Afganistán—. No tenemos muchos datos en los que basarnos, pero esto es prioritario.

Nos reunimos en el centro de operaciones para el resumen de la misión. También estaban allí Steve y su equipo. Se había programado la intervención del pelotón entero. El plan era volar «hasta la Y», lo que significa aterrizar justo fuera del alcance de los lanzacohetes, para luego acceder al blanco. No era tan seguro como acceder al objetivo patrullando, pero tampoco era tan peligroso como volar hasta el mismo «punto X». Y era el único medio de asaltar el objetivo y despejar la zona antes de que saliera el sol.

Ya era medianoche, lo que significaba que empezábamos a quedarnos sin la protección de la oscuridad. Así pues, teníamos que partir de inmediato.

—Esta noche hay una luminosidad del cien por cien, así que ahí fuera habrá una luz de la hostia, tíos —dijo Phil.

Por norma general, intentamos no actuar cuando hay luna llena. Nuestra visión nocturna funciona aún mejor, pero tanta luz supone que el enemigo también nos puede ver y ello reduce nuestra ventaja a la mitad.

La clave es la paciencia táctica. En un caso típico, preferíamos esperar a ver cómo se desarrollaba el objetivo, para luego atacarlo con todo a nuestro favor. No éramos alumnos del segundo grado del curso de combate. Los talibanes luchan bien y sabíamos que nada descartaba que la operación se complicara.

—A ver, tíos, en este caso no lo tenemos todo controlado —dijo el comandante—. Hay que asumir un poco más de riesgo, por la persona a la que estamos buscando.

Mientras bajaba la rampa del helicóptero Chinook CH-47, una nube de polvo me cubrió. Habíamos tomado tierra en un campo abierto y la tarea de mi equipo era situarnos al oeste del objetivo, mientras Steve y su equipo se dirigían al sur, formando así una especie de L en nuestro acercamiento al complejo de edificios donde creíamos que podían retener a Bergdahl.

El objetivo estaba a una hora y media de trayecto en helicóptero desde la base de Yalalabad. En el extremo de la zona de aterrizaje había una casa. El equipo de Steve había dado tan solo unos pocos pasos rampa abajo, cuando empezó a salir de allí toda una tropa de combatientes. Uno de estos talibanes manejaba un subfusil PKM. Yo corría y, mientras tanto, oía el disparo de las armas automáticas por encima del ruido del rotor.

Miré atrás, por encima del hombro, hacia los helicópteros, y vi las balas trazadoras que, como un láser, cortaban la nube de polvo y pasaban silbando junto a la aeronave. Con dificultad distinguí cómo el equipo de Steve se lanzaba a cubierto y, al instante, maniobraba contra el enemigo.

Al hallarse bajo el fuego real de un subfusil talibán, uno de los compañeros de equipo de Steve sacó su arma «pirata», un lanzacohetes recortado, de un solo tiro. Con un disparo que resultó ser de los de «uno entre un millón», se abrió paso entre los estallidos de las automáticas y logró lanzar un proyectil hacia el interior de la casa, que aterrizó, a la perfección, dentro de la puerta. Oí una explosión sorda y vi que empezaba a salir humo por la puerta. La granada hizo acallar el fuego enemigo de inmediato y proporcionó a Steve y su equipo unos segundos vitales para acercarse a la casa sin sufrir bajas. Se apiñaron todos junto a la puerta, despejaron la casa y mataron a los demás combatientes.

—Hay movimiento al norte y al este —dijo Phil por radio.

Con tanta luz de luna, se veía como si fuera de día. Si ellos nos podían distinguir, a simple vista, desde un centenar de metros de distancia, nosotros, con las gafas de visión nocturna, podíamos distinguirlos a trescientos metros.

Por delante de nosotros había un campo completamente llano y yo podía ver a combatientes con armas colgadas a la espalda, que corrían alejándose de los helicópteros. Una carretera atravesaba el campo de norte a sur y pasaba por los edificios hasta salir del valle. Pude distinguir a dos tíos que se largaban a toda prisa montados en ciclomotores. Phil detectó a un grupo de cuatro combatientes, que corrían hacia el oeste, alejándose de la carretera y en dirección a una casa pequeña.

—Yo me tengo a mí mismo y a otros dos —dijo Phil—. Nos ocuparemos de los tíos que van al oeste. Tú ocúpate de los tíos de las motos.

El equipo de Steve despejó los edificios que eran nuestro blanco. Ni rastro de Bergdahl, pero suponíamos que debía de estar en algún lugar de las inmediaciones. Había demasiados combatientes en la zona, y muy bien armados.

Conmigo estaban dos francotiradores de nuestra unidad de reconocimiento (la *Recce*), más el técnico de artificieros. Phil se llevó al equipo del perro y a un asaltante.

Mientras corríamos campo a través, prácticamente pisoteamos a un combatiente que se escondía en la hierba. Al principio, no lo vi; uno de los francotiradores lo distinguió y abrió fuego. Cuando avanzamos, pude comprobar que llevaba unas Cheetah: culpable.

Avanzando de nuevo, vi las motocicletas de los combatientes aparcadas en la cuneta misma de la carretera. Distinguí dos cabezas que asomaban por encima de una bala de paja que debía de medir tranquilamente un metro y medio de altura por entre tres y quizá cinco de anchura.

—Contacto visual con dos *pax* a aproximadamente trescientos metros, doce en punto —dije.

En nuestra jerga militar, *pax* son personas. Los francotiradores también los vieron; nos detuvimos en el campo y echamos la rodilla a tierra. Necesitábamos un plan con urgencia.

—Voy a instalarme en la carretera para ver si puedo dispararles —dijo uno de los francotiradores.

Era uno de los más experimentados del comando. En un despliegue anterior en Iraq, había perseguido a un francotirador iraquí que estaba disparando contra los soldados de la infantería de Marina estadounidense. Tardó varias semanas, pero a la postre lo encontró escondido en una casa. Lo mató disparando a través del agujero de un ladrillo que faltaba en la pared.

La carretera estaba a la izquierda de la bala de paja y ascendía un poco, lo que le concedía algo de altura adicional.

—Yo tomaré el flanco derecho —dijo el técnico artificiero.

—De acuerdo —dije yo—. Me ocuparé del centro e intentaré enviar una granada de mano por encima de la paca de paja.

El plan no me entusiasmaba, pero realmente no teníamos alternativa. Con nuestros campos de fuego y el equipo de Phil por nuestro flanco derecho, estábamos limitados en el modo en que podíamos maniobrar para despejar la zona de detrás de la bala de paja.

Confié en que los francotiradores me cubrirían mientras avanzaba. Era un tiro de unos doscientos metros, lo que no era fácil; pero con sus miras y la visión nocturna, tampoco era difícil.

Nos movimos rápidamente hasta nuestras posiciones.

—*Recce* en posición.

Yo llevaba a la espalda una pequeña escalera extensible. La arrojé a la hierba y la marqué con una «IR», una luz química infrarroja.

—Artificiero en posición.

Me pasé el fusil a la mano izquierda, me arrodillé y saqué una granada de su funda. Le quité el seguro y la sostuve en mi mano derecha. Respiré hondo y empecé a correr a toda velocidad hacia la bala de paja. Mientras me esforzaba por reducir la distancia antes de que los combatientes se asomaran de nuevo a lo alto de la paja, solo podía oír mi propia respiración y el azote del viento. Cuando había recorrido como la mitad del camino, oí que un AK-47 abría fuego por la zona de mi flanco derecho. Sin duda, Phil y su tropa habían hallado el rastro de los combatientes enemigos.

La carrera no duró más que unos pocos segundos, pero en mi mente todo ocurrió a cámara lenta, como en una repetición televisiva. Me hallaba a menos de cien metros de la paja cuando una cabeza asomó por encima.

Estaba a campo abierto, sin cobertura. No podía quedarme inmóvil. Tenía que llegar hasta la bala de paja. Yo no era el mejor con el brazo, así que sabía que no podría despejar la paja lanzando desde aquella distancia. Tenía que seguir acercándome. Una fracción de segundo más tarde, varias balas de nuestros francotiradores impactaron en el pecho del combatiente y lo enviaron hacia atrás, dando tumbos como una muñeca de trapo.

Una de las balas prendió en el propelente del proyectil de un lanzacohe-

tes que el combatiente llevaba a la espalda. Así, mientras caía por detrás de la bala de paja, vi saltar de su mochila chispas y fuego. Parecía una bengala gigante.

Me deslicé hasta detenerme en la base de la bala de paja, lancé la granada por encima y me alejé rodando. Cuando oí el estallido de la explosión, me puse a correr.

Bajo la cobertura del francotirador, llegué hasta el artificiero y el otro francotirador del campo. Maniobramos de regreso a la bala de paja, mientras nos cubría el segundo de los francotiradores. Dimos la vuelta por el lado izquierdo, con las armas preparadas, y encontramos a un combatiente caído de espaldas, con el lanzacohetes aún ardiendo por debajo de él. No había rastro del otro.

Cuando empezamos la búsqueda del combatiente que faltaba, la radio transmitió un mensaje entre crujidos:

—Águila herida, águila herida, solicitamos evacuación médica inmediata.

Uno de los francotiradores de mi equipo era auxiliar médico, por lo que, sin perder tiempo, comenzamos a movernos hacia el equipo de Phil. Aún no habíamos encontrado al combatiente enemigo que faltaba, por lo que expulsé de mi cabeza el pensamiento de quién podría haber caído herido, y los tres continuamos con la búsqueda.

Ayudé al artificiero a reunir las armas y las motos de los combatientes. Estos tenían granadas y botiquines con morfina. Eran profesionales, no unos campesinos que cogían los AK-47 cuando no era época de cosechar.

No encontramos nunca a Bergdahl durante nuestro despliegue, y en el verano de 2012 seguía prisionero. Pero, por instinto, creo que estaba allí, en algún lugar. Es probable que se nos escapara por unas pocas horas, o quizá lograron huir durante el combate.

Cuando las cosas se calmaron, el artificiero preparó las cargas para dinamitar el equipo del enemigo.

—Estoy listo —dijo.

Nos situamos a una distancia segura y el especialista explosionó la carga, que hizo pedazos tanto el equipo como el cuerpo del combatiente. El explosivo alcanzó también la bala de paja, que en parte se puso a arder; el resto quedó marcado con señales de quemadura.

No pudimos encontrar el cuerpo del otro combatiente, pero al regresar para asegurarnos de que el equipo había quedado destruido, hallamos tres manos humanas. Supusimos que este combatiente probablemente se había escondido dentro de la bala de paja, donde había muerto.

Al cabo de poco tiempo, oí el sonido familiar de la llegada de un Chinook CH-47. Tomó tierra el tiempo justo para que, con toda premura, metieran al herido en el interior; luego alzó el vuelo de nuevo y se dirigió con rapidez hacia el hospital de traumatología en Bagram, un gigantesco aeropuerto situado al norte de Kabul.

—Alfa 2, aquí Alfa 1 —dijo Phil, por la radio. Yo era Alfa 2 y él era Alfa 1. Era la primera noticia de Phil desde que nos habíamos separado para cazar a los huidos.

—Oye, macho, ocúpate de los chavales por mí —dijo Phil.

El águila herida era Phil. Estaba sentado en la cubierta del helicóptero, con la pernera del pantalón abierta. La sangre empapaba la cubierta y su uniforme. No sentía nada de dolor, gracias a una fuerte dosis de morfina.

Más tarde averigüé que su equipo había estado reduciendo la distancia que los separaba de dos combatientes muy bien armados. Enviaron por delante al perro de asalto de combate, pero los combatientes lo vieron y abrieron fuego: Phil fue alcanzado y el perro murió. La bala desgarró la pierna de Phil por la parte inferior. Estuvo a punto de morir desangrado, pero la rápida intervención de nuestros dos auxiliares médicos no solo le salvó la pierna, sino también la vida.

—Eh, te ha tocado, hermano —dije—. Cuídate.

Caminamos de regreso a la zona de aterrizaje, para reagruparnos con el pelotón. Los chistes ya habían comenzado.

—Buen trabajo, quitar de en medio a Phil para poder ser tú el jefe —dijo uno de mis colegas de equipo—. Ya hemos visto cómo le pegabas un tiro en la pierna, corrías para allá y le quitabas la insignia del indicativo de llamada.

Phil aún no había llegado al hospital y ya habían empezado a soltar gilipolleces.

8

Caminos de cabras

Tenía que mear.

Desde que embarcamos en el helicóptero —hacía treinta minutos, en Yalalabad, para desplazarnos a un puesto avanzado de combate en la montañosa provincia de Kunar, en Afganistán—, la presión había ido en aumento. Era habitual que, antes de partir, todos pasásemos a desbeber; pero nos esperaba un trayecto tan corto que decidí aguantar hasta que estuviéramos allí.

Habían pasado dos meses desde que hirieron a Phil. Él estaba en casa, recuperándose. A nosotros aún nos quedaban cerca de tres semanas de despliegue. Desde que la evacuación médica se llevó a Phil, yo había ocupado el puesto de jefe de equipo. Ahora nos encaminábamos a una base de operaciones avanzada, en una de las regiones más inestables del este de Afganistán. La base nos serviría de escala para una operación que desarrollaríamos en zonas de alta montaña.

Noté que el Chinook CH-47 se detenía en el aire e iniciaba el descenso. Pocos segundos después de que las ruedas hicieran contacto con el suelo, la rampa se abrió y yo bajé corriendo del aparato; pasé bajo el gigantesco motor trasero y me dirigí hacia una zanja abierta a unos veinte metros de la zona de aterrizaje. Habíamos tomado tierra fuera de la pequeña base de artillería, a unos cincuenta metros del perímetro, de modo que me sentí bastante seguro pese a estar de pie en campo abierto.

Allí me encontré con varios colegas que también necesitaban aliviarse. Estaba oscuro como boca de lobo, sin ninguna iluminación. Las montañas descollaban sobre nosotros y nos privaban de toda posibilidad de luz. Sobre mis hombros, las palas del helicóptero azotaban el suelo y levantaban una nube de polvo. El rugido de los motores del CH-47 era ensordecedor.

De pie, al borde de la zanja, admiraba la belleza de aquellas escarpadas montañas. Tras el manto verde de mis gafas de visión nocturna, parecía real-

mente un lugar muy tranquilo. Fue entonces cuando mis ojos captaron el brillo de algo que atravesaba el cielo. Durante una décima de segundo, creí estar contemplando una estrella fugaz, hasta que me di cuenta de que venía directa hacia mí.

¡FIUUUM!

Una granada autopropulsada se incrustó a tres metros de la rampa de cola del helicóptero, rociando a mis compañeros con la metralla. Antes de que yo pudiera reaccionar, vi cómo balas trazadoras y más granadas detonaban a nuestro alrededor. Empecé a moverme hacia una trinchera abierta al otro lado de la zona de aterrizaje. Todos estábamos anonadados. En nuestras cabezas, aquella base era solo un punto de partida hacia nuestra misión. No esperábamos entrar en combate hasta haber asaltado el verdadero complejo, unas horas más tarde.

Pude oír cómo cambiaba el gemido del motor de los helicópteros a medida que despegaban y salían volando del valle. Cuando el segundo de los helicópteros despegó a toda prisa, la estela del rotor prendió una de las bengalas que marcaban el perímetro del reducido puesto avanzado de combate desde el que planeábamos partir. La teoría dice que las bengalas se encienden para alertar a la base de un ataque; pero ahora habíamos quedado expuestos, a campo abierto e iluminados por los destellos. Empezamos a alejarnos de las luces en grupos pequeños, mientras los enemigos cambiaban de blanco y dirigían el fuego hacia nuestra base.

Intenté abrocharme los pantalones mientras corría a toda velocidad. Oía los golpes de los primeros morteros y luego el martilleo sostenido de una ametralladora estadounidense del calibre 0,50 mientras los soldados de la base reaccionaban al ataque. Nos deslizamos al interior de una trinchera y observamos cómo el armamento pesado de los estadounidenses empezaba a batir la cordillera. Me recordaba a esa «flor de cebolla» que preparan en los restaurantes Outback Steakhouse. La base, levantada con muros Hesco —unos enormes armazones metálicos rellenos de arena— recibía disparos por todas partes.

Cuando la bengala se apagó y nos vimos de nuevo amparados por el manto de la oscuridad, nos dirigimos hacia la puerta principal y el interior de los muros de protección del puesto avanzado.

Una vez dentro, nuestros auxiliares médicos empezaron a trabajar con los heridos. Nadie estaba grave; pero la metralla de una de las granadas autopropulsadas había alcanzado a un Ranger del ejército de Tierra, a nuestro intérprete, a uno de los soldados afganos que nos acompañaban y a nuestro perro de asalto. Los helicópteros se habían quedado a la espera en las proximidades y, cuando el fuego cesó, regresaron apresuradamente al valle para recoger a los heridos.

Cuando todos estuvieron a bordo de las aeronaves y estas iniciaron sin más incidentes el trayecto hacia el hospital, el jefe del pelotón y los jefes de equipo nos

reunimos con los superiores del ejército de Tierra en la base (el comandante de la compañía y el sargento primero), dentro del búnquer de mando.

Charlie y el resto del pelotón esperaron en la sala de pesas de la base. Charlie se había ofrecido como voluntario para los dos últimos meses de despliegue y estaba en mi equipo. Desde que hirieron a Phil y yo asumí el mando, nos faltaba un hombre y necesitábamos un tirador más. Charlie acababa de terminar su etapa como instructor del Green Team.

—He oído que le disparaste a Phil para conseguir este puesto —me dijo Charlie, cuando llegó al país—. ¿Así se consiguen ahora los equipos? Pues estate atento a tus seis hombres...

Echaba en falta a aquel enorme abusón y me alegró tenerlo de vuelta.

Cuando Phil se fue, cesaron las jugarretas en el campamento. Estaba seguro de que no habría bombas de purpurina en mi habitación, pero jamás estuvimos tan animados como cuando él bromeaba. Lo que más echamos en falta fue su experiencia. En una línea bastante parecida a la de nuestros equipos de fútbol, seguíamos la política de «que salte al campo el siguiente». Todos sabíamos cómo hacer el trabajo, pero discutir con la experiencia era duro. Y lo que es experiencia, Phil tenía una tonelada. El ritmo de las operaciones nos dificultaba pensar en el pasado. Pero, sin duda, lo echábamos de menos.

Con la vuelta de Charlie, recuperamos una parte. Recién liberado de sus deberes como instructor en el Green Team, era un tío perspicaz y, en esta operación, resultaría vital. Su experiencia y la calma con que actuaba bajo el fuego no tenían rival.

El centro de operaciones era pequeño, y había mapas de la zona colgados en la pared, sobre unos muebles de contrachapado. Unas antenas sobresalían por la esquina del achaparrado edificio. Como paredes y techo nos bastaban sacos de arena, que nos protegían del fuego de los lanzacohetes y morteros. En una esquina teníamos una radio, que manejaban dos jóvenes de la tropa o especialistas de Tierra.

Yo me puse junto a Steve y miré el mapa.

—Lo siento por la fiesta de bienvenida —nos dijo el capitán de Tierra al cargo del puesto avanzado—. Nos pasa como una vez por semana. Dio la casualidad de que os pusisteis en el lugar adecuado en el momento apropiado.

Las misiones de Kunar eran duras. Yo diría que era uno de los lugares más duros de todo el país, en lo que respectaba a enfrentarse con eficacia al enemigo. Era raro el día que viajábamos por la provincia sin trabar combate. Situado en la parte baja del Hindu Kush, las montañas y los angostos valles con escarpadas laderas hacían las veces de formidables obstáculos naturales. Hacía décadas que aquella provincia era un centro clave de los grupos insurgentes. Sus terrenos impenetrables, la red de cuevas y el hecho de lindar con una provincia pakistaní semiautónoma, como era la Provincia Fronteriza Noroccidental, ofrecían ventajas importantes a los grupos militantes.

Conocida como la «Central enemiga» o «Tierra de indios», entre enero de 2006 y marzo de 2010, Kunar aglutinó más del sesenta y cinco por cien de todos los incidentes protagonizados por la insurgencia en el país. Las fuerzas talibanas nativas se mezclaban con los combatientes extranjeros de Al-Qaeda, al tiempo que también actuaban en la zona las milicias muyahidines.

Sobre una mesa, en el centro de la habitación, había un mapa de la zona. Todos nos arremolinamos a su alrededor. La idea era internarse con las patrullas hasta un valle situado al sur del puesto avanzado y llevar a cabo una operación de «captura o muerte» contra un grupo de talibanes destacados, que celebrarían una reunión allí.

Nos acercábamos a la fecha final de nuestro despliegue, y esta podría ser nuestra última oportunidad de alcanzar un blanco tan jugoso. El nuestro había sido un destino serio y responsable, pese a la herida de Phil y la muerte de uno de los perros. Si jugábamos bien nuestras cartas, conseguiríamos una pequeña recompensa.

A través de los datos de nuestros aviones no tripulados, que sobrevolaban el complejo sospechoso, observábamos el avance de las patrullas. Con los años, Steve y yo nos habíamos vuelto muy buenos en la detección de lo que llamábamos «actividad nefanda».

La información de los aviones no tripulados no parece gran cosa, por sí sola. En la pantalla, las personas son como hormiguitas que se mueven por todas partes; pero para mí y para Steve, todo lo que podíamos ver en los datos cuadraba con las expectativas. Por lo general, un complejo de edificios como aquel no dispone de una guardia que haga la ronda exterior. Si a esto le sumábamos la localización en Kunar y los informes del servicio de inteligencia sobre la reunión, todo encajaba en la actividad nefanda.

Sabíamos que habría batalla.

El plan era que mi equipo de ocho hombres escalase la cordillera y avanzase en paralelo al valle hasta haber superado el objetivo. Estableceríamos una posición de bloqueo en la ladera y desde allí contendríamos a los combatientes si trataban de huir. Ellos no esperarían encontrarse con nosotros en las zonas altas, puesto que los edificios estaban casi en lo alto de un valle. Los otros dos equipos entrarían en el valle a pie, por la carretera principal, y harían salir a los combatientes talibanes empujándolos hacia un lugar donde mi equipo pudiera emboscarlos. Si los dos equipos conseguían llegar hasta el objetivo sin ser detectados, entonces nosotros solo tendríamos que ir al objetivo para que todas las manos ayudaran a despejarlo.

En la mayoría de casos, cuando los combatientes nos veían, no se quedaban a luchar. Al contrario, corrían tratando de ocultarse entre los árboles o huían a los valles vecinos. Para detenerlos, dispondríamos un equipo en la zona alta y dejaríamos que el enemigo vagara hasta adentrarse en nuestra zona letal. Sería fácil eliminarlos antes de que tuvieran oportunidad de escapar.

La ruta de infiltración discurría a lo largo de unos siete kilómetros; no mucho, salvo por el desnivel. Mi equipo tendría que realizar casi toda la escalada más dura aquella noche, porque la ruta nos llevaba directamente a las crestas de la montaña. Conscientes de que nos esperaba una escalada muy dificultosa, yo había elegido descargarme de mis placas antibalas y llevar solo tres cargadores de recambio, una granada de mano, mis radios y un botiquín de emergencia. Todos tratábamos de aligerar al máximo el peso que cargábamos. Teníamos un dicho sobre eso: «Quien más ligero va, más ligero anda».

Pero cuando dejas las placas antibala, tienes que estar dispuesto a sufrir las consecuencias. Después de la sorpresa que vivimos en la zona de aterrizaje, puse en duda mi propia decisión.

Mientras discutíamos el plan con el capitán del ejército de Tierra, notaba cómo sus soldados clavaban la mirada en nosotros. A ojos de un soldado pulido, nosotros debíamos de parecer moteros o vikingos.

La mayoría llevábamos el pelo largo, para lo habitual en las fuerzas armadas. Nadie iba con el mismo uniforme; todos nos vestíamos con las camisas y los pantalones desparejados. También disponíamos de unas gafas de visión nocturna extravagantes, con cuatro tubos, miras térmicas y silenciadores en los fusiles. Teníamos casi todas las novedades más recientes en la moda táctica. Cada uno de nosotros era un profesional que sabía perfectamente lo que se esperaba de su actuación y era responsabilidad de cada uno, individualmente, llevar lo necesario.

—Algunos de estos tíos ni siquiera llevan las placas —dijo uno de los soldados.

El jefe del equipo de reconocimiento del pelotón mostró al capitán el camino de cabras sobre el mapa. Él era quien iba a trazar la ruta para mi equipo.

—Chicos, ¿habéis subido por este camino de cabras? —preguntó.

—Yo lo he visto —dijo el capitán de Tierra—. Es de lo más empinado. ¿Con qué plazo contáis?

—Queremos atacar y regresar antes de que amanezca —respondió el jefe del equipo de reconocimiento.

—Os será imposible, no hay forma —dijo el capitán—. El terreno es tremendo y no hay forma de que lo podáis hacer en un solo ciclo de oscuridad.

Puesto que su unidad vivía en el valle, no podíamos discutir sus conclusiones. Aquello era el patio de su casa. Ellos habían visto el terreno a plena luz del día.

—Chicos, ¿habéis estado ahí arriba? —preguntó el jefe del pelotón, señalando hacia los complejos que pretendíamos atacar.

—Lo más lejos que hemos estado es aquí —dijo él, mientras señalaba un punto que no estaba ni a la mitad de camino de nuestro destino—. Tardamos seis horas, nos encontramos con el enemigo y nos vimos metidos en un largo tiroteo. Tuvimos que retirarnos y bajar otra vez al valle.

Pasamos unos minutos más hablando sobre el plan.

El jefe del pelotón me miró, miró a Steve y luego a los otros jefes de equipo.

—¿Qué os parece, muchachos?

Aquel objetivo era demasiado bueno para dejarlo escapar. Incluso con tres asaltadores menos y sin perro, disponíamos del personal suficiente para despejar el objetivo. Los aviones no tripulados que espiaban el blanco informaban de movimientos menores, así que todavía contábamos con el factor sorpresa. Decidimos descartar el plan de mi equipo, de remontar el camino de cabras, y aunarlo todo en una sola patrulla que realizaría parte del recorrido por la carretera, luego se dividiría, daría un rodeo hacia las tierras más altas y asaltaría el blanco desde arriba.

—Hagámoslo —dije yo, cuando el jefe del pelotón me miró. Steve también asintió.

—¿Vosotros vais a ir, a pesar de todo? —preguntó el capitán.

—Sí —respondió el jefe del pelotón, por fin.

—El ataque contra la base, de esta noche, podría resultar una buena excusa para la acción —habló de nuevo el capitán de Tierra—. ¿Por qué no enviamos a una patrulla y vosotros la acompañáis?

Mandaría al exterior a unos veinte soldados y una patrulla, a un pueblo cercano que estaba en la parte baja del mismo valle, hacia el sur. Nosotros les seguiríamos por detrás, antes de abandonar la formación y escabullirnos hacia el valle donde estaba nuestro blanco. Si había gente observando —y era bastante probable que así fuera—, esperábamos que se tragasen el anzuelo y siguiesen al cuerpo principal de la patrulla.

—¿Os importa si cogemos un poco de munición antes de salir? —preguntó el jefe del pelotón.

—Claro. Yo la preparo.

El capitán empezó a organizar una patrulla de a pie, mientras nosotros regresábamos para informar brevemente a los muchachos que nos esperaban en la sala de pesas del puesto avanzado. Allí había unas pocas mancuernas, uno o dos bancos de musculación y una espaldera, todo metido en una habitación que no superaba las dimensiones de una pequeña oficina casera. Como en el centro de operaciones, la habitación se protegía de los ataques con mortero mediante sacos de arena.

Yo cargué de nuevo en mi cargador las pocas balas que había disparado y revisé que mi equipo estuviera preparado. Vi que Walt y Charlie también llenaban los cargadores. Walt estaba en el equipo de Steve y, desde que llegó del Green Team, se había convertido en inseparable de nosotros.

Yo oí hablar de él cuando cursaba el Green Team. Parecía que todos los SEAL de la Costa Este lo conocían, y lo estuvieron observando mientras recorría su camino hasta la «segunda cubierta».

Walt me llegaba a la altura de la axila; tenía el pelo enmarañado de por sí y una espesa barba le cubría la cara. Era bajito, pero lo compensaba con la arro-

gancia de un gallo. Se caracterizaba por una dosis saludable del «síndrome del bajito» y una cantidad extraordinaria de vello corporal. Parecía capaz de dejarse una barba en cuestión de unos pocos días.

Se esperaba que Walt hubiera empezado el Green Team un año antes, pero se metió en algunos líos y tuvo que retrasar los planes por un tiempo.

Walt y yo nos entendimos casi de inmediato. A él le gustaba disparar, y las armas de fuego, tanto como a mí. Un día, en el campo de tiro, lo invité a la feria SHOT, que se celebra en Las Vegas en torno de la caza, las armas y las actividades al aire libre. Cuando el calendario nos lo permitía, acudíamos allí cada año, para reunirnos con los vendedores y ver qué nuevos tipos de armas y pertrechos había en el mercado.

El primer día del viaje, lo presenté a todos los vendedores. Al día siguiente, mis contactos ya me preguntaban por dónde andaba Walt. La tercera noche, acabado el horario de la Feria, me lo encontré en un bar reunido con los ejecutivos de la Asociación Nacional del Rifle. Tenía un puro en la boca y estaba palmeando espaldas y encajando manos como si estuviera en una campaña electoral. Todos le adoraban.

Walt era de esos tipos pequeños con una gran personalidad.

El equipo hizo un corrillo rápido y les conté que se había descartado la idea del camino de cabras. Ahora patrullaríamos todos juntos.

—Subiremos por el camino principal y nos ajustaremos cuando estemos más cerca del objetivo —dije yo—. ¿Alguna pregunta?

Todo el mundo movió la cabeza, en señal negativa.

—Nada —dijo Charlie—. Todo en orden.

Era como un partidillo de baloncesto entre amigos: sabíamos lo que tenía que pasar y no necesitábamos más que un plan básico. Si uno sabía «disparar, moverse y comunicarse», el resto encajaría de forma natural. Cuando las operaciones se complican demasiado, las cosas tienden a ralentizarse. Todos y cada uno de los hombres que aquella noche se encontraban en la sala de pesas tenían a sus espaldas años de experiencia. Además, los planes siempre cambiaban, así que lo más fácil era mantenerlo todo lo más simple posible. Ya habíamos hecho esto antes y confiábamos en el equipo.

La patrulla se escabulló por la puerta y empezó a descender por la carretera asfaltada hacia el pueblo. Era una carretera agradable, que probablemente se construyó con el dinero de los impuestos estadounidenses. A menos de un kilómetro de la puerta, nos fuimos rezagando con respecto al grupo principal, despacio, antes de girar a la derecha y dirigirnos hacia nuestro valle, al oeste.

Seguimos la carretera durante dos horas. Subía y bajaba y cada repecho era más pronunciado que el anterior. No tardamos en llegar junto a un grupo de coches. Había una camioneta Hilux aparcada a un lado de la carretera, y dos familiares con bacas en el techo. Al pasar por allí, eché un vistazo al interior: todos los coches estaban vacíos.

No habían podido llegar más allá.

Allí se terminaba la carretera. El camino se estrechaba y se volvía más empinado a medida que íbamos adentrándonos en el valle. A cada paso, sentía que la altura y el peso de mi equipo tiraban de mí. Estaba empezando a cansarme y solo habíamos recorrido la mitad del camino. Esperaba que todo aquel esfuerzo valiera la pena.

Tras otra hora de marcha penosa, pude divisar los complejos a los que nos dirigíamos y, al menos, dos luces tenues encendidas cerca de uno de los edificios. Los árboles me tapaban casi toda la vista. Los edificios eran de piedra y adobe y parecían emerger de las paredes mismas del valle.

Habría sido más fácil continuar el viaje por la carretera principal, pero sabíamos que habría guardias vigilando la ruta. No podíamos arriesgarnos. Los aviones no tripulados seguían enviando información sobre patrullas errantes que se movían entre los árboles que circundaban la carretera principal y el complejo.

El factor clave era la sorpresa. En Kunar, en muchos casos, el camino más rápido entre dos puntos era el camino de cabras. Ya había oído lo mismo en Alaska, cuando era pequeño. Era imprescindible encontrar otra vía. Nadie quería estar en aquel valle cuando saliera el sol.

—Vamos a ir directos hacia la cresta de la cordillera y bajaremos desde allí —oí que decía por radio el jefe del equipo de reconocimiento.

Mis piernas casi se pusieron a gritar de dolor, pero todos sabíamos que era la orden correcta. El equipo de reconocimiento confiaba en que si íbamos directos hacia la cresta, encontraríamos el mismo camino de cabras que en un principio iba a seguir mi equipo.

Desde la carretera, trepamos literalmente por la montaña en busca de aquel camino. Varias veces tuve que ceñirme la correa del arma para poder agarrarme a las rocas que tenía enfrente durante el ascenso. En este proceso, cuando no tenía que tirar de mí mismo hacia arriba, iba serpenteando en busca de pasos. Nadie hablaba, y solo se oían los gruñidos de mis colegas mientras trepábamos.

Todos veíamos nuestro objetivo como un blanco muy jugoso. Valía la pena pasar por todo aquello si nos permitía lanzarnos sobre ellos. Aun así, a cada paso, lo único que podía pensar es que más valía que el objetivo mereciera en efecto la pena.

Tras un par de horas de ascenso, dimos por fin con el camino de cabras. Las piernas me dolían horrores y me costó recuperar el aliento, de lo cansado que estaba. Pero llegar al camino nos dio esperanzas renovadas. Sin duda, nuestros chicos del equipo de reconocimiento eran los mejores en su campo y, de no ser por lo meticulosa que había sido su planificación previa, no habríamos podido sacar adelante esta operación de ninguna de las maneras.

El camino tenía el ancho de un pie y discurría por la parte alta de las montañas. A un lado se alzaba una pared casi vertical; al otro, un precipicio caía en picado hacia el valle. No había tiempo para pensar en que un paso en falso nos despeñara por una cara montañosa casi vertical. Habíamos invertido una hora en dar con aquella senda y el amanecer estaba cerca; era hora de dedicarse a lo importante.

Teníamos que avanzar.

Por fin descansamos un poco, cuando el camino nos dejó en una posición perfecta: un poco más arriba del complejo de edificios que era nuestro objetivo. Había tres construcciones centrales, con un patio en medio y varias estructuras adicionales dispersas alrededor del perímetro.

A los pies de la senda, había una serie de bancales labrados como escaleras en la roca. Estábamos en el preludio del verano y la tierra estaba seca. Otras veces, los campos estaban inundados y teníamos que caminar por el barro.

Fuimos colocándonos en distintos bancales. Mi equipo eligió el que quedaba al mismo nivel que nuestro objetivo principal.

—Alfa preparado —transmití por radio.

El equipo de Steve se situó un bancal por encima del mío y se desplazó hacia el flanco derecho.

—Charlie preparado —dijo Steve por radio.

El equipo Bravo descendió un escalón para centrarse en los complejos de más al sur, situados más abajo en la misma colina.

—Bravo preparado.

Sentí cómo la adrenalina empezaba a recorrerme el cuerpo. Ya no estaba cansado ni me dolía nada. Tenía todos los sentidos totalmente despiertos y estábamos en alerta total. Si todo salía según lo previsto, cogeríamos al enemigo por sorpresa. Pero si las cosas se torcían, viviríamos un tiroteo a muy corta distancia.

—Adelante —transmitió por radio el jefe del pelotón—. Despacito y buena letra.

Empezamos a avanzar sigilosamente. Todo estaba en calma y no dábamos un paso sin haberlo pensado antes. Nada nos aceleraba más el pulso que infiltrarnos en un complejo enemigo; a veces, entrábamos directamente en las habitaciones de los combatientes enemigos mientras ellos dormían. Esto no era como en otras unidades, que deben reaccionar ante posibles ataques bomba en la carretera o ante una emboscada. Lo nuestro era deliberado y calculado. Nuestra táctica no era única. Lo que sí nos hacía distintos era nuestro grado de experiencia y el hecho de saber cuándo emprender una acción violenta y decisiva o cuando permanecer quietos y pacientes.

Sentía latir mi corazón dentro del pecho. Cada sonido estaba amplificado. Dábamos cuatro o cinco pasos y nos deteníamos. Con el arma al hombro, yo iba concentrado en mi láser, que rastreaba de la ventana a la puerta y al vestíbulo, en busca de cualquier movimiento. Podía ver los láseres de mis compañeros haciendo lo mismo.

—Despacio —pensé yo—. Despacio y con calma.

Al llegar al primer edificio, probé el oxidado pomo de aquella gruesa puerta de madera.

Cerrado.

Charlie lo intentó con el mismo tipo de puerta en el edificio de la derecha. También estaba cerrado.

Nadie hablaba. Los SEAL no teníamos tampoco ningún extravagante sistema de comunicación mediante señales. Asentí en dirección a Charlie, nada más, y empezamos a rodear el edificio hacia el lado que daba al patio.

Una pequeña puerta daba entrada a ese patio. Walt extendió la mano hacia arriba y cortó la cuerda de una plancha que cerraba el paso.

Ya en el interior, Steve, Walt y el resto del equipo se situaron ante múltiples puertas a lo largo del patio. Yo vi cómo un francotirador del equipo de reconocimiento apuntaba con su mira térmica desde el tejado, escudriñando si hubiera guardias en el lecho seco de un arroyo que discurría de norte a sur, rodeando el perímetro de los complejos.

El hombre de nuestro equipo a quien había correspondido ir en cabeza nos introdujo por la misma entrada, y nos acercamos a la puerta principal de nuestro edificio.

Walt probó con la puerta de su edificio y se encontró con que no estaba cerrada con llave. Empujó despacio y fue abriéndola; allí vio a un hombre que se esforzaba por conectar una linterna. Cuando Walt entró en la sala para reducirlo, otro hombre se incorporó desde debajo de unas mantas. Llevaba un chaleco portacargadores y tenía a su lado un AK-47. Walt y los SEAL que entraron tras él abrieron fuego y los mataron a los dos. Al otro lado de la habitación de Walt, Steve abrió la puerta que daba a otra estancia y encontró a un grupo de mujeres y niños. Dejó allí a un miembro de su equipo y dirigió a los demás hacia una puerta más alejada.

Un francotirador del equipo de reconocimiento, situado en la parte trasera del edificio que Steve y los suyos estaban despejando, buscaba desde allí guardias en movimiento. En un rastreo de la carretera que subía por el valle, vio, a través de una ventana, que media docena de combatientes talibanes agarraban sus armas de fuego. Empezó a disparar de inmediato, al mismo tiempo que Steve y su equipo alcanzaban la puerta de aquella habitación.

Abrieron de un golpe y Steve vio cómo los talibanes buscaban dónde ponerse a cubierto.

—¡Granada va!

Uno de los colegas de Steve abrió la puerta lo justo para lanzar la granada de fragmentación hacia los combatientes enemigos, que estaban apabullados. Oí el ruido sordo de la detonación al tiempo que la metralla acribillaba la habitación y mataba a los combatientes.

En cuanto llegamos a la puerta de nuestro edificio, oí el sonido apenas

perceptible de un segundo francotirador que disparaba con su fusil silenciado. Había un guardia sentado sobre una roca, vigilando la carretera principal. Tenía un AK-47 colgado a la espalda y un lanzacohetes a su lado.

El hombre de cabeza de nuestro equipo empujó la puerta y se adentró en la primera habitación. La casa tenía el suelo de tierra y, esparcidos por la estancia, había sacos de comida, piezas de ropa y latas de aceite. Por el rabillo del ojo vi que nuestro hombre de cabeza abría fuego. Un combatiente, con el arma en la mano, trataba de saltar por una ventana trasera y huir. Las balas le acribillaron la espalda y el culo mientras caía por la ventana.

Fuera, oí que uno de los artilleros del equipo Bravo, que iban armados con ametralladoras ligeras, estaba emocionado.

—¡Uaaah!

Las ráfagas de la ametralladora resonaban por todo el valle. El eco me cogió fuera de juego porque la mayoría de nosotros estábamos usando silenciadores en nuestros fusiles, para amortiguar el sonido.

—Gente en movimiento se acerca por el norte —oí decir a la red de mando por mi radio. Empezaban a llegar noticias de que otros combatientes se dirigían hacia nuestra posición desde las zonas más altas de valle. Este blanco pronto se multiplicó, dando origen a tres tiroteos independientes, y ahora nos avisaban de que aún más luchadores venían hacia nosotros.

El artillero de la ametralladora y el equipo Bravo siguieron maniobrando en la ladera, justo por debajo de nosotros. Uno por uno, el equipo Bravo eliminó al menos a cinco combatientes más, mientras estos trataban de desplazarse a posiciones de batalla con sus lanzacohetes y ametralladoras pesadas. El artillero disparó otra ráfaga de treinta balas, con la que acribilló al último guardia que se escondía entre las rocas del lecho seco del riachuelo.

A los pocos minutos, sentí el zumbido de un AC-130. Por radio, oí que el comandante del pelotón informaba de que el AC-130 iba directamente hacia los insurgentes que venían del norte.

—Tú tienes esto —le dije a mi compañero de equipo.

Le dejé en el edificio, junto con otro SEAL, mientras Charlie y yo limpiábamos un pasillo que corría entre ese edificio y el inferior. Las construcciones se habían levantado sobre el mismo terreno escalonado que el de los bancales de acceso.

El pasillo era estrecho y resultaba imposible ver el final, porque las paredes estaban atestadas de basura. Yo me enredaba una y otra vez en las cuerdas de ropa que había colgadas entre los dos edificios.

Ante un pasillo tan estrecho como ese, Charlie y yo nos situamos en paredes opuestas. Yo cubría su zona con mi láser, y podía ver cómo el suyo cruzaba el pasillo en dirección a la otra pared, por delante de mí. Era todo un juego de ángulos.

Avanzamos despacio por aquel pasillo, intentando no hacer ruido. La clave estaba en controlar la velocidad. Podíamos ir rápido cuando hacía falta, pero

luego nos frenábamos e íbamos despacio otra vez. Estábamos más o menos a mitad del pasillo, cuando Charlie abrió fuego.

«Pop, pop, pop».

Me quedé quieto. No podía ver qué era lo que tenía delante. Charlie lanzó una ráfaga corta y luego empezó a avanzar. Yo miré adelante un segundo y vi cómo un combatiente caía derribado contra la pared, a tres pasos de donde yo estaba. Cuando tocó el suelo, dejó caer una escopeta.

Por lo general, íbamos equipados con casi treinta kilogramos de peso, incluidas las placas antibalas que nos protegían del fuego enemigo. Aquel día, Charlie tampoco llevaba sus placas.

Cuando despejamos todo el camino hasta el final del pasillo, nos detuvimos para orientarnos.

—Si hoy me disparan, mejor que nadie le cuente a mi madre que no llevaba puestas las placas —le susurré a Charlie.

—Hecho —contestó él—. Y lo mismo digo.

Al poco rato, oímos por la radio el aviso de «todo despejado». El objetivo estaba controlado, pero ahora teníamos que llevar a cabo lo que en la jerga se llama una «explotación delicada del lugar». Básicamente, tomábamos fotografías de los muertos, reuníamos las armas y los explosivos y recogíamos los dispositivos de memoria, ordenadores y papeles.

Este tipo de tareas había evolucionado con los años. Se había convertido en un medio de refutar acusaciones falsas según las cuales los combatientes a los que matábamos eran granjeros inocentes. Nosotros sabíamos que, unos días después del asalto, los ancianos del pueblo estarían en la base de la OTAN acusándonos de haber matado a civiles inocentes. Una clase de «civiles inocentes» que sabíamos —y ahora lo podíamos demostrar— que tenían lanzacohetes y AK-47. Cuantos más elementos reuniésemos, más pruebas tendríamos de que todos aquellos a los que habíamos disparado eran culpables.

—Vamos mal de tiempo, chavales, así que rápido —dijo el jefe del pelotón—. Aún quedan hombres en el norte.

Su voz quedó apagada por el sonido de los proyectiles de 120 milímetros del AC-130, que impactaron unos cientos de metros valle arriba. Miré el reloj. Eran más de las cuatro de la madrugada. La oscuridad se nos acababa y, desde que había comenzado el tiroteo, no paraban de llegar informes de los aviones no tripulados alertándonos de la aproximación de un número cada vez mayor de combatientes.

Una vez terminadas las fotografías, reunimos todas las armas y la munición en el centro del patio y colocamos unas cargas explosivas que detonarían a los cinco minutos.

Con los chicos del equipo de reconocimiento a la cabeza, nos fuimos mar-

chando por donde habíamos venido, en silencio y rápidamente. Mientras nos alejábamos del complejo con premura, oí la explosión y vi elevarse una pequeña bola de fuego desde el patio, en el momento en que la munición y el armamento de los combatientes quedaron destruidos.

La vuelta fue más fácil que el ascenso. Contábamos con la adrenalina propia de lo que habíamos conseguido ejecutar. Varias veces, en la ruta de descenso de la montaña, tuvimos que detenernos y solicitar más apoyo aéreo directo contra los múltiples grupos de combatientes que nos andaban buscando. No queríamos estar en el valle más de lo necesario y, desde luego, no cuando saliera el sol.

Tres horas después de haber despejado los complejos, estábamos de vuelta en la base. Algunos chicos se dejaron caer apoyados en las paredes, exhaustos. Todo el mundo estaba agotado. Sorbíamos agua, bolsitas de gelatina, casi cualquier cosa que caía en nuestras manos.

En el centro de operaciones, entregamos al capitán todo el material recabado en la «explotación». Así, él podría enseñarles las pruebas a los ancianos, cuando bajasen a quejarse.

—Contamos diecisiete EMEC —informó al capitán el jefe del pelotón, con las siglas que hacen referencia al número de enemigos muertos en combate—. Sospechamos que han muerto otros siete u ocho por acción del AC-130.

El capitán de Tierra quedó sorprendido al ver las imágenes en su ordenador. Él y sus chicos raras veces tenían la oportunidad de pasar a la ofensiva contra el enemigo. Siempre estaban fijos, protegiendo los pueblos y las carreteras de entrada y salida del valle. Saber que habíamos eliminado a una parte de los combatientes talibanes que hostigaban el puesto de avanzada sentaba realmente bien.

En el helicóptero de vuelta a Yalalabad, por fin tuve tiempo de reflexionar sobre la misión. Sentado cerca de la rampa, en la oscuridad, me admiraba que hubiéramos podido sacar adelante una operación tan dinámica como esta sin contabilizar bajas importantes.

Desde la patrulla por la montaña hasta el asalto, habíamos ejecutado un asalto de manual, en el que incorporamos todas las lecciones que habíamos aprendido en las misiones previas.

En lugar de volar y deslizarnos cuerda abajo, nos infiltramos sigilosamente.

En lugar de dinamitar todas las puertas, entramos sin ser vistos y pillamos a los combatientes con la guardia bajada.

En lugar de gritar y entrar destrozando los edificios, utilizamos silenciadores e hicimos el menor ruido posible.

Seguimos sus sendas y viajamos ligeros de equipaje, y los derrotamos en su propio terreno. En total, sin sufrir una sola baja, despejamos un objetivo con más de una docena de combatientes bien armados. El asalto fue la prueba de que una buena planificación, combinada con la acción furtiva, resultaban letales.

9

Algo se cuece en Washington

Estaba en mi patio. Tocaba la hierba con los dedos y alzaba la vista al cielo azul.

Eran los primeros días de la primavera de 2011. Tres semanas antes había estado tropezando sobre la gruesa grava que cubre el suelo de las bases operativas avanzadas de Estados Unidos en Afganistán y me esforzaba por mantenerme en calor pese al frío invierno local. Durante meses, aquello no era nada más que hielo, nieve y barro. Después de los constantes despliegues posteriores al 11 de septiembre de 2001, de un país desértico a otro, había llegado a apreciar las cosas simples, como un bonito césped verde.

Me alegraba estar en casa.

El último despliegue, en su mayor parte, había sido poco activo.

Los despliegues de invierno lo eran a menudo, puesto que los combatientes volvían a Pakistán, donde esperaban la llegada del tiempo más cálido. Mis tres semanas de permiso estaban gastándose y mi pelotón se dirigiría a Misisipi, para entrenarse. Yo tenía ganas de coger de nuevo el arma, después de la pausa. Era uno de esos viajes en el que aún podíamos relajarnos un poco, descansar sin más.

Este sería el primero, en mucho tiempo, en el que no iría a disparar junto con Steve. Su etapa como jefe de equipo había finalizado. Cuando regresamos de nuestro último destino, fue transferido al Green Team, donde sería instructor. No hubo discurso de despedida. Volvimos, guardamos nuestro equipo y, cuando Steve regresó de su permiso, empezó como instructor con la clase siguiente.

Aquella mañana estaba trabajando temprano, para hacer ejercicio y reunir mis pertrechos para el viaje, cuando me topé con Steve.

—Necesito una pausa —dijo Steve—. Ha llovido mucho desde nuestro Green Team y, con todas las nuevas reglas, le han quitado toda la gracia al trabajo.

—Te escucho —dije—. Una rotación más como jefe de equipo y luego veremos.

Todos los miembros del escuadrón eran veteranos de combate. Como media, cada uno llevaba al menos una docena de despliegues. A pesar del ritmo y el sacrificio de estar apartado de la familia, la mayoría volvíamos una y otra vez, a por más.

—Será una pausa breve —le dije a Steve—. No tardarás en volver como jefe de pelotón.

—Para que los dos podamos aprender el arte del PowerPoint —dijo Steve.

En Afganistán, todo se estaba complicando cada día más. Parecía que, con cada rotación, se imponían nuevos requisitos y restricciones. Para que una misión se aprobara, hacía falta un montón de páginas de diapositivas en PowerPoint. Los abogados y los oficiales del estado mayor estudiaban minuciosamente los detalles de cada página, para asegurarse de que nuestro plan resultaba aceptable para el gobierno afgano.

Nos dimos cuenta de que, en las misiones, cada vez había menos personal de asalto y más personal «adjunto», que realizaba labores muy limitadas. Ahora llevábamos a cabo las operaciones acompañados por soldados convencionales, del ejército de Tierra, en calidad de observadores, para que pudieran refutar cualquier acusación falsa.

Los gestores políticos nos pedían que hiciéramos caso omiso de todas las lecciones que habíamos aprendido, en particular de las que nos habían costado sangre, para imponer a cambio soluciones políticas. Llevábamos años abriéndonos paso por los edificios, para atrapar por sorpresa a los combatientes.

Ya no más.

En el último despliegue, recibimos otra bofetada: el requisito de exigirles que salieran. Después de rodear un edificio, un intérprete tenía que coger un megáfono y gritar a los combatientes que salieran del lugar con las manos en alto. Era parecido a lo que hacía la policía en Estados Unidos. Una vez que los combatientes habían salido, despejábamos la casa. Si encontrábamos armas, arrestábamos a los combatientes, aunque solo para verlos salir en libertad a los pocos meses. Era frecuente que atrapáramos al mismo tipo varias veces durante un único despliegue.

Era como si combatiéramos en la guerra con una mano y cumplimentáramos papeleo con la otra. Cuando nos llevábamos a alguien detenido, se le sumaban dos o tres trámites burocráticos. La primera pregunta que se realizaba a un detenido, en la base, era siempre: «¿Han abusado de ti?». Una respuesta afirmativa significaba investigación y más papeleo.

Y el enemigo había comprendido las reglas.

Sus tácticas evolucionaban casi igual de rápido que las nuestras. En mis anteriores despliegues, ofrecían resistencia y combatían. En los más recientes, habían empezado a esconder las armas, sabedores de que no les podíamos disparar si no iban armados. Los combatientes estaban al cabo de las reglas de los

enfrentamientos contaban con aprovecharse del sistema para volver a su pueblo en unos pocos días.

Era frustrante. Sabíamos que nos estábamos sacrificando en casa; aceptábamos renunciar a eso para hacer el trabajo en nuestras condiciones. Cuando se empezaron a aplicar más reglas, se nos hizo más difícil justificar que valiera la pena poner en tanto peligro nuestra vida. Con el paso del tiempo, el trabajo adoptaba un carácter más propio de una estrategia de salida que de actuar correctamente desde el punto de vista táctico.

—Buena suerte —dijo Steve—. ¿Quién sabe qué veremos el año que viene?

Me eché a reír.

—Escopetas de aire comprimido —dije—. ¿Armas de *electroshock*? ¿Balas de goma?

Nuestro comando era bastante pequeño, por lo que todavía vería a Steve a menudo, pese a que en la siguiente rotación a Afganistán, lo echaría de menos.

Me apresuré a terminar de preparar mis pertrechos y me dirigí a casa. En Virginia Beach, el tiempo era cálido. No hacía el calor suficiente para nadar en el océano, pero sí era agradable como para ir en manga corta. Yo me apuraba a lograr que algunas de las cosas de mi lista de «temas pendientes» pasaran a la de «resueltos» antes de partir otra vez.

La primera era: mantillo nuevo para el jardín.

Al llegar a casa, en la entrada había aparcada una camioneta Ford F-150, vieja y castigada. El tipo del mantillo había extendido una lona, sobre la que había un gran montículo de tierra. Cargaba la carretilla con un bieldo, echaba la carga en uno de los parterres y luego volvía a por más. Era trabajo de un solo hombre.

Mientras él cargaba la carretilla, yo me acerqué para pegar la hebra. No le conocía en persona, pero algunos de mis colegas me habían recomendado su trabajo. Renovar la tierra abonada era algo que quizá debía hacer yo mismo, pero al tener un tiempo personal tan escaso, era más fácil pagar a alguien por ello.

—¿Estás en los equipos, no? —dijo el tipo del mantillo, entre paladas.

—Sí —dije.

Por su aspecto, bien podría haber sido un SEAL, salvo por el corte de pelo, largo y de estilo surfero. Era un hombre alto y nervudo, con los dos brazos cubiertos de tatuajes. Vestía una camiseta raída, también de surfero, y pantalones de trabajo Carhartt.

—Me lo suponía, lo pareces —dijo el tío de la tierra, dejando la carretilla en el suelo—. Acabo de hacer la casa de Jay. ¿Lo conoces?

—Es mi jefe —dije—. De hecho, la próxima semana hemos quedado para disparar un poco.

Jay era el comandante de mi escuadrón, pero yo no lo conocía muy bien. Había asumido el mando antes del último despliegue. No nos acompañaba muy a menudo en las misiones, por lo que, en realidad, no había llegado a trabajar directamente con él. Por su rango, lo habitual era que estuviera dirigien-

do el Centro de Operaciones Conjuntas y nos ayudara a saltar los aros precisos para conseguir que se aprobaran las misiones.

A veces llamábamos *temps* a nuestros oficiales, o sea «temporales», porque se presentaban allí durante unos pocos años antes de trasladarse y marcar otra casilla del recorrido de su carrera. Saltaban de un trabajo a otro y nunca invertían el tiempo suficiente para crear la clase de raíces que se formaban entre los chicos de la tropa. Nosotros tendíamos a quedarnos en un mismo equipo mucho más tiempo. Así, desde que yo estaba en el escuadrón, Jay era ya el cuarto oficial al mando.

—Diría que ha estado muy ocupado últimamente —dijo el tipo de la tierra.

Me sorprendió, porque habíamos estado de permiso las últimas tres semanas. Tras un despliegue, la mayoría de los hombres solo querían esconderse. Era normal que alguien del nivel de Jay tuviera trabajo relacionado con la coordinación y planificación de las misiones. Pero parecía extraño que ya estuviera tan ocupado, estando nosotros de permiso.

—¿De qué me hablas?

—Hice su terreno el otro día —me dijo—. Se cuece algo gordo y él se ha subido a Washington.

—¿Qué? —dije, extrañado—. Se supone que dentro de dos días se va a Misisipi con nosotros.

En ese momento, la Primavera Árabe estaba en su apogeo. Egipto tenía un nuevo gobierno y habían surgido protestas en muchos puntos de Oriente Próximo. Libia había caído en la guerra civil y los rebeldes pedían el apoyo de la OTAN. Con los puntos calientes de Siria —por no mencionar el Cuerno de África o Afganistán, que aún exigían atención—, era difícil conjeturar qué podían estar preparando.

Siempre nos informaban brevemente de cualquier amenaza que pudiera darse en el mundo, tanto ya existente como esperada. Nuestro servicio de inteligencia repasaba todas las regiones del mundo, a veces con especial hincapié en alguna situación especial, como la de Libia. El informe solía concluir con las misiones y la información más reciente sobre Afganistán e Iraq. Cuanto mejor informados nos tuvieran, mejor preparados estaríamos.

No era inhabitual que nos preparásemos para una misión y realizáramos ensayos tan solo para quedarnos esperando a que las autoridades competentes, en Washington, la aprobaran. A veces, como con el capitán Phillips, terminábamos yendo. Pero en la mayoría de casos, nos sentábamos a esperar y, a la postre, se cancelaba la alerta. A lo largo de los años, la mayoría habíamos aprendido a mantener la cabeza gacha y, centrados en la tarea que tuviéramos delante, dejar las conjeturas para otros. Al menos, eso nos ahorraba energías.

Decidí hacer caso omiso del tipo de la tierra y di las gracias por ser un jefe de equipo, y no un oficial. A los oficiales les hacen perder diez veces más tiempo que a nosotros. Fuera como fuese, yo me iba a divertir, en Misisipi.

Ese viaje a Misisipi no era como el tiempo que pasé allá en el Green Team. No tenía que preocuparme por elegir a los cinco peores ni había posibilidad de que me enviaran a casa por deficiencias en el combate cuerpo a cuerpo. Pasábamos la mitad del día en el campo de tiro y la otra mitad corriendo por la *kill house*, perfeccionando nuestros conocimientos y asegurándonos de que todo el mundo actuaba al son. Había varios tíos nuevos en el pelotón y nos teníamos que asegurar de que eran capaces de funcionar como se esperaba de ellos.

En realidad, nadie se dio cuenta de que Jay y Mike, el suboficial en jefe del escuadrón, que es el SEAL de mayor graduación entre la tropa de la unidad, no estaban allí. Pero las palabras del tipo del mantillo se me quedaron grabadas. Me preguntaba qué había en Washington que fuera tan especial.

Llegamos a casa un jueves. De camino al aeropuerto, recibí un mensaje de Mike.

«Reunión 08:00.»

Mike era un tío enorme, como Charlie, de brazos gruesos y pecho ancho. Había estado destinado en el DEVGRU tanto tiempo como yo en la Armada. Al igual que Jay, no solía salir en muchas misiones.

En el camino de vuelta, descubrí que algunos de los demás miembros del escuadrón habían recibido el mismo mensaje. Charlie me llamó la noche en que regresé a la ciudad.

—¿Has recibido ese mensaje? —preguntó.

—Sí. ¿Tienes idea de por dónde va? ¿Has oído algo? —dije yo.

—Ni idea. Sé que a Walt también le ha llegado —dijo Charlie—. Supongo que hay alguna clase de lista.

Charlie enumeró algunos otros nombres de la lista. No eran equipos enteros, sino gente de experiencia.

—Estoy muy impaciente por saber de qué va todo esto —dije—. Suena sospechoso.

Llegué al mando al día siguiente, temprano, me vestí el uniforme «de trabajo» —un Crye Precision color habano, camuflado para el desierto, y unas zapatillas de correr de caña baja, marca Salomon— y dejé el teléfono móvil en mi jaula.

La reunión se celebraba en nuestra sala segura de conferencias, lo que vetaba la presencia de teléfonos. Esta sala de conferencias se hallaba en una planta llamada Instalación de Información Compartimentada y Confidencial (la SCIF —pronúnciese *skiff*—, en sus siglas inglesas). Es un área empleada para procesar la información clasificada o de alto secreto. Para acceder a través de las puertas de seguridad se requerían insignias especiales. Las paredes, con revestimiento de plomo, impedían el uso de aparatos de escucha electrónica.

Dentro de la sala de conferencias, los cuatro televisores de pantalla plana estaban apagados. No había fotos ni mapas en la pared. Nadie tenía ni idea de lo que debíamos esperar de la reunión. Cogí una silla y me senté a la mesa cir-

cular que había en el centro de la sala. Distinguí a Walt, Charlie y Tom, mi viejo instructor del Green Team, que, al verme, me saludó con la cabeza.

Tom era el antiguo jefe de Steve. Se me hacía raro no ver a Steve. Yo había participado en los mismos despliegues que él durante los últimos ocho años. Aunque esto terminara siendo un asunto absurdo y nos marearan arriba y abajo, seguía siendo extraño que Steve no estuviera cerca. Tenía la impresión de que, cuando todo acabara en nada, él se reíría a gusto.

Había casi treinta personas en la sala, incluidos SEAL, un experto artificiero y dos hombres de apoyo. Con todos nosotros apelotonados dentro de la sala, Mike se sentó a la mesa y empezó a informarnos. Jay, el comandante del escuadrón, estaba ausente. Mike parecía incómodo y no proporcionaba gran número de detalles.

—Vamos a hacer un ejercicio conjunto, para verificar el grado de preparación, y bajaremos a hacer la instrucción a Carolina del Norte —dijo Mike, antes de repartirnos una lista de los pertrechos que necesitaríamos—. No dispongo de mucha información. Simplemente, cargad el equipo de asalto habitual y el lunes os diremos más.

Repasé la lista. En aquella página —con armas de fuego, herramientas y explosivos— no había nada singular, nada que revelara qué íbamos a hacer.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera? —quiso saber uno de mis colegas.

—No se ha definido —dijo Mike—. Salimos el lunes.

—¿Habrá literas o necesitamos tiendas? —preguntó Charlie.

—Se os dará cama y manduca —dijo Mike.

Un par de tíos hicieron preguntas del estilo, pero Mike cortó pronto. Yo quería levantar la mano para hacer una pregunta. Tenía curiosidad por el modo en que nos íbamos a organizar. En conjunto, en aquella sala se había reunido mucha experiencia. Nos habían seleccionado de equipos distintos. En la mayoría de equipos, es el nuevo el que carga con la escalera y la almádena. Pero si uno echaba un vistazo por la sala, no veía más que a gente curtida. Era como si estuviéramos formando un equipo de ensueño.

Pero antes de que yo pudiera acabar de levantar la mano, Tom me miró y, sencillamente, negó con la cabeza. La bajé. Tom, por lo general, no era de los que se aceleraba de más. Yo solía ser más parlanchín. Mi cerebro desbordaba de preguntas para las cuales quería respuestas. No saber qué íbamos a hacer me crispaba los nervios, sobre todo con la impresión de que solo nos estaban mareando.

—Ahora ocupémonos de la carga —dijo Tom, cuando salíamos—. Y el lunes sabremos más.

Todos sabíamos qué hacer y qué pertrechos empaquetar. Bajé a las jaulas y allí me encontré a uno de los míos.

—Oye, hermano —dije—. Necesito que me prestes la almádena.

Que gente con mi experiencia pidiera una almádena era raro, lo que generaba aún más preguntas entre los colegas.

—Aquí la tienes —dijo—. Pero ¿para qué la necesitas?

Yo no tenía ninguna respuesta buena.

—Nos vamos para un ejercicio —dije—. Han llamado a un buen montón de los nuestros y nos bajamos a Carolina del Norte. Lo llaman «ejercicio de preparación conjunta».

No estuve más convincente que Mike. Mi colega me miró con una expresión que venía a decir: «¿De qué coño hablas?».

De vuelta a la zona de almacenamiento de nuestro escuadrón, empezamos a cargar los pertrechos en dos contenedores de transporte pequeños y cuadrados, los de tipo ISU. Nos ocupó la mayor parte del día y, a la hora de salir, estaban llenos de útiles, armas y explosivos.

Mientras preparábamos los paquetes, las conjeturas eran constantes. Algunos chicos imaginaban que a las pocas semanas estaríamos en Libia. Otros apostaban por Siria e incluso Irán. Charlie, que parecía estar rumiando sobre todas las preguntas y la falta de respuestas, formuló la predicción más arriesgada:

—Vamos a atrapar a UBL —dijo.

A falta de norma universal de transcripción del árabe a nuestra lengua, entre nosotros usábamos la misma transcripción que el FBI y la CIA: Usama bin Laden, con la correspondiente abreviatura UBL.

—¿Qué te lleva a pensar eso? —dije yo.

—Mira, cuando les hemos preguntado por el plan, nos han dicho que iremos a un sitio donde hay una base con infraestructura —dijo Charlie—. Si no necesitamos ninguna de esas cosas, es que volvemos a Iraq o Afganistán. A algún sitio con una base de Estados Unidos. Yo diría que vamos a Pakistán, a una base de fuera de Afganistán.

—Imposible —dijo Walt—. Pero si es así, yo he estado en Islamabad. Y es un sitio para cagarse.

Walt y yo habíamos estado en una de las persecuciones absurdas en la que fuimos a la caza de Bin Laden y sus vestiduras blancas al viento.

Era 2007 y yo estaba en mi sexto despliegue. Esta vez, actuaba con la CIA, en la base de operaciones avanzadas Chapman, en la provincia de Jost.

La provincia de Jost era uno de los lugares donde se formaban los secuestradores que hicieron chocar los aviones contra el World Trade Center y el Pentágono. En aquella provincia había una presencia constante de combatientes talibanes y de Al-Qaeda, porque desde allí les resultaba fácil entrar y salir discretamente de la vecina Pakistán.

Aproximadamente mediado el despliegue, se hizo regresar a Yalalabad a todo el escuadrón, desde múltiples bases de todo el país. Una de las fuentes principales de la CIA sobre Osama bin Laden había informado de que había visto al líder de Al-Qaeda cerca de Tora Bora: el mismo lugar en que las fuerzas estadounidenses estuvieron a punto de capturarlo en 2001.

La batalla de Tora Bora empezó el 12 de diciembre de 2001 y duró cinco días. Se creía que Bin Laden se escondía en un complejo de cuevas de las Montañas Blancas, cerca del paso de Jaybar. Este conjunto de cuevas había sido, históricamente, un refugio seguro para los combatientes afganos, y la CIA financió muchas de sus mejoras durante los años ochenta, para ayudar a los muyahidines durante la invasión soviética de Afganistán.

Durante la batalla, las fuerzas estadounidenses y afganas pasaron por encima de las posiciones de los talibanes y Al-Qaeda, pero no lograron matar o capturar a Bin Laden. Ahora, la fuente de la CIA afirmaba que estaba en Tora Bora. «Han visto a un hombre alto, con vestiduras blancas al viento, en Tora Bora —dijo el comandante—. Posiblemente ha vuelto a ofrecer la última resistencia». Esto era en 2007; hacía ya seis años del 11 de septiembre. Hasta este punto, habíamos carecido de datos de inteligencia fiables sobre su paradero. Todos queríamos dar crédito a la información, pero los detalles no contribuían nada.

Íbamos a volar al interior de Tora Bora —situada en la frontera de Afganistán y Pakistán, entre Jost y Yalalabad— y asaltar lo que suponíamos era su escondite. En teoría, sonaba genial; pero la operación se basaba en una única fuente humana. Los datos de inteligencia derivados de una fuente única casi nunca servían de gran cosa. Nadie podía confirmar la información, pese a las docenas de aviones no tripulados que sobrevolaban Tora Bora de día y de noche. Se preveía lanzar la misión a los pocos días de nuestra llegada, pero no cesaba de retrasarse.

Cada día, por una nueva excusa.

«Esperamos a los bombarderos B-1.»

«Los Ranger aún no están en posición.»

«Hay Fuerzas Especiales que se dirigen a la zona en compañía de las unidades afganas asociadas.»

A todos nos parecía que los distintos generales destinados en Afganistán querían una parte de la misión. Se implicaba a unidades de todos los servicios. La noche antes de que se lanzara la operación, a Walt y a mí nos convocaron al centro de operaciones.

—Ha pasado algo y vosotros dos vais a trabajar con el PakMil [ejército pakistaní] —dijo el comandante—. Si hay gente que quiera escaparse hacia la frontera, necesitamos que vosotros, los que estaréis en el bando del PakMil, coordinéis las posiciones de bloqueo.

—¿Llevaremos nuestro equipo? —pregunté.

—Sí. Llevad todo el equipo de intervención. Quizá actuéis con los *pakis*.

Una vez sobre el terreno, se nos indicó que Walt debía quedarse en Islamabad, porque los pakistaníes solo permitían que avanzara uno de nosotros. Como mi graduación era superior, la misión recayó sobre mí. Se me unieron un oficial de inteligencia y un técnico de comunicaciones.

Pasé buena parte de una semana en un pequeño centro de mando de un edificio en forma de U, construido en hormigón. Yo supervisaba los informes

de los aviones no tripulados que volaban en círculos sobre Tora Bora y además controlaba la radio.

La noche que entré en Pakistán, la Fuerza Aérea comenzó su campaña de bombardeo, que culminó con el asalto aéreo de la zona por parte del equipo. Mis colegas aterrizaron en las montañas que se alzaban sobre Tora Bora y empezaron a buscar por toda la zona a Bin Laden y sus combatientes.

Yo llamaba a menudo al PakMil al centro de mando, para que viera los informes de los aviones no tripulados. Una vez, estos detectaron lo que parecía ser un campamento próximo a la frontera. Podía distinguir tiendas de campaña y a varios hombres armados que caminaban por la zona. Estos hombres no parecían vestir uniforme. Pero los oficiales del PakMil dijeron que era un control de frontera.

Era extraño, porque yo no sabía si podía fiarme de los oficiales del PakMil. Cada uno venía con una historia distinta y yo estaba en medio de todos ellos, intentando encontrar un sentido conjunto. El oficial de inteligencia no ayudaba, y yo me sentía como un político que intentara contentar a mis huéspedes y jefes del otro lado de la frontera.

A los pocos días de este acto de equilibrio, el PakMil clausuró mi parte, después de que la operación resultara en vano. No había nadie que huyera de Afganistán y, al día siguiente, nos dirigimos a casa. De regreso en Islamabad, me reuní con Walt. Estaba preparado para volver a Afganistán.

Pese a todo el tiempo y el esfuerzo dedicados, aquello no pasó, a grandes rasgos, de bombardear montañas vacías y que mis compañeros emprendieran una caminata con acampada de una semana de duración. No había ningún rastro de nadie con vestiduras blancas al viento. Cuando por fin volvimos a Afganistán, una semana después, lo de las «vestiduras blancas al viento» pasó a ser un chiste interno, en referencia a cualquier mala misión.

Este ejercicio de instrucción en Carolina del Norte tenía toda la pinta de ser otra mala misión.

Pero no lo sabría hasta el lunes. Por desgracia, necesitaba estar un día más en Virginia Beach, lo que significaba que todo el equipo viajaría al sur sin mí. Confiaba en que el retraso no me costaría el puesto en el equipo, si es que, al final, resultaba ser algo grande. A Mike le insistí en que podía cancelar mis planes y viajar con todo el equipo.

—No te agobies —dijo Mike—. Simplemente, preséntate allí el martes por la mañana.

El lunes por la tarde, empecé a enviar mensajes a Walt y Charlie, intentando que me contaran algo. Los dos me respondieron, básicamente, lo mismo: «¡Tú vente para acá corriendo!».

Habrían dicho algo, si la cuestión fuera poco convincente. La falta de

respuesta me indicaba que era un asunto de los buenos. Aquel lunes por la noche, no pude dormir.

El martes por la mañana, me desperté antes del amanecer. Salí a toda velocidad, pero como la lluvia era incesante, tuve que obligarme a bajar el ritmo por las carreteras rurales. Sabía que había algo bueno en marcha, pero por eso mismo tampoco quería patinar y clavar la camioneta contra un árbol.

Estuve conduciendo durante dos horas que me parecieron ocho.

Por fin me presenté en la puerta de la base de instrucción, hacia las siete de la mañana, y saludé al guarda. Desde el exterior, la base tenía un aspecto inocente, salvo por las pantallas colgadas a lo largo de la valla, que impedían que nadie mirase hacia dentro.

Indiqué mi nombre —que estaba en la lista—, recibí mis insignias de seguridad plastificadas y me dirigí hacia el edificio que servía de centro al equipo. Tras hablar con los guardias, dejé la ventanilla de la camioneta bajada. La base estaba resguardada por un pinar. La lluvia de la mañana hacía que flotara en el aire el olor de los árboles.

Llegué con tres horas de antelación, pero no me preocupaba: ya iba un día por detrás. No estar allí casi me inquietaba más que no saber. En ningún modo pensaba esperar a que transcurriera tanta parte de la mañana hasta empezar a saber algo. Tenía que ponerme al corriente rápidamente.

Una vía de cemento, de un solo sentido, llevaba hasta una puerta. La vía estaba cercada por una serie de barreras de seguridad de madera, de tres metros de alto, que imposibilitaban ver el interior del complejo. Crucé la puerta y me dirigí hacia el aparcamiento situado frente a dos edificios de hormigón, de dos plantas, de los años setenta.

Mientras paraba el coche, vi que dos de mis colegas entraban en uno de los edificios. Avisé con un bocinazo y aparqué en un espacio cercano. Se detuvieron y me esperaron. Caía una lluvia ligera y me apresuré a reunirme con ellos.

—Llegas pronto —dijeron—. Justo hemos acabado el desayuno. ¿A qué hora te has puesto a conducir?

—Temprano —dije, y salté a lo que me interesaba—. ¿Qué tenemos?

Quería una satisfacción inmediata.

—¿Estás listo? —dijo uno de ellos, sonriendo—. A UBL.

—¡Ni de coña!

Charlie había estado en lo cierto todo el tiempo. No me lo podía creer.

Ahora todo el parloteo aquel del tipo del mantillo cobraba sentido. Jay estaba en Washington ayudando a planear esta misión.

—Pues sí, a UBL —dijo uno de ellos—. Lo han encontrado.

—¿Dónde? —quise saber yo.

—En Pakistán.

10

El Paseante

Me llevaron a una sala de conferencias que hacía las veces de centro de operaciones.

Había ordenadores portátiles e impresoras dispuestos en mesas plegables. Había mapas de Pakistán colgados en una de las paredes, incluyendo algunos de una ciudad llamada Abbottabad. Todo el mobiliario era de polipiel, con cojines apenas mullidos y reposabrazos metálicos. Los chicos habían retirado gran parte de los muebles de la sala hacia un lado, junto a unas plantas de plástico, para dejar espacio libre a los pertrechos.

La habitación estaba vacía salvo por la presencia de unos pocos civiles de la CIA, que trabajaban en silencio. Traté de asimilar algunos de los mapas y de las fotografías, pero aquello era abrumador. Aún no podía creer que, por fin, hubieran dado con Osama bin Laden.

Nunca habíamos tenido buenas pistas. Aquel hombre era como un fantasma que deambulaba por toda la guerra. Todos nosotros soñábamos con participar en la misión que la matara o apresara, pero en realidad nadie pensaba en ello seriamente. Se necesitaba demasiada suerte. Todos sabíamos que dependía de estar en el lugar adecuado en el momento adecuado, y mientras entraba en el centro de operaciones aquel martes, me pareció que todos estábamos en el lugar adecuado. Simplemente, habían seleccionado a los tipos más experimentados del escuadrón, en lugar de llamar a un pelotón ya formado.

Cuando Mike se unió a nosotros, estábamos frente al organigrama. Había veintiocho nombres en la lista, incluido un especialista del servicio de artificieros. Un intérprete y un perro de asalto en combate, llamado *Cairo*, completaban el equipo.

—Alí es un *terp* de la Agencia —dijo Mike.

Terp era nuestra forma de llamar a los intérpretes.

También habría cuatro suplentes, por si alguien caía herido durante la instrucción.

—Lo hemos dividido todo en cuatro equipos y te he apuntado como uno de los cuatro jefes de equipo.

A Tom también lo apuntaron como jefe de equipo.

—Tú estarás en el grupo *Tiza Uno*, para la fase de infiltración —dijo Mike—. Tu equipo será responsable de la casa de los invitados, C1, al sur.

C1 era la designación de la casa de invitados, una estructura independiente del edificio principal del complejo, que era donde había más probabilidades de que Bin Laden hubiera ubicado su residencia. *Tiza Uno* y *Tiza Dos* se referían a los dos helicópteros que nos llevarían hasta la misión.

Me di cuenta de que Charlie y Walt también estaban en el *Tiza Uno*, pero en otro equipo. La misión se organizó de modo que ambos helicópteros tuvieran las mismas capacidades. *Tiza Uno* era paralelo a *Tiza Dos*. En mi equipo tenía a un oficial que intervendría en caso de que el «pájaro» de Jay se viniera abajo. Mike, nuestro suboficial en jefe, contaba como parte de mi equipo, pero una vez en tierra, su misión era dirigir el tráfico y mantenernos dentro del horario previsto.

La disposición del blanco todavía nos resultaba poco conocida. En una de las paredes colgaba un esquema que mostraba el complejo y la forma aflechada de sus muros exteriores. Yo sabía que la casa de invitados era una asignación secundaria; mentiría si dijera que, por una fracción de segundo, no deseé estar en el equipo que se encargaría de ir a la azotea del edificio principal, denominada A1. Si todo iba según lo planeado, aquel sería el primer equipo en entrar en la tercera planta, donde se creía que vivía Bin Laden. Este deseo se desvaneció enseguida y me centré en lo que me habían encomendado. Había mucho que hacer, y yo me sentía feliz de formar parte de la misión.

—De acuerdo —dije yo, estudiando el esquema—. ¿Va a volver Will para esto?

Will completaba mi equipo. Lo habían asignado a nuestro escuadrón hermano, que ya estaba en la base de Yalalabad, en Afganistán. Como hablante de árabe autodidacta, Will podría comunicarse con la familia de Bin Laden.

—Entraréis en contacto con Will en Yalalabad —dijo Mike—. Ahora tengo una reunión, pero estudiad el plano. Se han gastado mucho dinero en esto. El resto de los chicos debería haber vuelto del desayuno en unos minutos.

Salí del centro de operaciones y deambulé por el edificio, sorbiendo café. Nuestro equipo estaba desparramado por el suelo, en una habitación que daba al vestíbulo. En una esquina yacían abiertos los estuches Pelican con las armas. En la otra pared, junto a las bolsas de herramientas, estaban las radios, enchufadas a sus cargadores. Habían apartado hacia un rincón una impresora de mapas. Apelotonadas en otra esquina había varias pizarras blancas y caballetes con paneles de escritura, preparados para tomar notas.

Encontré la maqueta del complejo de Bin Laden al otro lado de las puertas que daban a la sala de reuniones principal. Descansaba sobre una base de contrachapado de metro y medio por metro y medio. Estaba hecha de espuma; una caja de madera enorme, protegida por varios candados, descansaba en un rincón de la habitación. La caja ocultaba la maqueta cuando esta no estaba en uso.

La maqueta mostraba la casa de Bin Laden con asombroso detalle, hasta en los arbolitos del patio, los coches de la entrada y la carretera que discurría por la cara norte del complejo. También recogía la ubicación de las entradas y las puertas del complejo, los tanques de agua sobre el tejado e incluso el alambre de espino que recorría lo alto de los muros. El patio principal estaba cubierto de hierba. Hasta las casas vecinas y los campos se habían reproducido con un detalle casi exacto.

Entre sorbos de café, fui estudiando la casa de tres plantas.

El complejo, de media hectárea, estaba en la carretera de Kabul, en un vecindario residencial de la ciudad de Abbottabad. La ciudad, al norte de Islamabad, la capital de Pakistán, se llamaba así por el comandante británico James Abbott. Es la sede de la academia militar de Pakistán.

Mis otros colegas aún estaban desayunando, así que tenía la maqueta para mí solo. Estaba impaciente por empezar, a la vez que todavía trataba de asimilar la noticia recibida aquella mañana. Por fin íbamos tras Osama bin Laden.

Osama bin Laden nació el 10 de marzo de 1957 en Riad. Era el decimoséptimo hijo de un total de cincuenta. Su padre, Mohammed Awad bin Laden, era un millonario de la construcción, y su madre, la siria Alia Ghanem, era la décima esposa de su padre. Bin Laden apenas conoció a su progenitor. Sus padres se divorciaron cuando él tenía diez años; su madre contrajo matrimonio otra vez y él creció con cuatro hermanastros.

Durante sus años de instituto en Yeda (Arabia Saudí), Bin Laden se unió a un grupo de estudio islámico que memorizaba el Corán al completo. Durante aquella época se vio expuesto al fundamentalismo islámico y se dejó crecer la barba, como Mahoma, el Profeta.

Bin Laden se casó con su prima cuando esta tenía dieciocho años. Tuvieron un hijo en 1976, el mismo año en que él acabó el instituto. Fue a la universidad de Abdulazizi, en Yeda, y terminó los estudios de administración pública.

Cuando la Unión Soviética invadió Afganistán en 1979, Bin Laden se trasladó a Peshawar, en Pakistán, y más tarde a Afganistán. Como musulmán, tenía la obligación de combatir al invasor soviético, afirmaba él. Construyó campos de entrenamiento y adiestró a los muyahidines, a veces con la ayuda de Estados Unidos. Al terminar la guerra en 1989, Bin Laden regresó a Arabia Saudí, pero estaba decepcionado con el gobierno de la familia real, que él juz-

gaba corrupto. En 1992, habló en contra del gobierno Saudí y fue desterrado a Sudán.

Al cabo de un año fundó Al-Qaeda, que en árabe significa precisamente «fundación» o «base». Su objetivo era empezar una guerra contra Estados Unidos para unir a los musulmanes en la creación de un único país árabe a lo largo y ancho de Oriente Medio.

Su guerra contra Estados Unidos empezó en 1996, cuando Al-Qaeda voló un camión en Arabia Saudí, causando la muerte de los soldados estadounidenses allí estacionados. Bajo la presión de la comunidad internacional, el gobierno de Sudán lo exilió. Bin Laden huyó a Afganistán y se acogió a la protección de los talibanes.

En 1998, Al-Qaeda se convirtió en un nombre muy conocido cuando su grupo bombardeó las embajadas de Estados Unidos en Kenia y en Tanzania. Los ataques mataron a cerca de trescientas personas. A los ataques contra las embajadas siguió el bombardeo del *USS Cole*, en el puerto de Adén, en 2000. Pero sus ataques más contundentes fueron los cuatro lanzados el 11 de septiembre de 2001. Sus seguidores asesinaron a casi tres mil civiles en Nueva York, Washington y Pensilvania. Después de que las fuerzas de la Coalición derrocasen a los talibanes en 2001, Bin Laden permaneció escondido tras escapar por los pelos de las fuerzas de la Coalición en Tora Bora, en Afganistán.

Durante los últimos diez años, las fuerzas de la Coalición, incluido Estados Unidos, lo han perseguido a lo largo de la frontera entre Pakistán y Afganistán. A excepción del revuelo ocurrido en 2007, todos los informes de inteligencia que recibíamos lo situaban oculto en Pakistán.

Al poco rato, mis colegas empezaron a regresar del desayuno. Yo aún seguía estudiando la maqueta cuando Tom entró en la habitación. Él era uno de los jefes de equipo en el *Tiza Uno*, y sus chicos serían los responsables de despejar la primera planta del edificio principal (A1).

—Lo llaman «el Paseante» porque camina durante horas. Y siguen viendo cómo pasea por ahí —dijo Tom mientras señalaba un patio en la zona oriental del complejo—. Según cuentan los chicos de la inteligencia, sale al jardín para hacer ejercicio de vez en cuando. Creen que el Paseante es UBL.

Luego entraron Walt y Charlie. Ambos tenían una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—Lo dijiste —le dije a Charlie—. ¿Cómo lo encontraron?

—Uno de sus correos —me contestó Charlie—. Tenía a dos tipos trabajando para él.

El día antes, la CIA había informado a mis colegas al respecto del «camino a Abbottabad»; sobre todo, del modo en que dieron con Bin Laden. En el centro de operaciones había varios documentos llenos de datos de inteligencia

sobre la zona y sobre Bin Laden. Mientras esperábamos a que llegasen los otros, después del desayuno, empecé a leer los informes. Yo iba con retraso y quería ponerme al día antes de que empezase la planificación en serio.

Fuentes públicas confirmaron más adelante que el complejo donde se situaba nuestro blanco, valorado en casi un millón de dólares, fue edificado en 2005, cerca de la academia militar de Pakistán. Era mucho más grande que otras casas de la zona y no disponía de teléfono ni conexión de internet. Los muros eran más altos en la zona sur del conjunto de edificios, para impedir que la gente viese el interior del patio. Aquellos muros tapaban la vista de la segunda y la tercera plantas. Las ventanas del edificio principal, tanto del segundo como del tercer piso, estaban oscurecidas de modo que nadie pudiera mirar hacia dentro (ni desde dentro afuera).

No había pruebas de que el Paseante tuviera ningún contacto fuera del complejo. Los residentes quemaban la basura propia y mantenían poco contacto con sus vecinos.

Se sabía que una de las personas que habitaba aquel complejo era Ahmed al-Kuwaiti.

La CIA supo de él tras interrogar a un hombre llamado Mohammed al-Qahtani, un ciudadano saudí y el supuesto vigésimo secuestrador del 11 de septiembre de 2001. Los agentes de inmigración le habían prohibido entrar en Estados Unidos, en agosto de 2001, al creer que trataría de quedarse ilegalmente en el país. Más tarde, los investigadores descubrieron que Mohammed Atta, uno de los líderes de la trama, lo estaba esperando aquel día en el aeropuerto de Orlando.

Al-Qahtani fue devuelto a Dubai; pero en diciembre de 2001 lo apresaron en la batalla de Tora Bora y lo mandaron a la prisión de Guantánamo, en Cuba. Cuando llegaron sus huellas dactilares y se vio que coincidían con las del hombre al que Inmigración había enviado de vuelta a su país, los interrogadores se aplicaron con él durante varios meses en 2002 y 2003.

Al final, Al-Qahtani reveló que Jalid Sheij Mohammed, el planificador de los ataques del 11 de septiembre, lo había enviado a Estados Unidos. También admitió conocer a Bin Laden y haber recibido entrenamiento militar; e identificó a un hombre llamado Ahmed al-Kuwaiti como uno de los correos de Bin Laden, y mano derecha de este. Jalid Sheij Mohammed, que por entonces también estaba bajo custodia estadounidense, también admitió conocer a Al-Kuwaiti, pero hizo hincapié en que el correo no formaba parte de Al-Qaeda.

Luego, en 2004, apresaron a Hassan Ghul. Ghul era un correo y un agente de Al-Qaeda. Contó a los funcionarios del servicio de inteligencia que Al-Kuwaiti estaba cerca de Bin Laden. Cuando los interrogadores volvieron a preguntar a Jalid Sheij Mohammed, este quitó importancia al papel que representaba Al-Kuwaiti. El sucesor de Mohammed, Abu Faraj al-Libi, apresado por los pakistaníes en 2005, reveló a los interrogadores que él no había visto a

Al-Kuwaiti desde hacia tiempo. Como ambos, Mohammed y Al-Libi, se esforzaban por quitar valor al papel de Al-Kuwaiti cada vez que les preguntaban por él, los analistas de la inteligencia comenzaron a creer que quizá estuviera con Bin Laden.

La CIA sabía que Al-Kuwaiti y su hermano Abrar Ahmen, de treinta y tres años, habían trabajado para Bin Laden en el pasado. La agencia empezó a seguir la pista de Ahmed al-Kuwaiti en Pakistán, con la esperanza de que los llevase hasta su hermano y luego hasta Bin Laden.

Más adelante, en una llamada realizada a su familia en 2010, que se pudo interceptar, uno de sus familiares le preguntó de qué trabajaba. Casi siempre, Al-Kuwaiti tenía la precaución de mantener su empleo en secreto. Así que, cuando sus familiares le preguntaban cómo se ganaba la vida, Al-Kuwaiti respondía que «hacía lo de siempre».

Esta respuesta tan sutil sirvió para atar algunos cabos y ofreció un buen punto de partida para la operación. Todo eran pruebas circunstanciales, pero era de cuanto disponíamos para seguir adelante.

La CIA empezó a seguir la pista de Ahmed al-Kuwaiti, observando sus modelos de conducta. Se dieron cuenta de que conducía un camión blanco con una imagen de un rinoceronte en la funda de la rueda de recambio. Al final, la CIA rastreó el camión de vuelta hasta el complejo de Abbottabad, cuya maqueta tenía yo ahora delante de mí.

Los asesores de la CIA sostenían que Bin Laden vivía en la tercera planta del A1, el edificio principal. Su hijo Jalid estaba en el segundo piso. La CIA esperaba que hubiera al menos una o dos de sus esposas y una docena de niños. Era bastante habitual encontrar críos en los objetivos que asaltábamos, así que estábamos bastante familiarizados con esa situación.

Jay y Mike habían colaborado con el diseño de las primeras pinceladas del plan en Washington, durante las semanas previas, pero ahora nos correspondía a nosotros meternos en el berenjenal y someter el plan a su auténtica prueba. Nosotros, mejor que nadie, sabíamos cuál era nuestra capacidad y, puesto que nos habían confiado ejecutar aquella operación, en la planificación también representábamos un papel crucial.

Cuando Mike y Jay empezaron a hablar sobre cómo andaba el plan hasta la fecha, todos nos reunimos alrededor de la maqueta. Los chicos llevaban con ello veinticuatro horas, de manera que los primeros bocetos habían comenzado a dar fruto.

—Volaremos hasta el mismo punto X —dijo Jay—. El *Tiza Uno* lanzará el cabo en el interior del patio.

Desplazándose hacia la cara sur de la maqueta, Jay señaló la casa de invitados, designada como C1.

—Mark, tú y tu tripulación sois los responsables de C1 —dijo Jay—. Tu equipo avanzará directamente hacia la casa de los invitados. El francotirador despejará el garaje descubierto y luego se instalará en la azotea. Vosotros, chicos, despejaréis y aseguraréis el control del C1. Al-Kuwaiti vive en la casa con su esposa y sus hijos. Cuando hayáis terminado, sumaos al equipo de Tom, en A1.

El resto del equipo de asalto del *Tiza Uno*, dirigido por Tom, se dividiría y avanzaría hacia A1.

—Charlie y Walt irán hacia la puerta norte de A1 y esperarán —dijo Jay—. Se cree que el Paseante suele usar esa entrada. Los asesores de la CIA afirman que es probable que haya una escalera de caracol que lleve hasta sus aposentos en la tercera planta.

Tom y su equipo irían hacia la puerta sur, entrarían y despejarían la primera planta. En cuanto al hermano del correo, Abrar Ahmed al-Kuwaiti, sospechaban que se alojaba en la primera planta del edificio, con su familia. Según lo que Tom viera en el interior, su equipo podría o bien limpiarlo hacia la puerta norte, o bien hacer entrar a Charlie y a Walt. En caso de que estuviera cerrada, saldrían y darían la vuelta por fuera hasta la puerta norte.

—No tenemos ni idea de cómo está distribuida la casa por dentro, más allá de nuestra sospecha de que hay dos zonas de estar —dijo Jay—. Por tanto, Charlie y Walt mantendrán sus posiciones hasta que Tom avise que todo está despejado para irrumpir con los explosivos.

Mientras tanto, el segundo helicóptero —el que lleve al *Tiza Dos*— dejaría a un equipo de cinco personas al norte del complejo, que actuaría como seguridad externa. Dos asaltadores y el perro de asalto y combate patrullarían el perímetro. El perro iría detras de los que huyeran. Los otros dos asaltantes y el intérprete se colocarían en la esquina noreste del complejo, para ocuparse de los posibles curiosos o de la policía local.

El trabajo de la seguridad externa era, en realidad, una de las posiciones más peligrosas e importantes del asalto. Si nos demorábamos mucho con el objetivo, ellos tendrían que vérselas con las primeras respuestas, muy probablemente por parte de la policía, y la amenaza de que las fuerzas militares hicieran acto de presencia. No era la misión más atractiva, pero era absolutamente esencial y al final quizá sería la más dinámica.

—Cuando la seguridad exterior esté abajo, el helicóptero se elevará y se mantendrá estático sobre el A1; los demás asaltantes se deslizarán por el cabo hasta la azotea, bajarán hasta el balcón de la tercera planta y despejarán la tercera cubierta.

Si los servicios de inteligencia estaban en lo cierto y todo salía según lo planeado, este sería el equipo con más probabilidades de dar primero con Bin Laden.

Durante el resto de la charla, Mike y Jay hablaron sobre el plan de carga. Por último, escogieron varios términos «pro» para la operación. Los *pros* son

mensajes de una sola palabra que transmiten información de manera más eficiente. De esta manera, el tráfico de radio se reducía al mínimo y las transmisiones eran más fiables. En esta misión, los *pros* que escogimos tenían como tema los nativos americanos.

—UBL es «Gerónimo» —dijo Jay.

Las instrucciones sobre la misión duraron más o menos una hora y, cuando terminamos, Mike y Jay se fueron.

—Ahora, chicos, trabajadlo a fondo —dijo Mike—. Jay y yo llevamos semanas estudiando todo esto. Vosotros lo visteis ayer por primera vez. Tomaos un poco de tiempo y meteos bien en todo el berenjenal.

Intentábamos no enamorarnos jamás de un plan, porque eso genera autocomplacencia.

Lo primero que tratábamos de hacer era encontrar una vía alternativa para aproximarnos al objetivo. Nadie quería volar hasta la X. Habíamos dejado de hacerlo años atrás. Nos sentíamos más cómodos si nos dejaban en un sitio alejado y patrullábamos hasta el complejo. Nuestras tácticas habían evolucionado con los años, para desarrollar el máximo sigilo posible, de modo que mantuviésemos el elemento sorpresa hasta el último segundo.

Los equipos de reconocimiento y de francotiradores estudiaron las imágenes del satélite, tratando de dar con posibles zonas de aterrizaje situadas dentro de un radio de entre cuatro y seis kilómetros a contar desde el blanco; pero ninguna de las rutas parecía funcionar. El complejo estaba en una zona residencial. Todas las superficies de aterrizaje o estaban demasiado cerca de áreas urbanas o nos obligaban a caminar por las calles de la ciudad. Había demasiado riesgo de que nos detectaran durante la infiltración. Al final, volar hasta el punto X iba a ser el menor de los males. Sería ruidoso, pero rápido. No podíamos arriesgarnos a vernos en una situación comprometida durante la patrulla a pie.

Los grupos se reunían cada uno por su cuenta, apiñados en distintos rincones del centro de operaciones, para planificar su parte. Además de nuestro equipamiento personal, empezamos a repartir la lista de pertrechos que necesitaría el grupo: una escalera, una almádena y los explosivos.

—Yo necesitaré la escalera para trepar al garaje abierto —dijo el francotirador.

La escalera plegable pesaba mucho y era aparatosa.

—Mike dijo que él la llevaría a la espalda durante el descenso por la cuerda, para que yo pudiera ofrecer mejor seguridad.

Colocamos a dos francotiradores, uno en cada puerta del *Tiza Uno*, para que nos cubriesen mientras descendíamos hasta el complejo. No queríamos que nadie se pasease por allí con un AK-47 y nos disparase mientras bajábamos.

—Como Will no está aquí para protestar, le toca la almádena —dije yo, con una sonrisita—. Yo llevaré dos cargas de demolición y un juego de cortapernos.

Una carga de demolición era una tira de explosivos de unos cinco centímetros de grosor. La carga era de unos treinta centímetros de longitud, con una banda adhesiva que recorría la parte central de arriba abajo, de modo que pudiéramos pegarla a la puerta. Una vez activada, explotaría en unos tres segundos. Solía abrir las puertas por el sistema de reventar el mecanismo de bloqueo.

El objetivo de cada equipo era ser autosuficiente. Lo último que nadie quería era tener que pedir socorro a otro grupo porque le faltaba el equipo adecuado.

Una mujer de la Agencia Nacional de Inteligencia Geoespacial, una rubia de treinta y pocos años, se ocupó de proporcionarnos los mapas y las imágenes de satélite. Nos suministró todos los detalles imaginables, grandes y pequeños.

Arrodillado para mirar de cerca la maqueta, estudié la puerta que daba entrada a la casa de invitados.

—¡Eh! Las puertas estas del C1, ¿se abren hacia fuera o hacia dentro? —le pregunté.

A los pocos minutos estaba de vuelta con la respuesta.

—Puertas metálicas dobles —me dijo—. Se abren hacia fuera.

Así fue durante toda la semana. Si había alguna pregunta, ellos tenían la respuesta: por dónde caminaba el Paseante, quién más vivía en el complejo, qué puertas estaban abiertas y cuáles cerradas, hasta dónde solían aparcar sus coches... Tenían un gran número de imágenes de los aviones no tripulados y los satélites, y poco era lo que no sabían del entorno exterior del complejo.

En Washington, el presidente Obama y sus consejeros seguían analizando las diferentes opciones. El presidente aún no había dado la orden de iniciar el asalto terrestre. Hasta la fecha, solo nos habían autorizado a empezar la planificación y realizar simulacros. La Casa Blanca seguía sopesando la posibilidad de que las Fuerzas Aéreas emprendieran un ataque masivo desde el aire y utilizaran bombarderos B-2 Spirit para arrasar la casa.

El secretario de Defensa, Robert Gates, apoyaba el ataque aéreo porque así mantenía a las fuerzas de tierra estadounidenses fuera de Pakistán, con lo cual la misión no parecía suponer tanto una invasión de la soberanía del país.

Estados Unidos no tenía un buen currículum en lo tocante a comandos de asalto como el que estábamos planeando. Desde la Operación Garra de Águila, en la crisis de los rehenes de Irán, era muy arriesgado poner tropas en situaciones de riesgo en un país soberano.

Durante la Garra de Águila, uno de los seis helicópteros que volaban hacia una base de tránsito en el desierto, en Irán, entró antes del asalto en una terrible nube de arena e impactó contra un MC-130E cargado de combustible. El

fuego destruyó el avión y mató a ocho militares. Abortaron la misión, una de las primeras dirigidas por los Delta Force. Garra de Águila fue un desastre y contribuyó a que Carter perdiera su campaña de reelección.

La opción del ataque aéreo requería 32 bombas inteligentes de 2.000 libras. La andanada duraría un minuto y medio y el cráter se hundiría como mínimo 90 centímetros en la tierra (en el caso de que el complejo dispusiera de un sistema de búnkeres). Había muchas posibilidades de que se produjeran daños colaterales y muy pocas de encontrar restos identificables tras una destrucción de este tipo. Y después de la misión, ya fuera mediante ataque aéreo o al asalto, necesitaban que hubiera pruebas de que era Bin Laden. El asalto entrañaba sus riesgos, pero el ataque aéreo añadía complicaciones adicionales.

A los pocos días de llegar a Carolina del Norte, vimos al Paseante por vez primera.

Estábamos de pie en torno de la pantalla del ordenador y observábamos las secuencias de vídeo grabadas por el avión no pilotado que sobrevolaba el complejo. La información nos llegaba en blanco y negro y poco detallada. Logré distinguir el edificio principal y el patio que ocupaba la parte noreste del complejo.

A los pocos segundos, vi cómo el Paseante entraba en pantalla. En las imágenes del vídeo parecía una hormiga. No había forma de conseguir distinguir su cara, ni siquiera de hacerse una idea de su altura. Pero pudimos ver cómo salía por la puerta norte y empezaba a caminar dibujando un óvalo en la dirección de las agujas del reloj por el patio. Un toldo improvisado tendido por encima pretendía cubrirlo, pero solamente tapaba una parte del jardín.

—Así se pasa horas —dijo uno de los analistas de la Agencia.

—Lo he visto caminar junto a tíos que están trabajando, pero él nunca ayuda. Solo pasea.

En ocasiones caminaba con una mujer o con un hijo. Ninguno de ellos se detenía para realizar ningún trabajo. Cuando acudió un veterinario para tratar una vaca que vivía en el patio, la trasladaron a otro jardín, para que se ocupara de ella en otro lado.

—Creemos que la razón por la que trasladaron a la vaca es porque no quieren que nadie vea aquella parte del complejo —dijo el analista—. Es circunstancial, pero parece que ocultan a alguien. ¡Eh! Mirad esto.

Seleccionó las imágenes de otro día y pudimos ver el complejo y luego, en la parte derecha de la pantalla, vimos aparecer un helicóptero pakistaní.

—¿De dónde ha salido? —pregunté yo.

—Es un Huey de las fuerzas armadas pakistaníes —respondió el analista—. No estoy seguro de su procedencia, pero salía de la academia militar.

Todos nos quedamos observando la pantalla, a la espera de alguna reac-

ción en el complejo. No vimos que el Paseante saliera corriendo hacia un coche e iniciase la huida. Al instante, todos tuvimos el mismo pensamiento. Eso significa que están acostumbrados a oír helicópteros.

—Quizá sí podríamos llegar hasta la azotea antes de que ellos averigüen qué sucede —dijo Charlie.

Una vez terminada la planificación, empezamos con los simulacros.

El Black Hawk descendió sobre un bosque de pinos de Carolina del Norte y empezó a planear sobre el complejo. Desde mi posición, sentado con las piernas colgando por la puerta izquierda del helicóptero, entre la brisa, pude ver la reproducción del complejo de Bin Laden a tamaño natural. Enclavado en una zona remota de la base, el complejo de prácticas se construyó a escala utilizando contrachapado, vallas metálicas y contenedores de carga.

Me deslicé por la cuerda y toqué tierra en el patio; avancé hasta las dobles puertas de C1. A mi alrededor, mis colegas corrían hacia sus objetivos. El rugido de los motores, por encima de nosotros, dificultaba la comunicación, pero después de tres días de práctica ya no necesitábamos hablar entre nosotros. Toda la misión había pasado a la memoria muscular. Aparte de ciertos cortes horarios transmitidos por radio, la red permanecía en silencio. Todos conocíamos nuestro trabajo. Contábamos con años y años de experiencia en los grupos, así que todo funcionaba con suavidad. Este objetivo no era más complicado que otros que hubiéramos asaltado anteriormente.

La intención de los simulacros no era tanto entrenarnos como venderle a la Casa Blanca que podíamos hacerlo bien.

El nivel de detalle de la reproducción era impresionante. El equipo de construcción de la base había plantado árboles, cavó una zanja alrededor del conjunto y llegó a poner montones de tierra para simular los patatales que rodeaban el complejo de Pakistán.

Tras unas cuantas prácticas, solicitamos si podían añadir el balcón de la tercera planta y mover algunas de las puertas para simular mejor la disposición del complejo real.

Antes del siguiente simulacro, ya lo habían cambiado todo.

Los constructores no preguntaban por qué ni decían jamás que no.

Sencillamente, aparecían y realizaban los cambios que habíamos pedido. Jamás nos habían tratado así. Había desaparecido la burocracia. Si necesitábamos algo, lo teníamos. Sin preguntas. No tenía mucho que ver con lo que nos veíamos obligados a hacer en Afganistán.

El único agujero negro, en la práctica, era el interior. No teníamos ni idea de cómo sería la casa por dentro. No nos preocupaba mucho. Teníamos muchos años de experiencia en combate, y podíamos aplicarla a este problema. Sin duda lo sacaríamos adelante; solo teníamos que llegar a tierra.

Quieto ante la puerta del contenedor que simulaba el C1, examiné el interior antes de entrar. En la misión real no tenía ni idea de si Ahmed al-Kuwaiti estaría armado o si llevaría un chaleco suicida. Teníamos previsto que todos los hombres —Bin Laden, Jalid y los dos hermanos Al-Kuwaiti— presentarían batalla.

Después de haber simulado el mejor escenario posible, empezamos con las contingencias. En lugar de deslizarnos por la cuerda hasta el patio, bajábamos a tierra fuera del complejo y lo asaltábamos desde allí. También practicábamos la persecución de los fugitivos si alguien huía del blanco antes del asalto.

Hicimos prácticas, hasta cansarnos, con todas las eventualidades posibles. Nunca antes nos habíamos entrenado tanto para un objetivo concreto, pero este era importante. La misión era sencilla, pero la preparación adicional nos ayudó a cuadrarlo todo, ya que nos habían escogido de equipos distintos.

Tras los últimos simulacros, nos reunimos todos en el centro de operaciones. Jay estaba allí, con una noticia fresca.

—Nos vamos a casa y el lunes salimos hacia el oeste, para otra semana de entrenamiento y dibujar un esquema completo de la misión —nos dijo.

Yo alcé la mano.

—¿Tenemos ya respuesta oficial sobre si han aprobado todo esto o no? —pregunté.

—No —contestó él—. Seguimos esperando a Washington.

Me giré hacia Walt. Puso los ojos en blanco. Era la cantinela del «corre, corre y luego espera» que ya conocimos durante la operación con el capitán Phillips.

—Apuesto a que no lo haremos —dijo Walt cuando salíamos.

Despegamos hacia nuestro centro de entrenamiento el lunes por la mañana, temprano. El jueves, después de casi dos semanas de haber empezado los primeros trabajos, llegó la hora del ensayo general.

Todo el equipo y los planificadores nos reunimos en un hangar enorme, en la base. En el suelo había un mapa del Afganistán oriental. Un grupo de VIPs, encabezados por el almirante Mike Mullen, el jefe del Estado Mayor y el almirante Eric Olson, comandante del Mando de Operaciones Especiales en Tampa y antiguo comandante del DEVGRU, estaban sentados en una tribuna cerca del mapa, con el vicealmirante Bill McRaven.

McRaven había ostentado el mando en todos los niveles de la comunidad de Operaciones Especiales, incluido el DEVGRU. Me dejó impresionado. McRaven, el almirante con tres estrellas que encabezaba el Mando Conjunto de Operaciones Especiales, era un hombre alto, delgado y de apariencia pulcra. En su mayoría, los almirantes ya no parecían estar en forma, se los veía con aspecto avejentado; pero en el caso de McRaven, era como si aún pudiera hacer

el trabajo. Sabía cómo manejarse bien en su nivel y tenía buena mano en la política de Washington.

Estábamos a punto de llevar a cabo lo que se conocía como un *rock drill*, un simulacro con un grupo reducido de operativos (solo los jefes y unidades subordinadas), y en la pista estaba todo, desde las rutas de vuelo del helicóptero hasta la maqueta del complejo. Un narrador empezó a leer un guión e inauguró así la reunión de hora y media sobre la Operación Tridente de Neptuno.

Primero hablaron los pilotos. Nos acompañaron a todos por las rutas de vuelo desde Yalalabad hasta el complejo de Abbottabad. Hablaron sobre los mensajes de radio y sobre las contingencias que podían presentarse durante el vuelo.

Por último, cada uno de los jefes de los equipos de asalto se levantó y resumió sus tareas individuales.

—Mi equipo se deslizará desde el *Tiza Uno* hasta el patio, despejaremos y aseguraremos el C1 y luego reforzaremos al resto de los equipos en A1 —dije yo.

Casi todas las preguntas de los VIPs iban dirigidas al equipo del perímetro. Estaban muy preocupados por la forma en que nuestra seguridad externa manejaría a los curiosos.

—¿Qué tienen previsto en caso de que la policía local o los militares se enfrentan con ustedes? —preguntaron al jefe del equipo.

—Señor, calmaremos la situación en la medida de lo posible —respondió él—. Primero, usaremos al intérprete, luego al perro, y por último los láseres visibles. Solo recurriremos a la fuerza como último recurso.

Hacia el final del encuentro, surgió la cuestión de si se trataba o no de una misión letal. Un abogado del Departamento de Defensa o de la Casa Blanca, no recuerdo, dejó bien claro que no se buscaba un asesinato.

—Si va desnudo y levanta las manos, ustedes no entablarán combate con él —nos dijo—. No pretendo decirles cómo deben hacer su trabajo. Lo que estamos diciendo es que, si no supone una amenaza, le detengan.

Tras la reunión, montamos en los helicópteros y despegamos para lo que sería un último repaso. Asaltaríamos el complejo de entrenamiento para que los VIPs pudieran observarnos. Era el último obstáculo. Yo sabía que teníamos que hacerlo, pero se me hacía extraño que me observasen así. Me sentía como en una pecera. Pero todos estuvimos de acuerdo en que pasar por el aro nos ayudaría a conseguir su aprobación; todo aquel rollo merecía la pena.

Cuando faltaba un minuto para llegar al objetivo, el jefe de la tripulación abrió la puerta y yo dejé mis piernas colgando.

Agarrado a la cuerda, vi a unos cuantos VIPs cerca del blanco, observándonos con atención con sus gafas de visión nocturna. En cuanto el helicóptero inició el planeo sobre la localización del descenso, los rotores levantaron una vorágine de rocas y polvo, que acribillaron a los VIPs y los obligaron a correr en

dirección contraria. Me entró la risa al ver que unas cuantas mujeres se tambaleaban sobre sus tacones.

El simulacro se desarrolló sin interrupciones hasta el final.

—Entonces, ¿qué: te parece que nos darán el permiso? —me preguntó Charlie después del ensayo general.

—Tío, no tengo ni idea —le respondí—. Pero mejor me esperaría sentado.

El vuelo de regreso del día siguiente fue sencillo. Estábamos preparados para irnos. Ahora no nos quedaba más que esperar.

11

Matando el tiempo

El sol se estaba poniendo cuando enseñé mi carnet de identificación al guardia de nuestra base en Virginia Beach. Acerqué el coche, vio mi adhesivo en el parabrisas y, con el brazo, me indicó que pasara. Dejé atrás una larga serie de coches que ya se dirigían a casa.

Yo llegaba varias horas antes de lo que se necesitaba para nuestro vuelo, pero estaba cansado de esperar. Había pasado en casa una larga semana. Cuando estamos demasiado tiempo en casa, nos vence la inquietud. Era Pascua y llamé a mis padres para pasar a verlos. Nos pusimos al día, pero yo no podía contarles en qué estaba metido en realidad. Mientras el resto de Estados Unidos pintaba huevos de Pascua, nosotros estábamos ocupados con el mayor secreto de nuestras vidas.

Tras el ensayo general en el oeste, todo dependía de que, en Washington, los políticos adoptaran una decisión. Hicimos un último viaje a Carolina del Norte para realizar un último recorrido por el complejo y, al regresar, supimos que finalmente se nos había ordenado dar un paso más y trasladarnos a Yalalabad, Afganistán.

Nadie había abandonado aún el escepticismo. Nadie daba saltos de alegría; cada uno digería las noticias a su propia manera y continuaba con sus propios asuntos. Al menos, estábamos un paso más cerca de poder deslizarnos efectivamente, cabo abajo, hasta el interior del complejo.

Aparqué mi camioneta y agarré mi mochila. Vi que algunos de mis colegas ya caminaban hacia el centro de mando. Estoy seguro de que a todos nos pasaban las mismas ideas por la cabeza.

—Hostia, no me puedo creer que realmente hayan aprobado esto.

Creo que la mayoría estábamos convencidos de que no había modo de que esto tirara delante de verdad. En cierta forma es un mecanismo de defensa. Así, si nos lo cancelaban en el último minuto, no nos quedaríamos demasiado abatidos.

—Sí, ya se verá. Me lo creeré cuando subamos al helicóptero —dijo Walt, que entraba conmigo en el vestíbulo del edificio.

—No tiene pinta de que no vaya a ser, si de verdad nos mandan para allá —dije yo.

Al trasladarnos, multiplicaban el riesgo de las filtraciones. El resto de nuestro comando, desde luego, sabía que estaba pasando algo. Incluso un movimiento de tropas de una dimensión relativamente menor, como esta, podía provocar un pico cuando todo un grupo de agentes de intervención pasaba por Bagram en una rotación imprevista.

Dentro de la sala del equipo, los chicos tomaban un mordisco de última hora, antes del largo vuelo. Algunos simplemente estaban por allí charlando. Todos íbamos vestidos con tejanos y camisa abotonada, nuestra ropa de viaje normal. Parecíamos un puñado de tíos a punto de iniciar las vacaciones. Si lleváramos palos de golf en lugar de fusiles y gafas de visión nocturna, nos podrían confundir fácilmente con un equipo de deporte profesional.

Aparte del equipo que necesitaba para la incursión, yo viajaba ligero: tan solo unos pocos recambios de ropa, la bolsa de la ducha y unas chanclas. No íbamos a quedarnos mucho tiempo. El plan era volar a la zona, pasar dos días aclimatándonos y realizar la misión en la tercera noche.

Al cabo de poco, los autobuses nos llevaron de la base a un aeropuerto cercano. Sobre la pista esperaba un inmenso C-17 Globemaster gris. Tenía los motores parados mientras los hombres de la Fuerza Aérea realizaban la inspección previa al despegue. Los mecánicos de los helicópteros ya estaban a bordo. En las inmediaciones, un grupo de analistas de la CIA y la Agencia de Seguridad Nacional aguardaban con reserva.

Cuando nos sentamos, notamos la comodidad que dan los lugares en los que has estado ya muchas veces. Viajábamos como siempre habíamos acudido a nuestros destinos. En el vientre del avión, nuestro equipo y las herramientas de los pilotos de los helicópteros estaban atadas a la cubierta. Las paredes estaban forradas de asientos. Arrojé mi mochila sobre la cubierta y pesqué mi hamaca de nailon, de color verde selva. Busqué un espacio en la bodega, donde pudiera colgarla, y vi cómo mis compañeros se arrastraban en torno del avión, como hormigas, en busca de un lugar cómodo en el que estirarse. Éramos expertos en hacer del vuelo un trayecto lo más acomodado posible.

Sujeté mi hamaca entre dos contenedores de pertrechos. Otros hombres buscaron sitio en lo alto de los contenedores o en el espacio abierto entre los asientos y la carga.* Algunos de mis compañeros inflaron colchones de acampada; yo era uno de los pocos que usaron la hamaca. Se nos entregaba para las misiones en terreno selvático, pero a mí me gustaba utilizarla para distanciarme del suelo frío.

* Estos aviones tienen un pasillo central que puede tanto alojar más asientos como destinarse a la carga. (*N. de los t.*)

Nos esperaba un vuelo de nueve horas, hasta Alemania y, tras una breve escala, ocho horas más hasta Bagram. Era imprescindible dormir en el avión tanto como pudiéramos.

La tripulación de la Fuerza Aérea nos hizo volver a los asientos para el despegue, pues había que abrocharse el cinturón. El único asiento libre era el inmediato a Jen, una analista de la CIA. Inserté la hebilla del cinturón en su cierre y sentí que el avión empezaba a rodar lentamente hacia el final de la pista. A los pocos minutos, el aparato se elevaba y ascendía con rapidez hacia el cielo. Cuando recuperó la horizontal, los chicos se dedicaron a engullir Ambien* y acomodarse para el largo vuelo.

Yo no me sentía cansado, así que me puse a hablar con Jen. La había visto alguna vez por Carolina del Norte, pero desde que habíamos empezado a planear la operación, no habíamos hablado aún un rato largo. Yo tenía curiosidad por saber qué pensaba de todo aquel asunto, dado que era una de las principales analistas encargadas de contribuir a la caza de Bin Laden.

—Sinceramente, Jen —le pregunté—, ¿qué posibilidades hay de que sea él?

—El cien por cien —replicó ella, casi desafiante.

Había sido reclutada por la CIA al terminar los estudios universitarios y llevaba cinco años trabajando en el equipo específico de búsqueda de Bin Laden. Los analistas entraban y salían del equipo de trabajo, pero ella no, seguía y aún siguió más tiempo ahí. Tras la llamada de teléfono de Al-Kuwaiti, había estado trabajando para dar sentido a la suma de las piezas. Yo me perdí la exposición del primer día, cuando Jen describió cómo habían rastreado su pista hasta Abbottabad. En las semanas posteriores, ella había sido nuestro analista de cabecera para todas las cuestiones de inteligencia con respecto al objetivo.

Pero la idea del «cien por cien» ya nos la habían expuesto en el pasado y, cada vez que lo oía, hacía que se me encogiera el estómago.

—Ten cuidado con esa mierda —dije—. Cuando los tíos de la *inte* dicen que están seguros de algo al cien por cien, es más bien al diez. Y ya cuando te dicen al diez, entonces es más bien al cien por cien.

Jen sonrió sin amilanarse.

—No, no —dijo—. Al cien por cien.

—Al cien por cien, como en 2007 —insistí.

Como yo, ella también se acordaba de 2007, cuando nos habían enredado en la persecución del tipo de las vestiduras blancas al viento. Jen puso los ojos en blanco y frunció el ceño.

—Esa no era una buena pista —dijo, pese a que la pista había venido de una fuente de la CIA—. Toda aquella historia se salió de madre enseguida.

Me alegraba ver que la CIA aceptaba al menos parte de la culpa, aunque en 2007, si tirabas una piedra sin mirar le dabas seguro a algún corresponsable

* Marca de somníferos. (*N. de los t.*)

de aquel disparate. La misión se había sobrecargado por el típico problema de que todo el mundo quería meter baza. En aquel momento, las diferencias entre 2007 y el presente eran palpables, lo que sin duda favorecía la credibilidad de la misión.

Jen no vacilaba en hacer partícipe de sus opiniones ni siquiera a los oficiales de mayor rango, como el propio vicealmirante McRaven. Desde el principio había dejado claro que ella no era partidaria de la alternativa de un asalto por tierra.

—A veces, el Mando Conjunto de Operaciones Especiales es el problema gordo que nadie quiere ver —dijo—. Yo preferiría darle al botón de lo fácil y bombardear.

Esta era una actitud típica, fuera del Mando Conjunto. Mucha gente lo odiaba, no solo entre los peces gordos de las fuerzas armadas, sino también desde la Agencia. No todo el mundo confiaba en nosotros, porque no nos conocían.

—No te contengas —dije—. Quiérenos u ódianos; ahora estás en el círculo de confianza. Estamos en esto todos juntos.

—Quieres decir en el club masculino —dijo Jen—. Porque ahora vosotros os estáis exhibiendo para la gran partida.

Tenía razón. La misión era hija de Jen. Ella y su equipo habían pasado cinco años tras la pista de Bin Laden, para llevarnos a nosotros donde estábamos en ese momento. Nosotros habíamos venido tan solo para terminar el trabajo.

—Sí, vosotros habéis hecho todo el trabajo duro para que estemos aquí —dije—. A nosotros nos vale con tener nuestros treinta minutos de diversión, y listos.

—Lo admito, chicos, no sois para nada lo que esperaba —dijo ella.

—¿Lo ves? Ya te he dicho que estás en el círculo.

Era oscuro cuando aterrizamos en Bagram. Rodamos hasta un punto situado lejos de las grandes terminales de la base. La rampa se abrió y vimos un C-130 con la rampa baja y las hélices en funcionamiento. Bagram es la base principal de la OTAN en el norte de Afganistán. Está situada justo al norte de Kabul y es una base enorme, que ha crecido hasta adquirir las proporciones de una ciudad pequeña. Son miles los soldados y los civiles contratados que tienen esta base por hogar. Era causa de pocos combates. De hecho, se había convertido en un lugar tan seguro que ahora el único peligro era recibir una multa por haberse excedido de velocidad en las calles de la base o por no llevar un cinturón reflectante de noche. Si nos quedábamos un tiempo en Bagram, por poco que fuera, resultaría difícil mantener nuestro secreto.

Por fortuna, nos dirigíamos a Yalalabad. La pista de allí era demasiado pequeña para recibir los C-17, por lo que el Mando Conjunto de Operaciones Especiales había dispuesto que transbordáramos al C-130. No queríamos arriesgarnos a que, al pasar por la terminal principal o el comedor de Bagram, nos

vieran. La presencia repentina de todo nuestro pelotón, fuera del ciclo normal, plantearía demasiados interrogantes.

Así, recogimos nuestras bolsas, nos sacudimos la pereza del Ambien y, en silencio, bajamos por la parte trasera del C-17 para montar directamente en el C-130.

Mientras tomábamos sitio en los asientos plegables de nailon naranja, colgados cerca del morro del avión, el personal de tierra de la Fuerza Aérea sujetó en la parte de atrás del avión tres de los contenedores que llevaban nuestros pertrechos. La rampa se cerró e iniciamos la hora de vuelo hasta la base de Yalalabad.

Los asientos del C-130 eran incómodos. Si te quedas encerrado en la fila media, tienes que apoyarte en el tío de atrás, para permanecer sentado, o te hundes y te destrozas la espalda. Si viajar tumbado sobre una hamaca en un C-17 era la primera clase del vuelo militar, entonces el asiento intermedio de un C-130 es la clase económica.

Aterrizar en un C-130, incluso en una pista pavimentada, resultaba terrible. Las ruedas están tan próximas al fuselaje que era como aterrizar en un monopatín. Además, sonaba como si el propio avión estuviera tocando el asfalto. Mientras giraba y rodaba hasta detenerse ante la terminal principal, yo me mantuve agarrado a la barra. El jefe de la tripulación bajó la puerta y pudimos ver que unos autobuses nos aguardaban para transportarnos al complejo del Mando Conjunto de Operaciones Especiales.

El aeródromo de Yalalabad está situado a unos pocos kilómetros de la frontera pakistaní. Es la base de varias unidades estadounidenses, incluida una fuerza del Mando Conjunto, y la zona de actuación principal de los helicópteros que se mueven por el noreste afgano.

Yalalabad es mayor que los puestos avanzados que salpican los valles a lo largo de la frontera y forma parte del Comando Regional Este. Es la fuente de abastecimiento y el servicio de correo de las unidades situadas en la línea fronteriza. Allí residen unos mil quinientos soldados, así como varios civiles contratados. Las fuerzas de seguridad afganas contribuyen a la seguridad de la base.

La pista de aterrizaje divide la base en dos. Los soldados viven en la zona sur del aeródromo. La zona del Mando Conjunto tiene su propio comedor, gimnasio, centro de operaciones y diverso número de construcciones de contrachapado. Ha servido de base a Ranger del ejército de Tierra, el DEVGRU y personal de apoyo.

A casi todos nosotros nos habían destinado más de una decena de veces a Yalalabad. Por ello, cruzar su puerta de acceso era como entrar en casa.

—¿Qué hay, hermano? —me dijo Will, cuando llegamos.

Ya le habían comunicado que formaría parte del equipo de incursión y estaba ansioso por tener más información sobre el plan.

Después de ordenar nuestros pertrechos, nos reunimos de nuevo en la plaza de la fogata. Los chicos de las rotaciones previas habían construido una estructura de ladrillo y cemento que servía para encender una hoguera y que se había convertido, *de facto*, en la «plaza del pueblo» de nuestro complejo. Cada uno de los despliegues fue contribuyendo a la construcción hasta convertir aquello en algo parecido al patio de una fraternidad estudiantil. Había unos sofás mierdosos, comprados en la ciudad, que solían estar siempre ocupados por los muchachos, con su café, su tabaco o, simplemente, sus gilipolleces. Los sofás iban cambiando tan a menudo como nosotros. Estaban hechos en Pakistán y el relleno barato de sus cojines era incapaz de sostener por mucho tiempo los noventa kilos de nuestros cuerpos.

A los SEAL que ya estaban en Yalalabad de acuerdo con su propio programa de despliegue les informaron del plan durante nuestro viaje en avión. Habían oído rumores de que algo se preparaba, pero nadie supo ningún detalle hasta aquella reunión.

Will hablaba árabe, y por eso lo habían elegido para acompañarnos en el asalto, a diferencia de los otros miembros de su escuadrón. Lo acompañaría la fuerza de reacción rápida (FRA), que, a bordo de dos helicópteros CH-47, quedaría a la espera de que la llamaran si el equipo del complejo se veía en problemas. También se les encomendó organizar el punto de repostaje aéreo avanzado (PRAA), al norte del complejo. Por medio de los helicópteros CH-47, que en lo esencial eran como autobuses gigantes voladores, la FRA transportaría tanques de combustible inflables, para que los Black Hawk que llevaban a los equipos de asalto pudieran detenerse a repostar el combustible imprescindible para el vuelo de regreso a Yalalabad.

—¿Has visto la maqueta? —le pregunté a Will.

Entramos en una sala de reuniones próxima al centro de operaciones y abrí los candados. Will me ayudó a levantar la tapa de madera que la cubría.

—¡Vaya! Esto está muy bien —dijo, inclinándose para examinar más de cerca la maqueta.

Will tenía el aspecto típico de un SEAL, con casi el metro ochenta de altura y un cuerpo delgado. Lo que lo diferenciaba de los demás era que había aprendido árabe por sí mismo. Era un hombre extremadamente listo y profesional, además de ser de pocas palabras.

Los equipos SEAL formaban una comunidad unida por fuertes lazos internos. Era extraño presentarse allí, a realizar aquella misión, cuando todo el mundo sabía que el escuadrón ya desplegado en la zona podría haberla llevado a cabo igual de bien que nosotros. La única razón por la que se nos encomendó a nosotros fue que estábamos más disponibles para realizar los ensayos necesarios para vender la idea a quienes toman las decisiones en la Casa Blanca. Todos y cada uno de los escuadrones del comando eran intercambiables entre sí. De lo que dependía era de haber estado en el sitio adecuado en el momento oportuno.

—Bien, hazme un resumen —dijo Will.

—Mira, estamos en el *Tiza Uno* —le dije—. Nuestro helicóptero será el primero en acercarse desde el sur y mantener la posición aquí —dije, señalando el patio—. Nos deslizaremos mediante cabos y despejaremos este edificio, el que llamamos C1.

Era un procedimiento sin apenas singularidades y Will no tardó en quedar enterado. Durante las horas siguientes fuimos repasando todo el plan y las posibles contingencias. Le conté todos los ensayos que habíamos realizado al respecto. Aquella era la primera ocasión en la que Will tenía constancia de la extensa planificación con la que el resto habíamos estado lidiando desde hacía varias semanas. Dedicar tres semanas a ensayar una misión, eso sí que era muy extraño. Por lo general, en Afganistán o Iraq, cuando se nos encomendaba una misión, la planeábamos y la llevábamos a término en el plazo de unas pocas horas.

En el «garito de los jefes» —el puesto de mando central— seguían desarrollando la coordinación y planificación general. Como los pertrechos ya estaban listos, lo único que había que hacer era esperar.

Por regla general, la mayoría sufríamos un trastorno por déficit de atención; o, por lo menos, bromeábamos conforme nos pasaba. Podíamos concentrarnos en algo, pero no durante mucho tiempo, y lo peor era esperar. Walt siempre hacía que lo pasara mal. No podía aguantar ni una película entera.

Como los demás muchachos, en lo que respectaba a organizar los pertrechos, podíamos parecer locos, pero todos teníamos nuestro sistema. Lo comprobábamos todo una y otra vez. Por ejemplo, las pilas de mis miras láser y mi visión nocturna siempre eran nuevas. Mis radios estaban conectadas a su cargador. Todo estaba claramente dispuesto y ordenado. Botas y calcetines, junto a mi uniforme doblado. Mi chaleco, con dos planchas antibalas y bolsillos para munición y aparatos, descansaba junto a mi H&K 416, en el extremo inferior de mi cama.

Dediqué un buen rato a disponer todo mi equipo, pero a medianoche —la hora de comer, para nosotros— aún quedaba tiempo por matar. Durante esta clase de pausas obligadas, solíamos ir al gimnasio. Algunos muchachos preparaban café, pero no del instantáneo, sino con una cafetera de émbolo. Uno de ellos había traído una maleta Pelican con una de esas cafeteras, un molinillo y un surtido de cafés que habría avergonzado a Starbucks. Yo solía unirme a ellos mientras lo preparaban. Una taza podía ocupar una hora. Molían los granos y luego prensaban el café. Con el mayor cuidado, hervían el agua, se sentaban ante el fuego e iban sorbiendo la bebida. Todo formaba parte de su ritual, y las horas que destinaban obsesivamente al café reducían los minutos de esperar sentado. Cada uno de nosotros había desarrollado su propio método de matar el tiempo. Según lo previsto, teníamos aún dos días por delante, antes de que se lanzara la misión; y eso, si finalmente se aprobaba.

Al día siguiente acompañé a Will y a dos de sus colegas al hangar, para charlar con los pilotos. Durante los ensayos ya habíamos trabajado con las tripulaciones del 160.º Regimiento de Aviación de Operaciones Especiales.

Trabajábamos con el 160.º de forma casi exclusiva. A nuestro modo de ver, eran los mejores pilotos del mundo.

El piloto del *Tiza Uno*, Teddy —un hombre bajo, de cincuenta años, con el pelo rapado muy corto— nos recibió en la puerta del hangar. Caminamos dando la vuelta al Black Hawk y le mostramos a Will el plan de carga. Entonces, antes de marcharnos, hablamos sobre las posibles contingencias.

—Si la cosa se pone mal y tengo que hacer un aterrizaje de emergencia, haré todo lo que pueda para poner el «pájaro» en ese patio abierto al oeste —dijo Teddy.

Lo llamábamos el «patio Eco» y era la zona abierta más extensa del complejo. Como buen piloto experimentado, Teddy sabía que si el helicóptero era alcanzado por el fuego enemigo o sufría algún otro problema de funcionamiento, ese patio sería su mejor alternativa.

—Pero no te preocupes —dije—. De accidentes, ya hemos tenido la parte que nos tocaba. Si a alguno le toca sufrir, entonces será al *Tiza Dos*.

Yo nunca he vivido un accidente, pero entre la docena de SEAL de mi *Tiza*, siete habían sufrido alguna clase de percance en el pasado. Solo dos de los hombres del *Tiza Dos* podían decir lo mismo. En eso basábamos la broma de que, por estadística, a nuestro «pájaro» le tocaba seguir en el aire.

El lapso de tiempo en el que resultaba conveniente lanzar la operación era breve. Según el ciclo de luminosidad, esta iba a empezar a aumentar de nuevo la semana siguiente. Así, tardaríamos todo un mes en disponer de nuevo de aquellas condiciones óptimas. Además, con todo preparado, cuanto más tardáramos en partir, mayor era la inquietud de que la misión se filtrara. En las tres semanas transcurridas desde que habíamos comenzado a planificar, el número de personas que estaban al cabo de la operación se había incrementado exponencialmente.

El Mando Conjunto de Operaciones Especiales reforzaba su actividad. McRaven estaba en Afganistán, lo que no era una noticia por sí sola, pero el hecho de que se dirigiera a Yalalabad causó cierta conmoción. Un coronel de los Ranger realizaba operaciones diarias desde nuestro centro de mando de Bagram. A la postre, se le informó de la misión, lo que acrecentaba aún más el número de personas que sabían lo que se avecinaba.

Allá en Washington, la inquietud principal parecía ser la duda de si debían confiar en los datos de inteligencia. A diferencia de Jen, los demás analistas solo cifraban en el sesenta por cien la seguridad de que Bin Laden viviera en aquel complejo.

En Afganistán hacíamos caso omiso de los nervios de Washington. Recibíamos informes diarios. Los aviones no tripulados sobrevolaban el complejo montando guardia. También teníamos que lidiar con el «hada de las buenas ideas». Con mayor o menor claridad, se deja ver en todas nuestras misiones; y no es nuestra amiga. Se muestra cuando el «garito de los jefes» ha dispuesto de demasiado tiempo. A grandes rasgos, se trata de que los oficiales y planificadores empiezan a inventar escenarios imposibles con los que, supuestamente, podríamos tener que lidiar en una misión.

—Ahora quieren que, para controlar a las multitudes, nos llevemos un megáfono —dijo el jefe de equipo al cargo de la seguridad exterior—. Es un disparate como el de las luces de policía.

Anteriormente, el «garito de los jefes» había dejado caer la idea de que el equipo de seguridad exterior cogiera uno de los coches de Bin Laden y le adjuntara unas luces de policía, para fingir que la actividad en torno al objetivo era en realidad una operación policial.

—Así que le dije: «Óigame, señor, ¿acaso quiere empujarlo hasta allí?». «Pues no vamos a tener las llaves», dijo el jefe del equipo. «¿Y si el volante se bloquea? Además, ¿qué equipo tiene tiempo para empujar un coche fuera del camino y hacerlo bajar todo el trayecto hasta la esquina de la calle? Y no olvidemos que los destellos de la luz policial harán que destaque nuestra posición.»

—¿De qué color lleva las luces la policía de Pakistán? —quise saber yo.

—Ni idea —dijo él—. Esa fue mi siguiente pregunta. Luego nos enredamos en media hora de discusión sobre Alí.

Alí era el intérprete de la CIA para la seguridad externa. Hablaba pastún, el idioma de la zona.

—El «hada de las buenas ideas» quiere que se vista con la ropa de los civiles locales. Estará situado entre un artillero de ametralladora ligera y yo mismo. Y nosotros vamos con uniforme, así que ¿qué más da?

En las dos batallas terminó por imponerse la lógica. No llevamos las luces de policía y Alí vistió uniforme.

Es una clase de cuestiones que siempre surgen cuando los planificadores se enredan en el control de los detalles. Así, la CIA nos pidió que cargáramos una caja que bloqueba las señales de teléfono móvil; pero pesaba más de veinte kilos, y para nosotros el peso era siempre un tema crucial, por lo que aquella «buena idea» se desvaneció con rapidez. Si pudiéramos recuperar todo el tiempo perdido lidiando con la dichosa hada, ganaríamos varios años de nuestra vida.

En la segunda noche me senté ante la hoguera, sorbiendo algo de café recién hecho en compañía de Charlie y Walt. La discusión del día era a qué parte del cuerpo había que intentar disparar a Bin Laden.

—Intentad no disparar a ese hijo de puta en la cara —dijo Walt—. Todo el mundo querrá ver la foto.

—Pero si es oscuro y solo puedo ver su cabeza, no pienso esperarme al chaleco suicida —dijo Charlie.

—Las fotos que se tomarán aquí estarán entre las más vistas de la historia —dije yo—. Si me dieran a elegir, lo tendría claro: disparar al pecho.

—Más fácil de decir que de hacer —dijo Walt.

—Tú recuerda apuntar alto —le dije a Walt—. Solo le llegas hasta los huevos.

Ya habíamos decidido que, en la película, el papel de Walt lo interpretaría Elijah Wood; Walt no era más alto que un *hobbit*.

Lo del *casting* de la película de Bin Laden se convirtió en una broma habitual. ¿Quién haría de quién, en la versión que Hollywood hiciera de la misión? Nadie iba a tener a Brad Pitt o a George Clooney. En cambio, como en el equipo había un pelirrojo, no había dudas sobre el actor que lo interpretaría: Scott Thompson («Carrot Top»). Al menos, Walt tendría a Frodo, en vez de a un cómico de segunda.

—Ya sabéis que, si esto va adelante, haremos que le den a Jay la estrella —dije.

Todo el mundo sabía que, para los oficiales como Jay, el éxito de la incursión reportaría un gran impulso a su carrera. Muy probablemente, supondría que Jay fuera nombrado almirante algún día. Para la gente de la tropa, en cambio, en realidad no suponía nada: para nosotros no era sino un trabajo más.

—Y haremos que elijan a Obama otra vez, seguro —dijo Walt—. Ya lo puedo ver ahora, hablando de cómo mató a Bin Laden.

Ya lo habíamos visto antes, cuando se arrogó el crédito del rescate del capitán Phillips. Aunque en este caso aplaudíamos la toma de decisiones, nadie tenía la más mínima duda de que, en lo que respectaba a Bin Laden, también se atribuiría a sí mismo todo el crédito político.

Todos nosotros sabíamos que el caso nos superaba y superaba la política. Quizá los oficiales y los políticos se beneficiaran de él, pero eso no reducía nuestras ganas de llevar a cabo la misión. Así era como funcionaban siempre las cosas. Nuestra recompensa era justamente hacer el trabajo, y no la íbamos a cambiar por ninguna otra.

Poco antes del amanecer, la reunión de la fogata se deshizo y todos fuimos a intentar dormir unas horas. Como actuábamos de noche, la mayoría de la población del complejo del Mando Conjunto de Operaciones Especiales dormía todo el día.

Yo me tragué dos Ambien. Nadie iba a descansar nada sin somníferos. Por mucho que nos esforzáramos en hacer de esta misión una más, no lo era. Habían sido dos días, pero nos parecían meses.

Se suponía que al tercer día partiríamos, pero el cielo estaba demasiado

tapado y el lanzamiento se retrasó. No nos supuso gran cosa. Los retrasos eran permanentes, así que ya lo esperábamos. Un retraso era mejor que una cancelación. McRaven quería estar seguro de que los aviones no tripulados podrían espiar sobre el complejo, por si acaso Bin Laden lo abandonaba mientras estábamos de camino; pero la nubosidad lo hacía imposible.

Las instrucciones diarias nos las daban en reuniones celebradas en una sala larga y estrecha, con bancos de madera hechos a mano, alineados en la parte central como en una iglesia. En la pared frontal había televisores de pantalla plana, para las presentaciones de PowerPoint y para mostrarnos las grabaciones de los aviones no tripulados o las fotos de los satélites.

La reunión de aquel día estaba llena a rebosar. Yo estaba sentado al lado de Charlie, cerca de la parte de atrás, en uno de los bancos. Vi a varios SEAL de otros escuadrones apiñados en torno de la maqueta, que seguía llamando la atención por muchas veces que la hubiéramos visto. La estaban estudiando con minuciosidad, antes de la reunión. Era asombroso cómo te arrastraba y terminabas encontrándote con la vista fija sobre ella.

Una parte de la reunión se ocupó de lo que debíamos hacer si la misión salía radicalmente mal y las autoridades pakistaníes, de algún modo, nos apresaban.

El presidente ya nos había dado luz verde para protegernos, incluso si para ello debíamos enfrentarnos con las fuerzas armadas pakistaníes. Íbamos a adentrarnos mucho en Pakistán y, en caso de que nos detuvieran, necesitaríamos más razones que la verdad.

—Bien, chicos —dijo el oficial—. Esto es lo que han inventado. La misión pretende encontrar y recuperar una plataforma de Inteligencia, Inspección y Reconocimiento que ha sido derribada.

Esta plataforma era lo que en la jerga militar estadounidense se llama *drone*: un avión no tripulado. En lo esencial, íbamos a decirles a los interrogadores pakistaníes que la Fuerza Aérea estadounidense había perdido un avión no tripulado.

Nos entró la risa.

—¿Eso es todo lo que son capaces de inventar? —dijo alguien desde el fondo de la sala—. Y ya puestos, ¿por qué no nos dan un megáfono y una sirena de policía?

La historia era descabellada. Sobre el papel, éramos aliados de Pakistán; de modo que si en efecto perdíamos un avión no tripulado, el Departamento de Estado negociaría directamente su recuperación con el gobierno pakistaní. Era una historia que no se tenía en pie y resultaría muy difícil defenderla sin fallos durante horas de interrogatorio.

Al menos nos podíamos reír del cuento. Quizá creían que el humor nos ayudaría a soportar la situación. La verdad era que, si llegábamos a ese punto, no habría historia que pudiéramos inventar para explicar por qué veintidós

SEAL, que cargaban a la espalda cerca de 30 kilos de pertrechos de alta tecnología, un especialista en desactivación de explosivos y un intérprete —en total, veinticuatro hombres, más un perro— hacían una incursión en una vecindad de extrarradio, a unos pocos kilómetros de la academia militar pakistaní.

Al terminar la reunión, hizo su entrada el oficial al mando del DEVGRU. Era un capitán, de bigote y pelo cano, que había perdido una pierna en un accidente de paracaídas, años atrás. Pero cuando se dirigió al frente de la sala de conferencias, apenas noté la leve cojera de su paso, debida al miembro ortopédico.

El oficial que nos informaba cedió el primer plano al comandante. Todas las risas y los murmullos relativos a la tapadera del avión no tripulado se apagaron y la sala quedó en silencio.

—Bien, muchachos —dijo el comandante del DEVGRU—. Acabo de hablar por teléfono con McRaven. Él acababa de comunicarse con el presidente. La operación se ha aprobado. La acometeremos mañana por la noche.

No hubo vítores ni gestos de felicitación. Eché un vistazo a algunos de los colegas sentados en los bancos de mi alrededor. La gente con la que había actuado, unos al lado de otros, durante muchos años.

«La hostia —pensé—. No me imaginaba que esto llegaría a pasar de verdad.»

No más reuniones.

No más «hada de las buenas ideas».

Y, sobre todo, no más esperas.

12

Arranca la misión

No podía dormir.

Había pasado las últimas dos horas intentando ponerme cómodo. Pero no lograba firmar la paz ni con el duro colchón ni con mi propia cabeza. Era el día en que arrancaría la misión y ahora no había la más mínima duda respecto de la importancia de esta.

Descorrí la manta de camuflaje que, para protegerme de la luz, tenía colgada como una cortina sobre la litera, estiré las piernas hacia fuera y me froté los ojos. Después de tres días de esforzarme por no pensar en la misión, ahora resultaba imposible apartarla del pensamiento. Si todo iba según lo planeado, faltaban menos de doce horas para que nos descolgáramos dentro del complejo de edificios de Bin Laden en Pakistán.

No me sentía cansado. Las únicas pruebas de que había dormido eran la bolsita vacía que ayer alojaba un par de somníferos Ambien, y un puñado de botellas vacías, ahora llenas de orina. Como vivíamos en alojamientos temporales, para ir al aseo más cercano había que caminar doscientos metros. Así que me guardaba las botellas vacías de agua o de Gatorade como meadero alternativo. Era una práctica habitual. Encendíamos la lámpara y nos aliviábamos sin llegar a despertarnos del todo.

Físicamente me sentía fresco, pero mentalmente estaba acelerado. No con los nervios de punta, pero sí inquieto. El habitual «ahora corre y luego espera» me estaba afectando. Todos recibíamos con alivio que la espera casi se hubiera terminado.

Con cuidado de no hacer ruido, porque varios de mis compañeros seguían durmiendo a pierna suelta, me deslicé fuera de la litera y me vestí. Podía oír el ronquido suave de otros en sus habitaciones. Cogí mis gafas de sol y salí del dormitorio al aire libre. El sol me golpeó como una almádena. Era como salir de un casino de Las Vegas después de haber estado jugando toda la noche.

Tardé un segundo en acostumbrarme, pero pronto aquel sol de última hora de la tarde empezó a sentarme bien en la cara y los brazos, mientras me dirigía al comedor. Miré mi reloj. Para los que solíamos movernos a la hora de los vampiros, era de mañana.

Para el resto de la base, era el centro de su jornada laboral. Como banda sonora ininterrumpida, nos acompañaba el ruido constante de los helicópteros. Un camión «chupamierda» pasó por mi lado después de limpiar una serie de los Porta-John del campamento.* Por detrás se respiraba aún el desagradable olor químico del desinfectacte.

Mantuve la cabeza baja y, sobre la grava que se usaba para reducir el polvo, caminé hasta la primera puerta. Cada unidad cambiaba la combinación de la puerta, al llegar. Saqué de mi bolsillo un papelito con el código anotado. Aún tenía la cabeza espesa por el efecto del Ambien. Marqué los números y accioné el pomo.

Nada.

Tuve que probarlo tres veces, hasta hacerlo correctamente, pero al final lo conseguí.

«Confórmate con pasar el desayuno», pensé.

Había logrado sobrevivir al Green Team. Sabía que, si pretendías concentrarte en el todo en su conjunto, te derrumbabas. La única forma de sobrevivir era pasar el día comida tras comida. En aquel momento, unas horas antes de la misión más importante de mi carrera, me centraba únicamente en llegar al desayuno.

Era el éxito paso a paso.

Dentro del comedor me lavé las manos bajo un chorro de agua fría. El hedor de los fritos grasientos de la cafetería era tan espeso que se te pegaba a la ropa. El comedor aún tenía viejas decoraciones navideñas pegadas en la pared de cemento. Un póster de los años setenta, ya muy descolorido, mostraba los cuatro grupos de alimentos y ocupaba la mayor parte del tablón de notas, junto al menú del día.

Inspeccioné los largos mostradores de acero inoxidable. Detrás de cada uno, con delantal y gorro, había un civil contratado para servirme en el plato una ración de sémola de maíz o un montón de beicon.

Nada tenía buen aspecto. El beicon tenía más grasa que carne y estaba empapado en aceite. Pero necesitaba energía. Me fui directo a la parrilla, donde se había formado una pequeña cola. Un auxiliar de cocina esperaba por detrás de los fuegos. Con la espátula, convirtió una tortilla mantecosa en un revoltijo grasiento y la deslizó sobre el plato del chico que esperaba por delante de mí.

—Cuatro huevos —dije, cuando el cocinero me miró—. Revueltos, por favor. Con jamón y queso.

* Modelo de cabinas de váter, portátiles y plegables. (*N. de los t.*)

Mientras el cocinero se ponía con los huevos, me cogí unas tostadas y algo de fruta. La selección era la misma en todos los despliegues: grandes bandejas de melón cantalupo, de color naranja y sabor verde, y otras de melón *honeydew*, de un color verde casi químico. Durante mi última rotación había visto una caja en el comedor donde se leía: «para uso exclusivo en prisiones militares». No les faltaba razón.

Nadie ingresa en las fuerzas armadas por la comida.

Tomé dos rodajas de pan, que pasé por la tostadora del restaurante, y amontoné también unas rodajas de piña sobre el plato. Con la piña no la cagan. Volví a la parrilla, recogí mis huevos y paré a servirme algo de avena y de pasas en un bol.

Entonces inspeccioné con la vista las mesas, dispuestas en largas filas en la zona de comedor. El murmullo de las conversaciones, unido al televisor de pantalla grande que habían colocado en un rincón y emitía las noticias por cable, creaba un ruido apagado pero constante. Vi a algunos compañeros sentados a una mesa, lejos del televisor, y me acerqué a dejar la bandeja a la vez que me cogía un café.

Aquel comedor era de uso exclusivo para el personal del Mando Conjunto de Operaciones Especiales, pero aun así no todo el mundo estaba al corriente de la misión.

Mientras espolvoreaba los huevos con un poco de pimienta, musité un «hola» a mis colegas, entre los que estaban Charlie y Tom. Me devolvieron el saludo, pero, como yo, nadie tenía ganas de hablar. Nos sentíamos más cómodos a solas con nuestros pensamientos.

—¿Qué tal habéis dormido? —dije.

—De puta pena —dijo Charlie.

—¿Te has tomado algún Ambien?

—Dos —dijo.

—Míralo por el lado bueno: al menos, disfrutamos de un desayuno esplendoroso. Es como el *buffet* del Hotel del Coronado.

Este hotel era uno de los centros turísticos más antiguos de la costa del Pacífico, y no estaba lejos de donde habíamos realizado el curso de BUD/S.

—Pues vaya —dijo Charlie—. ¿No se te ocurre nada mejor?

Intentaba ser gracioso, pero era demasiado temprano. Charlie siempre se metía un huevo con mis chistes malos. Y yo sabía que eran penosos, pero eso ya formaba parte de la diversión.

Aparte de eso, no se hablaba de casa. No se hablaba de la misión. No había nada más de lo que ocuparse. La comida no era buena, pero nadie lo habría dicho, a juzgar por lo vacíos que dejábamos los platos al terminar el desayuno.

No creo que ninguno de nosotros probara de verdad aquella comida. Era tan solo combustible para más tarde. Después de los huevos y la fruta, me obligué a engullir el bol de avena y terminé un vaso de zumo de naranja. Al caminar de regreso a mi habitación, estaba lleno. No sabía cuándo volvería a comer.

Las habitaciones aún estaban en silencio cuando regresé. Algunos de mis colegas intentaban dormir hasta el último minuto, pero yo iba demasiado acelerado. Saqué el cepillo de dientes y una botella de agua —con cuidado de no confundirla con la meada— y salí a una zona de grava gruesa. Allí, a un lado, me lavé los dientes y escupí en el suelo.

Desayunar: hecho.

Lavarse los dientes: hecho.

Volví a la habitación y guardé el cepillo otra vez en la mochila.

Ya había sacado mi uniforme de combate, un Crye Precision Desert Digital. Constaba de una camisa de manga larga y unos pantalones multibolsillo. En total, el uniforme incluía diez bolsillos, cada uno con un propósito específico. La camisa estaba diseñada para llevarla debajo de la protección antibalas. Las mangas y los hombros tenían estampado de camuflaje, pero el cuerpo de la camisa era de color habano, y de un material muy ligero que absorbía el sudor. Yo le había cortado las mangas, porque hacía calor.

Me senté en la cama y empecé a vestirme. Nada de lo que hice desde el momento en que comencé a ponerme los pantalones se debía al azar.

Todos los pasos estaban cuidadosamente planeados.

Todas las comprobaciones eran una forma de concentrarme y asegurarme de no olvidar nada.

Eran los mismos pasos que seguía antes de cualquier misión.

Antes de meter las piernas en los pantalones, comprobé todos y cada uno de los bolsillos de mi uniforme.

En uno de los bolsillos de tipo «cargo», llevaba los guantes de asalto y los mitones de cuero, que usaba para deslizarme por la cuerda. En el otro bolsillo «cargo» llevaba un surtido de pilas de recambio, un EnergyGel y dos barritas PowerBar. En el bolsillo del tobillo derecho llevaba un torniquete adicional y en el izquierdo, guantes de goma y mi equipo de «explotación delicada».

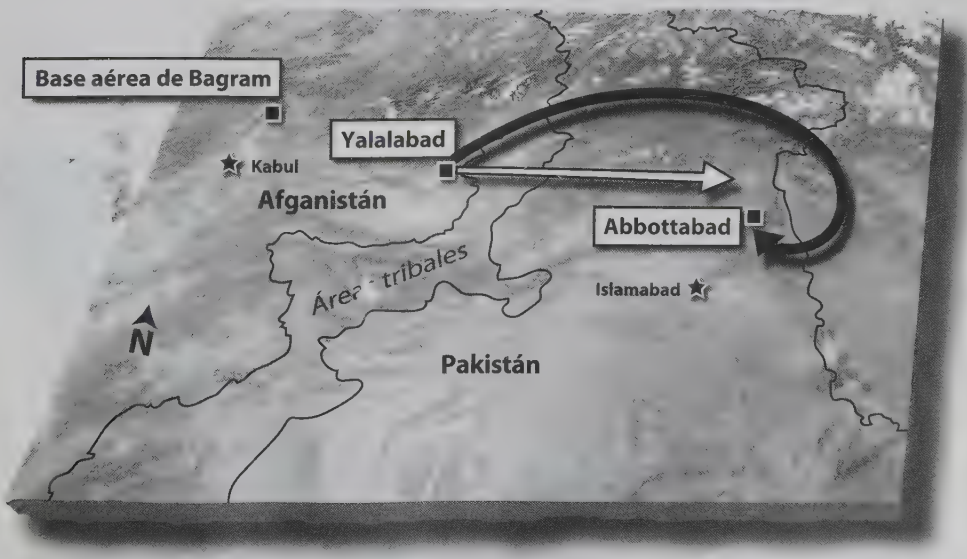
En un bolsillo de mi hombro derecho, comprobé que llevaba el dinero: 200 dólares que usaría si nos veíamos en problemas y tenía que comprar un viaje o sobornar a alguien. La evasión cuesta dinero y pocas cosas funcionan mejor que el dinero estadounidense. Mi cámara, una Olympus digital compacta, iba en el bolsillo del hombro derecho. En paralelo a la parte de atrás de mi cinturón, llevaba un cuchillo de hoja fija Daniel Winkler.

Remetí la camisa en los pantalones y cogí el chaleco para inspeccionarlo una vez más. Las placas cerámicas cubrirían mis órganos vitales por la espalda y por delante. En cada uno de los lados de la placa frontal había montado dos radios, y entre las radios llevaba tres cargadores para mi fusil de asalto H&K 416, así como una granada de mano, de fragmentación, del tamaño de una pelota de béisbol. Atadas a la parte frontal del chaleco, había varias barras de luz química, incluida la versión infrarroja que solo puede verse mediante las gafas de visión nocturna. Cuando habíamos despejado una habitación o una

Operación Tridente de Neptuno (1 de mayo de 2011)

El plan requería que dos helicópteros Black Hawk transportaran a veintidós SEAL, un experto en desactivación de explosivos y un intérprete de la CIA desde una base en Yalalabad (Afganistán) al complejo de edificios que era nuestro objetivo, en Abbottabad, Pakistán. Dos CH-47 que transportaban combustible de reserva y una fuerza de reacción rápida con más SEAL organizaron un punto de repostaje avanzado a quince minutos del blanco.

Mapa detallado

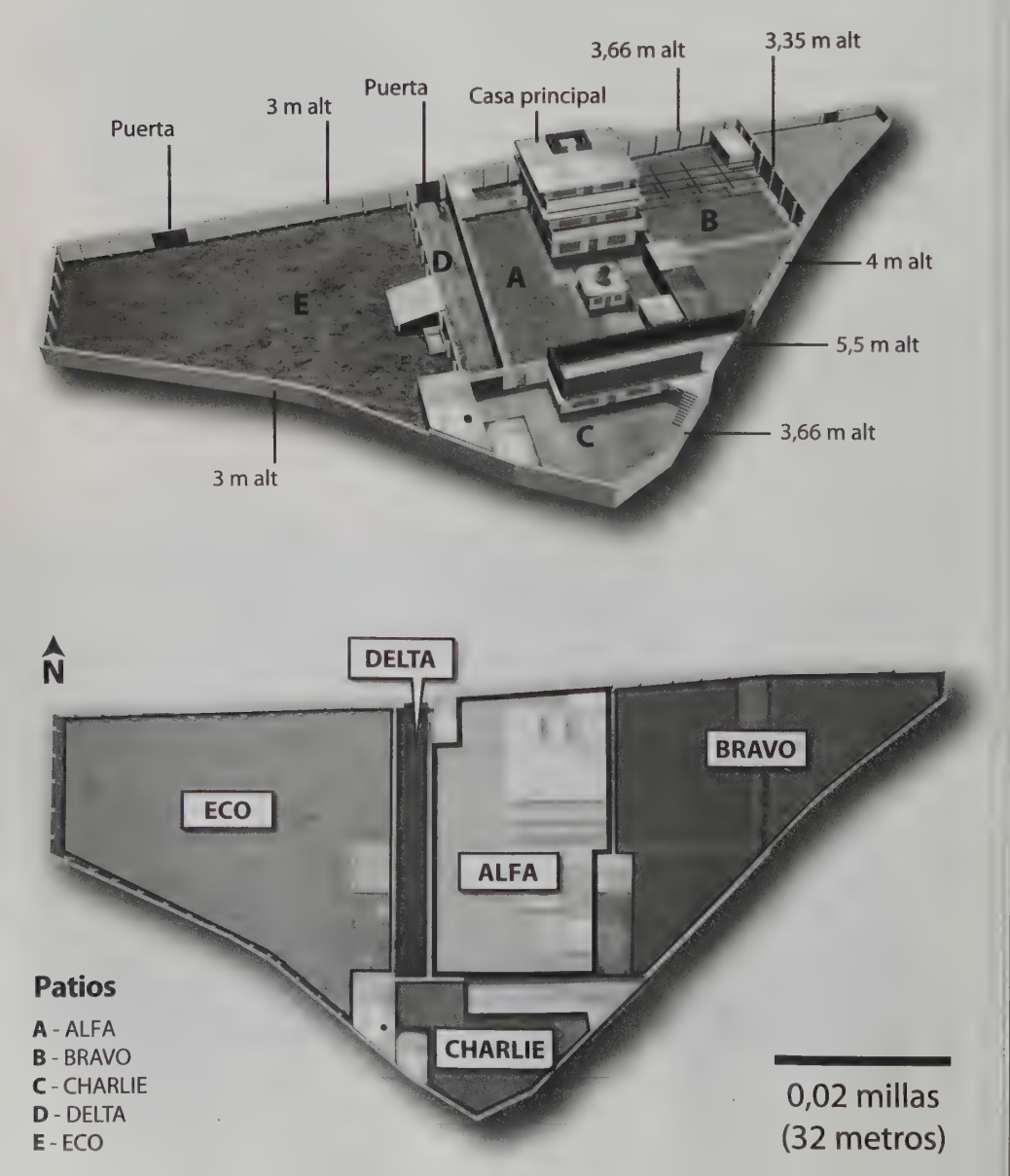


50 millas
(80 Km)

Residencia de Osama bin Laden

El complejo, de unos 4.000 metros cuadrados, estaba en la carretera de Kakul, en Bilal, una vecindad de clase media en la ciudad de Abbottabad. En la ciudad hay una academia militar pakistaní y es un centro vacacional habitual. Bin Laden vivía en el edificio principal, en el tercer piso.

* Los muros que rodeaban la residencia estaban rematados con una alambrada.



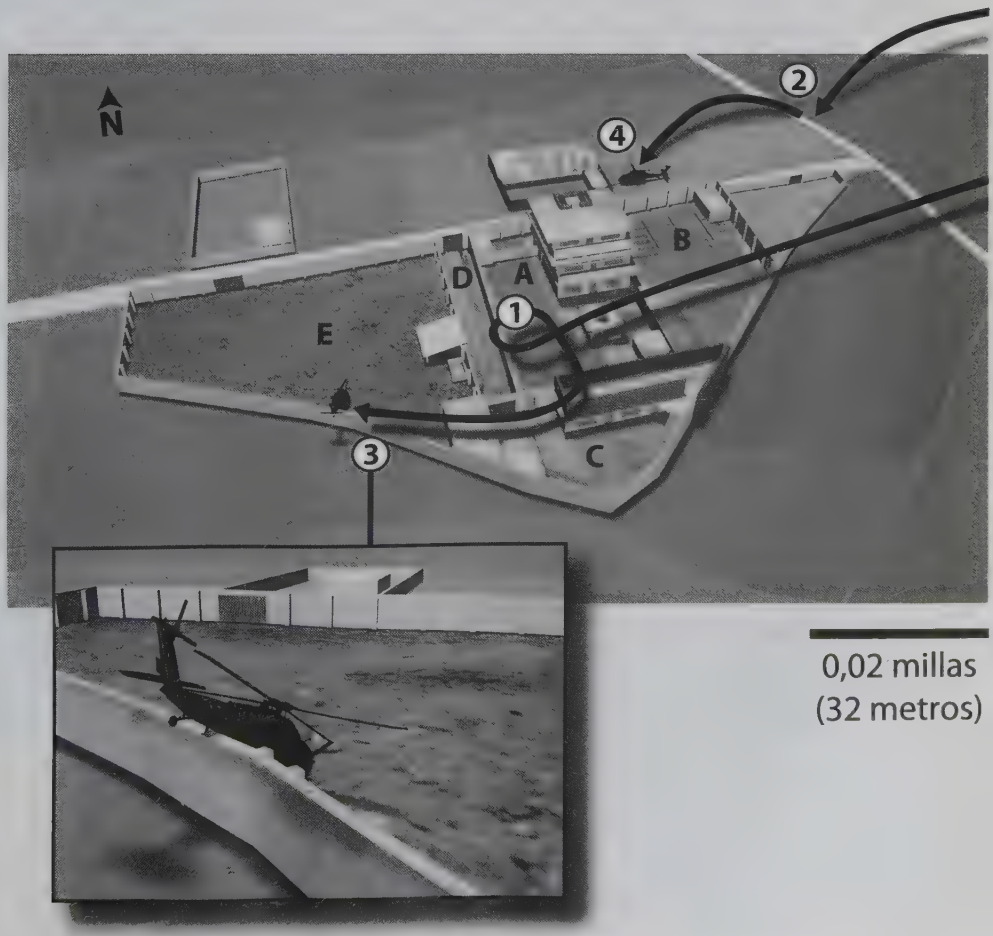
Operación Tridente de Neptuno: infiltración

① *Tiza Uno* intentó mantenerse en suspenso sobre el patio A, pero no pudo sostener la posición y cayó.

② *Tiza Dos* aterrizó y permitió la entrada del equipo de seguridad exterior, formado por cuatro SEAL, un intérprete y el perro de asalto.

③ Los pilotos que tripulaban *Tiza Uno* lograron que el helicóptero cayera en el patio E, al oeste del edificio principal.

④ *Tiza Dos* vio el accidente de *Tiza Uno* y el piloto, acto seguido, tomó la decisión más segura de aterrizar fuera de la puerta, en lugar de intentar que los hombres descendieran por el cabo en lo alto de la azotea del edificio principal.



Operación Tridente de Neptuno: asalto

Después de que *Tiza Uno* tuviera un accidente, los SEAL se recobraron pronto y empezaron el ataque.

4 asaltantes a puerta sur.

3 asaltantes a puerta norte.

Los asaltantes se acercan a la puerta norte, que da acceso al sector B, y la abren con explosivos.

2 asaltantes y 1 intérprete.

N

A

B

C

D

E

1

2

3

4

5

6

7

8

0,02 millas
(32 metros)

Los SEAL salen del helicóptero y, de inmediato, deben dinamitar la primera puerta.

Un francotirador se sitúa en la azotea.

Un asaltante despeja la azotea. Dos asaltantes despejan el edificio.

Dos asaltantes y un perro rodean la residencia.

Operación Tridente de Neptuno: el edificio principal

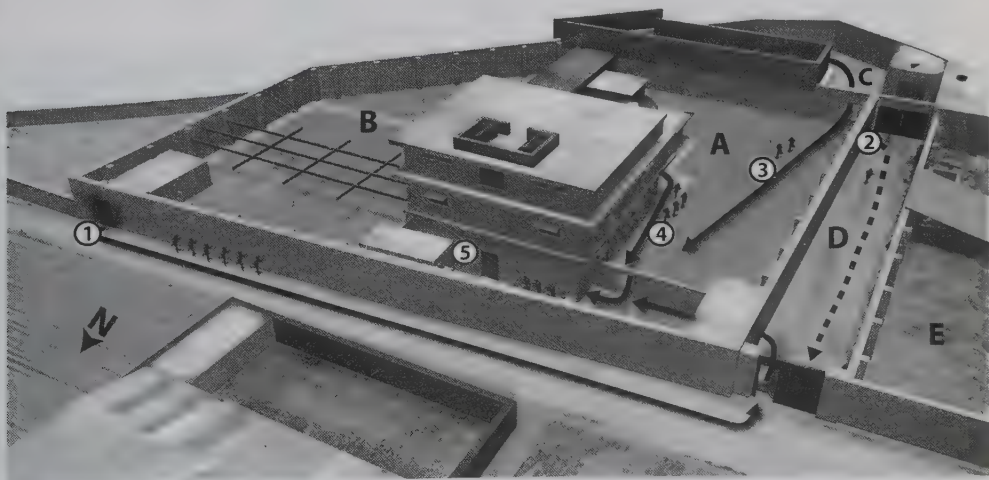
① *Tiza Dos* abrió la puerta con explosivos, pero la encontró bloqueada por un muro de ladrillo. *Tiza Dos* se desplazó a la puerta D y entró por allí.

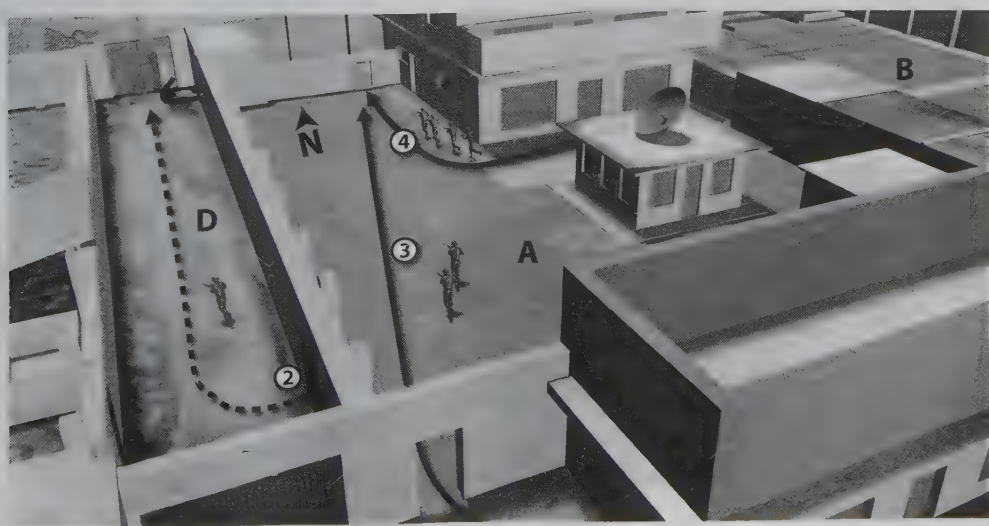
② Mike, el SEAL de la tropa con mayor rango de la misión, hace entrar a *Tiza Dos* por la puerta D (principal).

③ Tras despejar el edificio C, el equipo de Owen se dirigió al edificio principal para ayudar en el asalto.

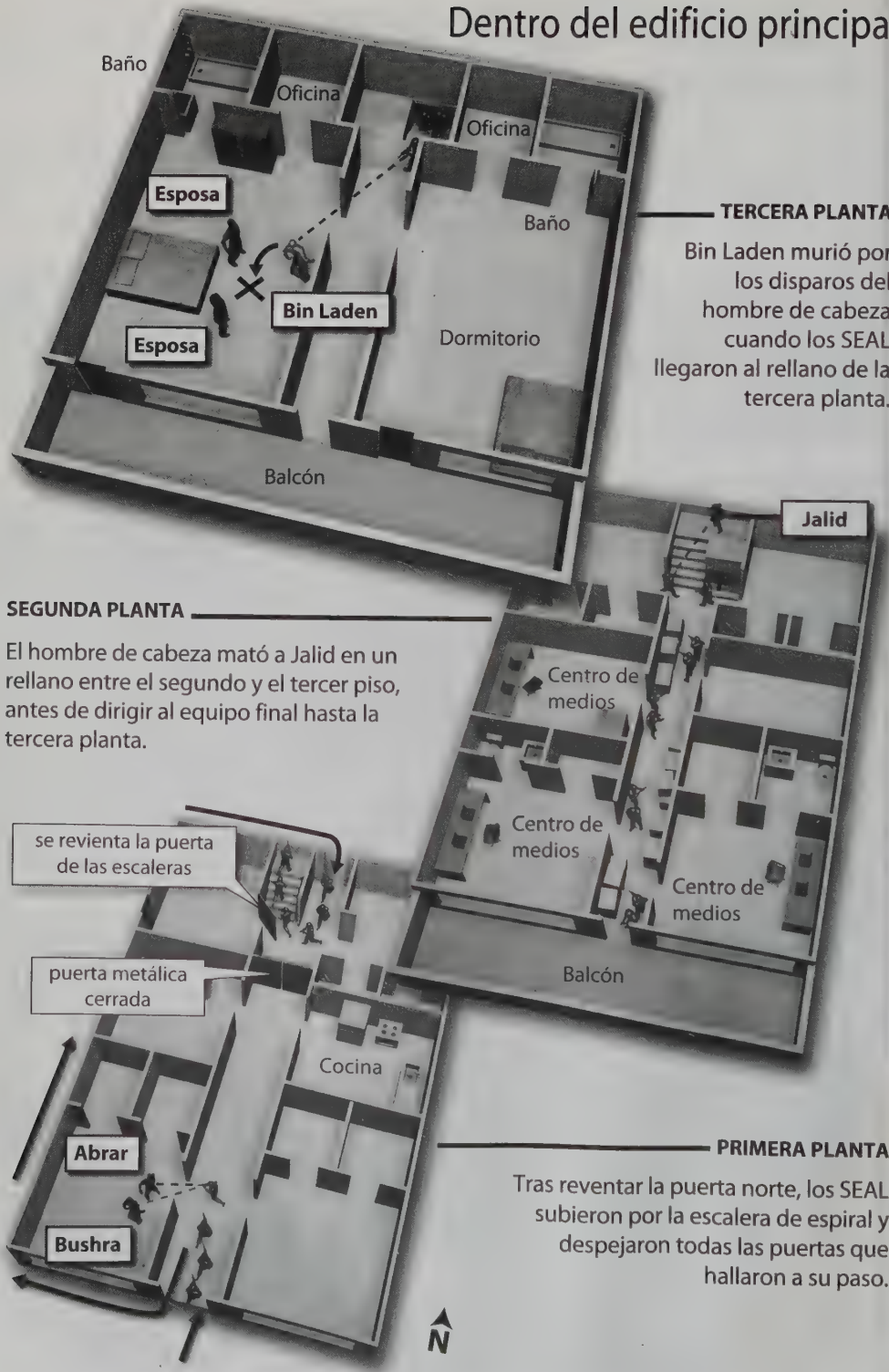
④ Bloqueados por una puerta metálica en el vestíbulo, Tom y su equipo despejan la zona sur del primer piso y luego salen y se dirigen a la puerta norte.

⑤ Charlie coloca una carga explosiva en la puerta norte y espera la aprobación de Tom, antes de activar el explosivo.





Dentro del edificio principal



TERCERA PLANTA

Bin Laden murió por los disparos del hombre de cabeza cuando los SEAL llegaron al rellano de la tercera planta.

SEGUNDA PLANTA

El hombre de cabeza mató a Jalid en un rellano entre el segundo y el tercer piso, antes de dirigir al equipo final hasta la tercera planta.

PRIMERA PLANTA

Tras reventar la puerta norte, los SEAL subieron por la escalera de espiral y despejaron todas las puertas que hallaron a su paso.

Operación Tridente de Neptuno: exfiltración

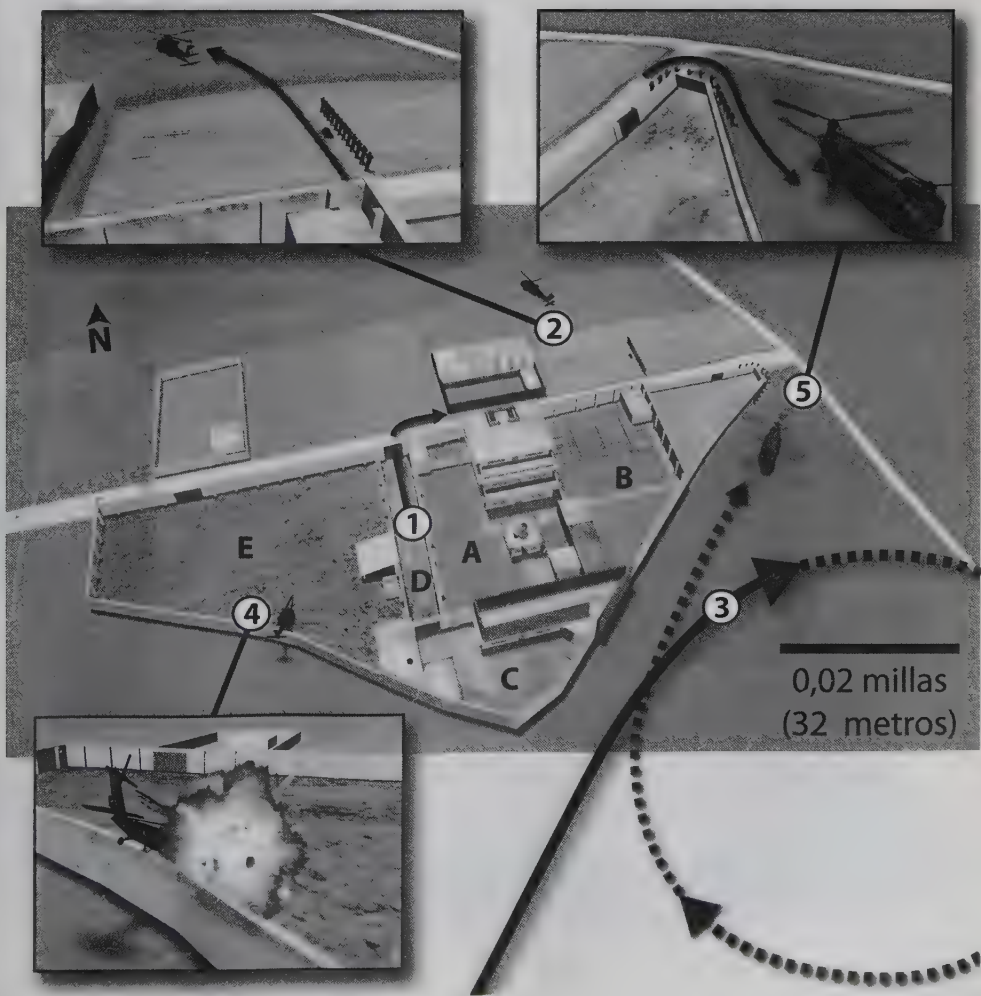
① Los SEAL sacan del complejo el cuerpo de Bin Laden.

② *Tiza Uno* avanza por el campo hasta subir en el helicóptero Black Hawk.

③ Con tan solo unos segundos de margen, se ordena al CH-47 que aborte el aterrizaje y gire al sur, para evitar el impacto de los restos lanzados por la explosión controlada del Black Hawk caído.

④ El helicóptero explota.

⑤ *Tiza Dos* y la tripulación del Black Hawk caído suben al CH-47 que transporta a la fuerza de reacción rápida.



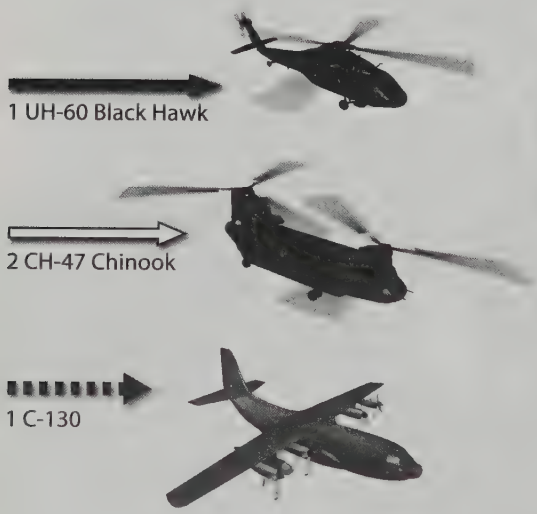
Operación Tridente de Neptuno: exfiltración

① Un CH-47 recoge a los SEAL en el complejo y vuela directamente de regreso a Yalalabad.

② Black Hawk vuela hacia el norte y toma tierra en el PRAA (punto de repostaje aéreo avanzado

③ Black Hawk y CH-47 vuelan directamente de regreso a Yalalabad.

④ C-130 traslada al grupo de asalto de Yalalabad a Bagram.



Mapa detallado

zona, solíamos partir las barras y arrojarlas al suelo para que iluminaran. Eran luces invisibles a simple vista, pero útiles con la visión nocturna, y nos permitían saber qué zonas eran seguras.

El cortapernos iba en una bolsa, a la espalda, de forma que las dos asas sobresalieran un poco por encima de mi hombro. Sujetas al chaleco iban también dos antenas, para las radios.

Pasé las manos por encima del equipo y di un tirón a la carga explosiva que había sujetado a la espalda mediante cinta adhesiva. Luego me concentré en el casco. Con las gafas de visión nocturna, pesaba menos de 4 kilos. Según la teoría, era capaz de parar una bala de 9 milímetros; pero en el pasado, estos cascos habían detenido balas de los AK-47. Encendí la luz conectada al sistema corredero que recorre la parte baja del casco. Era una luz de casco Charge, de la marca Princeton Tec, nueva. La había estrenado en el último despliegue.

Me puse el casco en la cabeza y bajé las gafas de visión nocturna. A diferencia de algunas de las unidades convencionales, nuestras gafas tenían cuatro tubos en lugar de los dos habituales. Esto nos daba un campo de visión de 120 grados, en lugar de solo 40. En las gafas típicas, es como si estuvieras mirando a través del tubo de un rollo de papel de váter. Nuestro modelo —que costaba 65.000 dólares— nos permitía despejar las esquinas con más facilidad y nos daba una conciencia más clara de la situación. Conecté las gafas y la habitación apareció bañada en un tono verde. Con unos pocos ajustes, pude ver los muebles con todo lujo de detalles.

Por último, tomé el fusil. Lo apoyé en el hombro y conecté la mira EO-Tech. Detrás había montado un visor de triple aumento que de día me permitía disparar con mayor precisión. Apunté a la pared inmediata a la litera y comprobé el funcionamiento del láser rojo, que era visible a simple vista; y luego me bajé las gafas de visión nocturna y puse a prueba el láser infrarrojo.

Abrí el compartimento e introduje una bala en la recámara. Verifiqué la presión, abriendo de nuevo el compartimento e inspeccionando la recámara, para asegurarme de que la bala quedaba bien asentada. Comprobé por dos veces que estuviera en modo de seguridad y dejé descansar de nuevo el fusil contra la pared.

Con los pertrechos verificados y preparados, saqué un librito plastificado —la «chuleta» de la misión— que guardaba en un pequeño bolsillo del chaleco y repasé su contenido.

En la primera página había una miniguía cuadriculada de referencia. Era una imagen aérea del complejo, en la que se habían etiquetado todas las zonas principales y numerado todos los edificios. Todos trabajábamos con la misma guía cuadriculada de referencia, desde los pilotos a la fuerza de reacción rápida y la gente del centro de operaciones.

En la página siguiente había una lista de frecuencias de radio. La última sección tenía una lista de los nombres y fotos de todas las personas a las que se

esperaba encontrar en el objetivo. Estudié las fotos de los hermanos Al-Kuwaiti y dediqué un tiempo especial a Ahmed al-Kuwaiti, pues creíamos que vivía en C1. Cada página contenía no solo fotografías, sino también datos vitales como la altura, el peso y cualquier alias conocido. En la página final había una fotografía de Bin Laden y varias reconstrucciones del aspecto que podrían tener en ese momento tanto él como su hijo.

Vestido con el uniforme de camuflaje y con todo el equipo preparado para la acción, cogí mis botas Salomon Quest y me las calcé. Eran algo más aparatosas que las zapatillas de *cross*, de caña baja; que llevaban muy a menudo mis compañeros. Yo tenía especial confianza en esas botas porque me protegían los tobillos, que son débiles y tiendo a torcerme con gran frecuencia. Con esas botas había ascendido las montañas de la provincia de Kunar y había patrullado por los desiertos de Iraq. Todos mis pertrechos eran de eficacia probada y se habían sometido a examen en misiones previas. Sabía que todo aquello funcionaba.

Finalmente, mientras me estaba atando las botas, me impactó la idea: esta podría ser la última vez que hiciera algo así. Estábamos a punto de hacer algo importante. Habíamos luchado mucho para mantenernos alejados de la trascendencia histórica de aquel momento. La tarea era asaltar una casa y capturar o matar a un objetivo. No me importaba quién se suponía que era... Pero mientras me anudaba las botas, me vino a la mente que, en esta ocasión, quizá sí que importaba de verdad. No había forma de escapar a la trascendencia del momento, y quería asegurarme de que los nudos de las botas no se me desharían.

Durante la última hora seguí repasando las tareas, incluso las menores. Todo tenía que estar en perfectas condiciones. Anudé los cordones de las botas con un doble nudo que remetí en lo alto del zapato. En medio de la habitación, levanté por encima de la cabeza el chaleco, con sus cerca de 30 kilos, y lo dejé descansar sobre mis hombros. Até las correas con fuerza, de modo que vine a quedar sellado entre dos placas antibalas. Dediqué unos segundos a comprobar que llegaba bien a todos los rincones. Si levantaba la mano por encima de mi cabeza, podía agarrar bien las asas del cortapernos. También toqué la carga explosiva, por encima de mi hombro izquierdo.

Conecté las antenas a las radios y me puse el «teléfono óseo», que se coloca sobre las mejillas. Es un aparato que, por medio de la tecnología de conducción del sonido a través de los huesos, me permite escuchar todo el tráfico de radio al mismo tiempo que el sonido ambiental. Si lo necesito, también puedo conectar un auricular que elimina el sonido ambiente y permite que los mensajes de radio entren directamente por el canal auditivo.

Por el oído derecho, me llegaba la red del pelotón. A través de esa red, oía las comunicaciones de todos mis compañeros, unos con otros. Por el oído izquierdo, llegaba la red del comando, que me permitía comunicarme con los líderes de los otros equipos y con el «garito de los jefes».

En tanto que jefe de equipo, necesitaba contar con las dos redes; pero en realidad, en la red del comando, para este objetivo en concreto, iba a haber poco tráfico. Solo los oficiales hablarían a través de las radios satelitales y la mayoría del tráfico de radio sobre el objetivo se realizaría a través de la red del pelotón.

Ya había terminado con todas mis comprobaciones. Había completado los pasos para prepararlo todo para la misión. Eché un último vistazo a la habitación, para asegurarme de que no olvidaba nada, y me dirigí afuera.

El sol se estaba poniendo. A mi alrededor oía cómo los demás también se estaban preparando. Se hablaba poco, pero se sentía el movimiento de los chicos comprobando sus equipos o empaquetando las mochilas. La puerta del edificio resonaba repetidamente al chocar contra el marco, a medida que iban entrando y saliendo.

Se nos había convocado a presentarnos todos en la plaza de la fogata al cabo de unos pocos minutos. Mientras se acercaba ese momento, oí cómo a través de algunos altavoces tronaba una banda de rock metálico. Me reuní con mi equipo, buscamos un sitio libre y esperamos a que se presentara McRaven, quien había solicitado poder hablar con nosotros un rato, antes de la misión.

—¿Estás listo? —le pregunté a Will.

Él asintió.

Miré alrededor y pude ver que Walt, Charlie y los otros estaban esperando con sus propios equipos. Tan solo unas horas antes habíamos estado matando el tiempo y bromeando sobre cuáles de nosotros saldríamos en la futura película. Ahora, todo el mundo estaba serio.

McRaven se presentó con poca fanfarria. Se acercó a donde estábamos y todos nos situamos a su alrededor.

Su discurso se concentró en la estrategia, la materia sobre la que le resultaba más cómodo hablar. Nada de lo que dijo me impresionó de verdad, puesto que mi pensamiento estaba concentrado en lo que estaba a punto de suceder. Al irse McRaven, nos dieron la orden de marchar.

—Todos los que vais en los Black Hawk, coged los autobuses 1 y 2 —oí gritar a uno de los chicos del personal de apoyo—. Los autobuses 3 y 4 son para los [CH-]47.

Los autobuses estaban en fila y con los motores ya encendidos. Subí a bordo y me apretujé en un asiento de la zona intermedia. Como pudo, Will se sentó al lado de mí. Los autobuses eran viejos y polvorientos. Sus asientos de vinilo estaban gastados por años de transportar a asaltantes con todo el equipo hasta la zona de vuelo.

El autobús ya no parecía capaz de rodar, sino solo de hacer un paseíto. Los amortiguadores estaban tan castigados por los años de exceso de peso,

que sentíamos en las piernas y la espalda los golpes de cada uno de los baches. El trayecto requería tan solo unos pocos minutos, pero se hacía mucho más largo.

Un rato después, pude ver unos focos gigantescos, dirigidos hacia el exterior, cerca del hangar donde sabía que nos aguardaban los Black Hawk. Hacían pensar en una estrella que hubiera explotado y resultaba imposible ver nada de lo que había en el interior del globo de luz. Un generador provocaba un ruido de fondo mientras salíamos del autobús y echábamos a andar por detrás de una valla que rodeaba el hangar.

En el interior, las tripulaciones de los helicópteros estaban realizando las últimas comprobaciones. El ruido de los rotores imposibilitaba toda conversación. Yo quise echar un último vistazo al otro lado de la valla. Cuando los helicópteros estuvieron listos, vi que algunos miembros del personal de tierra abrían la puerta para que las aeronaves rodaran al exterior.

Saludé con la cabeza a unos cuantos hombres del *Tiza Dos*, al mismo tiempo que les enseñaba el dedo índice con una sonrisa. Nos separamos en silencio. Todo lo que pudiéramos hablar se perdía entre el estruendo de los rotores, pero los gestos decían una única cosa:

Nos vemos en tierra.

No había nada más que decir.

Luego formamos a uno y otro lado de los helicópteros. Consulté mi reloj: nos quedaban diez minutos. Busqué un sitio libre en la pista, donde estirarme. Apoyé la cabeza sobre el casco y miré las estrellas. Durante unos segundos, me relajé, sin más. Al final, el jefe de la tripulación nos indicó que había llegado el momento de cargar.

Yo fui uno de los últimos en subir a bordo, porque sería el primero en deslizarme cabo abajo. Después de que todos los demás terminaran de cargar, quedaba solo un pequeño lugar junto a la puerta, al lado de Walt y del francotirador que nos cubriría mientras nos deslizábamos de la aeronave al complejo. Apretujé el culo en el interior, con muchas dificultades, porque estaba todo lleno. Acto seguido comprobé el seguro del arma. Cuando estás apiñado dentro de un helicóptero, sin apenas espacio para moverte, lo último que necesitas es que el seguro te falle de forma inadvertida.

El casco, sin embargo, lo dejé sobre mi propia falda, para evitar que nada dañara las gafas de visión nocturna. Estaban levantadas y, en esa posición, parecía que el casco tuviera cuernos.

Una vez que la puerta se cerró, el helicóptero alzó el vuelo y se mantuvo en suspenso durante unos pocos segundos, antes de bajar de nuevo. Luego, exactamente a la hora prevista, el helicóptero abandonó la pista. Pude sentir cómo el morro bajaba cuando cogimos mayor velocidad. Tras salir de la zona del aeródromo, el Black Hawk se ladeó hacia la derecha y se dirigió hacia la frontera.

La cabina estaba oscura y llena a rebosar. Cada vez que Walt se movía, me clavaba las rodillas en la espalda. La radio de mi oreja estaba en silencio. Podía ver cierto brillo pálido de los controles de la cabina, pero por fuera de la ventana no se veía nada. Estaba oscuro como boca de lobo.

Hacia los quince minutos de vuelo, el crujido de un primer mensaje me llegó a través de la red del pelotón.

—Cruzamos la frontera.

«Supongo que es lo que estamos haciendo ahora mismo», pensé.

No tardé en inclinar la cabeza, adormilado. A medida que nos acercábamos a Abbottabad, la red del pelotón me iba transmitiendo las palabras *pro* referidas a los distintos puntos de control. Pero en todas las ocasiones, caí de nuevo en un sueño ligero.

—Diez minutos.

Este aviso sí me despertó del sueño. Me froté los ojos y agité los dedos de los pies para reactivar la circulación. Debí haber dormido más de lo que pensaba, porque el aviso de que solo faltaban diez minutos parecía haber llegado muy rápido. Creo que la mayoría de los hombres del helicóptero habían aprovechado aquel viaje para recuperar algo de sueño, lo que sin duda necesitábamos.

—Seis minutos.

Toda la excitación especial había desaparecido y volvía a tratarse, para nosotros, de una noche de trabajo más. Me puse el casco y cerré la correa de sujeción. Bajé las gafas sobre los ojos y me aseguré de que estaban bien enfocadas. Apreté el fusil contra mi pecho, con firmeza, para que no se moviera cuando me deslizara a tierra, y comprobé el seguro una vez más. En la cabina todo seguía oscuro, pero a mí no me cabía duda de que todos los demás estaban haciendo la misma clase de verificaciones.

—Un minuto.

El capitán del helicóptero abrió la puerta corredera. Yo moví la barra del sistema de extracción e inserción por deslizamiento rápido (o barra FRIES) hasta situarla en su lugar. El cabo que empleábamos para bajar iba sujeto a esta barra que, al sobresalir, permitía que cayera limpiamente hasta el suelo. Se sujetaba en su lugar anclándola por la base; yo recorrí la barra con la mano y me aseguré de que estuviera bien anclada. El jefe de la tripulación también lo verificó. Luego di un tirón bien fuerte del cabo, para comprobar a su vez que estuviera bien asegurado, y por fin saqué las piernas fuera del helicóptero, dejándolas colgar en la brisa.

Agarré el cabo e intenté asomarse al exterior lo suficientemente lejos como para poder ver por delante del helicóptero. Varias de las casas que sobrevolábamos disponían de piscinas iluminadas y jardines cuidados protegidos por un

perímetro de paredes altas. Yo me había acostumbrado a ver montañas o bien aldeas que constaban de meros grupos de cabañas de adobe. Desde lo alto, Abbottabad recordaba a sobrevolar una zona del extrarradio urbano de Estados Unidos.

Me asomé por la puerta y, finalmente, logré atisbar el complejo. El vuelo desde Yalalabad había durado cerca de noventa minutos y llegaríamos bastante pasada la medianoche. La noche era cerrada y ninguna de las casas de los alrededores tenía las luces encendidas. Parecía que toda la manzana estuviera sin luz eléctrica. En la zona, los cortes de electricidad eran habituales.

El ruido del motor cambió cuando el helicóptero empezó a sostenerse sin desplazarse de sitio. Una vez llegáramos al punto elegido para deslizarnos a tierra, yo podría lanzar el cabo. Pero la maniobra no iba fina y era evidente que los pilotos estaban teniendo problemas a la hora de sostener la posición. Era como si estuvieran luchando por forzar al helicóptero a cooperar. Desplacé la mirada del suelo al capitán de la aeronave, esperando a que el helicóptero adquiriera la posición deseada, de forma que yo pudiera lanzar el cabo.

En mi cabeza solo había un pensamiento, repetido sin descanso: «¡VAMOS, VAMOS, VAMOS!».

Los pilotos no habían tenido ninguna dificultad en sostener la posición durante los ensayos. Algo estaba saliendo mal. Todos teníamos unas ganas locas de salir del helicóptero y alcanzar el suelo.

—Damos la vuelta —oí decir por la red del pelotón.

«¡Mierda! —pensé yo—. Ni siquiera hemos llegado al suelo y ya nos toca pasar al plan B.»

De pronto, el helicóptero dio un golpe hacia la derecha, desplazándose noventa grados, y yo sentí que mi estómago caía como si estuviéramos bajando por una montaña rusa. Por encima de mí, los rotores chillaban mientras el Black Hawk se esforzaba por agarrarse de nuevo al aire. Segundo por segundo, el helicóptero iba acercándose peligrosamente a la tierra. Desde mi lado de la aeronave, el complejo parecía correr hacia nosotros a través de la puerta abierta.

Me esforcé por encontrar dónde asirme y deslizarme de nuevo dentro de la cabina. Había poco espacio por detrás de mí, porque todos mis compañeros se habían echado hacia delante, preparados para bajar por el cabo. Entonces noté que la mano de Walt me agarraba por el chaleco y me arrastraba hacia dentro de la cabina. Disparó la otra mano hacia fuera y con ella agarró al francotirador que tenía a mi lado. Yo me eché hacia atrás con toda mi fuerza. Mis piernas pateaban en el aire mientras intentaba meterlas de nuevo en el helicóptero. Sabía que si las piernas estaban expuestas cuando topáramos contra el suelo, resultarían arrolladas o arrancadas.

Cuanto más nos acercábamos al suelo, más me enfurecía yo. Todos y cada

uno de los miembros del equipo de asalto habían sacrificado demasiado a lo largo de sus carreras individuales como para llegar aquí. Todos nos habíamos sentido extraordinariamente afortunados por el hecho de que nos hubieran elegido para esta misión, y ahora estábamos a punto de morir sin siquiera tener una oportunidad de interpretar nuestro papel.

«Joder, joder, joder —pensé—. Esto nos va a doler.»

13

La infiltración

Tenía el cuerpo tenso y sentía un intenso dolor en los abdominales mientras me esforzaba por doblar las piernas contra el pecho.

Todo lo que podía ver era el suelo, cada vez más cerca. Los helicópteros no son como los aviones, que pueden planear hasta hacer un aterrizaje de emergencia. Cuando un helicóptero deja de funcionar, cae del cielo como una piedra. Cuando impacta contra el suelo, las palas de la hélice se rompen y envían metralla y escombros en todas direcciones. Allí sentado, en la puerta abierta, temía que la cabina rodara y me aplastara con todo su peso.

Yo sentía que Walt estiraba de mi equipo hacia el interior de la cabina. Pero por mucho que intentara encoger las piernas, seguían quedando fuera. El francotirador que iba a mi lado también estaba atrapado, con una pierna dentro de la cabina y la otra en el exterior.

Es difícil describir el sentimiento de ir montado en un helicóptero que se va a a estrellar. En aquel momento no comprendía del todo lo que estaba pasando. Era como si imaginara que, de algún modo, podía quedarme en la puerta como si fuera un personaje de los dibujos animados Looney Tunes; aquella situación, en fin, en la que la casa cae por un precipicio, pero el personaje puede escapar simplemente abriendo la puerta principal. Durante una fracción de segundo, imaginé que, cuando el helicóptero impactara contra el suelo y empezara a rodar, yo saltaría al suelo sin un rasguño.

El muro que protegía la intimidad del complejo pasó a toda celeridad a nuestro lado, en el descenso que acabaría por estrellarnos.

Cuando el helicóptero viró noventa grados, el rotor de cola estuvo a punto de chocar contra la pared exterior de la cara sur del complejo. Yo notaba cómo el miedo se apoderaba de mi pecho a medida que el suelo se aproximaba rápidamente hacia mí. Yo no controlaba nada, y creo que eso era lo que más me asustaba. Siempre había imaginado que moriría, probablemente, en un tiroteo;

nunca en un accidente de helicóptero. Estábamos acostumbrados a valorar las opciones favorables. Conocíamos los peligros. Hacíamos el cálculo propio del campo de batalla y confiábamos en nuestra pericia. Pero aferrrados a un helicóptero... no había nada que pudiéramos hacer.

Unos segundos antes del impacto, sentí cómo el morro del helicóptero caía. Contuve la respiración y aguardé al choque. El helicóptero vibró cuando el morro se hundió en el suelo blando como lo haría un dardo en la hierba. Un minuto antes, el suelo parecía que se moviera hacia mí. Al minuto siguiente, nos habíamos parado en seco. Todo ocurrió tan rápido que ni siquiera sentí el impacto.

Las palas no se rompieron. Sin embargo, los rotores destrozaron el patio fangoso, lanzaron por los aires tierra y escombros y crearon un remolino a nuestro alrededor.

Exhalé el aire y parpadeé para expulsar el polvo. Con los ojos entrecerrados ante el asalto de tierra y rocas, me di cuenta de que en realidad aún estábamos unos dos metros por encima del suelo, con el helicóptero muy inclinado.

—¡Fuera, joder! —chilló Walt, y me dio un empujón.

Me dejé caer de la cabina y aterricé en el patio con las piernas encogidas. A pesar de que llevaba un equipo que pesaba casi treinta kilos, no sentí el peso o la sacudida de la caída. Sin mirar atrás, salí corriendo como un velocista olímpico, lejos del aparato. Cuando ya estaba a unos treinta metros de distancia, deslicé los pies hasta pararme, me giré y observé el accidente por primera vez.

Cuando el helicóptero chocó, el larguero de cola quedó enganchado en el muro de protección exterior, de tres metros y medio de altura. La única sección con carga de la cola hizo que el Black Hawk se levantara y los rotores no impactaran en el suelo. Si cualquier otra parte del helicóptero hubiera tocado el muro exterior, o si hubiéramos volcado y el rotor hubiera chocado contra el suelo primero, ninguno de nosotros habría salido ileso. Teddy y su copiloto, de alguna manera, habían logrado un imposible.

Vi a mis compañeros saltar de la cabina y correr por un agujero que había quedado bajo el helicóptero, apoyado en ángulo contra el muro.

Como mis compañeros, a lo largo de la carrera había aprendido a afrontar las situaciones de estrés, y ahora me correspondía sobreponerme al accidente. Dos minutos antes, me fastidiaba la idea de que tuviéramos que aterrizar fuera del complejo; pero ahora estábamos vivos y en el interior del recinto. Así que, aunque habíamos estado al borde del desastre, la misión seguía en marcha.

Los demás miembros del equipo ya se dirigían a la puerta que nos permitía acceder de nuevo al complejo principal. Más me valía empezar a mover el culo, porque si Charlie o Walt me veían allí quieto, mientras ellos ya buscaban situarse en sus posiciones, yo no me libraría nunca más de su cachondeo.

Habíamos planeado que la misión se completara en media hora, basándonos en el consumo de combustible del helicóptero y en un posible tiempo de

respuesta por parte pakistaní. Habíamos incluido diez minutos de tiempo adicional, por si acaso. Mientras corría de vuelta al helicóptero, supuse que ahora necesitaríamos ese tiempo añadido.

Por la forma en la que el helicóptero estaba colgado del muro exterior, no tenía modo de esquivar los rotores por delante. Estaba oscuro, e incluso con mis gafas de visión nocturna, era imposible estar seguro de a qué altura giraban las palas. Así, la única forma de llegar al complejo era pasando por debajo del aparato accidentado.

—Voy con los explosivos —oí decir a Charlie por la red del pelotón. Le podía ver: estaba en la puerta del complejo principal, colocando la carga.

Bajé la cabeza y fui hacia el aparato. Al acercarme, intenté abrazar la pared mientras corría por debajo del larguero de cola. Los motores lanzaban gases calientes hacia abajo. Aquello se parecía a caminar por el interior de un secador.

Al salir al otro lado, pude ver cómo Charlie preparaba una carga ante la puerta de hierro, que estaba cerrada. Lo rodeaban varios hombres con las armas listas, formando un perímetro de seguridad.

Yo me dirigí hacia una sala de oración próxima a la puerta, para asegurarme de que estuviera despejada. La sala tenía una gran zona abierta con gruesas alfombras sobre el suelo y cojines dispuestos a lo largo de todas las paredes. Sabíamos, gracias a los analistas de inteligencia, que lo más probable era que aquella sala se utilizase para recibir a invitados; pero aquello parecía ser poco habitual. Una vez despejada, abrí una barra de luz química infrarroja y la arrojé junto a la puerta, para alertar a los demás de que el espacio estaba controlado.

Cuando salí, Charlie estaba comprobando el retroceso, para asegurarse de que nadie resultara herido por la metralla que despidiera la carga explosiva. Hubo un destello rápido cuando Charlie encendió el detonador; luego se apartó ágilmente del lugar, igual que había hecho antes en miles de ocasiones.

Todos agachamos la cabeza para protegernos los ojos. Nadie se dejó llevar por el pánico o los nervios. Estábamos en el blanco y, por fin, el trabajo dependía de nosotros.

La explosión generó una onda sonora que abrió un agujero en la puerta. Charlie fue el primero en pasar, tras patear y apartar el metal reventado para facilitar el acceso. Los chicos también pasaron al otro lado y se distribuyeron por los objetivos que les habían encomendado. A pesar de las dificultades iniciales, retomábamos el plan original.

Tras despejar la puerta metálica, vi brevemente el segundo Black Hawk, que llevaba al *Tiza Dos*. Por la forma en que el helicóptero se sostenía en el aire, entendí que *Tiza Dos* ya había permitido tomar tierra al equipo de seguridad del perímetro, fuera de los muros del complejo. Por las varias docenas de veces que habíamos ensayado el asalto, me había acostumbrado a que el

torbellino de las hélices me azotara la cara cuando el helicóptero quedaba suspendido sobre el edificio para que los equipos bajaran por la cuerda hasta la azotea.

Pero en lugar de permanecer en vuelo estacionario sobre la casa, el helicóptero desapareció con prontitud al otro lado del muro exterior. Seguramente, los pilotos habían visto nuestro accidente y habían preferido que el equipo tomara tierra fuera de los muros.

—No asumáis riesgos de más con la posición de los helicópteros, simplemente, dejad a los chicos en tierra —había insistido el almirante McRaven durante una de las últimas reuniones. No importa dónde; lo que de verdad importa es que lleguen al suelo sanos y salvos, y ellos ya encontrarán la manera de cumplir con el resto.

Supongo que *Tiza Dos* no había querido jugar con el descenso por cuerda hasta el edificio principal después de ver qué le había pasado a nuestro helicóptero. Era la decisión adecuada.

Pronto empecé a oír por la red los primeros avisos de radio. De acuerdo con los planes de emergencia, sabía que si *Tiza Dos* no descendía en la azotea, se dirigiría hacia una puerta de la cara norte del complejo.

Nosotros nos dirigimos hacia C1. Mientras nos acercábamos a la puerta principal de la casa de invitados, Will iba a mi lado. El único sonido que revelaba nuestra presencia allí era el que hacían nuestras botas sobre la grava.

Sabíamos que uno de los correos en los que Bin Laden más confiaba, Ahmed al-Kuwaiti, vivía en esa casa junto con su familia. Esperábamos encontrar, al menos, a una mujer y varios niños. Como los niños vivían allí mismo, confiábamos en que no habría trampas explosivas.

Justo como habíamos visto en la maqueta y las fotografías, había una serie de puertas metálicas dobles, con ventanas en lo alto. Otra ventana, en el costado derecho de la puerta, tenía barrotes que cubrían el vidrio. No vi ninguna luz encendida en la casa. Todas las ventanas estaban tapadas con sábanas, con lo que no se veía nada del interior.

Will tomó posición a la izquierda de la puerta, mientras yo intentaba accionar el picaporte en forma de L. Tiré de él hacia abajo por dos veces, pero estaba cerrado con llave.

Mi compañero dio un paso atrás y sacó la almádena que llevaba en la espalda del chaleco. Desplegó el asa extensible y yo le cubrí desde la derecha.

Will cogió impulso y lanzó un buen mazazo contra la cerradura. La almádena impactó en el picaporte, pero solo consiguió machacar el pomo y hacer una hendidura. Golpeó dos veces más, pero sin efecto. Las puertas eran de metal sólido y sabíamos que con la almádena no sería suficiente.

Volviéndose hacia las ventanas, Will intentó romper el cristal, de forma que pudiéramos retirar el panel y mirar el interior. Introdujo el extremo de la almádena por entre los barrotes e intentó golpear el cristal, pero cada vez que

echaba el mazo atrás, se atrancaba. No había modo: el espacio entre los barrotes era demasiado estrecho.

—Voy con los explosivos —susurré yo, y cogí la carga de demolición que llevaba a mi espalda.

Ambos sabíamos que el tiempo era esencial y que el elemento sorpresa se había desvanecido en el momento en que el helicóptero sufrió el accidente. Will dejó a un lado la almádena y cubrió la puerta con su fusil.

Desde el otro lado del complejo, se produjo una explosión: el equipo de *Tiza Dos* estaba reventando la puerta norte. «Irrupción fallida», oímos por la radio. «Ahora vamos al Complejo Delta.» Aunque habían podido abrir la puerta con los explosivos, por detrás el camino estaba bloqueado por una pared de ladrillo. Se suponía que el equipo, en aquel momento, ya debería estar asaltando el tercer piso; pero aún no había logrado acceder al interior.

—Entendido. Nos reuniremos con vosotros allí y abriremos desde dentro —respondió Mike.

La puerta Delta estaba en el extremo septentrional del camino que separaba el punto donde se había accidentado el helicóptero del resto del complejo. Mike estaba en el extremo sur de ese camino, cerca de la casa de los invitados.

Ahora, la misión se desarrollaba con rapidez. Probablemente, habían pasado unos cinco minutos desde que tocamos tierra; y ahora, veinticuatro hombres corrían arriba y abajo por el complejo. Al menos habían explotado ya dos cargas, lo cual, unido a los helicópteros, significaba que ellos nos habían oído llegar. Suponíamos, sin lugar a dudas, que los habitantes del complejo ya estarían preparados para defenderse.

Me arrodillé a la derecha de la puerta, quité el papel protector de la cinta adhesiva de la carga y la coloqué cruzada sobre la cerradura y el picaporte abollados. Siempre me arrodillaba cuando colocaba una carga explosiva, porque en Iraq ya me habían disparado en multitud de ocasiones a través de las puertas; y a los combatientes les gustaba ametrallar el centro de la puerta, disparando a ciegas hacia el lugar donde creían que podía haber alguien de pie.

El tercer miembro de mi equipo entró en el complejo. Había sido uno de los últimos en salir del helicóptero y acababa de llegar a nuestra posición. Su labor era despejar una escalera que llevaba hasta el terrado de la casa de huéspedes. Mientras corría hacia esta escalera, que estaba alineada directamente con la puerta, varias balas de un AK-47 salieron disparadas a través del cristal situado por encima de la puerta. Fallaron por poco.

Yo rodé hacia un lado y las balas pasaron tan solo unos centímetros por encima de mi cabeza. Las primeras balas siempre producen pavor. Noté que varios pedazos de cristal me caían en el hombro.

«Esa no es una arma con silenciador», pensé.

Era fácil saber quién estaba disparando, porque nosotros teníamos las armas silenciadas. Así, que hubiera armas no silenciadas significaba fuego del

enemigo. Había alguien allí dentro que tenía un fusil de asalto y había lanzado una descarga a ciegas, como a la altura de nuestro pecho. Era un animal acorralado. No podía ir a ningún sitio y era consciente de nuestra llegada.

Will, que cubría la puerta desde el lado izquierdo, empezó a devolver el fuego de inmediato. Cuando yo me di la vuelta y disparé, noté una quemazón abrasadora en el hombro izquierdo; probablemente, cristal o metralla. Nuestros disparos atravesaron la puerta metálica.

Rodé fuera del «conducto letal» de la entrada, me puse en pie y me dirigí hacia la ventana situada a unos pocos pies de distancia de la puerta, pared abajo.

—¡Ahmed al-Kuwaiti! —dijo Will—. ¡Ahmed al-Kuwaiti, salga!

Yo rompí la ventana con el cañón de mi arma y abrí fuego contra la posición más probable de Al-Kuwaiti.

Will seguía gritando, sin respuesta. Como no había tiempo que perder, deshice el camino hasta la carga explosiva, que seguía colgando de la puerta. La única forma de acceder al interior era volar la puerta. Al acercarme, me aseguré de permanecer lo más agachado posible.

Una vez reventáramos la puerta, yo planeaba lanzar una granada al interior, antes de entrar a despejar la planta. Ahmed al-Kuwaiti había demostrado que no pensaba caer sin combatir y yo no quería correr ningún riesgo.

Estaba a punto de adjuntar el detonador a la carga cuando oímos que alguien descorría el cerrojo de la puerta. Will también lo oyó y acto seguido, ambos empezamos a alejarnos de la puerta. No teníamos ni idea de quién iba a salir o qué debíamos esperar. ¿Iban a abrir la puerta lo justo para lanzar una granada, o quizá asomar el AK-47 y lanzar una lluvia de balas?

Eché un vistazo rápido alrededor. No había protección. El patio estaba repleto de basura y herramientas de jardín. No teníamos más alternativa que continuar caminando marcha atrás e intentar mantenernos lejos de la ventana y la puerta.

La puerta se abrió con un chasquido y oí gritar a una mujer. Pero eso no significaba que estuviéramos seguros. Si la mujer pensaba salir con un chaleco suicida, estábamos muertos. Estábamos en la residencia de Bin Laden. Con la gente que le ayudaba. Habían abierto fuego contra nosotros, así que sabíamos que estaban dispuestos a morir para protegerle.

Yo apenas veía con claridad, por el sudor que me caía de la frente y el polvo que el torbellino de la hélice había lanzado a mis ojos. Solo distinguía la figura de una mujer entre el brillo verde de mis gafas de visión nocturna. Llevaba algo en los brazos. Mi dedo, lentamente, empezó a presionar el gatillo. Nuestros láseres bailaban en torno de su cabeza. Si lo que llevaba era una bomba, en una fracción de segundo terminaríamos con su vida.

La puerta se abrió algo más y pude ver que el fardo que llevaba en los brazos era un bebé. La mujer de Ahmed al-Kuwaiti, Mariam, salió apretando al bebé contra su pecho. Detrás de ella, salieron otros tres niños.

—Venid aquí —les ordenó Will en árabe.

Mientras se acercaban, yo seguía apuntándoles con el fusil.

—Está muerto —le dijo Mariam a Will, también en árabe—. Le habéis disparado. Ha muerto. Le habéis matado.

Will cacheó a la mujer.

—Oye, dice que está muerto —me dijo Will, traduciendo del árabe.

Yo estaba en cuclillas, en el lado derecho de la puerta, y la abrí de un empujón.

Vi dos pies tirados en la puerta del dormitorio. No había forma de saber si Al-Kuwaiti seguía con vida y yo no pensaba asumir ningún riesgo por ello. Will me dio una palmada en el hombro, indicándome que estaba preparado, y entramos en el salón. Me eché el fusil al hombro y disparé varias veces, para asegurarme de que había muerto.

La casa olía a aceite de calefacción. Pasé por encima del cuerpo de Al-Kuwaiti y vi una pistola y un AK-47, en el suelo, ya dentro de la habitación. Aparté las armas de una patada y continué despejando la sala, que tenía una cama en el centro y luego camas más pequeñas junto a las paredes, para los niños. Toda la familia dormía en la misma habitación.

Al otro lado de la sala había una zona de cocina. El fuego que devolvimos al ser atacados había destruido aquel espacio, destrozando la despensa y lanzando por todas partes restos de lo almacenado. Caía agua de la encimera. El horno mostraba varios agujeros y los azulejos estaban hechos trizas, con pedazos diseminados por la madera y el suelo.

El suelo estaba resbaladizo por el agua y la sangre de Al-Kuwaiti, que habían formado un charco en la sala hasta llegar a nuestras botas. Despejamos con rapidez las dos habitaciones y nos dirigimos hacia el exterior.

—Disparos en C1, el edificio es seguro, ahora —dije a través de la red del pelotón. Lancé una barra de luz química a la puerta de acceso a la casa de los invitados y nos fuimos hacia el edificio principal, para ayudar a los demás equipos.

14

Jalid

No habían pasado siquiera diez minutos desde que nos estrellamos. Will y yo cruzamos a la carrera la puerta abierta entre la casa de invitados y el complejo principal.

Nos dirigíamos hacia la puerta norte del A1.

—Explosivo dispuesto, puerta norte, A1 —comunicó Charlie por la radio del pelotón.

Su carga estaba a punto y él esperaba la orden de volar aquella puerta. Lo único que necesitaban ahora Charlie y Walt era la indicación por radio de Tom.

Jen y sus analistas acertaron de pleno. Sospechaban que la casa estaba dividida y distribuida en parte como un dúplex. La familia de Bin Laden vivía en las plantas segunda y tercera, con su entrada particular. El Paseante siempre salía por la puerta norte, a diferencia de los hermanos Al-Kuwaiti, que usaban siempre la sur.

Como no teníamos la certeza de si había un pasillo que uniera las puertas norte y sur, no quisimos arriesgarnos a colocar dos cargas explosivas al mismo tiempo. Por lo tanto, Tom y su equipo planearon despejar primero la zona sur de la casa, mientras Charlie esperaba el aviso de radio de Tom, antes de detonar la carga de demolición.

El equipo de Tom, integrado por tres hombres, estaba dentro de la casa despejando la primera planta. En el interior del edificio todo estaba oscuro, casi como boca de lobo, pero con las gafas de visión nocturna pudieron dar sin más problemas con el pasillo y las cuatro puertas del largo corredor, dos a cada lado. El equipo de Tom había dado cuatro pasos dentro de la casa cuando el guía avistó a un hombre que asomaba la cabeza de la primera habitación a la izquierda. Ya habían oído el inconfundible sonido del AK-47, proveniente de la casa de los invitados, y no querían correr riesgos. Había tiempo más que suficiente para que quienquiera que estuviese en el A1 se preparase para entablar un combate.

El cabecilla del equipo disparó un tiro. La bala alcanzó al ocupante, que desapareció en el interior de la habitación; luego se confirmó que era Abrar al-Kuwaiti. Avanzaron lentamente por el pasillo, hasta detenerse ante la puerta. Abrar al-Kuwaiti estaba herido y se retorcía en el suelo. En el momento en que volvieron a abrir fuego, su esposa Bushra se colocó delante para protegerlo. La segunda ráfaga los mató a los dos.

El equipo vio a otra mujer y a varios niños acurrucados en un rincón, llorando. Había un AK-47 en la habitación. Tom lo cogió y lo descargó mientras el resto de equipo registraba las otras habitaciones.

Al final del pasillo había una puerta cerrada, alineada directamente con la puerta norte. Como la zona sur del A1 estaba bajo control, el equipo de Tom salió rápidamente.

En un asalto normal, habríamos dejado a alguien en la habitación para vigilar a la mujer y los niños; pero no disponíamos del tiempo ni de los asaltantes suficientes. Así pues, aquella otra mujer y los niños se quedaron solos en la habitación, sin más.

—¡Eh, Charlie! ¡Mándala! —dijo Tom por la radio del pelotón.

Cuando salieron por la puerta sur, uno de los SEAL lanzó al patio el AK-47 de Abrar Al-Kuwaiti. Estaba oscuro y había pocas probabilidades de que nadie saliera a buscarlo.

A los pocos segundos de recibir el aviso de Tom por la radio, oí la detonación de la carga explosiva de Charlie. Will y yo habíamos rodeado el edificio por la cara oeste y nos pusimos detrás de los demás hombres, preparados para entrar por la puerta norte, ya abierta.

En aquel momento, los SEAL del *Tiza Dos* ya habían logrado entrar en el complejo. Después de la carga fallida, se habían dirigido a la puerta principal, donde Mike les dio paso. Ya estaban dispuestos en la puerta norte.

Charlie ya estaba dentro; fuera habíamos formado casi en fila mientras esperábamos para entrar en el objetivo. Con las gafas de visión nocturna, pude ver que múltiples láseres enfocaban las ventanas y los balcones, por precaución. Levanté mi propio láser y examiné la segunda y la tercera plantas sin captar ningún movimiento. Con las ventanas cubiertas era imposible ver nada, ni hacia dentro ni hacia fuera.

La agitación empezó a decaer Las cosas habían ido como la seda, después del accidente de hacía diez minutos. Todos queríamos continuar con el asalto, escaleras arriba, pero Charlie informó por radio de que había otro obstáculo: una puerta metálica que cerraba el paso a la segunda planta. Charlie estaba ocupado colocando su tercera carga explosiva de la noche.

Nosotros solo podíamos esperar y formar un perímetro de seguridad. Yo sabía que Charlie y los demás estaban trabajando lo más deprisa posible. Mientras estaba allí, a la espera, empecé a pensar en lo surrealista de todo aquello. Era como si, de vuelta en el Green Team, estuviera esperando turno para una acción de entrenamiento en el combate cuerpo a cuerpo.

El ruido de unos pollos cabreados me sacó de mi ensimismamiento. Nuestra ruta hacia la puerta norte nos había llevado a atravesar una zona pequeña, con una celosía y unos gallineros. Nuestros chalecos antibalas y el equipo táctico se atascaban debido a la estrechez del paso y aplastaban los gallineros.

Quedarme de pie, quieto en el mismo sitio, me estaba volviendo loco.

Justo delante de mí, oía la conversación de dos de los chicos.

—¡Mierda! ¡Nos hemos estrellado, es increíble! —dijo Walt.

—¿Estrellado? ¿De qué coño hablas?

—Sí, tío. Nuestro helicóptero se ha estrellado —respondió Walt.

Allí cerca estaba también Jay, el comandante de la misión, que había llegado en el *Tiza Dos*. Cuando oyó que Walt hablaba del accidente, se metió enseguida.

—¿Qué?

—Eso, que nos la hemos pegado —añadió Walt, señalando hacia el lugar donde caímos—. Quizá quieras echar un vistazo al patio.

Tuvo su gracia ver, aun con las gafas nocturnas puestas, cómo la expresión del rostro de Jay iba cambiando a medida que procesaba la información. Dio la vuelta y salió corriendo junto a la fila de asaltantes. Creo que, en el *Tiza Dos*, nadie sabía que habíamos caído. Hasta entonces, no lo habían transmitido por radio. Cuando los pilotos del *Tiza Dos* vieron que el *Tiza Uno* caía sobre el patio, prescindieron del peligroso descenso hasta el tejado y dejaron al grupo fuera de los muros.

En nuestro helicóptero, Teddy y su tripulación estaban desconectando los motores y destruyendo todos los mandos. Por un segundo, calibraron la posibilidad de despegar de nuevo. A simple vista, el helicóptero no presentaba grandes daños y dudaban de si, liberado de la carga, podría elevarse. Al final, se impuso la prudencia.

Tras correr hasta el lugar del accidente, Jay se conectó de inmediato a la radio por satélite y llamó a las FRA (Fuerzas de Reacción Rápida).

Las FRA despegaron rápidamente de su posición inicial —situada, con el segundo CH-47, a poca distancia del complejo, en dirección norte— y se encaminaron hasta nuestro emplazamiento. Para ahorrar tiempo, tomaron la ruta más directa, que sobrevolaba la academia militar de Pakistán. Pero al cabo de unos minutos, Jay llamó de nuevo. Aunque el aparato se había estrellado, no había heridos ni muertos. Todos los asaltantes estaban bien posicionados en A1, a punto de despejar las escaleras.

—Mantengan la posición —dijo a las FRA.

Dentro del A1, Charlie colocó su nueva carga de demolición y revisó el retroceso. Puesto que el explosivo iba a estallar en el interior de un edificio, el exceso de presión produciría mayor dinamismo y volaría ventanas y puertas. Había otros dos SEAL cerca de Charlie. Sin apenas cobertura que los protegiera de la explosión, uno de los SEAL se ocultó detrás de una puerta que conducía a otra habitación.

—¡Eh, colega! Es mejor que salgas de ahí —le dijo Charlie.

El asaltante se apartó de detrás de la puerta en el mismo momento en que Charlie activaba la carga. Desde mi posición exterior —en el gallinero— pude oír el fuerte eco del estallido. El exceso de presión lanzó por los aires la puerta tras la que se había ocultado el SEAL, arrancándola de los goznes y estampándola contra la pared de enfrente. El SEAL se quedó boquiabierto. Hacía unos segundos, él estaba en medio del paso y, de no haberse apartado, habría sufrido heridas de gravedad.

—Gracias —le dijo a Charlie, mientras los dos juntos empujaban para abrir la puerta destrozada.

Una vez franqueado el acceso, empezamos a despejar las escaleras. Yo tardé solo unos segundos en llegar a la puerta. Me escabullí por la segunda puerta metálica y empecé a subir las escaleras. En su mayoría, los otros chicos ya iban por delante.

Los escalones, alicatados, estaban dispuestos en ángulos de noventa grados, lo que formaba una especie de escalera de caracol separada por pequeños descansillos. No teníamos ni idea de lo que podríamos encontrar. Para entonces, Bin Laden, o quien fuera el que se ocultaba allí dentro, había tenido tiempo de tomar un arma y preparar una defensa. Puesto que la única forma de subir era por la escalera de caracol, nos podía cerrar el paso con suma facilidad.

Era oscuro y hacíamos cuanto podíamos por evitar el ruido. Pensábamos cada paso antes de darlo.

Sin hablar.

Sin gritar.

Sin correr.

En los viejos tiempos, habríamos irrumpido en el castillo lanzando granadas aturdidoras mientras despejábamos el objetivo. Ahora permanecíamos lo más silenciosos posible. Contábamos con la ventaja de la visión nocturna, pero no nos valdría de nada si entrábamos en una habitación a toda mecha. Había que controlar los impulsos. No había razón para correr hacia la muerte.

Cuando llegué al descansillo del segundo piso, casi todos los asaltantes se habían desplegado en abanico. La segunda planta se abría a un largo pasillo que llevaba a una terraza; esta a su vez recorría toda la cara sur del edificio. En el piso había cuatro puertas, dos a la derecha, cerca del rellano, y otras dos más lejos, al lado de la terraza. Podía ver a mis colegas avanzando sigilosamente por el pasillo y amontonándose ante las puertas antes de entrar a despejarlas sin hacer ruido.

Vi a otro asaltante en la misma escalera, tres o cuatro pasos más arriba. Se ocupaba de asegurar el rellano entre los pisos segundo y tercero. Había un cuerpo allí, en el descansillo, y sobre el suelo de mármol fluía sangre.

Antes, mientras controlaba el rellano, el asaltante había visto a un hombre

que asomaba la cabeza rápidamente. Los informes de inteligencia decían que podría haber cuatro varones viviendo en el complejo. Era muy probable que Jalid, uno de los hijos de Bin Laden, viviera en la segunda planta, mientras que el propio Bin Laden ocuparía la tercera.

La cabeza que se vio asomar detrás de la esquina estaba bien afeitada, sin barba. Tenía que ser el hijo de Bin Laden.

—Jalid —susurró el asaltante—. Jalid.

En el complejo de edificios, todo el mundo había oído el ruido de los helicópteros. Se habían oído los disparos en la casa de huéspedes, e igualmente las cargas explosivas.

Pero en aquel momento todo volvía a estar en calma. Solo se podían oír pasos. Entonces fue cuando el hombre del rellano oyó que pronunciaban su nombre.

«¿Saben cómo me llamo?», imagino que debió de pensar.

Le pudo la curiosidad y sacó la cabeza para ver quién estaba diciendo su nombre. La segunda vez que se asomó por la esquina, el asaltante le disparó en la cara. Su cuerpo rodó escaleras abajo y quedó tendido en el descansillo.

Miré hacia atrás y vi que varios SEAL subían por la escalera y empezaban a amontonarse detrás de mí. El rellano del segundo piso ya estaba lleno de asaltantes y no necesitaban más ayuda.

Solo quedaba seguir subiendo.

Yo estaba de pie tras el hombre de cabeza; le di un apretón para hacerle saber que estábamos preparados.

—Listos.

15

El tercer piso

Jalid estaba tirado boca arriba y, para seguir subiendo, tuvimos que evitar su cuerpo con cuidado.

Las escaleras estaban construidas con unas baldosas deslizadizas, que aún resbalaban más por la sangre. Todos los peldaños eran inseguros. Allí cerca vi el AK-47 de Jalid, apoyado en un escalón.

«Qué bien que no estuviera en su puesto y usase esto», pensé.

Si el hombre de cabeza no lo hubiera llamado por su nombre, podría haber bloqueado el paso por el hueco de la escalera. No habría tenido más que sentarse en el rellano y disparar unas ráfagas cada vez que nosotros intentásemos subir por la escalera hacia su posición. Eso habría sido una pesadilla y seguro que habríamos tenido alguna baja.

Nuestros planes preveían un combate más intenso. Contra todo lo dicho sobre los chalecos suicidas y la voluntad de derramar sangre por Alá, solo uno de los hermanos Al-Kuwaiti había llegado a abrir fuego. Jalid, al menos, lo había pensado: cuando examinamos su AK-47, vimos que tenía una bala en la recámara. Estaba preparado para resistirse, pero al final no tuvo mucha ocasión.

A simple vista, el hueco de la escalera estaba oscuro como boca de lobo, pero con nuestras gafas de visión nocturna todo quedaba teñido de un tono verde. El asaltante encargado de la seguridad del rellano iba ahora por delante, y nosotros le seguíamos hacia arriba. Pero volvíamos a reducir la marcha y a tomarnos el tiempo necesario. El hombre de cabeza era los ojos y oídos del resto de nosotros. Él controlaba el ritmo.

Acelerar. Frenar.

Hasta el momento, todo iba bien. Sabíamos que en la casa había, al menos, cuatro hombres. El único que quedaba era Bin Laden. Pero expulsé aquellos pensamientos de mi cabeza. No importaba quién hubiera en el tercer piso.

Probablemente avanzábamos hacia un tiroteo, y, a aquella distancia, la mayoría de tiroteos duran tan solo unos pocos segundos.

No había margen de error.

«Concéntrate», me dije a mí mismo.

El hombre de cabeza estaba justo delante de mí, así que no había mucho que yo pudiera hacer. Yo estaba allí para apoyarlo. Habían pasado unos quince minutos, Bin Laden había tenido tiempo suficiente para colocarse un chaleco suicida o, sencillamente, haber cogido su arma.

Examiné con la vista el siguiente rellano. Tenía los sentidos alerta. Forzaba el oído para percibir si alguien estaba cargando un cartucho o se aproximaba. No hacíamos nada nuevo. Habíamos participado en centenares de misiones. En el fondo, estábamos despejando habitaciones como habíamos aprendido a hacer en el Green Team. Solo que el blanco y el hecho de estar en Pakistán hacían que aquella misión fuera importante.

El rellano en lo alto de las escaleras se ensanchaba hasta convertirse en un vestíbulo pequeño. Al final de la sala, había una puerta que daba al balcón. A cosa de un metro y medio del final de las escaleras, había dos puertas, una a la derecha y otra a la izquierda.

Las escaleras eran relativamente estrechas, sobre todo para un puñado de tipos con todo nuestro equipo. Costaba ver más allá del guía, de tan angostos que eran, arriba de todo, las escaleras y el rellano.

Faltaban menos de cinco peldaños para llegar a lo alto cuando oí disparos silenciados.

«Bop. Bop».

Nuestro guía había visto a un hombre que se asomaba por la puerta de la derecha del vestíbulo, a unos tres metros de donde estaba él. Desde mi situación, no podía saber si las balas habían dado en el blanco o no. El hombre desapareció en la habitación oscura.

El hombre de cabeza llegó al rellano y se movió despacio hacia la puerta. A diferencia de lo que sucede en las películas, no recorremos los últimos peldaños a saltos para precipitarnos en la habitación disparando a todo trapo. Nos tomamos nuestro tiempo.

El guía mantuvo el fusil apuntado hacia el interior de la habitación mientras nosotros avanzábamos sigilosos hacia la puerta abierta. De nuevo, sin correr. Al contrario, esperamos en el descansillo y miramos hacia dentro. Vimos a dos mujeres, de pie junto a un hombre tendido a los pies de una cama. Ambas mujeres iban vestidas con túnicas largas y llevaban el pelo enredado, como si hubieran estado durmiendo. Ambas gritaban y gemían en árabe, histéricas. La más joven levantó la vista y nos vio en la puerta.

Chilló algo en árabe y se precipitó hacia el guía. Estábamos a menos de un metro y medio. Echando el fusil a un lado, el guía agarró a las dos mujeres y las llevó a una esquina de la habitación. Si alguna de ellas hubiera llevado un chale-

co suicida, probablemente él nos habría salvado la vida, pero a costa de la suya propia. Fue una decisión desinteresada, tomada en una fracción de segundo.

Con las mujeres fuera del camino, yo entré en la habitación junto a un tercer SEAL. Vimos al hombre tendido en el suelo, a los pies de su cama. Vestía una camiseta blanca, sin mangas, pantalones anchos de color habano y una túnica del mismo color. Los disparos del guía habían penetrado por el lado izquierdo de su cabeza. La sangre y el cerebro se habían derramado por el costado del cráneo. En estado de agonía, todavía temblaba y convulsionaba. Otro asaltante y yo apuntamos con nuestros láseres hacia su pecho y disparamos varias balas. Los proyectiles impactaron en él e hicieron que su cuerpo golpeara contra el suelo, hasta que quedó inmóvil.

Hicimos un rápido examen, en busca de más amenazas, y yo vi al menos a tres niños acurrucados en la esquina más alejada, cerca de una puerta de cristal corredera, que daba al balcón. Las criaturas —no puedo decir si eran niños o niñas— se quedaron sentadas en el rincón, aturdidas, mientras yo despejaba la sala.

Con el hombre en el suelo, ahora inmóvil, y sin amenazas adicionales, despejamos dos habitaciones pequeñas al lado mismo del dormitorio. Al empujar la primera puerta, me asomé y vi una oficina pequeña, desordenada y abarrotada. Había papeles desperdigados por encima de un escritorio minúsculo. La segunda puerta resultó ser un baño y una pequeña ducha.

Ahora todo era memoria muscular. Empezamos a tachar cosas de nuestra lista mental. La principal amenaza estaba muerta, junto a la cama. Nuestro hombre de cabeza se ocupaba de las mujeres y los niños. Mi colega y yo despejamos la pequeña oficina y el baño, mientras otros SEAL limpiaban la habitación que había al otro lado del vestíbulo.

Mientras cruzaba el vestíbulo hacia la otra habitación, me crucé con Walt.

—Todo despejado por aquí —me dijo.

—Este lado también —contesté yo.

El guía sacó a la mujer y a los niños de la habitación y los llevó al balcón, para que mantuvieran la calma. Tom estaba en el tercer piso y vio que ambas habitaciones estaban despejadas.

—Tercer piso seguro —le oí decir por la radio del pelotón.

16

Gerónimo

De vuelta al dormitorio, la más joven de las mujeres estaba tumbada en la cama. Se agarraba las pantorrillas y gritaba histéricamente.

Walt estaba de pie junto al cuerpo. Aún era oscuro y costaba distinguir el rostro del hombre. La casa seguía sin electricidad. Yo levanté la mano y encendí la luz que llevaba en uno de los enganches de mi casco. Ahora el objetivo era seguro y, puesto que todas las ventanas estaban tapadas, nadie podía vernos desde el exterior; por lo tanto, el uso de la luz blanca no suponía peligro.

El rostro del hombre estaba cubierto de sangre y destrozado por, al menos, una herida de bala. Un agujero en la frente le había hundido el lado derecho del cráneo. Los lugares del pecho donde habían impactado balas estaban levantados. Yacía sobre un charco de sangre que no paraba de crecer. Cuando me agaché para mirarlo de más cerca, Tom se unió a mí.

—Creo que es nuestro chico —dijo Tom.

No iba a transmitir por radio que era Bin Laden, porque sabía que esa información se retransmitiría a Washington a la velocidad del rayo. Sabíamos que el presidente Obama estaba a la escucha, así que no queríamos cometer errores.

Repasé la lista mentalmente.

Era muy alto. Calculé que, más o menos, mediría metro noventa y tres.

Comprobado.

Era el único varón adulto de la tercera planta.

Comprobado.

Los dos correos estaban exactamente donde la CIA dijo que estarían.

Comprobado.

Cuanto más observaba aquel rostro destrozado, más me fijaba en la nariz. No estaba dañada y me resultaba familiar. Saqué el librito que llevaba en el equipo y estudié los fotomontajes. Aquella nariz larga y delgada encajaba. La barba era muy oscura, sin rastro de las canas que esperaba ver.

—Walt y yo nos ocuparemos de esto —le dije a Tom.

—Entendido —dijo Tom.

Saqué la cámara y los guantes de goma, y empecé a tomar fotografías mientras Walt preparaba varios juegos de muestras de ADN.

Will, como sabía hablar árabe, estaba en la habitación curando la herida de la pierna de la mujer que lloraba sobre el lecho. Luego supimos que se trataba de Amal al-Fatah, la quinta esposa de Bin Laden. No estoy seguro de cuándo resultó herida, pero era una lesión muy pequeña. Podría ser consecuencia de un fragmento de bala o de un rebote.

—¡Eh! Hay mucho material que recopilar en la segunda planta —oí que alguien decía por la radio del pelotón—. Vamos a necesitar más gente aquí abajo.

Cuando Tom salió de la habitación, le oí transmitir por la radio del comando:

—Posible, repito, POSIBLE *touchdown* anotado en el tercer piso.

Tiró de la manguera de su CamelBak y roció el rostro del hombre con un chorro de agua.

Aprovechando una manta de la cama, yo empecé a limpiarle la sangre de la cara. A cada paso, los rasgos faciales se volvían más familiares. Parecía más joven de lo que yo esperaba. La barba era oscura, como si estuviera teñida. Yo seguía pensando en lo poco que se parecía a la imagen que me había formado de él.

Me resultaba extraño ver tan de cerca un rostro tan infame. Tendido ante mí tenía el motivo por el que habíamos estado luchando durante la última década. Era surrealista tratar de limpiar de sangre el rostro del hombre más buscado del mundo para poder hacerle una fotografía. Tenía que concentrarme en la misión. Ahora mismo, necesitábamos unas cuantas fotos de calidad. Aquella imagen podía acabar viéndose en medio mundo y yo no quería hacerlo mal.

Eché la manta a un lado, saqué la cámara con la que había tomado centenares de fotografías en los últimos años y empecé a disparar. En lo relativo a esta clase de imágenes, todos habíamos llegado a ser buenos fotógrafos. Llevábamos años como actores del *CSI Afganistán*.

Las primeras tomas fueron del cuerpo entero. Luego me arrodillé, cerca de la cabeza, y tomé unas cuantas fotos de la cara solamente. Tiré de la barba a la derecha y luego a la izquierda, para retratarlo de perfil. Quería concentrarme en la nariz. Como la barba era tan oscura, la fotografía que realmente me quedó grabada fue la que tomé de perfil.

—Eh, tío, aguántale el ojo bueno abierto —le pedí a Walt.

Él se agachó y tiró del párpado, dejando expuesto su ojo marrón, ahora inerte. Ajusté el *zoom* y tomé una fotografía estrictamente del ojo. Mientras lo iba retratando, Will estaba con las mujeres y los niños en el balcón. Por debajo de nosotros, nuestros colegas reunían ordenadores, tarjetas de memoria, portá-

tiles y vídeos. En el exterior, Alí, el intérprete de la CIA, y el equipo de seguridad se ocupaban de los vecinos curiosos.

Oí que Mike hablaba por radio sobre el Black Hawk accidentado.

—Demolición, preparad la voladura —dijo Mike.

Por las transmisiones de radio, yo sabía que el SEAL de demolición y el técnico de explosivos iban de camino al patio.

—Eh, lo vamos a volar —dijo el SEAL.

—¡Entendido! —respondió el especialista en explosivos. Empezó a sacar cargas y a repartirlas por el suelo del edificio principal.

—¿Qué coño haces? —preguntó el SEAL al artificiero.

Todo el mundo estaba confuso.

—¿Me has dicho que lo prepare para volarlo o no?

—¡El edificio, no! —dijo el SEAL—. El helicóptero.

—¿Qué helicóptero?

El artificiero había entendido que el SEAL pedía dinamitar la casa, decisión que entraba dentro de uno de los planes de emergencia para los que habíamos estado entrenando.

La noticia del accidente del *Tiza Uno* no se había difundido aún. La gente se estaba enterando en aquel momento. En Washington, cuando vieron las imágenes de los aviones no tripulados, ni siquiera estaban seguros de que hubiéramos caído. Luego me enteré de que en el vídeo, granulado y en blanco y negro, parecía como si hubiéramos «aparcado» en el patio y dejado salir al equipo. El presidente y el estado mayor quedaron desconcertados en aquel momento, y llegaron a preguntar qué estaba pasando al Mando Conjunto de Operaciones Especiales. Un rápido mensaje a McRaven volvió con la respuesta: «Vamos a corregir la misión ... un helicóptero ha caído en el patio. Mis hombres están preparados para esta eventualidad y se ocuparán de ello».

Fuera, la tripulación del helicóptero había acabado de destruir todo el material clasificado. Teddy, el primer piloto y jefe de vuelo, fue uno de los últimos en salir. Se asomó a la puerta y miró el salto que había hasta tierra, de casi dos metros. No quería, de ningún modo, saltar a riesgo de caer herido. A puntapiés, sacó de la cabina el cabo y se deslizó por él hasta el patio, lo cual lo convirtió en el único tío que aquella noche bajó por la cuerda hasta el complejo.

El artificiero y el SEAL llegaron allí al poco tiempo y empezaron a colocar las cargas explosivas por el fuselaje. El SEAL trepó por la cola y trató de situar las cargas lo más cerca posible de los rotores. Cargado con el equipo y las gafas de visión nocturna, no era la forma más fácil de subir por la estrecha e inestable sección del larguero de cola. Cada vez que trataba de alcanzar la zona apoyada en el muro, con sus tres metros y medio de altura, temía que su propio peso la partiese.

Subió lo más arriba que pudo y colocó las cargas con una mano. Con la otra, conservaba el equilibrio mientras se balanceaba peligrosamente sobre el patio. Lo más importante era destruir el equipo de comunicaciones y la avióni-

ca. Cuando hubo terminado con las cargas de cola, puso las demás en la cabina principal.

Mientras tanto, el Black Hawk que no se había estrellado y el CH-47 que transportaba a la fuerza de reacción rápida volaban en círculos por los alrededores, esperando a que terminásemos. El combustible empezaba a representar un problema, lo que significaba que nuestro tiempo en el complejo se reducía rápidamente.

—Diez minutos —oí que Mike decía por radio.

En el tercer piso, las luces de la habitación se encendieron y derramaron su luz blanca sobre nosotros. Aparentemente, el apagón había terminado. La sincronización fue perfecta y facilitó mucho las cosas.

Mientras yo seguía con las fotografías, Walt tomó las muestras de ADN. Empapó un bastoncillo de algodón en la sangre de Bin Laden. Cogió otro y lo metió en su boca, para conseguir una muestra de saliva. Por último, sacó una jeringa de seguridad, que la CIA nos había dado para extraer una muestra de médula. Nos habían enseñado a clavarla en el muslo, para conseguir una muestra del interior del fémur. Walt la clavó varias veces en el muslo de Bin Laden, pero el resorte no funcionaba.

—Toma —le dije, pasándole la mía—. Prueba con esta.

La agarró y la introdujo en la zona más carnosa del muslo de Bin Laden, pero tampoco funcionó.

—¡Me cago en los trastos estos! —dijo Walt, al tiempo que apartaba las jeringas a un lado.

Terminé tomando una segunda serie de fotografías, con la cámara de otro SEAL. Recogimos dos muestras de ADN y dos series de fotos, para tener juegos idénticos. Walt guardó una muestra en el bolsillo de su pantalón y le dio otra a un SEAL del otro *Tiza*. Lo habíamos planeado con cuidado, de modo que, si derribaban uno de los helicópteros en el vuelo de regreso a Yalalabad, sobrevivirían una muestra de ADN y una de las series de fotografías. Queríamos pruebas para demostrar a Pakistán y al resto del mundo que habíamos cogido a Bin Laden.

Mientras tanto, en el balcón, Will intentaba conseguir la confirmación de que quien estaba en el suelo era Bin Laden.

La esposa de Bin Laden, Amal, la que recibió una herida en la pierna, seguía estando histérica y no iba a hablar. La oía gimotear en la cama, por encima de donde yo trabajaba. La otra mujer, con los ojos hinchados de tanto llorar, trataba de mantener la cara impasible mientras Will le preguntaba una y otra vez, en árabe, quién era el muerto.

—¿Cómo se llama?

—El jeque —decía la mujer.

—El jeque ¿qué más? —decía Will. Él no quería insinuar ninguna respuesta y por eso preguntaba siempre sin cerrar la formulación.

Después de que ella le indicara varios alias, él se fue con los niños, que estaban fuera, en el balcón. Estaban todos sentados, en silencio, con la espalda en la pared. Will se arrodilló y le preguntó a una de las niñas.

—¿Quién es ese hombre?

La niña no sabía mentir.

—Osama bin Laden.

Will sonrió.

—¿Estás segura de que es Osama bin Laden?

—Sí —contestó ella.

—Muy bien, gracias —dijo él.

Salió de nuevo al pasillo, agarró a una de las esposas por los brazos y la zarandeó.

—Deja de tocarme los huevos, ¿vale? —dijo Will, con más dureza que antes—. ¿Quién es el de la habitación?

Ella empezó a llorar. Más asustada que otra cosa, ya no le quedaban fuerzas.

—Osama —dijo ella.

—Osama ¿qué más? —dijo Will, reteniéndola por el brazo.

—Osama bin Laden.

Will la sacó fuera otra vez, con los niños, y entró de nuevo en la habitación.

—¡Eh! Tenemos doble confirmación —dijo Will—. Lo he confirmado con la niña y lo he confirmado con la mujer mayor. Las dos dicen lo mismo.

Cuando Will salió de la habitación, apareció Jay, acompañado por Tom. Al ver el cuerpo, Jay se acercó y se quedó mirándolo.

—Will ha confirmado con una mujer y una niña que se trata de UBL —dijo Tom.

Yo me arrodillé junto a la cabeza y tiré de la barba a izquierda y derecha, para que Jay pudiera verlo de perfil. Cogí la imagen de la «explotación delicada» y la puse al lado de su rostro, para que Jay pudiera ver al auténtico Bin Laden junto a las versiones de la CIA.

—Sí, parece que es nuestro tío —dijo Jay.

Jay salió de la habitación inmediatamente para comunicarlo. Los demás volvimos al trabajo. Una vez fuera, Jay comunicó por la radio satélite con el almirante McRaven, que aún estaba en Yalalabad. El almirante mantenía informados de nuestros progresos al presidente Obama y al resto de los presentes en la sala central de inteligencia de la Casa Blanca.

—Por Dios y por la patria, les entrego a Gerónimo —dijo Jay—. Gerónimo EMEC.

A través de la radio del pelotón, podía oír a los chicos del segundo piso. Necesitaban ayuda para reunir todo el material de inteligencia de las salas de comunicaciones. Allí, en la segunda planta, era donde Bin Laden había montado

una oficina improvisada para los ordenadores; allí grababa los vídeos con sus declaraciones.

Las salas estaban inmaculadas y organizadas. Todo tenía un lugar. Los CD, DVD y tarjetas de memoria estaban perfectamente apilados. Los SEAL se centraron en coger todos los materiales electrónicos: grabadoras, tarjetas de memoria, dispositivos USB y ordenadores. La CIA nos había informado sobre qué tipo de grabadora de voz digital creían que usaba Bin Laden, e incluso nos había mostrado una parecida durante la instrucción. En el registro que los SEAL practicaron en la segunda planta se encontró una exactamente igual a la que previó la CIA. Otra vez me maravilló aquel equipo de inteligencia. Cuando Jen dijo «al cien por cien», debería haberla creído.

Al terminar con las muestras de ADN y las fotografías, Walt y otro SEAL cogieron a Bin Laden por las piernas y lo arrastraron fuera de la habitación. Con todo el alboroto y la actividad que se desarrollaba a mi alrededor, aún recuerdo ver a los chicos bajar su cuerpo a rastras por las escaleras.

Yo me quedé en la habitación y empecé a reunir todos los materiales de inteligencia que pude encontrar. En la oficina no había nada útil. Cogí unos pocos papeles, probablemente textos religiosos, y algunas cintas de casete, y las metí en una bolsa de malla. Todos llevábamos aquel tipo de bolsas plegables, de poco peso, para este propósito. El registro rápido del pequeño baño, de azulejos verdes, no aportó nada de valor. Encontré una caja de tinte Just For Men, que sin duda Bin Laden usaba para la barba. No era de extrañar que pareciera tan joven cuando lo encontramos.

En la pared que mediaba entre el baño y la oficina, abrí un armario. Era de madera, mediría un metro ochenta de altura y tenía dos puertas. Dentro había varias mudas, incluidas las camisas de manga larga, los pantalones anchos y los chalecos típicos de la región.

Me sorprendió lo cuidado que estaba aquel armario. Comparándolo con algunas partes de su casa, que parecían estar habitadas por acaparadores de objetos, este armario habría superado una inspección del campamento de instrucción de reclutas de la Armada. Todas sus camisas estaban dobladas y bien apiladas en un rincón. La ropa colgada mostraba espacios regulares entre las piezas.

—Este armario podría ser el mío —pensé.

Cogí unas pocas camisas y un chaleco y los metí en mi bolsa. Sabía que debíamos recabar sobre todo material electrónico, pero como en aquella habitación no había gran cosa, pensé en coger esto en su lugar. Abrí los cajones del fondo y rebusqué entre sus cosas, por si hubiera algo útil. En general, aquella habitación parecía concebida como dormitorio.

Antes de salir, me di cuenta de que que había un estante sobre la puerta. Estaba justo encima de donde él se hallaba, de pie, cuando nosotros llegamos a la tercera planta. Deslicé la mano por allí encima y encontré dos armas, que

resultaron ser un AK-47 y una pistola Makarov, enfundada. Bajé las dos armas, saqué los cargadores y revisé las recámaras.

Las dos estaban vacías.

Ni siquiera había preparado la defensa. No tenía intención de luchar. Llevaba décadas pidiendo a sus seguidores que se pusieran chalecos suicidas o que estrellasen aviones contra edificios, pero él ni siquiera cogió el arma. A lo largo de todos mis despliegues, fue normal encontrarse con este fenómeno: cuanto más elevada era la posición del blanco en jerarquía, menos macho era. Los líderes estaban menos dispuestos a combatir. Son siempre los jóvenes y los influenciables quienes se forran de explosivos y se vuelan en mil pedazos.

Bin Laden supo que veníamos cuando oyó el helicóptero. Yo sentía más respeto por Ahmed al-Kuwaiti, en la casa de los huéspedes, porque al menos trató de defenderse y defender a su familia. Bin Laden había tenido más tiempo que el resto para prepararse, y aun así, no hizo nada. ¿Creía en su propio mensaje? ¿Estaba dispuesto a librar la guerra que pedía? No lo creo. De ser así, al menos habría empuñado el arma y habría defendido aquello en lo que creía. No hay honor alguno en mandar a la gente a la muerte por algo que no está dispuesto a defender por sí mismo.

Oí por radio los últimos informes del equipo que estaba en el perímetro de seguridad.

Alí y los cuatro SEAL emplearon casi todo el tiempo en mantener la seguridad a lo largo de la carretera del noreste del complejo. Una vez los dejaron allí dos asaltantes y *Cairo*, el perro de combate, hicieron un barrido del perímetro.

Después de patrullar, quedaron a la espera de que apareciesen los curiosos a investigar el alboroto. Los residentes oyeron los helicópteros, explosiones intermitentes y disparos. Algunos grupos reducidos se preguntaban qué estaba pasando y se acercaron al equipo de seguridad.

—Vuelvan adentro —dijo Alí en pastún—. Hay una operación de seguridad en marcha.

Por suerte para nosotros, los pakistaníes dieron las gracias y se fueron a sus casas. Hubo unos pocos mensajes en Twitter sobre helicópteros y ruidos.

Se nos acababa el tiempo.

Mike advertía por radio de cuánto tiempo quedaba. Llevábamos en el complejo casi treinta minutos. Cada vez que él llamaba, los de la segunda planta volvían a pedir más tiempo.

—Necesitamos diez minutos más —dijo un SEAL de la segunda planta—. Aún no vamos ni por la mitad.

Mike sólo repitió cuánto tiempo nos quedaba, sin perder los nervios. La misión era un ejercicio de equilibrio. Todos queríamos continuar allí para asegurarnos de que no faltaba nada, pero los helicópteros se estaban quedando sin combustible y no se podía conceder más tiempo.

—Postasalto, cinco minutos —dijo Mike al fin. Eso significaba dejar lo que estábamos haciendo y acudir a la zona de aterrizaje en menos de cinco minutos

Yo había acabado con la tercera planta y me dirigí hacia la puerta. Tenía la sensación de que dejaba algo sin terminar. Nos enorgullecía regresar con todos y cada uno de los materiales que pudieran resultar útiles para la inteligencia, pero aún quedaba muchísimo por hacer. Teníamos que asumir el hecho de partir sin haber registrado algunas zonas, y luego quitárnoslo de la cabeza. Todos conocíamos los riesgos de quedarnos sin combustible o permanecer demasiado rato en el objetivo, lo que daba tiempo de reaccionar a los militares o la policía local. Teníamos lo que habíamos venido a buscar: a Bin Laden. Era el momento de partir, ahora que aún podíamos.

—¡Eh! Reunid a las mujeres y a los niños y sacadlos del complejo —dijo Mike por radio.

Pude oír como Will se esforzaba por hacerlos salir. No queríamos que se acercaran al helicóptero antes de que explotase. Pero aquello era como pastorear gatos, y Will no avanzaba nada. Las mujeres seguían llorando, y los niños, o gimoteaban o permanecían sentados en estado de atontamiento. Nadie quería moverse.

Yo no tenía tiempo de ayudar. Aún tenía que llegar al complejo C. Seguí el reguero de sangre del cuerpo de Bin Laden. Había dejado un rastro resbaladizo hasta la primera planta, donde Walt lo había metido en una bolsa para cadáveres. Mientras bajaba las escaleras, pude ver dónde habían echado el cuerpo, sobre el de Jalid. La camisa blanca del hijo estaba manchada con la sangre del padre.

Me encaminé al C1. Los otros habían tomado fotos y muestras de ADN de Al-Kuwaiti. Cuando llegué allí, su esposa y sus hijos estaban acurrucados en la esquina del patio. Intenté que se levantasen y caminasen cuando me llegó por radio el aviso urgente de Mike.

—¡Eh, tíos! —nos dijo—. Dejad lo que estéis haciendo y corred a la zona de desalojamiento.

Ya venían a recogernos el Black Hawk y el CH-47, con poco combustible. Haciendo señas con los brazos, conseguí poner en pie a la familia de Al-Kuwaiti y meterla en la casa de los invitados. Yo sabía que las cargas del helicóptero estallarían cerca de donde estaban. La explosión sería grande, pero la casa de invitados se hallaba lo suficientemente lejos. Estarían a salvo si permanecían dentro.

Una vez en el interior, traté de hacerles entender que iba a producirse una gran explosión, haciendo gestos con las manos y haciendo ruido como de explosión.

—Quédense aquí —les dije, en inglés.

No tengo ni idea de si me entendieron. Volví a salir de la habitación y cerré la puerta detrás de mí.

Mientras bajaba a la carrera por un camino de acceso irregular, vi que Teddy y la tripulación del otro helicóptero estaban de pie junto a Mike. Tenían un aspecto raro, con aquellos enormes cascos de aviador y los uniformes de combate del Ejército. Parecían descolocados, fuera de su medio natural, incómodos por estar tocando tierra firme.

Miré a Mike al pasar por su lado.

—Las mujeres y los niños están en el C1 —le dije—. No ha habido forma de moverlos de allí.

Los SEAL de la segunda planta salían del edificio como las abejas de un panal. Parecíamos un campamento gitano, o Papá Noel en Nochebuena. Los chicos llevaban bolsas de malla a la espalda, tan llenas que ellos parecían balancearse como patos, más que correr. Vi a un SEAL cargado con una torre de ordenador en una mano y una bolsa de deporte de piel, llena a rebosar, en la otra. Los SEAL de la segunda planta habían recabado tanto material para la inteligencia que se les habían acabado las bolsas de malla y empezaron a coger las que encontraban por la casa. Algunos SEAL llevaban maletines de cuero de los años cincuenta, como si estuvieran de camino a la oficina, e imitaciones de bolsas de deporte Adidas, como si volviesen a casa del gimnasio.

Después de salir del edificio, giré a la derecha y corrí hacia donde se encontraban los demás, que ya empezaban a formar una fila en la zona de carga de nuestro *Tiza*. Vi que los francotiradores ya habían preparado la zona de aterrizaje. Mi *Tiza* se marcharía en el Black Hawk que quedaba, porque nosotros llevábamos el cadáver. Este helicóptero era la aeronave más pequeña y maniobrable, con lo que tenía menos posibilidades de recibir un impacto. El CH-47 recogería a todos los SEAL del *Tiza Dos*, y también a Teddy y la tripulación del Black Hawk accidentado.

A nuestro alrededor, se habían encendido las luces de las casas. Vi varias cabezas en las ventanas, observándonos. Alí les gritaba en pastún, ordenándoles que volvieran a entrar. Empezamos el recuento. Faltaba Will.

—¿Dónde está Will? —pregunté yo, mientras recorría la fila.

—Estaba con los niños y las mujeres, cuando me fui —contestó Walt, de pie junto al cuerpo, preparado para meterlo en el helicóptero.

Empecé a llamar por radio para tratar de averiguar su localización, cuando lo vi abandonar corriendo el complejo. Era el último en salir.

Ocupé mi puesto cerca de Walt, sobre la bolsa del cuerpo. Ya se veía aproximarse al Black Hawk, justo encima de la luz infrarroja instalada en la zona de campo. Cuando el helicóptero se enderezó, miré hacia abajo para proteger los ojos de la nube de polvo y partículas de los rotores. Una vez pasada la nube, recogimos el cuerpo y salimos a todo correr hacia la aeronave que nos esperaba. Era el pájaro de la libertad y no íbamos a perderlo.

Habían arado aquel campo hacía poco y, mientras recorríamos a toda prisa el centenar de metros que nos separaban del helicóptero, cargados con un cuer-

po de más de uno noventa; tropezábamos con montículos de tierra de casi medio metro de alto. Parecíamos borrachos, tambaleándonos y cayendo de camino al helicóptero.

Ninguno de nosotros llevaba con facilidad el peso muerto, pero a Walt le resultó especialmente difícil mantenerse erguido. Como no llegaba ni al metro setenta, su zancada era mucho más corta que la nuestra.

Cada pocos pasos, tropezaba y caía en uno de los surcos. A la vez que lanzaba un taco tras otro, se levantaba y volvía a la carga.

Corrimos bajo los rotores en marcha, lanzamos el cuerpo a la cubierta y trepamos al interior a toda prisa. Yo encontré un sitio a la espalda de los asientos de los pilotos. Después de aquella carrera, estábamos agotados. El pecho me subía y bajaba, necesitado de aire.

«¡Hostia puta! Acabemos con esto», pensé.

Cuando vi que no despegábamos de inmediato, me puse nervioso. En Afganistán, el helicóptero levantaba el vuelo cuando la última de nuestras botas, prácticamente, estaba aún en el suelo. Cuanto más esperásemos, más temía yo que un lanzacohetes acertara a colarnos un proyectil por la puerta.

«Va, va, va —seguía pensando yo—. ¡Venga, tío, venga! ¡Vámonos ya!»

Pero el Black Hawk esperaba. Incluso desaceleró. Los pilotos no querían despegar hasta que llegase el CH-47, porque a los helicópteros les gusta volar por parejas. A las cargas del Black Hawk accidentado les faltaban pocos segundos para explotar. El SEAL y el artificiero habían fijado el temporizador en cinco minutos. Este habría sido un tiempo más que suficiente, si hubiéramos cumplido con el horario.

Pero se nos hacía tarde. En aquel momento, pasaban ya ocho minutos de nuestro tiempo límite previsto. Contábamos con diez minutos adicionales, pero también se nos estaban agotando.

Teníamos que contar con el hecho de que el ejército y la policía pakistaníes estarían de camino, con intención de investigar lo sucedido. Nosotros éramos una fuerza militar invasora que había entrado en su territorio soberano. La cara de Tom era muy expresiva. Estaba en la radio, tratando de averiguar qué pasaba. Quería que los pilotos se dieran prisa y despegasen.

—Vámonos —dijo al fin—. ¡Tenemos que despegar ahora mismo!

Quedaba menos de un minuto para que estallaran las cargas del Black Hawk caído. El SEAL que había puesto las cargas corrió hasta Jay y lo agarró. Los dos estaban aún en la zona de aterrizaje, esperando a que llegase el CH-47. Jay estaba tan concentrado en conseguir que los helicópteros aterrizaran con seguridad, que no había oído que lo llamaban.

—Retira al 47 —le dijo el SEAL—. Saca a todos los pájaros de la zona inmediata; las cargas van a estallar en menos de treinta segundos.

Jay empezó a manejar las radios. Sabía que la explosión destruiría al CH-47 que llegaba y la metralla acabaría con el Black Hawk en espera.

Oí que los rotores cobraban vida y el Black Hawk ascendió rápidamente. Viramos hacia el noreste y cogimos velocidad. A los pocos segundos del despegue, vi un gran destello luminoso. Durante un segundo, la explosión inundó de luz la cabina, antes de desvanecerse en la oscuridad.

El CH-47 dio un rodeo por el sur y aterrizó después de la explosión. Los demás SEAL y la tripulación aérea subieron al helicóptero. Como entretanto había gastado mucho combustible, el CH-47 se había quedado sin reservas. Con el peso añadido de los otros SEAL, ya no tenían más alternativa que ir directamente a la base de Yalalabad.

Cerré los ojos y respiré hondo. La cabina estaba a oscuras. No había más luces que las del panel de control de la cabina de mando, y desde mi sitio, solo podía distinguir unos pocos indicadores del tablero, incluido el del combustible.

Justo en el momento en que creía poder relajarme, me di cuenta de que este indicador, el del combustible, parpadeaba con una luz roja. Yo no soy piloto, pero sabía lo suficiente como para entender que el parpadeo de una luz roja en un tablero de mando nunca era una buena señal.

17

La exfiltración

Seguía atento al cuadro de mandos, en el que veía parpadear la luz roja del indicador de combustible.

Recordaba, de los informes precedentes a la misión, que en teoría solo tardaríamos diez minutos en llegar al punto de repostaje aéreo avanzado. Noté que el helicóptero se inclinaba y realizaba un giro amplio, como el agua cuando se arremolina en un desagüe. Parecía que dábamos vueltas alrededor de una zona concreta. Los jefes de la tripulación se encontraban junto a las puertas, examinando la tierra desde las ventanas. Por el rabillo del ojo, pude ver que el parpadeante indicador rojo del combustible había ido menguando.

Una vez más, estábamos apelotonados en la cabina. Tom estaba sentado a mi lado. Walt había tenido que sentarse sobre el cuerpo de Bin Laden, que yacía a mis pies, en el centro de la cabina.

Al poco de despegar, se me empezaron a dormir las piernas y traté de reactivar la circulación sanguínea moviendo los dedos de los pies. Sabía que en el gran esquema de las cosas, ya habíamos acabado con nuestra parte del trabajo nocturno. Sin embargo, ninguno de nosotros podría relajarse hasta que obtuviéramos combustible y hubiéramos cruzado la frontera, sanos y salvos.

Miré de nuevo al interior de la oscura cabina y me obligué a dejar de pensar en el combustible. Todos nosotros éramos tíos del tipo A, a los que nos gustaba tener el control. Hacía treinta y ocho minutos, lo único que yo quería era arrojar un cabo a tierra desde el helicóptero, deslizarme por él y asaltar el complejo. Ahora, con aquella parte de la misión ya cumplida, volvía a verme encerrado en el interior de un helicóptero, sin nada que hacer.

¿De qué iba a servirme preocuparme por el combustible? Yo no era piloto. Por lo que yo sabía, las luces rojas y parpadeantes bien podían ser lucecitas de Navidad.

El helicóptero volvió a describir otra curva muy pronunciada antes de ladearse mucho y descender rápidamente hasta quedarse planeando. El jefe de la tripulación abrió la puerta y, por fin, pude ver la oscura silueta de un CH-47 a unos cincuenta metros.

Algunos de los SEAL del otro escuadrón estaban formando un perímetro de seguridad en la hierba, que les llegaba por la cintura. Cuando tocamos tierra, se habían vuelto de espaldas, con una rodilla apoyada en el suelo, escudriñando la línea del horizonte en busca de señales de la policía o el ejército pakistaníes. El torbellino del rotor batía la hierba a su alrededor.

Un par de repostadores del ejército, pertrechados con gafas para proteger sus ojos de las partículas, lanzaron una manga hasta el Black Hawk. Mientras los rotores seguían girando, conectaron la manga al tanque de combustible.

—Para ahorrar peso, quieren que cuatro o cinco de nosotros bajemos y regresemos en el 47 —gritó Tom, por encima del ruido del helicóptero.

Con el peso adicional del cadáver y de un tanque de combustible lleno, teníamos que aligerar la carga. Los pilotos preferían pecar de cautelosos. Vi bajar a un par de tíos, uno de ellos, Charlie.

En Abbottabad, la explosión provocada dentro del complejo había terminado por atraer la atención del ejército pakistaní. Sin nosotros saberlo, inmovilizaron a toda su aviación y empezaron a hacer el recuento. Cuando todo el mundo se hubo presentado, ordenaron el despegue inmediato de dos cazas F-16, armados con cañones de 30 milímetros y misiles aire-aire. El ejército de Pakistán siempre se había mantenido en estado de alerta máxima contra la India. En su mayoría, las defensas aéreas del país apuntan hacia la amenaza oriental. Los reactores rugieron en el cielo y se dirigieron a gran velocidad a la zona de Abbottabad.

Sentado en el helicóptero, miré el reloj. Estaba impaciente y quería volver a Yalalabad. Quería salir de allí y ayudar. Todos queríamos hacerlo, pero sabía que los repostadores tenían una tarea específica, igual que nosotros. Si trataba de ayudarles, solo conseguiría ralentizar las cosas. Y ahora mismo, el éxito de la misión dependía de que los repostadores consiguieran que el helicóptero volviera a despegar.

El solitario CH-47 que se había llevado a los chicos del *Tiza Dos* había desaparecido hacía rato, cuando los reactores pakistaníes llegaron al complejo de Bin Laden.

Observé cómo los repostadores retiraban las mangas de nuestro helicóptero y las arrastraban de vuelta hacia el CH-47. Los rotores de su helicóptero empezaron a girar mientras los repostadores recogían la manga por su rampa. El equipo de seguridad se retiró y subió a bordo.

Uno detrás del otro, ambos helicópteros se elevaron y pusieron rumbo al oeste, hacia Afganistán. Ya no había luces parpadeantes. Ahora, todo lo que teníamos que hacer era cruzar al otro lado de la frontera.

Volví a mirar el reloj. Habíamos tardado veinte minutos en repostar. En mi cabeza, imaginaba que los reactores pakistaníes se habían lanzado tras nosotros. Entonces no lo supe, pero los F-16 estuvieron sobrevolando Abbottabad en círculos, antes de ampliar su campo de búsqueda.

Mis pensamientos volvieron a nuestra información sobre las defensas aéreas pakistaníes. No había ninguna posibilidad de que desconocieran que estábamos allí. Confiaba tan solo en que llevásemos suficiente ventaja a cualquiera que fuera en persecución nuestra.

Por primera vez desde que recibiéramos el aviso de que faltaban solo diez minutos para el asalto, me quité el casco. Me pasé la mano por el pelo, sudado y apelmazado, y expulsé de mi cabeza cualquier idea sobre reactores y misiles aire-aire. Aún faltaban unos 45 minutos para llegar a Yalalabad y no quería quedarme allí sentado, angustiándome. Cuando Tom nos dio algo que hacer, lo agradecí.

—Vamos a revisar el cuerpo otra vez, para asegurarnos de que no se nos ha escapado nada.

Walt se apartó del pecho de Bin Laden y se puso unos guantes de goma. Yo abrí la cremallera y luego la bolsa, dejando el cuerpo al descubierto. Walt empezó a examinar el cuerpo, primero de frente, y luego pasó las manos por los costados y por la espalda. A continuación le revisamos los bolsillos de los pantalones. Buscábamos la basura que pudiera seguir llevando encima, como papeles con números de teléfono o cualquier otra información.

Mientras Walt lo registraba, yo me di cuenta de que los jefes de la tripulación del helicóptero trataban de echar un vistazo rápido al cuerpo, girándose por encima de sus hombros después de haber mirado hacia fuera de la puerta. Los saludamos con la mano y yo dirigí la luz roja de una linterna hacia el rostro de Bin Laden.

Se les iluminó la mirada. No dejaban de sonreír. Me di cuenta de que ambos estaban orgullosos de haber participado en la misión. Nos habíamos entrenado con ellos desde los primeros días en Carolina del Norte. Sin aquellos chicos, no había misión. Sortearon sin percances las defensas aéreas pakistaníes y ahora estábamos a unos minutos de que nos devolvieran a casa. Al notar su nerviosismo, tuve por primera vez la sensación de que todo esto iba a ser más grande de lo que habíamos imaginado.

Walt no encontró nada. Cerró la cremallera de nuevo y volvió a sentarse sobre el pecho de Bin Laden.

Yo cerré los ojos y empecé a analizar lo sucedido. Hacía poco más de una hora, creía que todos íbamos a morir en un accidente de helicóptero. Es curioso; el accidente me impresionó durante más tiempo que ser objeto del fuego enemigo a través de la puerta. Había estado en muchos tiroteos, pero era mi primer accidente. Había sucedido a cámara lenta. Tuve tiempo de pensar. Pude sentir cómo me crecía la tensión en el pecho, a la vez que pensaba en

que nos íbamos a estrellar. Pude ver cómo la tierra se nos venía encima a toda prisa.

No tenía ningún control, y eso fue lo que más me asustó.

Una parte de mí sentía que habíamos fracasado, pese al cuerpo que yacía a mis pies. No habíamos podido recabar toda la información para el servicio de inteligencia. Había cajones que no habíamos abierto. El vestíbulo de la segunda planta tenía montones de cajas sin tocar. Solíamos hacerlo mejor, pero nos habíamos quedado sin tiempo. Éramos perfeccionistas y, por más que el resto de la operación hubiera ido como la seda —una vez superado el accidente—, el material recogido había sido inferior a lo acostumbrado.

Nosotros mismos éramos siempre nuestros críticos más feroces.

El rugido de la radio en mi oreja me sacó del aturdimiento.

—Volvemos a estar en espacio aéreo afgano —dijo Tom.

Luego supe que íbamos con mucha ventaja y que los reactores nunca estuvieron cerca de darnos caza.

A los quince minutos, ya veía el brillante halo de luces de Yalalabad. Era una escena que había vivido antes en centenares de ocasiones, y esta vez no fue tan distinta. Sabía que habíamos logrado regresar y que, a los pocos minutos, estaríamos en tierra, sanos y salvos.

El helicóptero tomó tierra enfrente mismo del hangar. Habían encendido el halo luminoso protector, y una camioneta blanca, una Toyota Hilux, nos esperaba en la pista.

Al salir, pude ver que tres Ranger del ejército de Tierra se acercaban a recoger el cuerpo desde la camioneta. Les habían encargado trasladarlo de Yalalabad a Bagram.

Los soldados estaban a las órdenes de un sargento primero con quien había trabajado en mi última rotación. Él seguía en el país, mientras que yo había vuelto a casa hacía un mes. Habíamos coincidido unas cuantas veces en la cantina, antes de la misión. Era un buen profesional y los dos nos respetábamos mutuamente.

Pero cuando empezaron a acercarse a la cabina para recoger el cuerpo, agitamos la mano para decirles que se mantuvieran apartados. Era función nuestra.

—Joder, que no —gruñó Walt—. Es nuestro.

Habíamos ido hasta Pakistán para cogerlo. Teníamos que ver cómo se desarrollaba todo hasta el final.

Cogí un asa de la bolsa del cadáver y lo llevamos a la parte trasera de la camioneta. Salté arriba y me senté de espaldas, apoyado en el portón. Vi cómo todos los demás iban bajando del CH-47 y, por un segundo, sentí que mi espalda se liberaba de una pesada carga: todo el mundo había regresado sano y salvo.

Durante el trayecto en la camioneta, el primer sargento me cogió del hombro. Cuando levanté la vista, había extendido la mano y me ofrecía una moneda conmemorativa del 75.º regimiento de los Ranger.

—Vas a ser el héroe de mi hijo, para el resto de su vida —dijo el sargento primero—. Felicidades.

Yo asentí. Sentía la felicidad sencilla y clara de pensar que todo el mundo había vuelto a casa sano y salvo. Aún no habíamos tenido tiempo de reflexionar sobre el legado.

18

La confirmación

En el hangar, vi al almirante McRaven.

Estaba de pie, a solas, cerca de la puerta y con las manos en los bolsillos. Debió venir del Centro de Operaciones Conjuntas en cuanto se oyó por radio que habíamos cruzado la frontera.

La camioneta se detuvo ante la puerta misma del hangar y él se aproximó a la trasera, junto al portón. Parecía ansioso por ver el cuerpo.

—Veámoslo —dijo McRaven.

—Muy bien, señor —respondí yo, y abrí el portón.

Cogí la bolsa del cadáver por la parte inferior y tiré de ella para sacarla del vehículo. Cayó sobre el cemento como un pez muerto. Me arrodillé y descorrí la cremallera. Había perdido casi todo el color del rostro y el aspecto de la piel era gris y ceniciento. El cuerpo estaba blando y la sangre coagulada se había acumulado en el fondo de la bolsa.

—Aquí está su chico —dije yo.

McRaven, vestido con su uniforme de camuflaje digital, color habano, observaba a Bin Laden desde lo alto, mientras yo le cogía la barba y le giraba la cabeza hacia ambos lados para que el almirante pudiera contemplarlo de perfil.

—Obviamente, se acababa de teñir la barba —dije—. No se lo ve tan viejo como esperaba.

Me levanté y me retiré un poco, mientras los demás se reunían en torno al cuerpo. Muchos de los chicos del otro helicóptero aún no lo habían visto. Al poco tiempo, una multitud rodeaba a McRaven, que se había arrodillado para verlo mejor.

—Se supone que mide uno noventa y tres —dijo McRaven, examinando a la multitud.

Vi que señalaba a un muchacho.

—¿Cuánto mide usted?

Uno de los SEAL respondió:

—Metro noventa y tres.

—¿Podría tumbarse a su lado? —dijo McRaven.

El SEAL tardó un poco en reaccionar, lo justo para asegurarse de que McRaven no le tomaba el pelo, y luego se tendió junto a la bolsa del cadáver, mientras McRaven examinaba la comparación.

—Muy bien, muy bien —dijo el almirante—. Levántese.

Aquella medición fue, en gran parte, una broma. Pero Bin Laden no se parecía mucho a lo que habíamos imaginado. Estoy seguro de que McRaven pensó lo mismo que había pensado yo cuando estaba en la tercera planta.

De pie, junto a la multitud, vi a Jen. Bajo las brillantes luces del hangar, parecía pálida y tensa. Aún había chicos entrando en el hangar cuando ella vio a Alí. Él le sonrió y ella rompió a llorar. Dos de los SEAL la abrazaron y la acompañaron donde estaba el grupo, para que viera el cuerpo, lo cual me sorprendió.

Hacía unos pocos días, en la cantina, Jen me había dicho que no quería ver el cuerpo de Bin Laden.

—No tengo ningún interés en verlo —me dijo—. Esa no es una de las funciones por las que me pagan.

Yo estaba seguro de que aquello era algún tipo de bravata. En su trabajo, ella no tenía que ensuciarse las manos. Llevaba zapatos caros de tacón alto y no se tenía que preocupar de llevar pesos muertos a un helicóptero a la espera. Ella había derrotado a Bin Laden en el terreno intelectual.

—Si lo conseguimos —le había dicho yo desde el otro lado de la mesa—, tienes que ver el cadáver.

Ahora, en el hangar, Jen se quedó al margen de la multitud. No decía nada, pero, por su reacción, supe que desde donde estaba podía ver el cuerpo de Bin Laden. Le caían lágrimas por las mejillas y era obvio que le estaba costando asimilarlo. Había pasado media década tras este hombre. Y ahora lo tenía a sus pies.

Para nosotros era más fácil.

Nosotros veíamos cadáveres sin parar. Vivíamos con esa clase de horror, y no dedicábamos tiempo a pensar en ello, una vez que terminaban las misiones. No éramos belicistas hastiados, pero una vez has visto un cadáver, ya los has visto todos.

La gente que se movía en el nivel de Jen nunca tenía que ver la sangre. Por lo tanto, contemplar el cuerpo de Bin Laden a sus pies, por fin, tuvo que resultarle estremecedor.

Me aparté de la muchedumbre. Apoyado en la camioneta, dejé mi fusil sobre la puerta trasera y guardé los guantes en uno de los bolsillos del pantalón. Casi todos los chicos habían vuelto ya y venían al hangar. Abundaban las sonrisas.

Teddy fue uno de los últimos en llegar al hangar. Por la cara que traía, supe que estaba furioso y quizá algo abochornado por el accidente con el heli-

cóptero. Me crucé en su camino, mientras se dirigía hacia el hangar, y le abracé como un oso.

—Teddy —le dije—, eres un monstruo.

Él me dedicó una sonrisa avergonzada y trató de deshacerse del abrazo.

—Tío, en serio —insistí.

Tengo muy claro que la misión pudo seguir adelante porque él logró controlar como lo hizo. Todo el mundo se concentraba en quién había apretado el gatillo, pero aterrizar de emergencia con el helicóptero era mucho más difícil de lo que nos resultaba, a todos nosotros, disparar un arma. Un movimiento en falso, y habríamos acabado estrellados en el patio, convertidos en un montón de escombros. Teddy nos había salvado la vida a todos.

—Buen trabajo —dijo Walt, dándome un apretón de manos que acabó convertido en un abrazo.

Los próximos minutos los pasamos dando vueltas y felicitándonos los unos a los otros. Mientras, seguía llegando gente al hangar. Recuerdo menos con quién hablé que cómo me sentía por haber regresado sano y salvo.

Enseguida empezaron las murmuraciones.

—¿Volar la casa? ¿Ah, sí? —oí que Charlie le decía al artificiero.

Al final, nos reunimos para posar para unas cuantas fotos. Éramos un gran equipo. En cuanto acabó la sesión fotográfica, volvimos todos al trabajo. Nuestros cinco minutos de diversión habían terminado y era hora de ir a Bagram, para que procesasen el material de inteligencia.

Los Ranger ya habían empaquetado el cuerpo y estaban de camino a Bagram. Nosotros los seguimos de cerca, en otro avión. En la pista de vuelo, cargamos todo nuestro equipo y lo atamos a la cubierta del C-130. Subimos a bordo aún con los chalecos y armas. Había pocos asientos, así que busqué un sitio cerca de la parte delantera del avión, y me senté.

Allí cerca vi a Jen, llorando. Estaba sentada en el suelo, abrazándose las piernas contra el pecho, en posición fetal. Con la luz roja de la cabina solo distinguía sus ojos. Estaban hinchados y parecía tener la mirada perdida en la distancia. Me levanté y le di un toque en el hombro.

—Eh, ¡era al cien por cien! —le dije, inclinándome hacia ella para que pudiera oír mis palabras por encima del ruido de los motores.

Ella me miró anonadada.

—En serio, nada de cachondeo —dije yo—. Era al cien por cien.

Esta vez asintió y empezó a llorar de nuevo. Me retiré y regresé a mi sitio, en el suelo, mientras la tripulación apagaba las luces de la cabina. A los pocos minutos, habíamos despegado con rumbo a Bagram. Durante los cuarenta y cinco minutos que duró el vuelo, desconecté. No dormí, pero sí descansé. Sabía que aún nos quedaban horas de trabajo.

El C-130 nos dejó en un hangar, junto a la pista de vuelo. Dentro nos esperaba un reducido cuadro de especialistas del FBI y de la CIA, para ayudarnos con la suma de papeles, dispositivos USB y ordenadores que habíamos recogido en el complejo. Al entrar en el hangar, me cogió por sorpresa ver que todos los analistas estaban de pie, en sus mesas individuales, con las manos por detrás del cuerpo, como un militar en posición de descanso.

En una esquina había una fila de mesas con bandejas de plástico verde, llenas de comida. Apilados en sus contenedores había palitos de pollo y patatas fritas. Una enorme cafetera iba suministrando espantosas tazas de café, una tras otra. Habían pasado al menos siete horas desde nuestro desayuno, pero nadie tocó la comida. Teníamos cosas que hacer.

Nada más cruzar la puerta, empezamos a descargarnos de peso. Cuando me quité el chaleco, sentí un dolor que me atravesaba el hombro. No era agudo, solo molesto e insistente. Intenté tirar el hombro hacia delante, para echarle un vistazo, pero no pude ver nada de sangre.

—Oye, Walt, ¿tengo algo en el hombro? —pregunté.

Él también estaba descargando sus cosas.

—No parece gran cosa —contestó—. Te habrá alcanzado algún fragmento. No está tan mal como para ponerle puntos.

Mientras inspeccionaba mis pertrechos, cogí el cortapernos de mi espalda y noté que un pedazo de metal me cortaba la yema del dedo. Cuando tuve el cortapernos en la mano, vi un fragmento de metralla, de buen tamaño, incrustado en el asa.

—De una bala —pensé.

Cuando Al-Kuwaiti abrió fuego, me debieron alcanzar fragmentos de las balas antes de que yo pudiera devolver la ráfaga. El cortador sobresalía bastante de mi espalda, así que el asa quedaba a tan solo unos pocos centímetros de mi cabeza. Fue una suerte cojonuda que ninguna pieza de metralla me alcanzase el cuello.

Tras repasar brevemente cómo había ido la misión, empezamos a descargar todo el material que habíamos cogido en la casa. En el BUD/S nos habían inculcado que debíamos ocuparnos de los pertrechos del equipo, luego de los del departamento y, por último, de los nuestros personales.

Dividimos las mesas en grupos, según las habitaciones del objetivo. Llevé todas mis bolsas a la mesa del complejo principal, tercera planta, habitación A. Abrí el saco de malla y empecé a descargar el material que había reunido. Amontoné las cintas que había cogido de su armario y deposité sobre la mesa la pistola y el fusil.

En la pizarra blanca, dibujamos un esquema del interior del complejo y luego trazamos planos de las diversas plantas del edificio principal y la casa de invitados. Llevé mi cámara al lugar en que un SEAL ayudaba a un analista de la CIA a descargar todas las fotos de nuestras cámaras digitales.

—¿Cómo están saliendo las fotos, por ahora? —pregunté yo, entregándole mi cámara.

—De momento, bien —respondió él.

Cuando las imágenes del cuerpo de Bin Laden aparecieron en su pantalla, me sentí aliviado. Como teníamos el cuerpo, las fotos ya no tenían ninguna importancia vital. Pero imaginaba que, si había jodido las fotos, Charlie y Walt nunca dejarían de recordármelo.

—¿Va bien? —pregunté yo.

—Sí, pinta bien —dijo el analista—. Es todo lo que necesitamos.

No tenía la menor idea de si las fotos llegarían a ser públicas algún día y, francamente, tampoco me importaba. Esa decisión correspondía a instancias más altas, escapaba por completo a mi control. Oía a los chicos hablar con los analistas de la CIA sobre el material que habían reunido.

—Tío, lo sentimos mucho —dijo uno de los colegas que había registrado la segunda planta—. Había muchísimas más cosas. No tuvimos tiempo suficiente. Lo podríamos haber hecho mejor.

El analista de la CIA casi se rio, al oír a mi compañero.

—Está bien —dijo—. No te preocupes más por eso. Mira toda esta mierda. Van a pasar meses hasta que lo analicemos todo. Aquí hay más de lo que hemos conseguido en los últimos diez años.

Entregar todo el material nos llevó más de dos horas. En la zona delantera del hangar, a unos diez metros de las mesas, vi que los especialistas en ADN del FBI tomaban muestras del cuerpo de Bin Laden. En cuanto terminaron, los Ranger escoltaron el cuerpo al *USS Carl Vinson*, para la inhumación.

Cuando hube terminado con la entrega de los materiales recogidos, empecé a empaquetar mi equipo de intervención. Limpié y aseguré mi arma, cerré las ópticas y la guardé en su estuche. Deposité el chaleco en la mesa y saqué la granada y la carga explosiva que no había utilizado. No había ninguna razón para llevarlas a casa.

Estaba a punto de terminar cuando llegaron Jen y Alí. Se iban pocos minutos después, para volar de regreso a Estados Unidos. La Fuerza Aérea tenía un C-17 vacío, esperando para llevarlos a casa.

Ella me dio un abrazo.

—No sé cuándo volveremos a veros, chicos —dijo, caminando hacia la puerta con Alí—. Cuidaos.

Se le presentaban varios meses de trabajo de criba, con la inspección de lo recogido en el asalto, y eso la mantendría ocupada. Pero, a diferencia de nosotros, ella había dedicado su vida a esta caza. Al marcharse, parecía aliviada y exhausta al mismo tiempo. Para alguien que había invertido casi toda la última década tratando de encontrarlo, pasar página no podía ser muy fácil.

Cuando ya tuvimos casi todo el equipo empaquetado, los chicos empezaron a picar algo de la comida fría. Nos acercamos a la gran pantalla de televisión que habían instalado en la parte trasera del hangar. El presidente Obama estaba a punto de hablar. Todo el mundo se detuvo y se concentró en torno a la pantalla.

Corrían rumores de que el Mando Conjunto de Operaciones Especiales había revisado el discurso para asegurarse de que los detalles de la misión permanecían en secreto. Nadie dudaba de que los detalles acabarían filtrándose, pero en aquel momento creo que todos confiábamos en que el presidente Obama pudiera guardar el secreto un poco más.

—Le doy una semana, hasta que digan que han participado los SEAL —le dije a Walt.

—Y una mierda. Yo no le doy ni un día —contestó él.

Hacia las 9:45 de la noche (horario oriental de Estados Unidos), la Casa Blanca anunció que Obama se dirigiría al país. Hacia las 10:30, se habían filtrado las primeras noticias sobre Bin Laden. Se dijo que Keith Urbahn, oficial de inteligencia de la Reserva Naval, fue el que saltó con la noticia en Twitter. Poco después, los principales periódicos y cadenas de noticias informaban de que Bin Laden había muerto.

A las 11:35, el presidente Obama apareció en televisión. Recorrió un pasillo largo y ocupó su sitio en el estrado. Con la mirada fija en la cámara, contó al mundo lo que habíamos hecho.

—Buenas noches. Esta noche, puedo anunciar al pueblo estadounidense y al mundo que Estados Unidos ha llevado a cabo una operación que ha matado a Osama bin Laden, líder de Al-Qaeda y terrorista responsable del asesinato de miles de inocentes, hombres, mujeres y niños.

Todos escuchábamos en silencio.

Obama prosiguió agradeciendo a los militares que hubiéramos dado caza a Al-Qaeda y protegiéramos a los ciudadanos estadounidenses.

—Hemos desbaratado ataques terroristas y reforzado nuestra defensa nacional. En Afganistán, expulsamos al gobierno talibán, que había ofrecido apoyo y un refugio seguro a Bin Laden y Al-Qaeda. Y en el resto del mundo, hemos trabajado con nuestros amigos y aliados para apresar o matar a decenas de terroristas de Al-Qaeda, incluidos varios de los que participaron activamente en la trama del 11-S —dijo Obama.

El presidente destacó el hecho de que, al poco tiempo de haber sido elegido presidente, había hablado con Leon Panetta para que la muerte o captura de Bin Laden constituyera una prioridad; luego explicó cómo habíamos dado con él. Esta parte del discurso la habían redactado con gran habilidad, de modo que no revelaba detalles perjudiciales.

—Hoy, bajo mi dirección, Estados Unidos ha emprendido una operación dirigida contra ese complejo de Abbottabad, en Pakistán. Un reducido equipo de estadounidenses ha llevado a cabo la operación con una capacidad y un cora-

je extraordinarios —dijo Obama—. Ningún estadounidense ha resultado herido. Tuvieron cuidado de evitar bajas civiles. Tras un tiroteo, mataron a Osama bin Laden y ahora custodian el cuerpo.

Ninguno de nosotros éramos entusiastas seguidores de Obama. Lo respetábamos, por ser el comandante en jefe de las tropas y por haber dado luz verde a la misión.

—Ya sabes que le hemos conseguido a Jay las estrellas de almirante —dijo Walt, durante el discurso—. Y a este tipo, la reelección.

—Bueno, ¿preferirías no haberlo hecho? —pregunté yo.

Todos sabíamos de qué iba esto.

Nosotros éramos simples útiles de su caja de herramientas y, cuando las cosas salen bien, ellos lo inflan. Hinchan el papel que han interpretado. Pero nosotros debíamos hacerlo. Era lo correcto. Si dejábamos a un lado las cuestiones políticas que arrastraría, el resultado era el que todos queríamos.

—De aquí a un año, McRaven estará dirigiendo el Mando de Operaciones Especiales y, probablemente, un día llegará a ser el jefe de Operaciones Navales —dije yo.

Obama describió la misión como el «logro más importante, hasta la fecha, en el empeño de nuestra nación por derrotar a Al-Qaeda», y nos dio las gracias por nuestro sacrificio.

—El pueblo estadounidense no ve su trabajo, no conoce sus nombres —dijo él.

Esperábamos que revelase algunos detalles de más. De haberlo hecho, nos habríamos despachado a gusto. Pero no me pareció que el discurso fuera malo, en absoluto. Si acaso, pecaba de falta de entusiasmo.

—Bueno, ya basta de esto —le dije a Walt—. Vayamos a buscar algo para comer o, por lo menos, démonos una ducha caliente.

Nos comunicaron que, a las pocas horas, teníamos un vuelo a casa. Encontré mi mochila, con mis ropas de civil, y me subí a un autobús que iba a las instalaciones del Mando Conjunto de Operaciones Especiales. El equipo decidió intentar apiñarse en las duchas, antes de volver a Virginia Beach.

En las instalaciones había un puñado de remolques de ducha. Allí de pie, bajo el agua ardiente, sentí cómo mi cuerpo empezaba por fin a relajarse.

Además, tenía hambre.

El DEVGRU tiene una pequeña sección dentro del Mando Conjunto de Operaciones Especiales. Era el taller de nuestro parque móvil. Básicamente, mantenían a punto todos nuestros camiones, motocicletas, 4x4 y Humvees. Lo dirigía un SEAL, con la ayuda de unos cuantos mecánicos e ingenieros de Marina.

El vuelo de regreso se retrasó unas horas, así que nos pusimos cómodos allí. En la zona de trabajo, el garaje estaba repleto de piezas, herramientas y vehículos en todas las fases de reparación. Así, nos reunimos en una pequeña

oficina donde había un par de salas de estar. El SEAL que llevaba el taller nos acogió con los brazos abiertos.

—¿Qué necesitáis? —nos preguntó.

Entre unos pocos edificios modulares y un parque automovilístico cubierto, se habían construido un pequeño patio, con un horno de leña para pizzas y una gran barbacoa de gas. Walt paseó por el patio compartiendo una caja de puros que la Asociación Nacional del Rifle le había enviado unas semanas antes, para darle la bienvenida tras su despliegue. Seguro que no imaginaban que nos los fumaríamos para celebrar la misión que mató a Bin Laden.

Todo el mundo estaba allí, salvo Jay, Mike y Tom. Los del «garito de los jefes» estaban aún en el aeródromo, informando al almirante McRaven.

Pasamos casi todo el rato en el patio, empapándonos del cálido sol de primavera. Los ingenieros que vivían en las instalaciones estaban encendiendo la barbacoa para cocinar unos bistecs y una cola de langosta que habían conseguido en la cantina. Se olían palomitas en la oficina y pizza en el horno de leña.

Estaba medio dormido, en el patio, tomando el sol, cuando oí que alguien pegaba un grito.

—¡Eh, tíos! No os vais a creer esta mierda. Ya lo han soltado.

En uno de los terminales de ordenador, el jefe de equipo del grupo de seguridad del perímetro exterior estaba leyendo páginas de noticias. Habían tardado menos de cuatro horas en informar de que los que habían llevado a cabo la misión eran SEAL. Y luego, que fueron los SEAL del DEVGRU con sede en Virginia Beach.

Durante casi un mes, la misión se había mantenido en secreto; ahora, de repente, estaba en todos los noticiarios. Vimos secuencias de las multitudes que se reunían de forma espontánea delante de la Casa Blanca, en la Zona Cero y en el Pentágono. En un partido de béisbol de la Liga Nacional, que se jugaba en Filadelfia, los aficionados empezaron a corear «U-S-A». Todo el mundo comentaba lo jóvenes que parecían. Chavales como esos no sabían cómo era Estados Unidos antes del 11 de septiembre de 2001.

Vimo la locura televisiva, y yo no pude evitar preguntarme qué estarían pensando mis amigos y mi familia, allá en casa. Nadie sabía que yo había ido a Afganistán. A mis padres les había dicho que estaría fuera de la ciudad, entrenando, y que no llevaría el móvil. Estaba seguro de que todo el mundo estaría llamándome, para ver dónde estaba.

El sol calentaba con fuerza cuando nos sentamos a comer allí fuera. Con la tripa llena, solo podía pensar en dormir. El autobús vino a recogernos a las pocas horas, para llevarnos al avión. La adrenalina había desaparecido y subimos a bordo arrastrándonos.

El C-17 iba vacío, salvo por la tripulación.

Primero embarcaron nuestros contenedores, y luego subimos nosotros y esparcimos nuestras esterillas por la cubierta. En cuanto estuvimos instalados,

vi que los jefes de la tripulación hablaban con los pilotos. Los vuelos de los C-17 de las Fuerzas Aéreas son siempre inciertos. A veces das con una tripulación guay, que te deja dormir donde quieras, pero otras veces siguen las normas a rajatabla y te hacen quedarte en los asientos.

Mientras los motores cogían temperatura, el jefe de la tripulación habló por el intercomunicador.

—Eh, muchachos, no vamos a parar en Alemania, así que repostaremos en vuelo, de vuelta a Estados Unidos —nos dijo—. Podéis dormir un poco, chicos.

Sin duda, imaginaban quiénes eran sus pasajeros, y la tripulación fue lo bastante maja como para dejar que recuperásemos el sueño que tanto necesitábamos. Por lo general, nos detenemos en Alemania para repostar. Todo el mundo se animó al ver que la tripulación se enrollaba y nos ofrecía un vuelo directo. Para entonces, llevábamos despiertos casi veinticuatro horas. El despegue fue tranquilo y luego el avión puso rumbo al oeste.

Estábamos agotados.

El bombardeo de los medios de comunicación, que acabábamos de ver en la televisión e internet, era agobiante. No creo que nadie estuviera preparado para eso. Pero tumbado en la cubierta del C-17, no tenía energía para pensar en eso. Tenía que desconectar la cabeza.

Me tomé un par de Ambien y, antes de salir del espacio aéreo afgano, ya dormía como un tronco.

19

Vivir la magia

Mi teléfono vibró, silbó, zumbó y pitó en cuanto empezó a recibir los mensajes de todo un día.

Segundos después de que nuestro C-17 tomase tierra en Virginia Beach, todos nosotros encendimos nuestros teléfonos y se desató una algarabía de tonos y llamadas. Yo dejé el mío cerca y saltaba tanto como el maíz en la sartén.

Mientras atravesamos el Atlántico, las noticias sobre el asalto coparon las televisiones e internet. Los periodistas inundaron Virginia Beach en busca de SEAL de carne y hueso a los que entrevistar. En Washington, todo aquel que, dentro del Capitolio o el Pentágono, dispusiera de cualquier mínimo dato, lo estaba filtrando.

Cuando por fin dejó de sonar el teléfono, empecé a revisar los mensajes. La gente no tenía ni idea de si yo había participado en la misión. Pero todo aquel que sabía que yo era SEAL se puso en contacto conmigo para hablar del asunto. Recibí mensajes de mi familia e incluso de amigos de mi época de estudiante, con quienes no había cruzado una palabra en años. Todos los mensajes eran iguales:

—Oye, tío, ¿cómo va? Estoy viendo las noticias. Es que no sé si estás en la ciudad.

Cuando nos fuimos, la misión era tan secreta que ni siquiera la gente de nuestra unidad sabía adónde íbamos. Pero ahora, tenía cerca de cien correos electrónicos, cincuenta llamadas de voz y tres docenas de mensajes de texto preguntándome si por casualidad había estado en Pakistán o si sabía qué estaba pasando. Mi familia solo quería saber si estaba en la ciudad y me encontraba bien.

El avión apenas se había detenido cuando la puerta de la tripulación se abrió y el viejo comandante de nuestro escuadrón entró a toda prisa. Estaba esperando para asumir el mando del DEVGRU. Habían retrasado el cambio hasta terminar esta misión, así que no estuvo con nosotros en Afganistán. Era

uno de los mejores jefes con quienes he trabajado nunca. Todos los chicos le querían, porque siempre nos protegía.

Mientras recogíamos nuestras mochilas, recorrió el avión y nos fue dando la mano y un abrazo a todos. Quería ser el primero en darnos la bienvenida, de vuelta a casa. Yo aún no me había librado por completo del atontamiento de los Ambien, así que la estampa de aquel hombre desgarbado y calvo caminando entre nosotros me pareció algo surrealista. Era la primera señal de que nuestro regreso sería más gordo de lo que nos esperábamos.

El aullido de los motores dificultaba la comunicación cuando bajamos del avión. Fuera, estaba oscuro como la boca de un lobo; y al salir de la cabina, tan iluminada, a la oscuridad de la noche fue todavía peor. Tardé unos segundos en acostumbrar la vista, pero entonces vi a casi doscientos colegas, en fila, esperando para felicitarnos. Distinguía sus siluetas mientras avanzaba hacia los autobuses blancos que nos llevarían a nuestra base. Había unos cincuenta metros hasta el autobús y, como poco, apreté cien manos.

Siempre tratábamos de recibir al avión cuando los escuadrones regresaban a casa. Me llamó la atención el hecho de que, de todos los que estaban en aquella fila, dándonos la mano, cualquiera podría haber ocupado nuestro puesto. Dio la casualidad de que estuvimos en el lugar adecuado en el momento adecuado. Me sentía realmente afortunado.

No disponía más que de unos segundos para gritar un *hola* o farfullar un *gracias* al tiempo que pasaba por delante de ellos. Cuando llegamos al autobús, estábamos agotados y algo superados por las circunstancias.

Afortunadamente, nos esperaba una nevera llena de cerveza y algo de pizza caliente. Tomé asiento, en silencio. Puse la mochila entre las piernas y dejé el móvil sobre el muslo, en equilibrio, mientras comía y daba tragos a la cerveza. Miré a mi alrededor. Todo el mundo tenía la nariz pegada al teléfono, tratando de cribar el exceso de mensajes. Hacía apenas veinticuatro horas, el presidente Obama se había dirigido a la nación, anunciando el asalto.

Por primera vez, empecé a empaparme de la situación. Aquello era genial. Era una misión como las de los libros que había leído, siendo un niño, en Alaska. Era historia. Pero igual que estos pensamientos cruzaron mi mente, me obligué a eliminarlos. En el mismo momento en que te detienes a dar crédito a tu propia exageración, estás perdido.

De vuelta en el centro de mando, yo ni siquiera entré. Nuestros pertrechos y armas estaban en la zona de almacenaje, bien guardados. No nos tocaba descargarlo todo; y teníamos la suerte de librar los próximos días. Eché la mochila de civil en mi camioneta y me fui a casa. No quería salir e irme de bares para celebrarlo. Solo quería un poco de calma. La bienvenida ya había sido suficientemente abrumadora.

De camino a casa, vi el anuncio de neón del autorrestaurante Taco Bell. Siempre me paraba para pedir una ración, al sur de la frontera, cuando volvía a

casa de un despliegue, por lo general en Alemania. Me había detenido allí varias veces a lo largo de los años. Me puse a la cola y pedí dos tacos crujientes, un burrito de frijoles y una Pepsi mediana.

En la ventanilla, un estudiante de instituto me entregó la comida y la bebida. Entré en el aparcamiento y saqué un taco. Lo desenvolví, lo apoyé sobre las piernas, eché un poco de salsa picante sobre la lechuga fría y fresca, y me lo comí.

En la radio, tenía sintonizada la emisora de música *country*. Entre mordisco y mordisco, intentaba dar un sentido a todo aquello. Unos días antes, me atiborraba de comida en la cantina y trataba de quitarme la misión de la cabeza. Ahora, estaba comiéndome unos Taco Bell en un aparcamiento, de vuelta a casa, y seguía tratando de mantener todo aquello fuera de mi cabeza.

Necesitaba unos días de vacaciones.

Antes de salir de Bagram, habíamos bromeado acerca de las vacaciones. Yo sabía que el resto de mi escuadrón estaba en alta mar, en aguas de Virginia, haciendo prácticas navales. El mando había alquilado un crucero y lo había llenado de figurantes. Era un entrenamiento de los grandes, y caro. Siempre pintaba más divertido de lo que era en realidad. Inevitablemente, acababan siendo horas metido dentro del agua fría y sufriendo el embate de las olas mientras trepabas por el costado de un barco.

Di un último mordisco al burrito de frijoles, enrollé el papel y lo metí de nuevo en la bolsa. Luego di un buen trago a la bebida, arranqué la camioneta y me fui para casa. No podría relajarme hasta que deshiciera la bolsa y me diera una buena ducha.

Pero aún estaba demasiado nervioso. Acababa de dormir diecinueve horas. La televisión estaba puesta y empecé a zapear por los canales de noticias. Todos los programas emitían algo relacionado con la misión. La mayoría eran conjeturas.

Informaban de que habíamos participado en un tiroteo de cuarenta minutos.

Luego vi que nos habían disparado mientras esperábamos en la puerta.

Después, Bin Laden tenía un arma y trató de defenderse antes de que le disparásemos.

Y, por supuesto, informaron de que, en los últimos segundos de su vida, Bin Laden había tenido tiempo suficiente para mirarnos a los ojos y ver que éramos los estadounidenses quienes íbamos a por él.

Se informaba del asalto como si fuera una mala película de acción. Al principio, era divertido, por la cantidad de errores.

Pero luego empezaron a mostrar fotografías del complejo. Durante semanas había sido alto secreto y ahora estaba en todos los noticiarios. Vi los restos del helicóptero. Las cargas habían destruido el fuselaje, pero se había conservado una sección del rotor de cola. Cuando los explosivos estallaron, la sección de cola se desprendió y cayó al suelo, por la parte exterior del muro.

La agencia de noticias Reuters disponía incluso de fotografías de los cuerpos que habíamos dejado atrás. Aparecieron en pantalla fotos de los hermanos Al-Kuwaiti, incluido Abrar, a quien habíamos disparado Will y yo a través de la puerta de la casa de invitados. A continuación pasaron una imagen del lugar en el que había estado el cuerpo de Bin Laden. Pude ver la sangre seca sobre la alfombra.

Intenté comprenderlo todo.

Ver aquellas imágenes en la hora de máxima audiencia de la televisión me resultaba duro. Esas visiones escapaban del pequeño compartimento de mi cerebro en el que yo había alojado toda esta experiencia. Ahora no había frontera entre la casa y el trabajo. Yo siempre había sido bueno a la hora de bloquear mentalmente el «trabajo» que hacía fuera. Cuando estaba en casa, estaba en casa. Contemplar aquellas fotografías era como cruzar las dos corrientes, y eso me daba dolor de cabeza.

Aquella noche no dormí bien. Me había tragado un par de Ambien. Sin ellas, no habría habido forma de dormir.

Durante los dos días siguientes, eludí las llamadas de los amigos y la familia. El móvil no paraba de sonar. La familia me preguntaba si yo había participado. Mis padres sabían que había estado fuera, pero no dónde.

Antes de partir, los había llamado y les dije que me iba de instrucción y no tendría servicio telefónico. Siempre intentaba que no tuvieran una información demasiado precisa. A mis hermanas, les mandé un mensaje de texto aleatorio, antes de partir, diciéndoles simplemente que las quería a las dos. En su momento, no les llamó la atención; pero cuando estalló la noticia, mis hermanas entendieron que yo había estado metido en algo especial.

Al día siguiente de volver a casa, estaba sacando la basura al contenedor cuando una vecina del otro lado de la calle cruzó y me dio un fuerte abrazo. Ella sabía que yo era SEAL y se había dado cuenta de que llevaba unos cuantos días fuera de casa.

—Nunca sabemos de verdad cómo se ganan la vida nuestros vecinos, ¿verdad? —me dijo, con una sonrisa, y se volvió a su casa.

A mis colegas les pasó lo mismo.

Uno de ellos, apenas había cruzado la puerta de su casa cuando ya estaba cambiando pañales.

—Pues llego a casa y va ella y me da al niño, sin esperar a nada —me decía mi amigo, cuando volvimos al trabajo—. Acabamos de matar a UBL. ¿No crees que podría sentarme a tomar una birra?

Otro pasó la mañana siguiente, nada más volver, cortando el césped, que había crecido demasiado. Quizá los medios de comunicación nos trataban como si fuéramos célebres, pero en casa no éramos más que maridos ausentes.

Cuando por fin regresamos al trabajo oficialmente, dos días después, Jay nos convocó a una reunión que se celebraba en la misma sala de conferencias donde oímos hablar de la misión por primera vez. En el mando, estaban preocupados por todas las filtraciones que se habían producido con respecto al asalto.

—Es imprescindible que nos mantengamos alejados de los medios de comunicación —dijo Jay—. Asegurémonos de no llamar la atención.

Yo estaba asombrado. Llevábamos semanas manteniendo todo el asunto en secreto. Ahora, Washington lo estaba filtrando todo ¿y nosotros íbamos a cargar con las culpas? Parecía que no era más que cuestión de tiempo que nuestros nombres aparecieran en las noticias. Acabábamos de matar al terrorista número uno del mundo entero. Lo último que necesitábamos era que nuestros nombres se asociaran al suyo. No queríamos más que desaparecer en las sombras y volver al trabajo.

—Y una vez resuelto esto —dijo Jay—, aquí tenéis el programa para los próximos días. Tomaos una semana libre.

—Pero no una semana entera, ¿eh? —dijo Walt.

Oí que algunos se reían.

—¿Cuándo va a empezar el espectáculo? —pregunté yo.

—La Agencia bajará aquí dentro de unos días —contestó Jay—. El secretario de Defensa también planea realizar una visita pronto. Os avisaremos del programa en cuanto lo tengamos. Disfrutad las vacaciones.

Esta vez reí.

—Venga, que todo el mundo quiere vivir la magia —dijo Tom mientras salíamos de la sala de conferencias.

La misión no había sido ni tan complicada ni tan difícil.

Después de varias semanas y de varios meses, seguían apareciendo detalles de la misión, ahora con un interés renovado por la unidad. Eso hizo que nos preocupásemos mucho por nuestra seguridad personal. La mayoría ya habíamos invertido en sistemas de seguridad para nuestros hogares.

Algunos de nosotros transmitíamos nuestra inquietud a Jay y a Mike, en lo que parecía ser una reunión semanal.

—¿Qué pasa si nuestros nombres se filtran a los medios de comunicación? —pregunté yo.

ABC News había salido con una historia ridícula sobre cómo descubrir a un SEAL. El periodista Chris Cuomo informó de que el SEAL que disparó a Bin Laden era, probablemente, un hombre blanco en buena forma física, de treinta y tantos años, con barba y pelo largo. Luego Cuomo hizo lo mismo que los otros periodistas. Buscó a cualquier SEAL que hablara de nosotros, en este caso, el fundador del DEVGRU, Richard Marcinko.

—Tienen piernas de gacela, sin cintura y con el tronco superior muy ancho; y lo que es casi un bloqueo mental, que les dice: «No fallaré» —dijo Marcinko a Cuomo.

Otros rasgos reveladores: manos callosas de tanto disparar armas de fuego, heridas de metralla de misiones anteriores y un gran ego.

—Fundamentalmente, son individuos ególatras que tocan música juntos. Aprenden a depender unos de otros. Cuando se aburren, tocan juntos para poder seguir adelante. Si no, se meten en líos —refirió Marcinko a ABC News.

Nos partíamos el culo. Sabía que Marcinko era el fundador del DEVGRU, pero el hombre había perdido absolutamente todo contacto con las fuerzas modernas. Yo no conocía a un solo SEAL que encajase en su perfil. Habíamos evolucionado, lejos de la egolatría. No había soldado, marino, aviador ni *marine* de la comunidad de Operaciones Especiales que encajase en su perfil. No entraba en nuestro espíritu. Nosotros éramos jugadores de equipo que siempre trataban de hacer lo correcto.

Pero no estábamos en la reunión para hablar de filtraciones y cuestiones de la propia seguridad.

—Con esto, sed prudentes, que nadie lo sabe —nos dijo Jay—: mañana os encontraréis con el presidente en Kentucky.

El *show* estaba en plena efervescencia y nosotros habíamos dado por hecho que este momento tenía que llegar.

—Volaremos vestidos de paisano, y luego nos pondremos los uniformes para ver al presidente —dijo Jay.

Dieron por acabada la reunión y, aquel día, ya no teníamos ninguna otra obligación. Mientras iba hacia mi camioneta, sonó mi móvil.

Era un mensaje de mi hermana.

—Dicen que mañana te reúnes con el presidente —decía—. Procura no llevar pantalones cortos, no te vayan a ver las piernas de gacela y sepan que eres un SEAL.

¡Menuda seguridad operativa!

A la mañana siguiente, nos marchamos en el C-130 más viejo que he visto jamás. Lo habían repintado y, desde el exterior, la edad se disimulaba. Pero al subir, se veía más viejo. Todo se había descolorido.

Al subir por la rampa, ninguno de nosotros se sintió impresionado. Teníamos costumbre de volar por ahí en C-130 mucho más nuevos, o incluso en C-17.

—Se acabaron los lujos de estrellas del rock —dijo Charlie mientras doblaba su metro noventa y tres en el asiento plegable naranja—. Creo que nuestro cuarto de hora de gloria se ha terminado.

Pero una placa que había junto a la puerta nos reveló la verdad de la historia. Aquel avión era uno de los tres MC-130E Combat Talon I que la aviación había utilizado en la operación Garra de Águila.

Al parecer, un jefe de tripulación había encontrado el aparato en dique seco y habló con un general de las Fuerzas Aéreas para renovarlo y devolverlo al inventario. De algún modo, volar a Kentucky en aquel avión, para ir a ver al

presidente, parecía adecuado. La nave tenía mucha historia y supongo que aquel fue, al menos, otro vuelo histórico.

Desde el aeropuerto, tomamos las carreteras secundarias que nos llevarían al cuartel general del 160.º Regimiento de Aviación de Operaciones Especiales, donde tenían la base Teddy y las tripulaciones aéreas. Estaba previsto que el presidente Obama, después de reunirse con nosotros, hablase ante miles de soldados de la 101.ª División Aerotransportada.

Nos llevaron a una espaciosa sala de conferencias, donde debíamos esperar. En la pared trasera había una mesa llena de montones de bocadillos selectos, patatas fritas, galletas y bebidas suaves.

—Estamos medrando —dije—. Esto es mucho mejor que el pollo frío. ¿Creéis que nos lo querrán cobrar?

En una de las mesas próximas a la puerta, había una bandera enmarcada. Era una de las que llevamos en la misión. Los chicos estaban firmando en la parte trasera del cuadro y la idea era regalárselo al presidente.

—¿Y por qué tengo que firmar esto? —le pregunté a Tom.

Como siempre, él se ocupaba de todo mientras Jay y Mike trataban con las altas esferas.

—Todos los que participaron en la misión tienen que firmarlo —dijo él.

—¿Por qué? —insistí. Yo solo quería una explicación.

—Es para el presidente —dijo Tom, que empezaba a cansarse de mis preguntas.

—¿Por cuantas manos pasará antes de que lo cuelguen en la pared? —le pregunté—. ¿No hay visitas organizadas en la Casa Blanca?

Lo único que permanecía en secreto eran nuestros nombres.

Me fui con los otros muchachos.

—¿Lo va a firmar todo el mundo?

En su mayoría, los chicos ya lo habían hecho.

—Garabatea un nombre cualquiera y ya bastará —me dijo Charlie—. Es lo que he hecho yo.

Después de mucho correr y esperar, por fin nos llevaron a un auditorio para reunirnos con el presidente. El Servicio Secreto nos hizo pasar por un detector de metales. Cuando me tocó el turno, la máquina pitó al pasar sobre mi navaja. La saqué y la añadí al montón, cada vez más alto.

Había un pequeño escenario con unas filas de sillas delante.

Walt se sentó a mi lado.

—Preferiría estar de instrucción en el barco —me dijo.

Obama llegó vestido con un traje negro, camisa blanca y corbata azul claro. El vicepresidente Biden estaba a su lado, con una camisa azul celeste y una corbata roja. El presidente subió al escenario y habló durante unos minutos. Entregó a la unidad una mención presidencial, en reconocimiento a nuestro logro. Es el máximo honor que se puede otorgar a una unidad.

Del discurso no recuerdo gran cosa. Parecía salido directamente de un manual de retórica.

«Muchachos, ustedes son lo mejor de Estados Unidos.»

«Ustedes son lo que Estados Unidos representa.»

«Gracias de parte del pueblo de Estados Unidos.»

«Han hecho un buen trabajo.»

Tras el discurso, posamos para unas cuantas fotos. Biden no paró de hacer chistes insulsos que nadie entendía. Parecía buen tipo, pero me recordaba a un pariente pesado, el típico tío que acaba borracho en la comida de Navidad. Antes de irse a soltar un discurso ante dos mil soldados de la 101.ª División Aerotransportada, Obama invitó a todo el equipo a su residencia, para tomar una cerveza.

—¿Qué es eso de la residencia? —pregunté yo.

—No sé —me contestó Walt—. Su casa. La Casa Blanca, digo yo.

—Hombre, eso estaría bonito —respondí—. No me importaría ir a la residencia.

Walt sonrió burlón.

Mientras el autobús nos llevaba de vuelta al aeropuerto, Obama pronunció un discurso en un hangar de la base, ante soldados que lo vitoreaban.

«Les hemos cortado la cabeza —dijo—, y acabaremos por derrotarlos ... Nuestra estrategia está funcionando, y la prueba más clara de ello es que se ha hecho justicia, finalmente, con Osama bin Laden.»

Después de aquel viaje, las cosas empezaron a volver por su cauce habitual. Volvimos a nuestros programas de siempre: varias semanas fuera y una en casa. Nos habíamos subido otra vez al tren en marcha.

Nunca nos llamaron para esa cerveza en la Casa Blanca. Recuerdo que, al cabo de unos meses, se lo comenté un día a Walt. Volvíamos del campo de tiro y estábamos entrando en la sala del equipo.

—Oye, ¿tú has sabido algo de la cerveza aquella? —le pregunté.

Walt volvió a sonreír burlonamente.

—Así que te creíste esa mierda —me respondió—. Apuesto a que tú también votaste por el cambio. ¡Gilipollas!

Epílogo

Menos de un año después de la misión de Bin Laden, me bajé del tren en marcha.

Había pasado más de una década de mi vida sacrificándolo todo por este trabajo y por mi país. Para vivir este sueño, había renunciado a todo. Había pasado largos períodos de tiempo lejos de mis amigos y mi familia, me había perdido las vacaciones y había inflingido a mi cuerpo un castigo que perduraría el resto de mi vida. Había servido con los mejores de mi país y establecido amistades de por vida con un grupo de hombres a los que llamo «hermanos». Desde mi primer destino como SEAL y los ataques del 11 de septiembre de 2001, había soñado con participar en la misión que matara o capturara a Osama bin Laden. Y tuve la suerte de hacerlo. Pero ha llegado la hora de que algún otro tome el testigo.

Muy pocas personas pueden afirmar que han tenido la suerte de permanecer en un trabajo operativo durante toda su carrera como SEAL. Desde el día en que aprobé el curso de BUD/S, entré en el SEAL Team Five y luego pasé al DEVGRU. Nunca hice trabajos que no fueran de intervención directa. En más de una década como SEAL, no tuve una pausa, solo el tamborileo constante de los despliegues en combate. Tras acabar mi tiempo como jefe de equipo, unos meses atras, se dispuso que abandonara mi escuadrón, bien para ser instructor en el Green Team, bien para desarrollar algún otro de los trabajos no operativos que se realizan en el mando. Eran tareas distantes del campo de batalla y, para ser del todo sincero, es probable que supusieran exactamente la pausa que yo necesitaba. Sabía que, después de una pausa breve de ese estilo, ardería en deseos de volver al combate. Como cualquier otra persona del comando, mi vida personal sufría por efecto de la presión de los despliegues. Era hora de que mi propia vida adquiriera la prioridad. Por mucho que odiara dejar el comando, era el momento de dar un paso y terminar mi carrera como SEAL.

Antes de partir, me reuní con el comandante que nos dio la bienvenida en casa, después de la misión. Ahora era el comandante al mando del DEVGRU. Sabía que era un oficial muy respetado y que comprendía de verdad las presiones bajo las cuales vivíamos. Nos reunimos en su oficina pocos días antes de que, según lo previsto, yo abandonara el comando.

—¿Qué podemos hacer para retenerte? —dijo el comandante.

Me sentí honrado de que quisiera retenerme. Pero le miré a los ojos y, humildemente, negué con la cabeza.

—Me ha llegado el momento de cambiar —dije.

Aunque en parte me sentía culpable —como si dejara a mis hermanos atrás, sin ayudarles a cargar con su peso—, estaba en paz con mi decisión. Había chicos nuevos, recién llegados del Green Team, bien preparados y listos para encabezar el combate. Yo estaba cansado, simplemente, y necesitaba algo nuevo.

Era extraño dejar atrás a Walt, Charlie, Steve y Tom. Seguimos siendo amigos y ellos cuatro continúan formando parte del comando. Para protegerlos, no contaré casi nada de lo que están haciendo ahora. Siguen sacrificando sus vidas y su tiempo por el bien de este país.

Phil se recobró plenamente del disparo recibido en la pantorrilla. Sigue siendo un bromista de primera categoría y, también, uno de mis mejores amigos. Como yo, ya no está en la Armada: se retiró después de aquella herida.

Uno de los primeros proyectos que acometí después de marcharme fue este libro. Decidirme a escribirlo no fue fácil. En el comando, nadie daba especial valor a la notoriedad que comportó la misión de Bin Laden. Primero la contemplábamos divertidos, pero esto no tardó en dar paso al temor, debido al incremento de las filtraciones. Siempre nos había enorgullecido ser profesionales callados; pero cuanta más cobertura veía al respecto de la operación, más deseos sentía de contar la versión real.

Hasta la fecha, el modo en que se ha informado de la misión que mató a Bin Laden ha sido incorrecto. Incluso los relatos que afirmaban partir del testimonio de los participantes han sido poco veraces. Así, sentí que alguien tenía que contar la verdadera historia. Para mí, es una historia de mayor importancia que la incursión en sí, una historia que versa más sobre los hombres del comando que, voluntariamente, arriesgan su vida y lo sacrifican todo para cumplir con su trabajo. La suya es una historia que vale la pena contar, y hacerlo con la mayor precisión posible.

Desde el 1 de mayo de 2011, todo el mundo, desde el presidente Obama hasta el almirante McRaven, ha ofrecido entrevistas sobre la operación. Si quien fue mi comandante en jefe no tiene obstáculo en hablar, entonces yo tampoco lo tengo.

Por descontado, ahora la misión se utiliza en la batalla política, cuando los dos partidos luchan por la Casa Blanca. La misión nunca tuvo nada que ver con este fin, para los veinticuatro hombres que subieron a bordo de los heli-

cópteros aquella noche. La política es para los gestores de Washington que, sin ningún riesgo, contemplaban la acción en un monitor de vídeo, a miles de kilómetros de distancia.

Cuando subimos a los helicópteros en Yalalabad, la política era lo último en lo que pensábamos. Que nadie me malinterprete. No es que no lo supiéramos. Sabíamos que esto iba a ocurrir. ¿Importa eso algo, a posteriori? Claro que sí, pero yo no creo que tenga especial relevancia el hecho de si la orden la dio un republicano o un demócrata. A mí, eso no me hace votar a uno más que a otro.

Quiero ser claro: no creo que esta sea mi propia historia. Mi objetivo, desde el principio, ha sido contar la verdadera historia de la operación y mostrar los sacrificios que realiza el comando de los SEAL. Solo he usado mi vida como medio para describir cómo sienta formar parte de una unidad tan especial. Yo no soy único ni especial; confío en que mis experiencias se contemplen como una experiencia común a todos aquellos hombres con los que he servido. Los hombres a los que admiraba, los hombres con los que trabajaba, esos hombres son los mejores del mundo y han hecho más por este país de lo que la gente llegará nunca a comprender.

El sacrificio de los SEAL caídos, que no pudieron volver a casa, no ha sido en vano. Algunos cayeron combatiendo en Iraq o Afganistán. Otros murieron mientras se entrenaban para el combate. A todos ellos, los llevamos en el corazón y sabemos que murieron por algo ciertamente mucho mayor que ellos mismos. Aun a pesar de que saben cuánto arriesgan, hombres como estos continúan sacrificándolo todo voluntariamente.

Animo a todas las personas que lean este libro a sacrificar igualmente algo. A veces me han dicho: «Yo no soy SEAL y, probablemente, no pudiera serlo aunque lo intentara, pero ¿qué puedo hacer para ayudar?».

Se me ocurren dos respuestas.

Que nadie se limite a vivir: vivamos para una meta mayor que nosotros mismos. Seamos un valor para nuestra familia, nuestra comunidad, nuestro país.

La segunda respuesta es que se puede donar tiempo y dinero a una organización de veteranos o que apoye a los soldados heridos. Son hombres y mujeres que ya han cumplido con su parte y necesitan nuestra ayuda.

Yo donaré la mayor parte de los beneficios de este libro a organizaciones benéficas. Aquí recomiendo varias: Fundación All In All The Time (Allinallthetime.org), Fundación The Navy SEAL (Navysealfoundation.org), Fundación Tip of the Spear (Tipofthespearfoundation.org).

Estas tres organizaciones contribuyen a ayudar a las familias de los SEAL caídos. Les invito a hacer una pequeña parte de todo cuanto estos hombres han sacrificado; ayúdenme a recaudar millones de dólares para estas organizaciones.

Cuento esta historia y dono la mayor parte de los beneficios de su venta para honrar a los hombres que hemos perdido desde el 11 de septiembre de 2001. Ellos son los auténticos héroes.

THOMAS C. FOUKE

Teniente

THOMAS RATZLAFF

Suboficial mayor de Operaciones Especiales

STEPHEN MILLS

Suboficial de Operaciones Especiales

ROBERT REEVES

Suboficial mayor de Operaciones Especiales

NICHOLAS SPEHAR

Agente de Operaciones Especiales, 2.ª clase

NICHOLAS NULL

Suboficial de desactivación de artefactos explosivos

MICHAEL STRANGE

Técnico de criptología (radio), 1.ª clase

MATTHEW MASON

Suboficial de Operaciones Especiales

LOUIS LANGLAIS

Auxiliar médico de combate para Operaciones Especiales

KRAIG VICKERS

Suboficial mayor de desactivación de artefactos explosivos

KEVIN HOUSTON

Suboficial de Operaciones Especiales

JONAS KELSALL

Capitán de corbeta

JON TUMILSON

Agente de Operaciones Especiales, 1.ª clase

JOHN FAAS

Suboficial de Operaciones Especiales

JOHN DOUANGDARA

Policía militar de Marina, 1.ª clase

JESSE PITTMAN

Agente de Operaciones Especiales, 1.ª clase

JASON WORKMAN

Agente de Operaciones Especiales, 1.ª clase

JARED DAY

Técnico de sistemas de información, 1.ª clase

HEATH ROBINSON

Suboficial mayor de Operaciones Especiales

DARRIK BENSON

Agente de Operaciones Especiales, 1.ª clase

CHRISTOPHER CAMPBELL

Agente de Operaciones Especiales, 1.ª clase

CALEB A. NELSON

Agente de Operaciones Especiales, 1.ª clase

BRIAN BILL

Suboficial de Operaciones Especiales

AARON VAUGHN

Agente de Operaciones Especiales, 1.ª clase

TYLER STIMSON

Agente de Operaciones Especiales, 1.ª clase

RONALD WOODLE

Agente de Operaciones Especiales, 2.ª clase

DENIS CHRISTOPHER MIRANDA

Agente de Operaciones Especiales, 3.ª clase

DAVID BLAKE MCLENDON

Suboficial mayor de criptología (radio)

COLLIN THOMAS

Suboficial de Operaciones Especiales

BRENDAN JOHN LOONEY

Teniente

ADAM OLIN SMITH

Agente de Operaciones Especiales, 2.ª clase

ADAM BROWN

Suboficial de Operaciones Especiales

TYLER J. TRAHAN

Especialista en desactivación de artefactos explosivos, 2.ª clase

RYAN JOB

Agente de Operaciones Especiales, 2.ª clase

ERIC F. SHELLENBERGER

Suboficial de Operaciones Especiales

ANDREW J. LIGHTNER

Técnico de mantenimiento de paracaidismo, 1.ª clase

THOMAS J. VALENTINE

Suboficial mayor de Operaciones Especiales

SHAPOOR «ALEX» GHANE

Agente de Operaciones Especiales, 2.ª clase

NATHAN HARDY

Suboficial de Operaciones Especiales

MICHAEL KOCH

Suboficial de Operaciones Especiales

LUIS SOUFFRONT

Especialista en desactivación de artefactos explosivos, 1.ª clase

LANCE M. VACCARO

Suboficial de Operaciones Especiales

JOSHUA THOMAS HARRIS

Agente de Operaciones Especiales, 1.ª clase

JOHN W. MARCUM

Suboficial mayor de Operaciones Especiales

JASON R. FREIWALD

Suboficial de Operaciones Especiales (SELECT)

STEVEN P. DAUGHERTY

Técnico de criptología (técnica), 1.ª clase

ROBERT R. MCRILL

Técnico de comunicaciones de masas, 1.ª clase

MARK T. CARTER

Suboficial de Operaciones Especiales

JOSEPH CLARK SCHWEDLER

Agente de Operaciones Especiales, 2.ª clase

JASON D. LEWIS

Agente de Operaciones Especiales, 1.ª clase

FREDDIE PORTER

Marinero

MICHAEL A. MONSOOR

Policía militar de Marina, 2.ª clase (SEAL)

MARC A. LEE

Mecánico artificiero de aviación, 2.ª clase (SEAL)

SHANE E. PATTON

Maquinista, 2.ª clase (SEAL)

MICHAEL P. MURPHY

Teniente (SEAL)

MICHAEL M. MCGREEVY, JR.

Teniente (SEAL)

MATTHEW G. AXELSON

Técnico de sónar (superficie), 2.ª clase

JEFFREY S. TAYLOR

Sanitario, 1.ª clase (SEAL)

JEFFREY A. LUCAS

Técnico de electrónica, 1.ª clase (SEAL)

JAMES SUH

Cabo de mar, 2.ª clase (SEAL)

JACQUES J. FONTAN

Suboficial de control de armamento (SEAL)

ERIK S. KRISTENSEN

Capitán de corbeta

DANNY P. DIETZ

Artillero, 2.ª clase (SEAL)

DANIEL R. HEALY

Suboficial mayor de sistemas de información

THEODORE D. FITZHENRY

Suboficial mayor sanitario (SEAL)

ROBERT P. VETTER

Segundo contramaestre, 1.ª clase (SWCC)

BRIAN OUELLETTE

Segundo contramaestre, 1.ª clase (SEAL)

THOMAS E. RETZER

Electricista de comunicaciones, 1.ª clase (SEAL)

MARIO MAESTAS

Técnico de sistemas de información, 2.ª clase (SEAL)

DAVID M. TAPPER

Fotógrafo, 1.ª clase (SEAL)

PETER G. OSWALD

Comandante (SEAL)

NEIL C. ROBERTS

Técnico de tierra, 1.ª clase (SEAL)

MATTHEW J. BOURGEOIS

Suboficial sanitario (SEAL)

JERRY «BUCK» POPE

Alférez (SEAL)

Esta lista es cortesía de Fundación The Navy SEAL.

Fuentes

Ackman, Dan, «The Cost of Being Osama Bin Laden», *Forbes Magazine*, 14 de septiembre de 2001.

Associated Press, «Jimmy Carter: Iran hostage rescue should have worked», *USA Today*, 17 de septiembre de 2010.

Bowden, Mark, *Black Hawk Down: A Story of Modern War*, Nueva York: Signet, 2002. [*Black Hawk derribado: la batalla de Mogadiscio*, trad. Sofía Noguera, Barcelona: RBA, 2002.]

Butcher, Mike, «Here's the guy who unwittingly live-tweeted the raid on Bin Laden», *TechCrunch*, 2 de mayo de 2011.

Chalker, Dennis, y Kevin Dockery, *One Perfect Op: Navy SEAL Special Warfare Teams*, Nueva York: Avon Books, 2002.

Eggen, Dan, «Bin Laden, Most Wanted For Embassy Bombings?», *The Washington Post*, 28 de agosto de 2006.

Encyclopædia Britannica Online, 11.ª ed., «Abbottabad», en http://en.wikisource.org/wiki/1911_Encyclopædia_Britannica/Abbottabad.

FBI, «FBI Ten Most Wanted Fugitives». Archivado a partir del original, 3 de enero de 2008.

Fury, Dalton, *Kill Bin Laden*, Nueva York: St. Martin's Press, 2008.

Goldman, Adam, y Matt Apuzzo, «Phone call by Kuwaiti courier led to bin Laden», *PilotOnline*, 3 de mayo de 2011.

Graham, Maureen, y Troy Graham, «Navy SEAL killed in Afghanistan was part of Lynch rescue», *Philadelphia Inquirer*, 22 de agosto de 2003.

Hagerman, Bart, ed., *USA Airborne: 50th Anniversary*, Paducah (KY): Turner Publishing Company, 1990.

Marcinko, Richard, *Rogue Warrior*, Nueva York: Pocket Books, 1992.

Mayer, Jane, *The Dark Side: The Inside Story of How the War on Terror Turned Into a War on American Ideals*, Nueva York: Random House, 2008.

Miller, Greg, «CIA flew stealth drones into Pakistan to monitor bin Laden house», *The Washington Post*, 17 de mayo de 2011.

«Most wanted terrorists list released», CNN.com, 10 de octubre de 2001.

Murdico, Suzanne J., *Osama Bin Laden*, Rosen Publishing Group, 2004.

Schmidle, Nicholas, «A Reporter At Large: Getting Bin Laden: What happened that night in Abbottabad», *The New Yorker*, 8 de agosto de 2011.

Smith, Michael, *Killer elite: The Inside Story of America's Most Secret Special Operations Team*, Nueva York: St. Martin's Press, 2007.

United States Army, 160th Special Operations Aviation Regiment, *160th SOAR(A) Green Platoon Train-up program*. Archivado a partir del original, 31 de mayo de 2008.

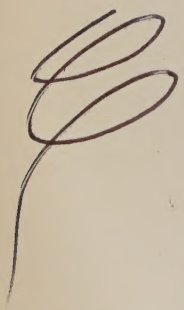
Índice

Nota del autor 9

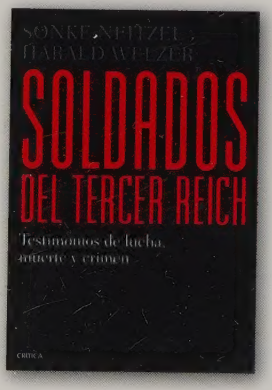
Prólogo. Tiza Uno 13

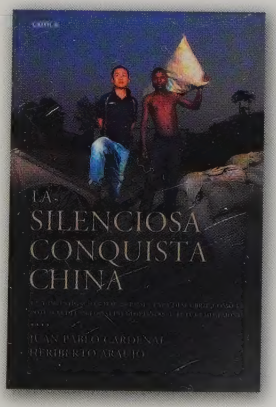
1. Green Team 19
2 Los cinco mejores y los cinco peores 29
3 La segunda cubierta 39
4 Delta 47
5 En cabeza 57
6 *Maersk Alabama* 69
7 La larga guerra 79
8 Caminos de cabras 91
9 Algo se cuece en Washington 105
10 El Paseante 115
11 Matando el tiempo 129
12 Arranca la misión 141
13 La infiltración 153
14 Jalid 161
15 El tercer piso 167
16 Gerónimo 171
17 La exfiltración 183
18 La confirmación 189
19 Vivir la magia 199

Epílogo 207
Fuentes 219



MEMORIA CRÍTICA





EL ÚNICO DÍA FÁCIL FUE EL DE AYER

— LEMA DE LOS SEAL

Un día difícil es el relato en primera persona de la operación que condujo a la muerte de Osama bin Laden. Un testimonio que difiere en muchos aspectos del que dio al público el Gobierno de los Estados Unidos; por el que el autor está amenazado con un proceso por revelación de secretos, y que lo ha convertido en el objetivo más buscado por el terrorismo islámico. La narración de esta aventura real resulta fascinante, pero hay mucho más en estas memorias del miembro del SEAL Team Six que se esconde tras el nombre de Mark Owen: hay toda la vida de un hombre que, después de dejar su tranquilo medio familiar en Alaska, emprendió la dura tarea de formación necesaria para integrarse en la más arriesgada de las fuerzas especiales, lo que lo llevó a participar en operaciones memorables, como el rescate del capitán Phillips, capturado por los piratas de Somalia, y en muchas otras que nunca llegaron al conocimiento del público. Resulta, además, un anticipo de lo que van a ser las formas de guerra en un futuro inmediato.

CRÍTICA
www.paidos.com.mx

www.espacioculturalyacademico.com

978-607-9202-33-0
9 786079 202330